



*D*esde esa noche

FABIANA PERALTA

zafiro♥

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Primero
Segundo
Tercero
Cuarto
Quinto
Sexto
Séptimo
Octavo
Noveno
Décimo
Decimoprimer
Decimosegundo
Decimotercero
Decimocuarto
Decimoquinto
Decimosexto
Decimoséptimo
Decimoctavo
Decimonoveno
Vigésimo
Vigesimalprimero
Vigesimalsegundo
Vigesimaltercero
Vigesimalcuarto
Vigesimalquinto
Vigesimalsexto
Vigesimalseptimo
Vigesimaloctavo
Vigesimalnoven
Trigésimo

Trigésimo primero
Trigésimo segundo
Trigésimo tercero
Trigésimo cuarto
Epílogo
Agradecimientos
Referencias a las canciones
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Diago James tenía la firme intención de triunfar y conquistar Hollywood. Obstinado, carismático y encantador, era un hombre que sólo con mirar a una mujer hacía que el corazón de ella latiese más y más rápido. Todas las miradas estaban dirigidas a él, su popularidad iba rápidamente en aumento pero, aunque en apariencia tenía todo lo que anhelaba, su vida personal era un completo desastre.

Delanie Jones podía conseguir todo lo que se propusiera. Era una chica traviesa, dulce, protectora y sumamente hermosa. Nacida en cuna de actores, hacía tiempo que se dedicaba a la interpretación y había trabajado muy duro para llegar donde se encontraba. Pero la oportunidad del verdadero triunfo parecía no llamar a su puerta, hasta que se enteró de que buscaban a la protagonista de una película que prometía hacer saltar todas las taquillas de cine.

La química que surgió entre Diago y Delanie traspasó los lentes de la cámara y el combustible amenazó con incendiarlos por dentro: momentos robados, caricias encubiertas, besos de ficción, noches a medias...

Estaban obligados a ser amigos, pero ¿se atreverían a ser algo más que eso? Alejarse parecía la opción más difícil.

Gracias por estar siempre a mi lado, por creer en mí y por acompañarme en mis sueños.

Alicia Ramos, este libro está dedicado a ti, y a ese ángel que una vez estuvo sobre esta tierra y nos acompañó, aunque para dejarnos muy pronto.

Jorge Casquete, esto también es en tu memoria, gracias por regalarme tanto de tus conocimientos.

Primero

Cuando decidió embarcarse en eso, aunque ansiaba conseguirlo, no creyó que lograría pasar ni siquiera la primera parte del *casting*; sin embargo, lo había hecho.

Acababa de recibir una llamada para convocarla a una entrevista presencial, y sentía que le faltaba la respiración. Estaba sumamente ilusionada y, aunque nunca era bueno hacerlo más de la cuenta, lo cierto era que parecía imposible no abrigar ese sentimiento. Confiaba en su desempeño, y lo más esencial: desde que se había enterado de que harían la adaptación al cine de ese libro, supo que quería ese papel, y se había preparado para ser la protagonista.

Delanie Jones procedía de cuna de actores, así que había palpado desde pequeña la vida en el mundillo de Hollywood. Creció dentro de *sets* de filmación, ya que no era para nada extraño que acompañara a su madre o a su padre cuando no tenía con quién quedarse. Cuando tuvo edad suficiente, comenzó a hacerlo por decisión propia. A ella le encantaba ese entorno, y soñaba que alguna vez sería la que ocuparía el lugar de esos intérpretes.

Melania Grayson, reconocida actriz y su progenitora, fue la primera en alentarla a que se presentara a la prueba. En la actualidad estaba casada con un reconocido productor cinematográfico, que conocía al equipo de producción de la película en la que Delanie quería obtener el papel principal, y aunque éste le propuso contactarla y ayudarla a conseguirlo, ella no aceptó bajo ningún concepto; se negó categóricamente y de pleno a cualquier intervención.

Lanie estaba pasando por una etapa en la que sentía que debía alcanzar su sueño por sí misma; además, necesitaba demostrarse y demostrarle al mundo que podía hacerlo, que era capaz, y que no sólo era la hija de...

Lo cierto era que en ese momento estaba un poco más relajada, mucho más que cuando envió el vídeo para el *casting*, pues realmente consideró que no lo lograría, ya que sabía que actores muy conocidos, y con mucha más trayectoria que ella, habían mandado también sus cintas. Cuando se enteró de ese hecho, le fue difícil no desmoronarse pensando que era casi imposible competir con ellos;

sin embargo, después de haber recibido esa llamada, se sentía nuevamente optimista. Dicha oportunidad se la debía a su agente, Evelin Costa; gracias a ella había logrado mostrar su trabajo, puesto que, cuando llegó a sus oídos que se haría la versión cinematográfica de la obra, la volvió loca hasta que le consiguió la prueba.

Desde ese momento era imperativo concentrarse en la segunda parte del *casting*. Le habían enviado un par de escenas por correo electrónico. Las líneas de texto eran fáciles y, aunque se trataba de un lenguaje un tanto picante y sensual, estaba convencida de que podría manejarlo. La esencia de una de las secuencias era muy romántica y erótica, aunque también tenía su cuota de dramatismo. Incluso se le había metido en la cabeza, por la clase de escena que era, que quizá ese día conocería a quien pudiera ser su compañero.

—Hola, Keyra.

—Amiga, estoy en el coche; voy de camino a tu casa.

—Perfecto, porque necesito contarte algo y no aguanto las ganas que tengo de hacerlo. Cuelga, no quiero que te distraigas mientras conduces.

—Delanie, ¡no seas perra!, no me dejes con esta intriga. Cuéntamelo todo ahora mismo.

—Cuando llegues, lo haré. Sólo quería cerciorarme de que venías para acá.

—Claro, te dije que iría. ¿Cuándo incumplo mi palabra?

—Dejémoslo ahí, mejor no me hagas recordar el último plantón que me diste por el idiota de Murphy. Cuelga de una vez ese teléfono y llega pronto.

* * *

Mientras tanto, en Toronto, Canadá, el móvil de él sonó, poniendo un alto en la discusión. El día a día en el hogar de Diago y Wara cada vez era más insostenible y, aunque él anhelaba que todo volviese a ser como antes, resultaba innegable que algo se había roto y no parecía haber forma de recomponerlo. Diago ansiaba con toda su alma que volviesen a ser otra vez los de antes, esos amantes intrépidos llenos de sueños e ilusiones compartidas; no obstante, eso cada vez parecía más imposible; no parecía haber manera de arreglar lo que aparentemente se había resquebrajado, y lo peor de todo era que ninguno de los dos sabía qué era lo que se había destruido, o, mejor dicho, qué lo había hecho.

Después de atender la llamada, Diago estaba tan feliz que no se lo podía creer; como un niño al que le hubiesen comprado un juguete nuevo, salió despedido a compartir su alegría con ella. ¿Con quién, si no?

Bajó las escaleras inundado por una enorme ilusión. La casa no era de grandes dimensiones, así que no le costó trabajo encontrar a Wara en la cocina.

—¡Es fantástico!, he pasado la primera parte del *casting* de *Al otro lado*. Al parecer les ha gustado la cinta que envié y me acaban de llamar para una prueba presencial. ¿Te lo puedes creer?, porque yo no. —Se carcajeó y la abrazó, haciéndola girar en el aire; literalmente quería saltar de alegría—. Me han informado de que me mandarán por *e-mail* unas líneas que debo preparar; tengo que presentarme pasado mañana en Los Ángeles.

La expresión de Wara era de piedra, mientras que él no dejaba de sonreír.

—¿Me has oído? He pasado a la segunda fase. —La cogió por el mentón y se agachó para ponerse a su altura, buscando en su mirada la misma felicidad que él sentía... pero le fue imposible hallarla.

—No quiero que sigas adelante con esta prueba. No veo la necesidad de exponerte de esa forma, todos comentan que será una película con escenas con mucho contenido sexual.

—¿Qué? ¿Estás de broma? No será una película xxx; se trata de una adaptación al cine, por lo que habrá escenas un poco subidas de tono, pero cuidadas. Además, es una gran oportunidad en mi carrera, me catapultaría directo a la fama, y significaría entrar por la puerta grande en Hollywood. Un papel como éste es lo que siempre he deseado conseguir.

«No puedo creer que no lo entienda, no puedo creer que mis sueños ya no le interesen.»

—¿Quieres seguir peleando?, ¿es eso lo que deseas? Parece que no te ha bastado con la discusión que hemos mantenido arriba... Mira, Wara, espero ser muy claro, porque no te lo volveré a repetir: he pasado la primera etapa y no voy a renunciar sólo porque a ti no te gusta el papel que debo interpretar; cuando me conociste, sabías perfectamente a qué me dedicaba, y si consigo este personaje, que por cierto es codiciado por actores de mucho renombre y fama internacional, todo lo que alguna vez soñamos se hará realidad. No pienso renunciar a mis sueños —gritó categórico—; si éstos ya no son los tuyos, lo lamento. Además, ¿qué te pasa? A esta altura no tengo que explicarte cómo se hacen ese tipo de escenas, y, por cierto, ya lo he hecho en otros papeles que he interpretado. No entiendo la diferencia; en el pasado nunca te pusiste así.

—Si te dan el papel... eso te alejará de casa, deberás irte a rodar... ¿durante cuántos meses? Ahora que he conseguido un trabajo en el que me siento cómoda, no voy a dejarlo. Mira, Diago, si sigues adelante, olvídate de mí.

—Pues bien, tal vez tengas razón y ésa sea la solución, ya no soporto la vida que llevamos juntos; quizá... tomar distancia nos haría bien. Últimamente discutimos todo el tiempo, tal vez incluso pasaríamos a extrañarnos... Soy consciente de que esto, así, no da para más. Me fastidia que nada de lo que haga te parezca bien, que quieras manipular mi vida y que todos mis planes giren en torno a tu carrera; estoy cansado de que me digas que nuestra relación no es la misma por mi culpa, porque yo siento todo lo contrario. A veces creo que, como a ti no te va bien en tu profesión, pretendes que a mí me ocurra lo mismo. Estoy encabronado. Wara, no quiero decir cosas que te hieran o de las cuales luego me vaya a arrepentir, pero no puedo evitarlo. Tú, antes, me apoyabas en todo, de la misma forma que yo lo hago continuamente contigo. Siempre te he alentado... incluso, cuando te tuviste que ir a cubrir esa estúpida noticia a África y tuvimos que suspender el viaje que habíamos estado planeando durante todo un año, te apoyé. Hace tiempo que siento que sólo importan tus cosas, todo lo mío te molesta o tienes un pero... si voy, si vengo, si dejo de ir. No sé, nada te conforma.

—¿Me estás reprochando que realizara ese viaje porque fue allí donde perdí el bebé?

—No, cielo santo, ¡nooo! —La agarró por los hombros y luego la soltó como si su piel le quemara las manos; sorprendido por lo que sintió, enterró los dedos en su pelo, para luego mesárselo—. Siempre estás a la defensiva; no he dicho eso, no te culpo por ello. Wara, comprende, por favor, que eso pasó porque tuvo que pasar; también habría ocurrido si nos hubiéramos ido juntos de viaje.

—Me niego a dejar mi trabajo; no lo haré, Diago. Te he pedido mil veces que nos casemos, pero tú no me das mi lugar a tu lado, ni me das la seguridad que necesito.

—Wara, sabes que no creo en el matrimonio; opino que un papel no hace la diferencia, lo importante son los sentimientos, pero... ¿por qué me da la sensación de que a nuestro alrededor no queda nada en pie? Siento que hemos perdido toda conexión.

El silencio se apoderó del momento, un silencio que los invadió incluso por dentro y los paralizó a ambos. Diago se alejó caminando hacia atrás sin dejar de mirarla, hasta que chocó con el sofá; cogió la sudadera que descansaba en el

respaldo de éste, de encima de la mesa baja pilló las llaves y el móvil, y enfiló hacia la puerta. Necesitaba salir de allí; tenía que huir de la casa porque era consciente de que no podían continuar riñendo, y es que parecía no haber forma de que se entendieran.

—Diago... —Wara gritó su nombre, pero él no se detuvo. Ella corrió y alcanzó a agarrar de la sudadera para tirar de ésta antes de que él lograra marcharse—. Si sales por esa puerta, no regreses y, si te quedas, que sea para decirme que nos casaremos; de otro modo no aceptaré nunca que firmes ese contrato.

Sólo fueron unos segundos los que permaneció inmóvil, ya que la necesidad de escapar era avasallante dentro de su pecho y no podía respirar.

—Lo siento, Wara, de verdad lo lamento...

* * *

—Te lo dijeeeeeeeeeeeeeeeee, ¡sabía que te elegirían!, eres la mejor.

Saltaban abrazadas y se reían sin parar.

—Detente, Keyra, no he hecho más que subir el primer escalón, todavía tengo que llegar al último peldaño y, lo más importante, hacerlo con éxito.

—Estoy segura de que el papel será tuyo. Lo sé, simplemente es así; te lo dije desde que tu agente te consiguió ese *casting*. El personaje está hecho a tu medida y te lo darán, estoy segura. ¿Cuándo tienes que presentarte?

—Pasado mañana, pero no quiero ilusionarme más de la cuenta.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, por favor, me encantaría que lo hicieras. —Delanie se colgó del cuello de su amiga—. Brett no está en la ciudad y necesito a uno de mis amigos a mi lado —le explicó compungida.

—Cuenta conmigo, sabes que siempre puedes hacerlo.

Por la noche, Keyra se quedó a dormir en casa de Delanie, ya que ésta estaba muy ansiosa, aunque, en verdad, lo que Lanie necesitaba realmente era a su otro pilar junto a ella, a su entrañable amigo, Brett Larson. Él era siempre su calma y, cuando ella no lograba pensar con claridad, él sin duda lo hacía en su lugar. Además, lo necesitaba sobre todo para poder ensayar con él las líneas que debía interpretar; de otro modo no se sentía segura de cómo le saldría la representación.

Brett también era actor, y si había alguien en el mundo con quien Delanie Jones no tuviera secretos, ése era él. Bah, con Keyra tampoco los tenía, sólo que con Brett era diferente, porque él la entendía más que nadie y, encima, le daba su punto de vista masculino, algo así como un combo, un dos por uno en una sola persona.

Hacía dos años que su loco amigo estaba casado; él y su marido habían conseguido todo lo que uno puede soñar obtener de una relación: compañerismo, pasión, diversión, sabían escucharse... y eran claramente una balanza en perfecto equilibrio, pues ambos se admiraban y respetaban. Su relación estaba fundamentada en la honestidad, y, sobre todo, cuando uno los veía mirarse el uno al otro, era indiscutible el amor que se profesaban, pues éste les brotaba por la piel.

No era ninguna novedad que Delanie los envidiaba de buena manera, incluso no se avergonzaba por reconocerlo; es más, se lo hacía saber cada vez que veía juntos a Brett y Bruce. A veces, cuando estaba con ellos, ansiaba encontrar a alguien que la completase como ellos se completaban; lo cierto era que estaba un poco cansada de relaciones sin sentido que no llegaban nunca a buen puerto. De todas formas, debía reconocer que, por el momento, estaba muy bien sola; su corazón, de esa manera, estaba a resguardo, y pretendía que así continuara. Estaba harta de malas experiencias y de fijarse en un tipo de hombre inadecuado, pues esas relaciones no la conducían a nada; había descubierto que con su amigo a pilas no corría riesgos tras el orgasmo, pues siempre era ella la que tenía el control de sus sentimientos.

* * *

—Brett, te necesito aquí conmigo. —Lanie le hizo morritos mientras realizaban una videollamada por FaceTime.

—Cariño, llego pasado mañana, por la noche. Lo lamento. ¿Por qué no lo hacéis vosotras ahí y yo os observo a través de la camarita? Así podré ir indicándote lo que me parece que debes corregir.

—¿Estás loco? Tiene que toquetearse con el que va a ser su compañero, y al final hay marcado un beso.

—Es una actuación, Keyra; lo que hagáis no será de verdad.

—Encima eres un perverso, lo que quieres es vernos morreando; te conozco, Brett Larson.

Los tres se carcajearon.

—¿Habéis dicho *perversión*?, ¿qué hay que ver?

—Hola, Bru —saludaron al mismo tiempo al guapo de Bruce Hamilton, que se asomó para salir por la cámara.

—Lanie tiene que presentarse a la segunda prueba de *Al otro lado*, pues ha pasado la primera criba y la han vuelto a llamar. Ahora debe ensayar dos escenas: una de amor y un monólogo muy *hot* —le explicó Brett a su pareja.

—Cariño, tú no tienes que ensayar nada; confía en tu talento, ya verás cómo te saldrá genial. Sólo ve preparada para dejar escapar tu sensualidad, aunque... eso no será necesario, porque tú eres una bomba sexy. Además, cuentas con los genes de tus padres desperdigados por todo tu ser; ambos son personas muy eróticas, y ambos se han subido a los escenarios, así que esa veta está potenciada en ti, cariño.

—Gracias por la confianza, Bru. Ok, creo que tienes razón; me aprenderé el guión y que las escenas salgan como salgan. Voy a entregarme a la pasión. —Volvieron a reírse—. Sólo espero que, a quien tenga que besar, no sea un sapo.

—No lo creo, pero, si lo es, piensa que tal vez con tu beso se convertirá en príncipe.

—Eso sólo pasa en los cuentos de hadas, Brett.

—Tú mereces un cuento de hadas —acotó Keyra, y se tiró encima de ella, sofocándola con un abrazo desmedido—, ¡eres tan buena amiga!

—Basta, que me lo creeré.

—Uf, ya le salió la falsa modestia, como si no lo supieras —añadió Brett desde la distancia.

Segundo

—¿Qué tal? Digo, ¿cómo me veo? ¿Te parece que estoy bien así? —Delanie giró sobre sí misma, mientras le preguntaba a su amiga, que acababa de llegar a recogerla—: ¿Crees que este atuendo es adecuado?

—Estás perfecta, Lanie: sexy, pero con aspecto inocente. Me encanta cómo te queda esa falda, y es una buena idea que no te hayas puesto algo estampado, para que dé bien en cámara, y esa camiseta informal es excelente.

—¿Y qué opinas de los zapatos planos?

—Que estás impecable.

—Chaqueta de cuero o... ¿alguna sugerencia?

—Cuero, me gusta; te da ese toque de chica traviesa, precisamente lo que necesitas mostrar.

—Qué suerte que me llevas, Keyra, porque estoy un poquito nerviosa y no creo que pudiera concentrarme en conducir.

Presintiendo que su dueña estaba a punto de marcharse, su perro, *Newton*, le hizo fiestas exageradas, por lo que Lanie sacudió su pelaje y, tomándolo por la cabeza, besó su hocico al tiempo que le hablaba.

—Adiós, amigo mío. No tardaré. Lo siento, pero hoy no puedes venir conmigo.

El chucho hizo otro gran festejo y saltó una y otra vez sobre ella antes de que se fuera. Al salir, los gatos a los que Delanie alimentaba también le dieron su cuota de lisonja antes de subir a la camioneta de Keyra.

La casa de la joven no estaba lejos del sitio donde debían acudir, razón por la cual no tardaron en llegar a la localización donde se llevaría a cabo la prueba.

—Iré a comprar café al Starbucks de enfrente mientras tú te inscribes; no creo que seas la única a la que han convocado.

—Genial. Te espero dentro, Key.

Apenas entró, se encontró con una morena esbelta de ojos verdes, sentada tras una mesa. La empleada llevaba gafas de montura negra y bebía de un botellín de agua; al verla, bajó la botella rápidamente y se dirigió a ella.

—Bienvenida. Delanie Jones, ¿verdad?

—Sí, la misma.

Aquella mujer se puso de pie y de inmediato la invitó a que la acompañara.

—Adelante, te están esperando.

—Oh, pensaba que iba a haber más gente.

—Os hemos citado en diferentes horarios. —La chica le guiñó un ojo en señal de complicidad y también arrugó la nariz—. Se supone que no debería darte ningún tipo de información. —Se rio bajito—. Mi nombre es Deneisi Bechara, y soy una de las asistentes del director de *casting*. Además, soy una gran admiradora de tu madre; cuando vi que tú te presentabas a las pruebas, al instante te convertiste en mi favorita.

—Gracias, Deneisi. Ojalá lo consiga. Oye, he venido con una amiga, que ha ido a por unos cafés. Serías tan amable de avisarla de que ya he entrado. Si quieres, puedes beberte el mío.

—Vale, yo se lo digo, no te preocupes.

La actriz entró en la sala, y de inmediato fue recibida por Leona Emily Jennings, la autora del libro que iba a adaptarse a la gran pantalla, que además era una de las productoras cinematográficas. Lanie sólo la conocía por fotos; sin embargo, al instante tuvo la sensación de que estaba frente a una persona muy cálida y con quien, además, era muy probable que se llevase muy bien si finalmente era la elegida para representar el papel. Había leído que la escritora tenía cincuenta años y que era canadiense, aunque con ancestros africanos; su piel de color chocolate así lo indicaba. Se veía muy joven, aparentaba mucha menos edad de la que tenía; era delgada, sobria. Sobre la cabeza, a modo de diadema, llevaba unas gafas de montura color carey, y su renegrido pelo le llegaba hasta los hombros. Estaba casada con un cirujano plástico inglés, desde hacía quince años; la pareja no tenía hijos, aunque ella sí los tenía de su primer matrimonio. Según lo que había investigado, sería la encargada de darle el visto bueno a todo, ya que estaba muy involucrada en el proyecto.

—Hola, Delanie.

—Leona, es un placer enorme conocerte, pero llámame Lanie, por favor.

Rápidamente miró a su alrededor, escrutando a las personas presentes, y dedujo, pues todo lo indicaba, que haría sola la prueba de interpretación.

Tras un breve intercambio de palabras, Leona la cogió por el hombro y la invitó a que se acercaran donde se encontraba la directora de *casting*. Ésta conversaba con el director de la película, a quien supo reconocer de inmediato:

Frederick Jobs era un tiburón del séptimo arte, y un incansable perfeccionista en su especialidad. Éste la saludó muy amablemente. Llevaba una barba no demasiado incipiente que, al igual que la cabellera, estaba plagada de canas; Jobs le habló en un tono pausado y relajante, inspirándole una amena confianza al instante que la hizo sentir muy a gusto; rápidamente fue presentada también a los otros miembros del equipo, quienes la trataron con mucha deferencia.

Tras una corta charla, la instaron a que comenzara la prueba, indicándole que realizara la parte monologada que le habían enviado.

Delanie se puso de espaldas, buscando concentración; por alguna razón, cuando se giró, los nervios se diluyeron en su interior como por arte de magia, y comenzó a desempeñar con soltura todo lo que le solicitaron que hiciera. Consciente de que era la única oportunidad que tendría para demostrar que el papel debía ser suyo, se mostró sumamente dispuesta a no desaprovecharla.

—Bien. Te agradecemos que hayas venido. Pronto te tendremos novedades; te llamaremos tanto si es un sí como si es un no.

No era extraño escuchar esas palabras, ya que todos usaban el mismo discurso, pero rara vez llamaban como prometían; sin embargo, Lanie consideró que esa vez sería diferente, que no debía perder las esperanzas. Las palabras le habían parecido muy sinceras y, aunque tal vez sólo se trataba de sus ganas de que fueran verdad, quería pensar que sí lo harían.

—Ok, ha sido una grata experiencia intentarlo. Me seleccionen o no, me ha gustado mucho haberme presentado.

Se despidió de todos quedándose con esas últimas palabras resonando en sus oídos. Salió de la sala sin saber qué esperar, ya que habían sido sumamente austeros y se habían callado cualquier comentario acerca de su actuación, pero eso siempre era así. No obstante, en cierto momento le dio la sensación de que Leona estaba satisfecha y se lo hizo notar a Jobs.

En todo caso, el tiempo lo diría... De momento, como tantas otras veces, lo mejor era olvidarse del *casting*. Tenía que seguir adelante y seguir en busca de otras posibilidades que la hicieran avanzar en su carrera.

Cuando Delanie se decidió por esa profesión, sabía perfectamente, por sus padres, que no resultaba una tarea sencilla conseguir un papel principal en Hollywood; a veces era un sueño que nunca se cumplía, ya que no había ningún secreto infalible para lograrlo, sólo se trataba de ir a la prueba correcta, en el momento justo y en el lugar adecuado.

—¿Listo? ¿Cómo te ha ido?

—No sé, Keyra; ya sabes cómo funciona esto, jamás te vas con una respuesta, sólo resta esperar —le dijo a su amiga nada más salir del lugar donde había interpretado la escena.

Emitiendo un gran suspiro, miró a la asistente del director; la chica fue muy amable cuando ella llegó, así que Lanie hizo un gran esfuerzo para recordar su nombre y despedirse adecuadamente. En aquel instante, la puerta se abrió, interrumpiendo sus pensamientos, y tras ella apareció un hombre sumamente atractivo de cabello castaño muy claro, que llevaba el pelo muy corto. Cuando éste se quitó las gafas de sol, pudo ver que sus ojos eran de un vivaz gris, proporcionándole una mirada penetrante. Aquel chico llevaba, además, una barba de dos días que le daba un aspecto enigmático y hípster. Su físico, en conjunto, era el de un modelo de pasarela: metro ochenta y pico y con andar seguro, pues sin titubear se acercó a la mesa del asistente. Delanie lo admiró aprovechando que les daba la espalda; ésta era ancha y muy bien proporcionada.

«Humm... lo más probable es que venga a hacer la prueba; sus características coinciden con las del personaje del libro.»

No se preocupó por si éste se percataba de que lo estaba observando, así que el actor, advertido por la mirada escrutadora, se dio la vuelta y, mirándola de arriba abajo, se dirigió a ella.

—Hola. —Le ofreció una amplia sonrisa. Aquella voz terriblemente baja y masculina hizo que Delanie se estremeciera.

Continuó mirándolo; era enigmático, bohemio, pero a la vez muy sensual. Keyra, en aquel momento, chocó su hombro, sacándola de sus cavilaciones... la muy maldita estaba babeando con aquel actor sin disimulo, y aunque a Lanie le sonaba su cara, no podía recordar de dónde lo tenía visto; sin embargo, estaba casi segura de que era de una serie de televisión.

—Hola; mi nombre es Keyra Walsh, y mi amiga se llama Delanie Jones.

El joven la miró extrañado, dilucidando si en verdad le hablaba a él, aunque resultaba más que evidente que así era, puesto que no había nadie más por allí.

—Encantado, Diago James.

—¿Vienes al *casting*? —Él asintió divertido—. Mi amiga ya lo ha hecho.

—Adiós, Deneisi —se despidió Delanie finalmente de la asistente, y tiró de su amiga para salir de allí.

—Adiós, Delanie; mucha suerte —le deseó aquel actor, empleando al hacerlo una de sus más atractivas sonrisas.

—Gracias, igualmente.

—Muchas gracias.

—¿Qué ha sido eso? Te lo estabas comiendo con los ojos. Disimula un poco que te ha gustado, Keyra. —Delanie la amonestó tan pronto como salieron—. Estabas hipnotizada, parecías tonta.

—¿Es que acaso estás ciega? ¿No has visto cómo estaba? Es un bombonazo lo mires por donde lo mires. Cuando se ha quitado la chaqueta, se le ha marcado bajo la camiseta un *piercing* en la tetilla izquierda.

—Joder, le has hecho un examen de rayos x. Yo no he visto nada; bueno, no te voy a negar que sea apuesto. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Diago James; apareció en una serie... ¡joder!, tengo el nombre en la punta de la lengua, pero no me sale. También ha trabajado como modelo para Armani.

—Pareces conocerlo muy bien.

—Me muero si tienes que rodar con él. Creo que también ha hecho otras películas, pero sus papeles no han sido importantes. No puedo recordar el nombre de la serie.

* * *

Diago estaba de regreso en Canadá. El vuelo acababa de tocar tierra en el Aeropuerto Internacional Toronto Pearson y, tras los trámites para entrar en el país, pasó por la cinta transportadora para recoger sus pertenencias. Sólo había estado en Los Ángeles durante dos días, así que no llevaba consigo un gran equipaje. Para su sorpresa, cuando entró en el vestíbulo de llegadas, Wara estaba esperándolo.

—Hola...

La agarró por la cintura y le imprimió un beso profundo; sus fosas nasales y su pulso se aceleraron intensamente. Cuando se apartaron, ella habló.

—¿Cómo te ha ido?

—Creo que bien, pero no puedo asegurarlo; nunca se sabe realmente. Habrá que esperar a que llamen, o tal vez nunca lo hagan, como tantas otras veces.

—Lo lamento... Me siento fatal por no haberte apoyado en esto, sé que es importante para ti conseguirlo, pero no puedo desearlo.

—No empecemos de nuevo; estás aquí, Wara, y para mí es suficiente.

Diago le ofreció su mano y ella le tendió la suya. Sonrió, pero sus ojos estaban deslucidos por completo; entonces soltó su mano y la atrajo hacia él, cobijándola en un abrazo.

—Quizá ni lo consiga —comentó para tranquilizarla— y, si lo hago, lo resolveremos... Siempre lo hemos hecho, no debes preocuparte.

Cuando estaban llegando a casa, el móvil del actor sonó.

—Deja, yo bajaré tu equipaje, atiende la llamada.

—Hola, Diago. Soy del equipo de producción de *Al otro lado*. Queremos saber si pasado mañana puedes venir para hacer unas pruebas con tu posible coestrella, lo que no significa que ni tú ni ella estéis aún confirmados.

—Acabo de llegar a Toronto, pero no hay ningún problema. La verdad, no pensaba que me llamaríais tan pronto. Mañana cojo un vuelo y me presento ahí a la hora que me indiquéis.

—Genial. Te esperamos a las diez en el mismo lugar. Además, necesitaremos que te quedes al menos dos o tres días para poder realizar todas las pruebas, ¿crees que podrás?

—Perfecto, no habrá ningún problema, allí estaré. —Miró a Wara y el silencio entre ambos fue incómodo.

—Por suerte tengo muchas fotografías de ti; si esto sigue adelante, las necesitaré.

—Wara...

—Lo sé, lo sé, lo solucionaremos, siempre lo hacemos.

Tercero

Estaba nervioso; debía calmarse para dar lo mejor de sí, a nadie le gustaba ver a un artista dubitativo.

Acompañado por la asistente del director, entró en la misma sala donde había representado las escenas la otra vez, y allí se encontró con algunas de las personas que conoció en dicha ocasión: la autora del libro, el director del filme, un cámara, un técnico de sonido y personal de iluminación... la que no estaba era la directora de *casting*; advirtió velozmente que había menos gente. Continuó su escaneo y vio, en el centro de la escena, una cama dispuesta como gran protagonista del austero decorado; prosiguió su escrutinio y su vista se centró, entonces, en el rostro que vio al entrar dos días atrás en ese local. Delanie Jones se encontraba allí.

—Adelante, Diago —lo invitó a pasar Jobs, otorgándole confianza. Se saludaron con un fuerte apretón de manos y luego también lo hizo con el resto de las personas presentes.

Como un movimiento mecánico, ya que no le gustaba llegar tarde a ningún lado, miró su reloj, para comprobar que estaba en horario, incluso eran unos minutos antes de la hora en la que lo habían citado, razón por lo cual dilucidó rápidamente que era obvio que a ella la habían convocado a otra hora, además de que se la veía muy instalada.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo la señorita Jones esbozando una perfecta sonrisa chispeante.

—¿Os conocéis? —preguntó Leona.

—No, bueno... sí; nos cruzamos el otro día, cuando ella salía y yo entraba.

Diago se acercó y la saludó con un beso en la mejilla.

—Al parecer, tu deseo tuvo un buen efecto: me han vuelto a llamar.

—Oh, me alegro mucho. Ya ves, a mí me ha pasado lo mismo. —Él asintió con la cabeza y se rio francamente; sus iris fulgurantes eran como un código prohibido.

—El otro día no te reconocí de inmediato, aunque tu cara me sonaba. Diago James, ¿verdad?, de «The Killer».

—Oh, ¿viste la serie?

—¿Te miento?

—No, por favor.

Delanie arrugó la nariz, un gesto que la hacía verse muy tierna, y le tocó el brazo.

—No la vi; sólo he visto algunos vídeos en YouTube, cuando al salir de aquí Keyra y yo buscamos información sobre ti.

—¿Keyra?

—Mi amiga, la chica que me acompañaba en esa ocasión; ella sí te vio en esa serie.

De repente se dieron cuenta de que habían excluido a todos los demás de su conversación y entonces los miraron; ellos, a su vez, los observaban sin decir palabra; sonrieron, tal vez estudiando su lenguaje corporal.

—Bien, Diago, te explico lo que quiero. Delanie ya lo sabe, porque tú serás el segundo con el que realiza la prueba, así que te paso a detallar cómo haremos esta secuencia. Quiero que, en la escena, llegues a quitarle el sostén a Lanie. ¿Tienes algún problema con que empecemos directos y sin rodeos?

—No, no, está bien, lo que vosotros digáis.

—Bien, me gusta que no te intimide la idea. Como acabo de decirte, debes quitarle el sujetador; tranquilo, Lanie está dispuesta a hacerlo.

—¿Lanie?

—Hola —Delanie saludó con la mano—; ésa soy yo, es el diminutivo de mi nombre, y lo prefiero.

—Ah, ok, no lo sabía, lo siento.

Jobs, el director, les ofreció una rápida explicación, y luego añadió:

—Aquí tienes el guion con el diálogo que debéis representar. —Le entregó unos papeles a James—; la letra es poca, así que no tendrás problemas en aprenderte estas simples líneas. Lo que me interesa en realidad es ver la química que surge entre vosotros, quiero ver cómo dais juntos en cámara. Os daré unos minutos para que os sentéis —señaló la cama— y paséis la letra juntos, para así poneros de acuerdo de cómo interpretar la escena; luego pasaréis el texto conmigo, para disipar cualquier duda que podáis llegar a tener. Cuando simules

que la estás penetrando, no es necesario que te quites nada, hoy lo haremos con ropa. Bien, os dejaremos un ratito para que os preparéis; regresaremos en seguida.

Ambos se sentaron en la cama y Diago suspiró profundamente.

—¿Nerviosa?

—Un poco, ¿y tú?

—Un poco también; no me imaginaba que hoy nos iban a pedir que hiciéramos esto, pero supongo que quieren ver cuánto somos capaces de desinhibirnos, y cuánto podemos dar juntos.

Empezaron a reírse sin sentido; ella tenía una risa muy contagiosa. Diago carraspeó e intentó serenarse.

—Delanie, a este paso no llegaremos a ningún sitio.

—Lanie, llámame Lanie, por favor; es más íntimo, y necesitamos relajarnos para hacerlo.

—Perfecto. Se supone que tú ya has hecho esta escena antes, así que deberías estar más tranquila que yo.

—Ni un poquito; no me pude distender con Seyton.

—¿Seyton Novak?

—Sí. Él... bueno, él tampoco fue capaz de hacerlo, creo.

—Ok, entonces, si queremos conseguirlo, es mejor que dejemos nuestros prejuicios a un lado y nos concentremos en hacerlo bien y creíble. ¿Quieres mucho este papel?

—Sí, mucho. ¿Y tú?

—También, así que no hablemos más y vamos a por él.

—Sólo una cosa más. Estás casado, ¿verdad?, así que déjame decirte que no puedo evitar sentir un sentimiento de culpa en el estómago.

—Oh, no, por favor. Delanie, este comentario no es muy adecuado en este momento. Además, por si te quedas más tranquila, no estoy casado; sí en pareja desde hace algunos años, y convivo con Wara. Pero, a ver, no pensemos en eso o yo tampoco podré actuar con espontaneidad y, entonces, no funcionará.

—Lo siento, ha sido un comentario fuera de lugar, pero entiéndeme...

—Lo sé, lo sé, pero se trata de trabajo, de la profesión que elegimos y para la que nos hemos preparado, así que demos el máximo de nosotros mismos para conseguirlo.

Chocaron las manos y de inmediato se pusieron a pasar la letra; mientras lo hicieron, se rieron sin sentido, y también se ruborizaron, pero era preferible que

ocurriera todo eso entonces y no durante la grabación. Tenían que interpretar una escena muy osada, íntima, muy íntima. Diago le explicó cómo lo haría sin salirse de lo que había pedido el director, y ella hizo algunas sugerencias que a él le parecieron acertadas.

—Trata de moverte como lo haces en tu intimidad —dijo la chica—; odio cuando veo una película en la que se mueven como si no estuviera pasando lo que en verdad se supone que está pasando. En la vida normal, el sexo es... ¿desordenado? —él asintió a sus palabras—, así que creo que sería bueno que mostrásemos eso.

Diago aceptó también esa sugerencia y volvieron a reírse; por momentos parecía que no podían parar de hacerlo.

—Creo que tienes razón, intentaré que se vea alocado. —Se rieron nuevamente—. Por naturaleza, el coito necesita embestida, así que lo intentaré; por favor, si algo te parece demasiado, sólo debes hacérmelo saber... Se me ocurre que puedes tirarme del pelo y yo sabré que me estoy excediendo; incluso tendré que besarte los pechos, Jobs me lo ha pedido, así que, si te sientes incómoda, comunícamelo de esa manera.

—No estés tan preocupado o no saldrá bien. Sólo espero no empezar a reírme y arruinarlo todo; no sé por qué me he desternillado hablando contigo.

—Al parecer, la risa nos ha ayudado a distendernos; es como un bálsamo para la presión que sentimos, así que está funcionando a nuestro favor.

Se cogieron de la mano, infundiéndose confianza, y fue justo en ese instante cuando todos regresaron a la sala de rodaje. El director se acercó, se sentó a su lado y pasaron el texto junto a él; le informaron sobre cómo pensaban enfocarlo, y éste corrigió algunos detalles, les sugirió lo que creía que se vería mejor y, luego, les indicó hacia dónde quería que mirasen para que él pudiese obtener los planos que necesitaba.

—Bien —concluyó Jobs antes de retirarse y dejarlos hacer—, vamos allá. Si no sale al primer intento, no os preocupéis, lo volveremos a probar hasta que salga. Cuando os parezca, me indicáis que ya estáis preparados y empezamos.

Delanie se quitó algo de ropa para que fuera menos la que Diago debía sacarle; ambicionaban que la escena saliera a la primera intentona, puesto que, desde luego, no querían tener que repetirla, y además eso los dejaría mejor parados a la vista del director; luego, sin pérdida de tiempo y tras tomar una fuerte inspiración, él preguntó:

—¿Estás lista?

—Hagámoslo.

El equipo comenzó a rodar cuando ellos lo indicaron. La escena duró unos pocos minutos y todo resultó sumamente natural. Lo que más le preocupaba a Diago eran los sonidos que el director le había pedido que emitiera; no quería que sonara demasiado vulgar, así que estaba un poco cohibido por eso. Lanie, por su parte, se entregó a él como se lo había sugerido mientras pasaban la letra, permitiendo que la guiara; apenas el director gritó «¡corten!», él se movió de encima de su cuerpo y uno de los asistentes, de inmediato, le alcanzó una bata a ella para que pudiera cubrirse. Delanie no esperó y asió rápidamente la sábana para intentar ocultar su desnudez; luego, más sosegadamente, se colocó el albornoz.

Sin poder explicar lo que les ocurría, y como si se tratase de interruptores que se activaban sólo con mirarse, ambos comenzaron a reír de nuevo. Más calmados, comprendieron que finalmente lo habían hecho y, aunque los dos estaban muy nerviosos, en el ambiente podía percibirse una clara sensación de éxito.

Luciendo un tanto avergonzada, Delanie se cubrió el rostro y sus mejillas se le tiñeron de color escarlata; cerrando momentáneamente los ojos, la joven se humedeció los labios... y Diago se quedó pensando en lo bonita que era.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. Me has hecho sentir muy cómoda y, además, creo que ha salido muy bien.

—¿Te lo parece?

—Sí, eso creo... pero, ya sabes, aunque hayamos bordado el momento, nada garantiza que el papel vaya a ser nuestro, porque ¿cómo saber si realmente somos lo que buscan? De todas formas, aunque no seamos seleccionados, te agradezco que hayas sido tan cuidadoso. No me he sentido ofendida ni incómoda en ningún momento. Diago, me parece que, si finalmente nos eligen, tú y yo nos llevaremos estupendamente en el trabajo.

Tras afirmar con la cabeza, y como todo un caballero, él recogió su ropa, dejándola sobre la cama.

—Me iré a cambiar —lo informó ella.

Él asintió al tiempo que se pasaba una mano por el pelo; sin embargo, antes de que Delanie pudiera marcharse, el director se les acercó.

—Bien, ha fluido bastante; me ha gustado lo que habéis conseguido. Puedes ir a cambiarte, Lanie.

Cuando los hombres se quedaron solos, Jobs prosiguió.

—Diago, buen trabajo. Te espero mañana para otras pruebas. Cuando salgas, mi asistente te indicará a qué hora debes venir. —Palmeó su hombro y se alejó, liberándolo, al tiempo que se unía a su equipo para dar nuevas indicaciones.

Cuarto

Tras cuatro días en Los Ángeles, Diago regresó a su hogar sin ninguna respuesta concreta; la productora sólo le había dicho que lo llamaría.

Tan pronto como el avión aterrizó en el aeropuerto y tras salir de éste, cogió un taxi para ir a su casa. En el instante en el que estaba pagando la carrera, Wara llegó. La saludó con un corto beso en la boca y bajó la maleta.

—Oye, cuando salí del aeropuerto recibí una llamada de mi padre; nos invita a cenar a su casa —le dijo.

—Ve tú solo, yo no tengo ganas de aguantar a su esposa, sólo habla de sus logros.

—No es cierto, Wara, exageras; no entiendo por qué no te cae bien Aaliyah. Mi hermana también estará.

—Menos entonces, se ponen ambas de acuerdo y te acaparan todo el rato, y yo parezco invisible en medio de todo.

—Wara, ¿por qué eres tan antisocial?

—No soy antisocial; simplemente, tu familia no me soporta.

—No es verdad, más bien me parece que es al revés; nunca has hecho ningún esfuerzo por congeniar con ellos... siempre encuentras una tacha, y yo, sencillamente, quedo en medio de todos vosotros. Al menos podrías hacer el esfuerzo por mí; esta situación me tiene bastante cansado, estoy hasta los cojones de esto.

—No te he pedido que no vayas, puedes hacerlo sin mí. Además, hoy en la redacción ha sido un caos y estoy agotada.

—Olvidalo; llamaré a mi padre y le diré que no nos espere, que lo dejamos para otro día.

Wara Adams ni siquiera había preguntado cómo le había ido en Los Ángeles, pero Diago no tenía pensado hacer ningún comentario al respecto; era más que obvio que a ella no le interesaba, y a él también empezaba a interesarle poco que a ella no le importase.

Wara entró directa a ducharse, cerrando de un portazo la puerta del baño. Apretando los puños, Diago llenó sus pulmones de aire; se sentía totalmente impotente, pues la relación entre ellos seguía sin funcionar, y todo hacía presagiar que estaba en un punto en el que ya era insalvable. Caminó hacia la habitación que compartían y dejó la maleta a un costado, en un lugar donde no molestara; luego ya la desharía.

Se puso un pantalón de chándal, una camiseta blanca que sin duda había vivido mejores días, pero que era muy cómoda, y se quedó descalzo; estaba cansado por el viaje, pero también estaba hambriento y, si esperaba a que Wara cocinara, seguro que sólo comería una simple ensalada, ya que era todo lo que ella parecía estar dispuesta a preparar siempre. Fue hacia la cocina y buscó en el refrigerador para ver qué hacer. Incluso estaba convencido de que la tarea sería una buena terapia para alejar de cierta forma su mal humor. Él disfrutaba verdaderamente cocinando.

«Tal vez debería haber estudiado para chef, quizá equivoqué la profesión.»

—Al diablo, posiblemente, si fuera chef, también estaría molesta por el olor a comida de mi ropa. ¡Joder!

Mientras se disponía a comenzar con la elaboración del plato, abrió una botella de su vino preferido, un sauvignon blanc de la bodega Château des Charmes, que compraba en una tienda cercana a su casa y que se elaboraba en Ontario. Se sirvió una copa y, después de darle un sorbo, la dejó sobre la encimera para luego dedicarse a cortar unos pimientos y unas cebollas. En aquel momento Wara apareció frente a él, hablando por teléfono.

—¿Por qué no te vienes a cenar con nosotros? Diago está empezando a preparar algo que seguramente estará exquisito.

El joven actor gesticuló, preguntándole quién era, a lo que ella contestó «Kurtis».

«Por supuesto, ¿cómo no he caído en la cuenta de que, si está tan sonriente, es porque habla con su mejor amigo?», pensó, y rápidamente su mal humor se acrecentó.

Preso de una furia incontenible, tiró el cuchillo sobre la tabla de picar alimentos, se limpió las manos con una servilleta y salió de la estancia. Entró en la habitación para calzarse unas zapatillas Nike, cogió su billetera y las llaves, y se puso una chaqueta.

—¿Adónde vas?

Se la llevó por delante sin contestarle, pues necesitaba salir de allí antes de

que empezaran a discutir.

—Te he hecho una pregunta.

Él se detuvo en el pasillo apretando la mandíbula; los dientes le chirriaron hasta tal punto que por un momento pareció que le estallarían en mil pedazos. Cerró los puños en un intento de contener su furia, pero le fue imposible, así que se giró, enfrentándola.

—A la mierda, me voy, aunque en verdad creo que la mierda está toda en nuestro hogar.

—Diago, y ahora, ¿qué ocurre? —preguntó indignada y poniendo los brazos en jarra mientras se soplabla el flequillo que le caía sobre los ojos.

—¿No sabes qué ocurre? —vociferó furioso, abriendo los ojos como platos. A Diago se le cayó la mandíbula.

—No, por supuesto que no.

—Pues... averígualo.

—Estoy harta de tu mal humor, Diago —chilló mientras él se iba.

—Creo que ambos estamos demasiado hartos del otro.

Tras gruñir esas palabras y sin detenerse, cerró la puerta con fuerza y se marchó. Salió de ahí sin saber a dónde ir. No quería presentarse en casa de su padre, ya no era un niño para correr a su lado como si él pudiera resolverle los problemas como cuando era sólo un crío; además, ya lo había llamado para cancelar la cena. Así que, montado en su coche, empezó a dirigirse hacia el Downtown de Toronto, cuando su teléfono comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo y descubrió que quien lo llamaba era su mejor amigo.

—Eric, hermano, ¿cómo te va?

—¿Estás en tu casa? Cuéntame las novedades de Los Ángeles. Dime, ¿te han dado el papel? ¿Serás finalmente el nuevo *sex-symbol* de Hollywood?

Diago rio sonoramente. Eric, con su entusiasmo y buen humor, siempre lograba arrancarle una sonrisa. Además, sonaba sincero por completo; su amigo no era como esas personas que te dicen «me alegro de tus logros» cuando en realidad sólo te envidian.

—Estuve tres días realizando pruebas; luego, aprovechando que estaba en Los Ángeles, pasé por la agencia para ver a Carmen, mi relaciones públicas; por eso me quedé un día más. He llegado hace unas pocas horas, pero aún no tengo novedades.

—¿Y qué tal las pruebas?, ¿las hiciste con alguien más?

—Sí, con las posibles coestrellas. Probé con tres actrices... humm, pero creo

que con la primera hubo más *feeling*; no sé, me sentí más suelto con ella, y me parece que a ella le pasó lo mismo conmigo, aunque no sé cómo le habrá ido con los demás actores. Tanto da, ya sabes cómo es esto... a veces te parece que te ha ido brutal y, aunque bordes la interpretación, luego nunca te llaman; así que no me ilusiono. El hecho de haber llegado hasta esta instancia, para mí, ya es todo un logro, pues significa que el trabajo que vengo haciendo no ha pasado desapercibido.

—Oye, ¿dónde estás? Se oye ruido y música.

—Acabo de entrar en Hop.

—¿En Hop?, ¿con Wara?

—Eeeh... no, Wara está en casa. —Soltó aire y añadió frustrado—: hemos discutido de nuevo.

—Mierda, ¿otra vez?

Diago se pasó una mano por la cara; estaba agobiado, la vida junto a su mujer se había tornado un infierno.

—¿Estás bien?

—No, hermano, la verdad que no lo estoy.

—Espérame en Hop, voy para allá.

—No, no es necesario. ¿Estás en Toronto? —preguntó confundido—. Te hacía en Londres rodando la nueva película.

—He llegado hace una hora; tengo tres días libres y quiero pasarlos con Harper y los niños.

—Olvida lo que te he dicho; estoy bien, quédate con tu familia.

—Una hora o dos con mi mejor amigo, que me necesita, no es restarle tiempo a mi familia. Sé que, si fuera al revés, tú también vendrías a mi encuentro; es más, ya estoy en el coche, saliendo hacia Hop. Espérame, no tardaré.

Cuando llegó, Diago le hizo señas desde la alejada mesa en la que se había acomodado y, al encontrarse frente a frente, se fundieron en un genuino abrazo. Cuando se iniciaron en esa profesión, Eric, Diago y Anthony, su otro amigo, eran compañeros de piso y, a pesar de que los tres despegaron en sus carreras artísticas, ese vínculo no se había disuelto, así que, cada vez que les era posible, se juntaban, aunque coincidir con Anthony resultaba más difícil, ya que se había mudado a Los Ángeles para establecer su carrera allí; Hollywood lo había acogido desde hacía un tiempo ya.

—¿Cerveza? —Diago levantó su botella de Saint Beatnick, una marca

canadiense, mientras le hacía señas al camarero para que se acercara.

—Sí, está bien una cerveza, pero prefiero una Budweiser.

—¿Americanizado hasta en eso, amigo?

—Aún no he cenado, prefiero un sabor más suave. —Chocaron sus puños —. Bien, cuéntame, ¿qué está pasando? Tienes un aspecto horrible.

Diago se encogió de hombros y respiró sonoramente, expulsando todo el aire que contenía en los pulmones. Sabía que con él podía hablar con total libertad, pero decirlo en voz alta era admitirlo por completo.

—Nada... —agitó la cabeza, abatido—... simplemente, ya no pasa nada con Wara, eso es lo que ocurre.

Bebió un sorbo de cerveza, mientras su amigo lo dejaba que hablase.

—Mierda, no sé cómo decirlo, pero... cuando me la follo... ya no es lo mismo.

—Joder.

—Siento que últimamente somos dos completos desconocidos. Todo lo que hago y digo, le molesta; todo lo que hace y dice, también me molesta. No voy a echarle la culpa sólo a ella; es decir —se pasó una mano por el pelo—, creo que algo se ha roto. No me apoya en nada... por ejemplo, no quería que me presentara al *casting* para este papel. Además, me agobia con el tema de la boda, pero yo no quiero casarme con ella... no creo que una firma estampada en un papel vaya a solucionar nuestros problemas. Hoy, cuando he llegado, ni siquiera me ha preguntado cómo me ha ido, ni tampoco lo ha hecho estos días por teléfono cuando hemos conversado.

El camarero se acercó y Diago pidió una Bud para Eric y otra Saint Beatnick para él. Antes de que se fuera, le solicitó la carta y pidió algo de comer.

—¿Por qué sigues con ella?

—Es mi mujer.

—Pero no eres feliz y, por lo que me dices, tal vez ella tampoco lo es. ¿Lo habéis hablado?

—¿Hablar con Wara? Sabes que es una gran negadora, que jamás asumirá nada y sólo me culpará... ¿qué me preguntas, Eric?

—Pues, si no habláis, no entiendo de qué forma podréis arreglar vuestras diferencias. Y tú lo has dicho, es tu pareja, no tu esposa, así que no entiendo qué es lo que te ata.

—Mierda, no me vengas con eso; sabes que para mí es lo mismo, un papel no hace la diferencia.

—Pues a veces sí la hace, aunque no creo que sea el caso.

—Tú eres tradicional, te has casado con Harper, pero... yo no lo necesito.

—¿No te has puesto a pensar por qué no lo necesitas?

El camarero apareció con una gran bandeja y dejó todo lo que habían ordenado.

—Supongo que cenarás con tu familia.

—Déjame pagar la cuenta y vamos para casa.

—Ni lo sueñes; hace un mes que no estás con ellos, y ni loco iré a molestaros; es más, ya te dije que no vinieras.

—Entérate de que ni loco te dejaré aquí solo cenando esto. Vamos. —Eric se puso de pie y sacó su billetera del bolsillo—. Cuando he salido de casa, Harper estaba preparando un venado al horno para chuparse los dedos; por otra parte, las habitaciones abundan en casa, así que, ¡levántate!, no me hagas cabrear.

Aunque Diago pretendió negarse, supo que era en vano hacerlo, así que, finalmente, se dio por vencido y lo siguió en su Q60. Se sentía un invasor en la vida de su amigo, pero Eric podía ser muy obstinado; lo conocía muy bien y sabía que no cedería.

Cuando llegaron, Harper, que siempre era muy afectuosa, y también había adoptado a Diago como a su gran amigo en cuanto se puso de novia con Eric, lo abrazó con sentida sinceridad, colgándose de su cuello.

—Aay, pero qué bien que hayas venido, qué suerte tener a mi cuñado postizo en casa; endemoniado hombre, que nos tienes abandonados.

—Tíooooooooo...

Los niños corrieron a su encuentro y se tiraron encima de él, reclamando su atención y sus besuqueos.

—¿Has visto, cabezón?, todos se alegran de verte.

Harper miró extrañada a Eric.

—No quería venir —le explicó éste—, decía que sería una molestia.

—¿Qué estás consumiendo? —le preguntó Harper.

—Luego charlamos —dijo Eric poniendo fin a la conversación—. Sirve la cena, cariño, me muero de hambre y creo que Diago otro tanto; él también ha llegado de Los Ángeles hace unas horas.

—Ciertooo, ¿cómo te ha ido? —Harper abrazó a ambos hombretones—. Casualmente ayer, cuando hablé con Eric, le pregunté si sabía algo de ti, y me dijo que no.

—Pues... —Diago metió las manos en los bolsillos del pantalón, encogiéndose de hombros—... aún no tengo ninguna novedad, estoy a la espera.

—Quiero verte en ese filme, no sabes cómo lo deseo. ¿Por fin conoceré tu culo gracias a esa película e, incluso, algo más?

Eric sonrió indulgente...

—¿Qué? ¿Por qué me miras así, cariño? Imagina, las mujeres morirán por Diago tras el estreno de esta película; será su entrada en Hollywood por la puerta grande. Todas agonizarán por su trasero, que ya bajo el pantalón se percibe durito. —Lo pellizcó—. No te pongas celoso, cariño, tú tienes lo tuyo, pero, lo siento, Diago tiene *el culo*.

—Lo lamento, con los años su locura se acrecienta.

—No estoy loca, sólo soy una buena amiga que desea que le den ese papel, y que no está ciega.

—Gracias.

—Uuuy, qué cara, parece como si yo lo deseara más que tú.

—Lo deseo, por supuesto que lo deseo, es sólo que...

—Aaay, Dios santo, ¿no me digas que se trata de Wara? Esa mujer es exasperante, te juro que no la entiendo. Su pareja es actor, ¿es que aún no se ha enterado? ¿Qué le pasa ahora? No comprendo por qué es tan insegura... aunque, la verdad, perdóname si te ofendo, pero no creo que se trate de inseguridad, ella es una gran egoísta y además...

—Basta, cariño.

—No me hagas callar, Eric —le advirtió a su marido, dispuesta a sacar todo lo que tenía guardado—. Cualquiera mujer estaría orgullosa de Diago; ella, en cambio, parece su enemiga. ¿Sabes qué pienso? Como ella tiene una carrera pedorra de periodista y no es reconocida por nadie, simplemente envidia tus logros. Esa tía no te quiere, Diago.

—¡Harper! —la avisó su esposo, informándola de que estaba pasándose de la raya.

—Lo siento, cariño, pero alguien se lo tiene que decir alguna vez; alguien tiene que abrirle los ojos a este monumento para que despegue del lado de esa bruja. Además, no es ningún secreto que ella y yo no nos soportamos; toda la vida me ha mirado por encima del hombro. ¡Ja, como si pudiera!, metro cincuenta y nueve, mide.

—No le hagas caso, Diago, esta mujer no tiene filtros.

—Adoro a Harper, y sabes que sí le hago caso, pero...

—Pero estás ciego con Wara; sin embargo, en algún momento tendrás que abrir los ojos. No se te ve feliz, amigo. Desde luego me alegro de que nunca te hayas casado con ella.

—Harper, ya basta. Lo lamento, Diago; perdió el filtro por completo cuando se levantó de la cama esta mañana.

—Déjala, no está diciendo nada que yo no sepa.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

En medio de la conversación, Harper les pasó los platos y los cubiertos a Eric y a Diago para que ayudaran a poner la mesa; los niños correteaban por allí.

—Entonces... ¿qué harás para ponerle remedio? Te ataste a ella tras otro fracaso amoroso, y la víbora se te metió por los ojos aprovechando la situación; aún recuerdo cómo te acosaba, parecía una sanguijuela... a cada evento que íbamos, la encontrábamos, y te ganó por cansancio. No niego que es hermosa, pero usó su belleza para obnubilarte, y también su cuentito de mujer desvalida; todo lo que tiene de bonita lo tiene de bruja y de oportunista.

—Bueno, tampoco es tan así; tal como lo cuentas, me haces parecer un verdadero tonto.

—No lo eres, sé que no lo eres, pero ella tiene un carácter fuerte, y sabe tejer muy bien, es una tarántula.

—Te recuerdo que Wara es mi mujer.

—Lo sé, pero espero sinceramente que eso cambie pronto, porque no entiendo que quieras seguir estando al lado de una mujer que no te apoya en nada. No quiere a tus amigos cerca; no quiere a tu familia; no celebra tus logros; cuando tuvo que cuidar del bebé que llevaba en su vientre, tu hijo, se subió a un avión y se fue a África, donde está lleno de pestes.

—Haber perdido al bebé no es algo que Wara deseara; ella no buscó lo que pasó.

Harper frunció los labios y puso los ojos en blanco. Luego miró a Eric y prosiguió.

—Cariño, ¿podrías llevar a los niños a que se laven las manos? —Luego retomó lo que estaba diciendo—. No te apoya en nada... pero bien que le gusta gastar el dinero que tú ganas... La señora vive plácidamente en Lawrence Park South, en uno de los barrios más selectos de Toronto; por supuesto que esa parte de tu trabajo le entusiasma, ¿no es cierto?, ¿o me equivoco? Adora cambiar de coche cada año, y darse la gran vida, y le encantaría aún más si te hubiese

atrapado y te hubieses casado con ella, pero, como no lo ha conseguido, ya no sabe qué inventar para enloquecerte. Apuesto lo que quieras a que ahora ha vuelto a pedirte y, si firmas este contrato con Hollywood, lo hará de nuevo.

—Wara no quería mudarse de Woodbine-Lumsden. Sabes que yo insistí para cambiarnos de barrio y si no nos casamos es porque para mí es un trámite sin sentido.

—Vamos, que se negó a mudarse tanto como un niño se niega a comerse una bolsa de dulces en vez de un plato de sopa, y, además, gasta tu dinero como si abriera el grifo para que corriese agua, sin contar que, a la hora de apoyarte, siempre está poniéndote palos en las ruedas. ¿Sabes qué creo?, que es la forma que tiene de hacerte creer que te cuida y que cuida lo que tenéis, pero, ¿qué quieres que te diga?, a ella sólo le importa tu crecimiento económico; sé que lo que digo es contradictorio, pero así es Wara, tira la piedra y esconde la mano.

—Es mi mujer, ¿está mal que quiera lo mejor para ambos? Tú vives de lo que gana Eric, también. Después de todo, si fuera como dices, no se opondría a que tratase de conseguir este contrato.

—¿Te ha vuelto a pedir que os caséis?

Diago asintió mientras fruncía los labios.

—Ella no merece el dinero que tú ganas, nunca te acompaña, y si no quiere que consigas este papel es porque sabe que con eso cambiarían muchas cosas, y te está manipulando para lograr más beneficios, ¿cómo no puedes percartarte de ello? Y yo no soy una mantenida; desde que nacieron los niños trabajo desde casa en los proyectos de arquitectura, y por encima de todo cuido el dinero de mi esposo, no lo derrocho.

—De todas formas, Harper, ella tampoco es una mantenida.

—¡Ja! Con su sueldo, pues no creo que aporte mucho, no podría permitirse, por ejemplo, la peluquería y el spa al que asiste; eso no se paga con lo que ella gana, y los vestidos de diseñador mucho menos, ni tampoco el automóvil que conduce.

—A mí eso no me importa.

—Lo sé, Diago, tal vez me he ido por las ramas, pero, entiéndelo, ella... Amigo, —le pasó un brazo por el hombro—, tú tienes voz y voto, pero te has acostumbrado a ceder para no tener más confrontaciones. Sé que tú deseas tener un buen hogar, sé que tus intenciones son las mejores; sé también que, cuando uno vive en pareja, debe ceder en muchas cosas, pero eso tiene que ser en un porcentaje de cincuenta y cincuenta. Tú apostaste por esta relación y, si aguantas,

es porque eres un hombre de compromiso, pero ese hogar que tú anhelas no lo conseguirás a su lado. Diago, creo que estás con ella por costumbre, lo que vosotros tenéis no es amor. ¿Por qué no te casas con ella, en caso contrario? A mí no me vengas con el cuentito de que un papel no es importante y no hace la diferencia; siempre la has consentido en todo, menos en esto. ¿Cuál es el verdadero motivo que tienes para no hacerlo? ¿Te lo has preguntado realmente?

Era la segunda vez que le preguntaban lo mismo, primero Eric y ahora ella, y sentía que no podía continuar sosteniendo su magro argumento.

—Todos vemos cómo es la verdadera situación entre vosotros, falta que tú te des cuenta. Antes, cuando te conocí, eras una persona muy alegre, pero ahora vives amargado. El amor es otra cosa. Es compañerismo, es pasión, es deseo, es hacer planes juntos, es mirarse y admirarse, es disfrutar el tiempo juntos y compartir con tus seres queridos lo felices que sois. Dime, ¿cuántos de esos sentimientos compartís vosotros?

—Dios, Harper, ¿todavía estás acosando a este pobre hombre? Déjalo tranquilo; lo he hecho venir para que se relajara con nosotros, pero tú eres como un taladro que le está agujereando la cabeza desde que ha llegado.

Eric había regresado, interrumpiendo la conversación. La pregunta había quedado flotando en el aire, pero dando vueltas en la cabeza de Diago.

Los niños colgaban de los brazos de su padre, que llevaba una diminuta y graciosa capa de Superman atada al cuello; los llevaba con la cabeza apuntando hacia el suelo, riendo sin parar. Acoplándose a la algarabía, Harper se subió a su espalda mientras Eric cargaba con todos.

Los hijos del matrimonio Reeve tenían dos y tres años. Ellos habían sabido formar una familia ideal, perfecta; a simple vista se los veía consolidados como pareja y se complementaban en todo; bastaba con mirarlos un instante para darse cuenta de cuánto se amaban. Y, aunque a Diago le costara reconocerlo, sabía perfectamente que la mujer de su amigo tenía razón, incluso lo había pensado en ese momento, al ver a su casi hermano tan familiar.

Mientras los observaba, se tocó el pecho; sintió dentro de él un clic, y una sensación avasallante le cerró la garganta. Continuó cavilando y sonriendo al verlos tan felices y plenos, y fue entonces cuando tuvo la total seguridad de que él jamás tendría un día como ése junto a Wara.

* * *

Habían pasado tres días y Diago continuaba durmiendo en un hotel. Wara no lo había llamado y él tampoco a ella; sin embargo, Diago James era consciente de que no podían continuar así, era preciso que pusieran las cartas sobre la mesa y decidir de una buena vez su futuro; necesitaban definir si continuaban juntos o, por el contrario, lo hacían por caminos separados.

Decidido a ponerle solución a la situación, se dio una ducha rápida, se vistió con ropa que había recogido con anterioridad de casa mientras Wara estaba trabajando y salió de la habitación.

Era casi la hora en la que ella acostumbraba a llegar, así que se sentó tranquilamente en el sillón a esperarla. Sólo habían transcurrido unos pocos minutos, que aprovechó para revisar la correspondencia que estaba apilada sobre la mesa baja de la sala, bebiendo con fruición de un botellín de agua que había cogido del refrigerador, cuando la puerta de entrada se abrió. Wara lo miró, cerró la puerta y pretendió ignorarlo. Pasó de largo por la sala que se comunicaba con la cocina y el comedor, pero él se levantó y la sujetó por un brazo.

—Debemos hablar, ¿no te parece?

—¿Ahora quieres hablar? Te has ido durante tres días y ¿ahora vienes y sólo quieres hablar? Si crees que voy a escucharte cuando a ti te dé la real gana, estás muy equivocado.

—Sólo he pretendido darte tiempo para reflexionar; yo también lo he hecho.

—Pues yo no quiero hablar de nada.

Quiso seguir caminando, pero él no se lo permitió.

—No podemos seguir así, Wara, no podemos continuar destruyéndonos de esta manera. Nos decimos cosas hirientes, últimamente sólo son reproches y más reproches. ¿Te has puesto a pensar que hasta discutimos por una marca de pasta de dientes? Todo parece ser un buen motivo para reñir... que si la comida tiene mucha o poca sal, que si cambiamos de lugar algo que había puesto el otro en otro sitio, que si me tocaba a mí hacer las compras o a ti, que si la música está fuerte, que si el programa de televisión no es el que queríamos ver...

—Es que a ti te interesa exclusivamente tu carrera, sólo estás pendiente de ella.

—No es verdad, sólo anhelo tener tu apoyo, que te emocionen las mismas cosas que a mí, que te sientas orgullosa de lo que hago, pero a ti sólo te conciernen tus asuntos, tu trabajo, tus amigos, tus gustos... y yo sólo me tengo que adaptar. No sé qué más hacer... Te invito a cenar y no quieres salir; te

propongo que hagamos un viaje y tampoco te entusiasma; te planteo organizar una comida con amigos y tampoco lo deseas. No soportas a mi familia, ni a nadie de mi entorno; quieres cambiar todas mis costumbres, si bien antes no te molestaban o tal vez fingías que así era, ya no lo sé. —Se miraron en silencio—. ¿Sabes? —Diago frunció los labios y apretó las mandíbulas—, creo que tienes razón, esta conversación no tiene sentido; no ha sido una buena idea venir a razonar contigo, porque a ti no te interesa escucharme. Wara, vives de mal humor, cansada, quejándote por todo. Dime: ¿cuánto tiempo hace que no nos decimos cosas dulces?, ¿te has puesto a pensarlo? No nos vemos en todo el día, o durante días, y cuando lo hacemos nos tratamos como extraños. Me pasé unos días fuera del país y, cuando llegué, sólo nos dimos un deslucido beso.

—Esto parece un concurso para ver quién tiene la culpa. Dices que soy fría, que no te escucho, que no te presto atención, que no me interesan tus cosas... todo tiene que girar siempre en torno a ti.

—Explícame por qué siento que las cosas son al revés.

—Pues tal vez deberías pensar lo que haces tú para que yo sea así.

—Dímelo —le exigió en un grito—, eso es lo que espero, es lo que quiero para que lo resolvamos.

Wara se lo quedó mirando y luego quiso volver a marcharse.

—No te irás, terminaremos de hablar. En realidad debemos empezar a hacerlo, porque lo único que compartimos cuando nos sentamos a cenar son las cuentas que debo pagar, y cuando quiero contarte algo, tú sólo me interrumpes y hablas de tu trabajo o de Kurtis, y estoy hasta las pelotas de oír lo exitoso e inteligente que es tu amigo, y lo bien que le va en sus negocios, y el nuevo automóvil que se ha comprado, y los problemas que tiene con su novia, y... Simplemente creo que a ti ya no te intereso.

—Pensaba que querías hablar de nosotros, pero esto es lo mismo de siempre, se trata de tus celos hacia Kurtis, se los has tenido desde el principio. Fui muy clara contigo cuando me conociste y lo sigo sosteniendo: no dejaré mi amistad con él de toda la vida sólo porque a ti no te caiga bien.

—Eso que dices no es cierto, sabes de sobra que me llevo muy bien con Kurtis; cuando nos vemos, hablamos y nos entendemos de maravilla, pero tú... tú siempre lo pones por delante de mí. Y estoy fastidiado y asqueado. De eso, y de todo, de que pretendas que vivamos aislados del mundo, de que no toleres a mis amigos y yo tenga simplemente que adaptarme a tus cosas. Cuando me

conociste, sabías perfectamente a qué me dedicaba... y antes no te importaba, pero ahora sólo acepto los trabajos que a ti te parecen bien, y no hemos parado de discutir desde que me presenté a las pruebas para *Al otro lado*.

—Se supone que somos una pareja y que las decisiones las tomamos juntos; ese trabajo que quieres conseguir nos está separando, por eso no quiero que continúes.

—¡Carajo! —gritó él de repente, elevando mucho más el tono de lo que ya venían haciéndolo—. ¿Dime en qué decisión que tú tomas yo influyo o la intento revertir? Siempre te apoyo en todo.

—Tal vez porque ya no te intereso.

—Tal vez tengas razón...

Le gritó más fuerte, harto de todo, y un silencio muy incómodo se instaló entre ellos.

—Si realmente no me interesaras, no estaría aquí intentándolo, y discutiéndolo; sólo pruebo de apoyarte en lo que te hace feliz, tu felicidad es la mía.

»Wara, estoy hasta las narices de que la mayoría de las noches nos acostemos y sólo nos demos la vuelta para ponernos a dormir.

—¿Para ti todo pasa por el sexo?

—No, sabes que no es así, sabes que nunca ha sido así, sólo que siento que ya hasta eso hemos perdido... Nuestra cama está fría, Wara; cuando lo hacemos, siento que sólo es eso, sexo, que seguimos juntos por costumbre... Aunque me gustaría poder negarlo, hace tiempo que algo se ha roto entre nosotros; lo que teníamos, lo que tuvimos, ya no existe.

» Creo que quiero separarme.

—Está bien, si eso es lo que quieres.

—¿Estás de acuerdo?

—No, no lo estoy.

—Entonces, lucha, ¡joder!, lucha por nuestra relación, lucha por mí.

—Te das cuenta, esto sólo se trata de ti, no de nosotros.

—Mierda, no vamos a llegar a entendernos, no lo haremos.

Diago James se apartó de ella, cogió la chaqueta que estaba sobre el sillón, las llaves que había dejado sobre la mesa y tomó fuerzas para marcharse nuevamente. Cuando estaba cruzando la puerta, ella le chilló.

—No te vayas, no me dejes, no lo hagas. No podría soportar otro fracaso.

Ella no le dijo que se quedara porque lo quería, simplemente lo seguía

tratando como si él fuera sólo un objeto en su vida. Pero estaba llorando y Diago no podía verla así, odiaba cuando lloraba. Wara era siempre muy fuerte, y le partía el alma verla tan vulnerable, así que la apretó contra su pecho y la sostuvo hasta que se tranquilizó.

—No me iré, ya no llores más, no lo haré; si eso es lo que quieres, me quedaré.

Había accedido una vez más a que las cosas continuaran tal como estaban; si alguien sabía cómo hacerlo sentir culpable, ésa era Wara Adams, toda una experta. Sumido en una gran confusión que se apoderó de todo su cerebro, decidió que esperaría unos días a que las cosas se calmaran y luego volverían a hablar.

Quinto

Tras una semana de paz, habían vuelto a pelearse. Esta vez, porque Diago le pidió que esperase al intervalo del partido para sacar la basura, pero, como Wara era una gran controladora y, además, no tenía ninguna paciencia, pues cuando pedía las cosas simplemente esperaba que fueran hechas ya, la tormenta estalló. El tema era que Diago estaba cansado de que lo tratase como si ella tuviera el derecho de mangonearlo a su antojo; él era consciente de que quizá durante una época, para evitar los roces, había cedido demasiado, pero ahora... ahora tenía las pelotas hinchadas, y estaba dispuesto a hacer las cosas de acuerdo a sus tiempos.

Dicen que el mediocre es un ser dócil, maleable, ignorante, un ser casi vegetativo carente de personalidad, pero Diago James estaba dispuesto a cambiar ese concepto de sí mismo, no quería continuar siendo un ser que vegetaba al lado de Wara Adams. Él tenía ideales, y éstos lo llevarían a luchar por el futuro que él quería forjarse; si ella lo acompañaba, bien y, si no, era tiempo de encontrar su propio camino.

Continuó mirando el partido, pero la pequeña disputa había sido suficiente como para desconcentrarlo; sin embargo, no le daría el gusto, así que permaneció estoico mostrándose concentrado en la pantalla del televisor.

«Jodida mujer, dice que no colaboro, pero parece haber olvidado que esta mañana me envió a la lavandería a que llevara mis camisas y las suyas, y luego me dio una lista para que pasara por el mercado y surtiera la despensa y el refrigerador, mientras ella se iba a la peluquería; claro, y eso sin contar con que, cuando llegué del gimnasio esta tarde, la señora estaba tomando un relajante baño con sales y yo preparé la cena. Sólo necesitó sentarse y comer; sin embargo, se quejó porque había tenido que aclarar los platos para meterlos en el lavavajillas, y ahora tiene el descaro de poner el grito en el cielo sólo porque no he sacado la basura cuando ella lo ha dicho. Mierda, ya no nos toleramos más; sólo tenemos que asumirlo de una buena vez.»

No era tan tarde, pero Wara se había ido a dormir enojada, mientras que él miraba el encuentro de hockey sobre hielo; ese día jugaba su equipo, los Maple Leafs, contra los Ducks, y los Maple iban ganando 5-2.

Diago se levantó a buscar otra cerveza cuando sonó su móvil; lo sacó del bolsillo y cogió la llamada sin comprobar de quién se trataba.

—Diago, soy Jobs, Frederick Jobs, ¿te acuerdas de mí?

—Jobs, por supuesto que sí; es sólo que me ha sorprendido, no esperaba una llamada suya directamente, y menos a esta hora. —Su corazón latía desacompañado.

—Lamento que sea tan tarde... es verdad, allí tenéis unas cuantas horas más que aquí. Hemos estado trabajando hasta tarde, pero no quería aguardar hasta mañana, espero no haberte despertado.

—No, desde luego que no; estaba viendo el hockey.

—En ese caso, lamento interrumpirte el partido.

—No es nada, luego lo veo en diferido. Pero, dígame, lo escucho.

—Bueno, primero que todo, tutéame. Y... ¿es cierto que no esperabas una llamada mía o del equipo de producción?

—La verdad, más que esperarla, lo ansiaba... sólo que, bueno, usted ya sabe...

—Tú sabes.

—¿Cómo?

—Que me tutees, tú sabes.

—Cierto, tú sabes; lo siento, es que es un poco extraño tratarte con tanta confianza.

—La necesitaremos, Diago. Pues, para entendernos mejor, necesitaremos llevarnos bien; es preciso crear un marco ideal de trabajo, ya que has sido elegido para protagonizar la película.

Las palabras no salían de su boca... Había soñado con recibir esta noticia desde que decidió presentarse al *casting*; sin embargo, en ese momento había quedado como idiotizado, en silencio, detenido en el tiempo y repitiendo en su cabeza la última frase dicha por Jobs. El corazón le latía con más fuerza aún, y temía que se le escapase del pecho por la boca.

—Diago, ¿sigues ahí?

—Sí, por supuesto, Frederick, aquí estoy. El caso es que ha sido una noticia... inesperada.

—He querido dártela personalmente, me ha parecido mejor así.

—Es fabuloso que me hayas llamado tú y te lo agradezco; claro, anhelaba este papel y realmente puse todo de mi parte por conseguirlo. Esperaba que los planetas se alinearan a mi favor y lo lograra.

—Lo hemos notado, tu *casting* fue maravilloso; nos convenciste a todos de que eras el indicado, así que por eso te llamo, y no creo que tenga que ver con que los planetas se hayan alineado, tu trabajo fue realmente muy bueno. Creemos que encajas perfectamente con el personaje, tu perfil da con lo que buscábamos y, además, nos gustó tu actuación.

—Muchas gracias.

—Bien. Supongo, entonces, que todavía quieres el papel.

—Sí, por supuesto que lo quiero.

—En ese caso, la productora te enviará tu contrato en breve para llevar a cabo las negociaciones y empezar a trabajar lo antes posible.

—¿Cuándo sería lo antes posible?

—Si firmamos durante esta semana, pues antes tendremos que ponernos de acuerdo en un par de cosas que te requeriremos relativas a tu estado físico y a tu aspecto, para que cuadre con la caracterización del personaje... Si nada se retrasa, está previsto que en tres meses empecemos a rodar. Nos resta decidir todas las localizaciones y obtener los permisos, así que nos espera un trabajo arduo para poder comenzar a tiempo.

—Perfecto, ¿dónde tendrá lugar el rodaje?

—Todavía no hemos definido exactamente los lugares; como te acabo de decir, de momento estamos a tope con la preproducción, a pleno rendimiento. Pero, Diago, te gustarán. Créeme, haremos un gran trabajo juntos. La historia que ha escrito Leona es realmente exquisita, y tengo muchas ideas en mente que espero materializar junto a ti. Liam Miller también se ha lucido con el guion y ya está en mis manos, y me encanta; sacaremos mucho partido de él. Así que sólo me queda decirte lo que siempre le digo a los actores que dirijo: *sitzfleisch*. — Diago captó que había hablado en alemán; de todas formas, de inmediato él le tradujo la palabra—, perseverancia, ésa es la clave. Tienes en tus manos el poder de triunfar y permanecer en lo más alto. Aprovéchalo, hijo.

—Así lo haré, no tengas dudas de que tengo toda la intención de hacerlo.

—Me alegra oírlo; nos entenderemos muy bien, ya verás.

—Bien, entonces, esperaré a que me llegue el contrato y... una pregunta más. ¿Quién será mi *partenaire*?

* * *

Hacía casi una semana que Delanie estaba en Nueva York junto a su amigo.

—Brett, no tengo ganas de salir de fiesta. Id vosotros y no os preocupéis por mí, me quedaré viendo una película.

—¿Qué tienes, *my queen*? Últimamente nada te entusiasma, me inquietas.

—No sé, Brett; estoy pasando por un momento de desinterés total. Quizá me vaya unos días al rancho de mi abuelo; papá estará contento de que pase un tiempo con él. Sigue sin aparecer ningún trabajo; he ido a cuantas pruebas me ha conseguido mi agente, y de ninguna me han llamado. Estoy un poco desanimada.

—Pero ya saldrá algo. Antes nunca te había importado estar una temporada sin trabajar, y tampoco te vas a morir de hambre, cariño.

—Pero necesito ocupar mi tiempo en algo más que en compras y salidas; por otra parte, Daniel está volviéndome loca —hablaba de su expareja—: no para de llamarme; lo he bloqueado en todas partes, y ahora me amenaza con que, si no regreso con él, será culpa mía si lo encuentran muerto a causa de una sobredosis. He llamado a su madre, pero a ella su hijo no le importa nada. No sé qué hacer.

—En cuanto a Daniel, tú no puedes ayudarlo, él tiene que ayudarse a sí mismo. No dejes que siga manipulándote; lo hizo durante un año y ésa no era vida para ti. Y si necesitas llenar tu tiempo, ocúpate de mí... sabes que tengo debilidad por mi adorada amiga, o sea, tú.

—Eres injusto, siempre me ocupo de ti.

—Entonces cambia esa cara, ponte guapa y vamos al cumpleaños del amigo de Bru.

—No, de verdad que prefiero quedarme.

—¿Seguro? Es que Bru y yo debemos ir a la fiesta de Marlon, pero no quiero dejarte aquí sola. *My angel*, salgamos a divertirnos.

—Tranquilo; no te preocupes por mí, te prometo que estaré bien.

Tras una hora viendo una película en Netflix, Delanie se dio cuenta de que no tenía idea de qué iba la misma porque no le había prestado ni pizca de atención. Refunfuñó sonoramente, miró el reloj y, al constatar que no era tan tarde después de todo, apagó la televisión. De un salto, se levantó del sofá y se precipitó dentro del vestidor para cambiarse el pijama por ropa más adecuada, y mientras lo hacía llamó a Brett.

—¿Qué ocurre, *my angel*?

—Me he arrepentido de mi decisión; dame la dirección de la fiesta, cogeré un taxi para ir.

—Mira que eres caprichosa... pero me encanta que hayas cambiado de opinión, aquí hay mucho champán. Lanie, ¿quieres que vaya a buscarte?

—No te preocupes, sólo pásame la dirección por WhatsApp; yo me las arreglo para llegar, cogeré un taxi.

* * *

Aunque no lograba divertirse por completo, al menos no sentía tanta soledad. Conocía a los amigos de Bruce y Brett, así que no se trataba de que se sintiera incómoda entre ellos, sólo era un estado emocional del que esperaba deshacerse muy pronto.

Las burbujas del champán se le habían subido un poquito a la cabeza; había empezado a reírse de todo y su voz sonaba más estridente que cuando hablaba con normalidad. Tal vez debería parar de beber, ya que hacía tiempo que había dejado de ser una adolescente que no tenía control de su vida, pero lo cierto era que el alcohol que en ese momento corría por sus venas la había hecho sentirse un poquito mejor.

Cuando se dispuso a dejar la copa vacía sobre una mesa, percibió la vibración de su móvil en el bolsillo trasero del pantalón, así que lo cogió y se dirigió fuera, donde la música no se oía tan alta.

—¿Hola?

—Delanie, soy Frederick Jobs.

—Oh, Jobs, ¿cómo estás? ¡Qué sorpresa!

—Ésa era la intención, sorprenderte. ¿Te llamo en un mal momento?

—No lo creo; si es para lo que imagino, jamás podría ser un mal momento. Dime, por favor, porque voy a morir de un ataque al corazón en este mismo instante.

Él se carcajeó al otro lado de la línea, y ella, que estaba bastante achispada, soltó una risotada que estuvo segura de que lo había dejado sordo.

—Me has dicho que si es para lo que te imaginas, así que cuéntame qué.

—Bueno, mi imaginación puede ir muy lejos, pero prefiero no crearme falsas esperanzas.

—Te doy permiso para que creas que tus esperanzas se han hecho realidad.

Gritó conmovida.

—Lo siento, lo siento, es que estoy feliz. Sólo quiero oírtelo decir una vez, para que sea del todo real.

—El papel es tuyo, felicidades.

Delanie Jones rio sin parar.

—Lo lamento, de verdad. Parezco loca, pero es que estoy en una fiesta y he bebido un poco de champán.

—Ya me he dado cuenta.

—¡Esto es genial!, es lo que deseaba.

—Me alegra mucho tu entusiasmo.

—¿Cuándo me enviaréis el contrato?, ¿cuándo comenzamos?

—Te lo harán llegar sin falta en los próximos días.

—Un momento, ¿con quién trabajaré? ¿Quién es mi coestrella?

* * *

Diago no podía creerlo, no cabía en sí de alegría; quería gritar de emoción, pues por fin había conseguido el trabajo que había estado esperando que llegara desde que comenzó su carrera de interpretación. Sentía que por fin se le abrían las puertas de Hollywood; llegar allí era el sueño de todo actor.

Inmerso en el reflujo de la noticia, subió los escalones de dos en dos, abrió la puerta de la habitación y se abalanzó sobre Wara. Al parecer ella dormía, pero no le importó... era una gran buena nueva, la mejor que había recibido en toda su vida; era su sueño hecho realidad y sólo quería compartirlo con ella.

—Wara, cariño —la zarandeo ligeramente para que no se sobresaltara—; Wara, despierta. Me han llamado de la productora de *Al otro lado*.

—Diago, estoy durmiendo, mañana me lo cuentas.

—Sólo quería decirte que me han dado el papel.

—Qué bien, me alegro por ti, es lo que querías. Déjame dormir, odio que me despiertes en mitad de la noche.

Se dio media vuelta abrazándose a la almohada, y él le acarició la espalda; luego se levantó de la cama y, de pie junto a ella, se quedó observándola durante unos instantes, mientras intentaba encontrar a la mujer con la que años atrás decidió compartir su vida, pero concluyó que, aunque su reflejo era el mismo, su interior parecía otro; era como si dentro de ella, en ese momento, habitara otra persona a la que Diago no reconocía.

A partir de ese instante, empezó a verlo todo con una nitidez que le atizó en plena cara y le movió los cimientos. No sentía nada por su mujer, y ella tampoco por él; sólo debía buscar la manera de tomar distancia, de la mejor forma para ambos, porque del amor que una vez creyó que existía entre ellos sólo quedaba una triste epifanía.

Sin saber qué más pensar, pero seguro de que no deseaba que la bronca superara su felicidad, cerró los ojos y apretó los puños; tenía un nudo en la garganta. Entonces recordó la llamada de Jobs y revirtió el sentimiento, volviendo a sentirse feliz. Aunque no tuviera con quién compartirlo, se sintió pleno, y muy capaz, seguro de sí mismo como hacía tiempo que no lo hacía.

Salió de la habitación dispuesto a no dejar que ella arruinara su momento de gloria, Diago James estaba demasiado contento como para permitírsele, así que decidió que no iba a amargarse.

Regresó a la sala y miró la hora; en realidad no era tan tarde, pero su padre se levantaba muy temprano y no creía que hubiera aguantado despierto para ver el partido de los Maple, así que fue al refrigerador y cogió una botella de champán, la destapó y brindó consigo mismo por los logros alcanzados; inmediatamente después, cogió el móvil y buscó la aplicación de WhatsApp; abrió el chat que tenía con su hermana, su padre y la esposa de éste y dejó un escueto mensaje de voz contándoles la buena nueva. Por un momento tuvo la esperanza de que tal vez alguno estuviera despierto aún y lo escuchara, pero, aunque aguardó unos instantes, la espera resultó en vano y nadie respondió. Abrió el chat que tenía con sus amigos, pero Eric estaba rodando en Londres y Anthony se encontraba en Croacia, y en ambos sitios era de madrugada, pero igual les dejó un mensaje para que, cuando lo leyeran, se enteraran de la noticia.

Tras vaciar el contenido de su copa, Diago cogió la botella y se la zampó completa bebiendo a morro.

* * *

A Delanie le faltaba el aire tras cortar la comunicación con Jobs. Se reía sin parar, pero nadie reparaba en ella, ya que todos estaban demasiado ahogados en alcohol como para notar que reía más de lo usual. Miró a su alrededor escaneando entre la gente, pero no encontró a sus amigos por ninguna parte.

—Disculpa, ¿no has visto a Brett o a Bruce? —le preguntó a una chica que había visto anteriormente hablando con ellos.

—Están en la cocina preparando daiquiris.

Fue hacia allá como una posesa, pidiendo disculpas a los que se llevaba por delante.

«Dios, qué de gente hay en este apartamento; no entiendo cómo los vecinos no se quejan», pensó mientras se abría paso.

—Aquí estáis, os andaba buscando.

—Toma, *my angel*, prueba este trago explosivo que acaba de preparar Bruce.

Ella empezó a balbucear y a agitar las manos, luego comenzó a saltar; parecía que le había dado un ataque de epilepsia o algo así, no podía estarse quieta. Después arrancó a reír y a llorar a la vez, le quitó la copa de la mano a Brett y se la tomó de un tirón y, tras coger a Brett del cuello, saltó sobre él.

Todos la miraban como si de pronto se hubiera vuelto loca; en verdad la noticia parecía haberse llevado un poco de su cordura... Si el equipo de producción de la película la viera en ese estado, tal vez incluso desistiría de la idea de contratarla.

—Cálmate. ¿Qué pasa, Lanie? Estás llorando y también te ríes, no entiendo nada.

—Lo he conseguido, Brett, lo he conseguido. Acaban de llamarme, me han dado el papel protagonista de *Al otro lado*.

Bruce soltó todo lo que tenía en las manos y se unió a ellos; los tres empezaron a saltar como posesos. El cumpleaños, que conocía a Delanie muy bien, también se unió a la felicitación y de pronto todo se convirtió en un gran pogo.

—Lo sabía, lo sabía —gritaba Brett, eufórico.

—Te lo dije, sólo tenías que sacar a la perra que tenías dentro y comerte el papel.

—Lo hice, Bruce; juro que, cuando entré a la sala de *casting*, me acordé de tu consejo y eso fue lo que hice.

Todos continuaban saltando unidos al festejo, y ella seguía sin poder creérselo.

Cuando se tranquilizó un poco, llamó a su padre y a su madre mediante una llamada grupal por FaceTime; obviamente los despertó, pero a ninguno pareció importarle. Dominick, su padre, estaba tan contento que incluso despertó a

Sylvia, su esposa desde que se divorció de la madre de Delanie, y de inmediato se lo pudo ver caminando hasta el dormitorio de los dos hermanos de Lanie para contarles también a ellos lo que estaba pasando.

—Despertad, la familia tiene que celebrar esta noticia: mi princesa acaba de conseguir el papel principal de *Al otro lado*. Felicidad a vuestra hermana.

—Papá, déjalos, pobrecitos; están dormidos.

—No, no, ya se espabilan, ya se enteran. Somos una familia y estamos juntos en las buenas y en las malas.

—Déjalos, papi, están cansados, y mañana tienen colegio, ¡te has vuelto loco!

—Estoy muy orgulloso de ti, princesa.

—Gracias, papi, ¡te quiero tanto! —De pronto advirtió el rostro de su madre anegado en lágrimas—. Mami, ¿estás llorando?

Su esposo, que también estaba despierto, la abrazaba y la llenaba de besos al tiempo que, aún algo adormilado, felicitaba a Delanie.

—Sííí... no puedo creerlo, o sea, has trabajado en otras películas, pero todos sabemos que ésta será la que te catapultará a la fama, y... Dios, ¡qué mayor estás!, mi hermosa princesa de ojos azules. Dominick —dijo Melania hablando con su exmarido—, hemos hecho un gran trabajo tú y yo con esta niña, es perfecta.

—Lo sé, Melania; debemos sentirnos muy orgullosos, pero, además, es algo que se lo debemos también a Sylvia y a Víctor, nuestras respectivas parejas; ellos también han contribuido a la crianza de nuestros hijos, y entre todos conformamos una gran familia.

—Los tuyos, los míos y los nuestros, Dominick —acotó por fin totalmente despierto Víctor Kent—, siempre será así. Somos afortunados de llevarnos todos tan bien.

En casa de Dominick Jones, y también en la de Melania Grayson, todos habían despertado en mitad de la noche para celebrar junto a Delanie su éxito.

«Mi familia es única, es la mejor que alguien puede tener. Siempre he oído que la familia no se elige, pero, sin duda, si yo tuviera la posibilidad de hacerlo, los elegiría con los ojos cerrados», pensó Delanie sumamente emocionada.

Después de colgar con sus padres, llamó a su hermano Chuck, a quien también despertó, pero no le importó lo más mínimo, pues era una noticia demasiado buena como para guardársela. Por último, y cerrando su círculo más

íntimo, despertó a Keyra y a Peyton, la hija de Sylvia, a quien ella consideraba como una hermana.

* * *

De regreso a Hollywood Hills, entró en su casa y dejó el bolso por ahí. Necesitaba darse una ducha antes de que llegaran Keyra y su madre; ellas iban a acompañarla al abogado. Los estudios cinematográficos le habían enviado el contrato y estaba deseosa de reunirse con su representante legal para que éste negociase ciertos puntos; ansiaba poder firmar cuanto antes, para comenzar con el rodaje tan pronto como se lo indicaran.

—Diosaaa, ¿dónde está mi amiga más bella y talentosa?

—Estoy en la ducha, Key; pasa.

Keyra entró en el baño y Lanie, asomada tras la mampara, vio cómo bajaba la tapa del retrete para sentarse allí.

—Key, te juro que aún no me lo puedo creer.

—Dios, yo estoy tan feliz que ya se lo he contado a toda mi familia; mi hermano te envía sus felicitaciones.

—Dile que muchas gracias.

—Me comentó que Jobs es un gran director, que él lo quería para su próximo proyecto —el hermano de su mejor amiga era Roy Maleck, un conocido actor y productor cinematográfico—, pero éste tenía otros compromisos asumidos y no pudieron concretar.

—¡Estoy tan feliz! Víctor, el marido de mamá, me dijo exactamente lo mismo de Jobs, que es un tipo magnífico y un profesional de primera clase.

—Y encima trabajarás con Diago James, con el que mejor te habías sentido durante las pruebas. Juro que te envidio, ese hombre está de muerte lenta. Por *Deus* —Keyra invocó a Dios en portugués—, esa boca me tiene loquita; sus labios están perfectamente prohibidos, como la manzana de Eva, y tú, maldita hija de perra, lo besarás.

—Creo que nos llevaremos muy bien. Espero no equivocarme, pero... para de babear.

—Imposible no hacerlo con semejante ejemplar. Si me permites mi opinión, me da la sensación de que no es mala persona, ni mal compañero, se nota que es un amor. ¿Qué dirá su mujer? Porque vas a tener que interpretar algunas escenas muy *hot*.

—Key, es trabajo, y ella es su realidad, ¿qué va a decir? Además, ya debe de estar acostumbrada. Tengo entendido que, cuando lo conoció, ya trabajaba como actor. Además, no tengo que explicarte que nada de lo que ocurre ahí es cierto. Jobs me dijo que él le comentó que estaba muy contento con que yo fuera su compañera.

—Eso es bueno. De todas formas, si yo fuese su mujer, con lo guapo que es, por supuesto que estaría algo celosa. Diago tiene un cuerpazo y un rostro alucinante; es perfecto. No hay ni una sola fotografía en Internet en la que salga mal; es escultural y, por si eso fuera poco, tú eres una diosa también.

—Calla, eso lo dices porque eres mi amiga.

—Permiso.

Melania se asomó tras la puerta.

—Veo que estáis de tertulia y, como de costumbre...

—... en el baño —acotaron las tres a coro.

—El tiempo pasa, pero por lo visto hay cosas que nunca cambiarán —añadió su madre.

—Hola, mami.

La recién llegada le tiró un beso al aire, Delanie cerró los grifos y Keyra le alcanzó una toalla para que ésta pudiera salir de la ducha.

—Hola, Melania.

—Hola, hermosa. —Se dieron un beso—. Me gusta tu nuevo corte de pelo.

—Es supercómodo, me alegra haberme decidido a cortármelo —comentó Key mientras se peinaba con los dedos.

—Lo sé, lo he llevado corto durante mucho tiempo, pero ahora estoy contenta con mi larga melena.

—En seguida estaré lista —anunció Delanie, que estaba acelerada de manera evidente.

—*Babe*,¹ es temprano; no te apures, llegaremos a tiempo a la cita con el abogado.

—Gracias por acompañarme, mami.

—Jamás te dejaríamos sola; sabes que, de no haber podido venir, tu padre sería quien estuviese aquí o, en el último de los casos, lo haría Chuck, tu hermano mayor.

»Por cierto, la abuela me ha dicho que, apenas firmes el contrato, la avises; esa mujer está ansiosa por contarle a todo el mundo que su nieta será la protagonista de *Al otro lado*.

—La abu está como loca, ya me lo ha dicho millones de veces.

—Es tu fan número uno, lo sabes.

* * *

—Tranquilas, intentaremos reducir las disposiciones de exclusividad que limitan la frecuencia y los lugares de trabajo. El resto me parece que está todo dentro del marco legal y no es nada descabellado, incluso los porcentajes por *merchandising* son los adecuados, pero siempre podemos intentar conseguir un poco más; eso dejadlo en mis manos. No debéis preocuparos, he revisado todas las cláusulas y he visto que también están previstos los pagos de los gastos derivados de los viajes promocionales; está todo perfecto. Sin embargo, intentaremos conseguir un poco más de las primas de taquilla, renegociaremos la «favored nations», que tiene que ver con que a todos los artistas se les paga igual; eso no es así, y lo sabemos, lo que sucede es que ellos esperan que se nos escape y no protestemos.

»En cuanto a los términos relativos a la realización de los desnudos, ¿no deseas modificar nada, Delanie?

—Lo que detallan es lo convenido verbalmente, así que hasta ahí llegaré, y no permitiré que se sobrepasen.

—Podemos negociar lo de tu imagen y aspecto físico hasta el momento en que terminen las grabaciones, aquí te piden que asistas a un gimnasio.

—Tengo mi *personal trainer*.

—En ese caso pediremos que lo contraten. Por supuesto, siempre pretenden controlarlo todo e intentan ver si accedemos a todas sus exigencias, pero les demostraremos que sólo son tus empleadores, no tus dueños. No obstante, con respecto a las cláusulas de moralidad, lamento decirte que, en esta parte, se convierten un poco en eso.

Melania le cogió la mano a su hija.

—Lo siento, pequeña, esta parte siempre es así. Te lo digo por experiencia propia.

—Tu madre no me deja mentir. Este párrafo ilustra las preocupaciones de la empresa contratista con respecto a la opinión pública y, lo que es más importante, la capacidad y el talento para trabajar del actor; desde ya te digo que, todo lo de este apartado, es inamovible, no podemos cambiar ni una coma... aunque las cláusulas afecten a lo que pasa bajo tus sábanas, por el lapso de

tiempo que dure tu contrato hasta que se estrene la película y las promociones terminen, estás atada a esto. No te puedes inmiscuir en ningún escándalo amoroso ni de otra índole que afecte a tu conducta moral, que debe ser intachable, porque ello lo considerarían como un atentado contra la productora; es decir, lamentablemente la gente se deleita con el mal comportamiento de las estrellas y algunos viven indirectamente gracias a sus transgresiones. Por eso esto no lo pasarán por alto bajo ninguna circunstancia, y en parte es lógico, es su forma de resguardar el dinero que invierten. De esta manera se aseguran, entre comillas, de que el filme no se convertirá en un circo mediático; no desean que la taquilla se vea afectada porque los protagonistas se vean envueltos en una bulla o reyerta de fans, por ejemplo. Si eso sucediera, estarían en todo su derecho de rescindir tu contrato; debes saber, además, que, si quisiéramos apelar contra una resolución como ésta, prácticamente estaríamos hablando de un caso perdido; la jurisprudencia que existe sobre este tema así lo indica. Es simple, si alguien tiene que sangrar, no serán ellos.

—Eso me llamó un poco la atención cuando lo leí, en ninguno de mis anteriores contratos lo habían indicado de este modo.

—Cariño, ahora formarás parte de la flor y nata de Hollywood.

—Exacto, Delanie, es como dice tu madre: estás a punto de debutar en las ligas mayores; son millones los que ellos están poniendo en juego y se cubrirán las espaldas desde todos los flancos. Además, como sabes, el público está muy fanatizado con este libro y tomará partido por todo: que si les gusta tu pareja, que si no, que si te quieren ver sola o prefieren hacerlo acompañada...

—Lanie, amiga —Keyra le acarició la espalda—, es un compromiso que no creo que te cueste; eres una chica que jamás se mete en problemas.

—No me gusta el hecho de saber que ellos son los dueños de mi vida de alguna manera.

—Cariño, sabes que este papel no es cualquier papel, y que estarás en el ojo de la tormenta continuamente. Es una película que la espera todo el mundo, es tu salto a la fama. A mí me pasó cuando rodé *Secretaria a tiempo completo*; continuamente querían relacionarme con el protagonista y verme separada de tu padre. La gente se obsesiona cuando una historia se les mete bajo la piel —acotó su madre, refiriéndose al momento en el que grabó una película en la que fue protagonista.

—Bueno, entonces, supongo que realmente eso no debería ser un motivo de preocupación para mí; no tengo ninguna relación con nadie y no creo que tenga

tiempo de tenerla mientras rodamos esta película. Sólo hago salidas ocasionales con amigos, no soy de meterme en ningún lío, llevo una vida sana, mi único vicio es el cigarrillo y ojalá pudiera dejarlo —miró a Keyra, que asintió—, así que, despreocúpate, Lance, creo que en definitiva no me importa —le corroboró a su abogado—. No he hablado de mi vida privada en ninguna entrevista, y simplemente, con que vean que estoy sola si algún *paparazzi* me pesca en la calle, será suficiente. Luego que saquen sus conclusiones. No me besaré públicamente con nadie, ni tampoco tengo con quién hacerlo.

—Pero presumo que más de uno, cuando se entere de que harás esta peli, querrá regresar contigo.

—Key, no tengo intención de estar con nadie, lo sabes. Hace un par de meses que salí de una relación tóxica, y así, sola, estoy de fábula.

—Quieres que pida una modificación en cuanto a la regulación de lo que posteas en tus redes sociales.

—Sólo subo fotos en las que aparezco con mis amigos. Mi cuenta de Instagram es pública, pero la de Facebook es de uso privado; nadie sabe de su existencia salvo mis íntimos. En cuanto a mi Instagram, no hay problema en regular las publicaciones a lo que ellos consideren beneficioso para la película, eso lo puedo arreglar con Evelin... quiero decir, con mi publicista, para que sirva como promoción para mí y para la producción; dejemos que ellos se pongan de acuerdo en este punto.

—Bien, agregaré entonces que modifiquen eso para que lo dispongan de común acuerdo con tu agente.

»Eso es todo. Cuando obtenga todas las modificaciones que pretendemos, te avisaré para acompañarte a firmar el contrato.

Al salir del abogado, Delanie tenía muy claro que, como con cualquier acuerdo legalmente vinculante, Lance defendería muy bien sus derechos; por otra parte, el profesional era de confianza, puesto que él siempre se había encargado de sus anteriores contratos, al igual que de los de sus padres, así que eso la dejaba plenamente tranquila, pues sabía fehacientemente que se trataba de un reputado abogado transaccional y no de un cuasi agente. En cuanto a su relaciones públicas, la confianza también era plena; Eve era amiga de la familia desde hacía muchos años, y siempre estaba alerta, protegiéndola de todo, ya que ella también llevaba la carrera de su padre y de su madre, así que nada tenía que temer.

Sexto

Tras semanas de negociaciones, el representante legal de Diago consiguió casi todo lo que pretendían cambiar en el contrato, así que sólo restaba que él viajase a Los Ángeles para firmarlo.

Se encontraba en su casa preparando una maleta mediana, puesto que debía quedarse algunos días en dicha ciudad, pues la productora lo había contactado y quería que empezaran cuanto antes con la preproducción de la película; mientras dilucidaba qué tipo de ropa llevarse, su móvil sonó.

—Carmen, qué grato oírte.

—Hola, Diago, lo mismo digo. Te llamo para informarte de que te he conseguido un vuelo, pero el único que había disponible es con escalas y... el problema es que tienes que salir antes de lo previsto, mañana.

—No te preocupes, estoy preparando la maleta ahora mismo.

—Perfecto, te estaré esperando en el aeropuerto. Te recogeré yo misma; revisa tu correo, que mi secretaria te ha enviado toda la info del billete por ese medio.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Te adelanto que de ahí nos iremos directamente a la productora; durante el camino aprovecharemos para ponernos de acuerdo en algunos puntos que tienen que ver con la publicidad de tu imagen.

Diago colgó la comunicación tras despedirse, y se abocó de inmediato a terminar de preparar su equipaje. Se sentía listo para comenzar el trabajo, del mismo modo que lo estaba para conseguir cuanto antes la transformación de su aspecto exterior; ansiaba encajar a la perfección con los rasgos que le requerían para interpretar el personaje.

Wara entró en la habitación; en su cara se podía advertir claramente un gesto de preocupación.

—¿Pasa algo?

—No, nada; pensaba que estarías en el gimnasio.

La cogió por el mentón y la miró a los ojos.

—Estoy haciendo la maleta, el viaje se ha adelantado. ¿Has estado llorando? ¿Te ha ocurrido algo en el trabajo?, ¿por qué llegas tan temprano?

—No, como dices eso, ¿qué va a pasarme? Tengo la vista cansada por las luces del estudio. Me sacaré esta ropa, me daré un baño y quedaré como nueva.

Ella hizo un paso y luego retrocedió.

—Debemos hablar antes de que te vayas.

—Me voy mañana, Wara. Pareces preocupada y, aunque me digas que no ocurre nada, sé que algo no va bien.

—Tienes razón, no estoy bien.

La cogió de la mano, se sentó en la cama y la acomodó sobre su regazo.

—¿Qué sucede? Creí que ayer hablamos lo suficiente y que habíamos llegado a un acuerdo con lo de la película. Incluso me dijiste que me acompañarías cuando el horario de tu trabajo te lo permitiese, que lo intentaríamos todo para salvar nuestra relación.

—Sé perfectamente lo que hablamos ayer y, aunque sigo sin estar de acuerdo con que hagas esa película, te dije que te iba a apoyar. —Ella hizo una respiración muy profunda—. He llegado temprano porque he ido al médico.

—¿Qué tienes?

—Nada de cuidado, fui para hacerme un chequeo de rutina, pero... —Diago frunció el ceño, concentrándose en lo que ella estaba diciéndole—. Es decir, bueno, me hicieron una ecografía por lo de la irregularidad en mis periodos, y por la variación en el sangrado que presenté los últimos meses. Yo creía que era por estrés, sin embargo...

—¿Estás bien? ¿Te han encontrado algo? ¿Eso es lo que me estás queriendo decir? Wara, ¿estás enferma?

—No, exactamente estoy...

—Habla de una maldita vez.

Diago la miró a los ojos sin dejar de estudiar su semblante; estaba pálida y tiritaba entre sus brazos. La apremió a que le explicara de una buena vez qué sucedía, pues el silencio lo estaba exasperando.

—No me grites; estoy embarazada.

—Joder... ¿Estás segura? Digo... mierda...

La apartó de su regazo, dejándola sentada en la cama, y luego se levantó procesando las palabras y mesándose el pelo. No sabía de qué forma asimilar la noticia que acababa de recibir; iba a ser padre, y sentía que no era el mejor momento para que eso ocurriera. No era un secreto para nadie que la pareja no

estaba bien y, aunque querían tapan el sol con un dedo y continuar pensando que las cosas se arreglarían, lo cierto era que sólo se trataba de un afán imposible; de hecho, no podían pretender que ese bebé fuera un niño milagro y que llegaría para salvar mágicamente su relación, pero esa criatura tampoco tenía la culpa de que ellos ya no se amaran.

Diago caminó hacia la ventana mientras recordaba que momentos antes había contemplado la idea de que ese alejamiento les serviría para, finalmente, decidirse y separarse. De pronto, en un segundo, los planes habían cambiado, y en ese instante lo único verdadero era que ese ser que Wara llevaba en su vientre existía y... ¿él lo había puesto ahí? Se reprendió en silencio por sus vagos pensamientos; eso era obvio, ¿cómo podía ponerlo en tela de juicio?, pero, aun así, no pudo contener los reproches que salieron de su boca.

—Se suponía que estabas tomando precauciones. ¿Qué ha pasado con tu plan anticonceptivo? ¿Acaso... dejaste de tomar las píldoras? ¿Lo has hecho a propósito? Porque, si pensabas que por esto iba a renunciar a la película, estás muy equivocada.

—¿Qué mierda estás diciendo, Diago? Por supuesto que no lo he hecho a propósito. Los dos nos metimos en la cama y follamos, y si bien yo me dejé, te recuerdo que, para que esto sucediera, tú llegaste al orgasmo y eyaculaste. Esto no es sólo responsabilidad mía.

—Lo has hecho a propósito. No vas a manipularme, Wara, no seguirás haciéndolo. — Calló sus últimas palabras: «no pienso casarme contigo».

—Yo tampoco creo que sea el momento adecuado para tener un hijo, pero esperaba que me apoyaras y que me ayudaras a lidiar con semejante noticia. Te estás comportando como un completo gilipollas. Para mí también es una sorpresa; además, joder, ¡estoy de más de tres meses!

—¿Qué? ¿Cómo es posible si seguías teniendo la menstruación?

—No seas ignorante, a veces pasa.

—¿Y las píldoras?, ¿te las estabas tomando?

—Sí, las tomaba, Diago, por supuesto que las tomaba.

Él respiró sonoramente, estaba agobiado. El silencio los invadió una vez más, pero continuaron sosteniéndose la mirada. La angustia de Wara era palpable a simple vista, y Diago estaba siendo un gran idiota.

—¿No quieres al bebé?

—No es eso, el caso es que... joder, Wara, no me lo esperaba justo ahora. No estábamos buscando tener un hijo. Después del aborto natural que sufriste,

dijiste que querías esperar, que por ahora preferías centrarte en tu carrera de periodista.

—Lo sé, pero ha pasado.

—Lo que ocurre es que siempre pensé que, cuando tuviéramos un hijo, éste sería deseado. —Se arrepintió al instante de sus palabras, pero era muy tarde, habían salido de su boca sin meditarlas—. Oye, no he querido decir eso...

—Pero lo has hecho, y ya sé que no lo deseas, eso me ha quedado claro, pero lo tendremos de todas formas. Así que ve haciéndote a la idea.

Se levantó de la cama con la intención de irse, pero, cuando pasó junto a él, Diago la agarró por la muñeca para detenerla.

—Espera, perdóname, soy un imbécil. —La abrazó por detrás e hundió el rostro en su cuello, para besarla en esa parte—. No te angusties, claro que quiero al bebé, por supuesto que lo quiero. Es sólo que la noticia me ha cogido por sorpresa. La otra vez, cuando quedaste embarazada, lo habíamos planeado y estábamos esperando que sucediera; ahora tanto tú como yo teníamos otros planes. —Bajó las manos y acarició su vientre—. Tendremos un bebé, Wara; por supuesto que estoy feliz.

La giró para que lo enfrentara y le sostuvo el rostro entre las manos, besó sus labios lentamente y de inmediato la cobijó entre sus brazos.

—¿De verdad estás feliz?

—Sí, por supuesto; perdóname por ser tan bruto.

* * *

—Vaya, esto es increíble.

—Harper, lamento venirte con mis problemas, pero necesitaba hablar con alguien y Eric no está, y no quería hacerlo por teléfono. Dios, ¿qué estoy diciendo? —Arrugó la frente, pensó que lo que acababa de soltar no decía nada bueno de sí mismo—. Un hijo no debería ser un problema, me siento fatal por considerarlo.

—Cálmate. Sé que suena terrible, pero estabais más cerca de separaros que de tener un hijo. Te entiendo, no tienes que explicarme nada... y no te sientas mal, sabes que no voy a juzgarte, incluso creo que... ¡Ay, Diago!, yo no tengo filtro, tú sabes que no soy la mejor para darte un consejo. ¡Mierda, Eric Reeve!

—Harper cerró los ojos y miró al techo invocando a su esposo—, tendrías que estar aquí aportando tu cordura, porque estoy a punto de decir cosas que no quiero decir.

—Tranquila, di lo que piensas; sabes que puedes hacerlo.

—¿Es tuyo? ¡Joder! Joder, no he querido decir eso; es decir, vosotros, ¿follabais? No me hagas caso. ¡Ay, Diago!, no quisiera estar en tu pellejo, amigo.

—Sí, es mío, Harper.

—Bien, disculpa; el caso es que estabais tan mal que por ahí me dije que cabía la posibilidad de que no hubiera sexo entre vosotros.

—Quizá no tendríamos que haberlo hecho, porque mira ahora las consecuencias, pero el bebé no tiene la culpa de lo que nosotros ya no sentimos.

—Te conozco y sé que estarás para todo lo que Wara y el crío necesiten. Más allá de si continuáis juntos o no, sé que serás un gran padre.

—No puedo dejarla ahora, ni siquiera puedo considerarlo. Sabes que pensaba separarme, pero esto lo cambia todo.

Séptimo

La preproducción casi había acabado tras cinco meses de ardua tarea. El inicio del rodaje se había retrasado más de la cuenta, pero por fin toda la logística financiera estaba puesta en marcha, así como el *storyboard* o guion gráfico; la estructura de la película se había planificado minuciosamente en un número secuencial de escenas y planos, al igual que el movimiento o efecto de la cámara, incluso la acción de cada escena estaba representada en términos visuales, junto a un comentario descriptivo de la acción, narración o diálogo que Jobs había trabajado junto con el guionista, Liam Miller. Se habían contratado a todos los actores, de igual forma que al resto del equipo: editor, encargados de vestuario, maquilladores, técnicos de sonido, operadores de cámara, iluminadores y directores visuales y de fotografía; además, todas las localizaciones estaban elegidas y el calendario de rodaje ya se había estipulado. Por tanto, sólo restaba reunir a todas las partes involucradas en el proyecto, para llevar a cabo la primera lectura del guion. Era necesario terminar de engrasar toda la maquinaria para que el rodaje comenzara.

Una vez más el punto de reunión era en Los Ángeles; los habían convocado en la oficina de producción establecida desde los inicios del *casting*.

—Wara, ahora no puedo, estoy a punto de entrar en la reunión; no quiero llegar tarde.

—Todo es más importante que yo.

—No es cierto, sabes que no es así. Vosotros sois lo más importante para mí.

—No se nota, porque estoy casi a punto de parir, pero te has ido y me has dejado sola en Toronto en medio de una mudanza.

—Tengo compromisos asumidos, Wara. Sin esos compromisos, hubiera sido imposible que nos mudásemos a una casa más grande para esperar el nacimiento de nuestra hija, así que deja de quejarte de una vez, porque tienes la casa que siempre quisiste gracias a este contrato contra el que despotricas tanto.

—Maldita la hora en la que se cruzó esa película en nuestras vidas. Pronto te irás y tu hija ni te reconocerá. Nunca pensé que iba a criar sola a tu hija.

—Me hartas. Ya te dije que vendréis conmigo; la producción pronto me enviará un dossier con casas para que elijamos una. Carmen se encargará de ello.

—Debes estar feliz de que tuve que dejar mi trabajo para parir a tu hija y seguirte.

—Lo bueno sería oír que estás feliz por parir a nuestra hija.

—No iré a ningún lado hasta que dé a luz.

—Entonces, ¿qué mierda quieres que haga? Nada te va bien. Me estás volviendo loco, Wara, ya no sé qué hacer para que estés conforme.

No quería seguir retrasando su entrada, así que, dejándola con la palabra en la boca, colgó, contrariado, y puso el móvil en silencio.

Cerró los ojos, frotándose la nuca; estaba dispuesto a deshacerse de la voz de Wara, que todavía resonaba en su cerebro. Diago era más que consciente de los cambios hormonales que se producían durante un embarazo; el médico se lo había explicado y por ese motivo quería pensar que todo se reducía a eso. Sin embargo, no podía dejar de desear que el mal genio de ella se aplacara; además, vivía con la sensibilidad a flor de piel y en una montaña rusa constante de emociones, pues estaba feliz y, a los cinco minutos, deprimida, rompía a llorar o tenía explosiones de ira sin motivo aparente. En realidad, rogaba para que pariese pronto, porque su paciencia estaba llegando a sus límites y temía perder la cordura.

Apretó un puño, lo apoyó contra sus labios y luego dejó caer el brazo chasqueando la lengua. Por más que quisiera seguir negándolo y atribuírselo todo a los cambios de humor provocados por el embarazo, lo cierto era que las cosas con Wara iban de mal en peor, y de peor a un gran desastre anunciado. Ellos no estaban bien desde antes, así que no podía estar tan ciego y adjudicarle todo al estado gestacional de su mujer. A veces tenía ganas de mandarlo todo al carajo; sólo se frenaba cuando imaginaba a su pequeña creciendo alejado de él, eso lo aterraba. Sin embargo, tampoco era bueno continuar sumido en esa pasividad, pues se sentía terriblemente mal. Se veía como a un cobarde a la vista de todos, y eso lo frustraba; jamás imaginó que el proceso de convertirse en padre fuese a ocurrir de aquella manera.

Diago levantó la vista para caminar hasta la entrada de la productora y, en el trayecto, unos ojos azules de alguien que descendía de un Aston Martin One-77, de color negro, se cruzaron con los suyos. Ella le sonrió espléndida y se apresuró

a cerrar la puerta de su superdeportivo para ir a su encuentro. Con familiaridad, así era ella, espontánea y vivaz, lo abrazó por el cuello y dejó un mullido beso en su enjuta mejilla.

—¡Felicidades!

—Igualmente.

Delanie negó con la cabeza al tiempo que frunció los labios y la nariz.

—Yo no seré madre... no me felicites.

Diago rio sonoramente mientras echaba la cabeza hacia atrás, al tiempo que le tocó el hombro como quien le da una palmadita a un amigo.

—Joder, eres muy graciosa; yo me refería a que conseguimos el papel.

—Y yo me refería a tu próxima paternidad. Ya me enteré de que el anuncio del bebé llegó con un pan bajo el brazo, tu contrato. Supongo que tú y tu mujer debéis de estar inmensamente felices.

—Por supuesto, lo estamos; ya falta poco para que nazca nuestro bebé.

—¿Cuánto, exactamente?

—Algo menos de un mes.

—Entonces, cuando hicimos el *casting*, ya estaba encinta.

—Sí, pero nos enteramos con retraso; es una larga historia, pero no lo supimos hasta que estuvo de poco más de tres meses.

—Eso es más común de lo que crees. Mi abu siempre me cuenta que, cuando quedó preñada de mi madre, le pasó eso. La trataban por indigestión y estaba de tres meses. ¿Ya sabéis lo que será, o sois de los que no quieren saberlo?

—Es una niña.

—Espero que no seas celoso.

—No lo soy.

—¡Qué suerte! Imaginaba que sí, no sé por qué, pero me figuraba eso; te juro que hubiera apostado a que eras celoso y posesivo; es que... tu mujer es muy hermosa y supuse que la vigilabas de cerca; por consiguiente, creí que también harías lo mismo con tu hija. Rollos mío, no me hagas caso. Hacéis una bonita pareja.

—Gracias, Delanie.

—Lanie, llámame Lanie; es más familiar y me gusta más. Ya te lo pedí, ¿recuerdas? Es que mi madre, mi padre y mis hermanos, cuando están enojados conmigo, me llaman Delanie.

—Ok, no lo olvidaré. Entremos o al final llegaremos tarde.

—Vamos, compañero. Estoy muy feliz de que seas tú con quien deba trabajar.

—Lo mismo te digo, compañera; presiento que nos llevaremos de maravilla.

—Mis amigos dicen que soy una buena amiga. Ojalá que éste sea el comienzo de una bonita amistad entre tú y yo. Por lo general, con mis compañeros de reparto siempre me llevo muy bien y soy de las que creen en la amistad entre un hombre y una mujer.

—Yo también creo en la amistad entre un hombre y una mujer, y puedes estar tranquila, no soy una persona conflictiva; la mayoría de los días me levanto de buen humor.

—Ah, bueno... yo no dormiré contigo, así que no importa si te levantas con cara de ogro y gruñendo.

Ambos se desternillaron de risa mientras Diago abría la puerta para acceder a la productora. Le cedió el paso, acompañando su andar con su mano posada en su espalda.

—Ya me has hecho reír a carcajadas; por favor, hoy no nos partamos de risa o nos echarán antes de empezar.

—Yo no he hecho nada.

—Eres traviesa, Lanie; me gusta tu forma de ser. Creo que debe ser muy divertido ser tu amigo.

—Por lo general, quienes me conocen dicen que soy siempre el alma de la fiesta. Soy un poco payasa y me encanta hacer reír a los demás; en realidad, se trata de que me gusta ver a la gente feliz. —Le pasó la mano por el cuello, abrazándolo—. Trabajaremos para que sonrías mucho, en las fotos en Internet siempre estás demasiado serio.

—¿Me has estado estudiando?

—No siento vergüenza al reconocer que te estuve *stalkeando*.² Quería saber más de ti. ¿Tú no hiciste lo mismo conmigo?

—La verdad —él entrecerró los ojos y luego continuó hablando— es que le pedí un informe a mi relaciones públicas; ella conoce a la tuya y de esa forma resultó mucho más fácil que si me hubiera dedicado a buscar información sobre ti en Internet. Decidí no correr riesgos, ya que lo que se encuentra en la Red, a veces, puede no ser veraz.

—Vaya, no te tenía en ese plan, ¿un informe personal...? Diago, eso es muy intenso.

Él se acercó a su oído y le habló susurrando.

—Lo sé todo de ti, incluso varios secretos.

Delanie abrió los ojos como platos.

—No te asustes, ¡es broma! Era mi turno de tomarte el pelo. Humm... ¡qué intriga!, te has asustado. ¿Cuáles son esos secretos, Lanie?

Entraron y la pregunta quedó flotando en el aire.

La primera lectura del guion les llevó casi todo el día, incluso a la hora del almuerzo la productora tuvo que encargarse de que hubiera un gran menú para degustar. Además, la reunión sirvió para que todas las partes involucradas en el proyecto se conocieran: desde el elenco de actores hasta los ejecutivos del estudio, los principales financieros, productores, jefes de departamentos, escritores y directores... todos estuvieron presentes.

—Bien, la carne está en el asador —acotó Frederick Jobs—. Todo está en marcha. El equipo técnico y yo viajaremos la semana próxima a Vacluse, en Nueva Gales del Sur, Australia, porque las fechas que nos han dado nos obligarán a filmar esas escenas primero, así que, como os hemos comentado, en un mes nos encontramos todos allí.

* * *

—¿Has venido en coche? —le preguntó Delanie cuando salieron de la productora.

—Han puesto un vehículo a mi disposición para llevarme y traerme los días que me quede en Los Ángeles. Ahí está, con el chófer esperándome. —Diago señaló hacia el bordillo, hacia un monovolumen Mercedes-Benz Clase V de color negro.

—Ok; en ese caso, mañana nos vemos para la sesión de fotos.

Se despidieron con un beso en la mejilla, él subió al coche y Delanie buscó su llave en el bolso para montarse en el suyo y marcharse. Pero, entonces, no quiso reprimir su instinto y se volvió hacia el vehículo con cristales tintados que transportaba a Diago James; golpeando con los nudillos la ventanilla, llamó su atención antes de que éste se fuera.

—¿Qué ocurre?

Lanie cambió el peso de un pie a otro.

—Ehh... Esta noche es el cumpleaños de una de mis amigas y le hemos organizado una fiesta sorpresa en mi casa, ¿te gustaría venir? —le propuso.

Diago sonrió; tenía la mandíbula cuadrada y una sonrisa encantadora. Su mirada, que por lo general era rígida y penetrante, se iluminó al instante y sus ojos se vieron de un gris azulado más intenso y vivaz.

—¿Eso es un sí?

Diago desbloqueó su móvil y fijó su ardiente mirada en ella.

—Dame tu teléfono; si me decido a ir, te llamaré para que me pases tu dirección.

Delanie levantó una ceja, cogió su teléfono y le habló desafiante.

—Pásame tu número.

Él se lo dictó tras carcajearse.

—Veo que te gusta llevar la iniciativa.

Ella continuaba inmersa en la pantalla; cuando terminó de escribir, levantó la vista y le guiñó un ojo. En aquel momento el móvil de Diago vibró en su mano.

—Ahí tienes mi dirección, te espero a las nueve.

Octavo

Diago se hospedaba en The Grafton, un hotel *boutique* emplazado en el Sunset Strip de Los Ángeles. Salió de la ducha con una toalla enroscada en la cintura y frotándose con otra el pelo. Hizo su camino hacia el vestidor al tiempo que se quitó la toalla, para ir en busca de ropa interior; sin embargo, en el trayecto divisó su móvil sobre la cama, así que lo cogió y de inmediato llamó a Wara.

—Hola, ¿cómo está mi hija?

—Las dos estamos bien. Hoy ha estado pateando todo el día; ya estoy en la cama, tengo los pies muy hinchados.

—Maggie está contigo, ¿verdad?

—No, ha salido. Tenía una cita con un tipo que conoció por Facebook, ¿te acuerdas de que algo te conté de ese chico de Kensington Market?

—Sí, lo recuerdo, ¿aún sigue con eso? Pero... ¿volverá a casa a dormir? No quiero que te quedes sola. Si no, le puedo preguntar a mi hermana si puede ir.

—No estoy sola, Kurtis se ha quedado en casa.

—¿Kurtis?

—Sí, ¿qué pasa? Fuimos compañeros de piso en la época de la universidad.

—Lo sé, pero... deja, no importa, lo importante es que no estés sola.

—Si estuvieras en tu casa, como corresponde, conmigo, que estoy a punto de dar a luz...

—Para, Wara, ya te he dicho que está bien, no ha sido un reproche. Y no estoy por aquí por gusto, sino por trabajo. No discutamos, por favor. Cuéntame que has hecho hoy.

—Desembalar cajas, tratando de ordenarlo todo un poco, y organizando la nueva casa.

—Cuídate; el parto está muy próximo, así que no hagas ningún esfuerzo que no debas hacer.

—Kurtis ha sido una bendición. Ha venido hoy por la mañana y gracias a él todo está bastante acomodado. Incluso me estuvo ayudando a colgar algunos cuadros... y se ha encargado de otras cosas que deberías haber hecho tú. ¿Qué

haces ahora?

—Justo acabo de ducharme; tal vez vaya a una fiesta.

—¿Una fiesta? ¿Qué tipo de fiesta? —Wara sonó irritada al instante.

—Un cumpleaños. Me han invitado hoy y me servirá para crear vínculos con el elenco de actores.

—¿Estarán los actores de la película? ¿Dónde es la fiesta?

—Me ha invitado Delanie, mi coprotagonis...

—Sé quién es... —lo cortó de inmediato—. Haz lo que quieras. Yo aquí como un globo de gas a punto de explotar y tú, de fiesta, ¡me parece fantástico!

—Wara, no tengo ganas de ir, pero, como acabo de comentarte, es una buena ocasión para crear vínculos.

—Los vínculos debes crearlos en el trabajo, no fuera del *set*.

—Me parece un desaire por mi parte si no voy.

—A mí me vienes haciendo desaires desde hace tiempo y no te preocupa tanto.

—¿Quieres que pongamos en una balanza quién hace más desaires a quién? Creo que, claramente, se inclinaría a tu favor. Se me hace tarde, aún no me he vestido; sólo he llamado para saludarte y comprobar que estás bien, no te estoy pidiendo permiso. De hecho, tienes a un hombre metido en mi casa y no te lo reclamo.

—Kurtis es mi amigo.

—Espero llegar a establecer una gran amistad con Delanie; es muy agradable, y ésa es la mejor manera para entendernos en el trabajo, ya que pasaremos muchas horas grabando, y si lo logramos será más fácil para que las escenas salgan más naturales.

—Espero que realmente no te entendas demasiado con ella. Y no hay punto de comparación con Kurtis; no soy una cualquiera, como estás insinuando.

—Yo no te he puesto ningún título, te lo estás poniendo tú solita.

* * *

Tras un corto recorrido por las calles de Los Ángeles, Diago llegó a Hollywood Hills. Bajó del monovolumen y le indicó al chófer que lo aguardara mientras él llamaba a la puerta.

La entrada de la casa de Delanie era sencilla, un gran portón de madera lustrada cercado por muros de ladrillos vista, tejas españolas y abundante vegetación que asomaba rebasando el muro. Echó un rápido vistazo alrededor, advirtiendo que la casa no desentonaba del resto; el entorno era monótono, con viviendas enclavadas en las colinas del selecto barrio hollywoodense, con fachadas muy discretas, precisamente para mantener el enigma de quiénes las habitaban.

De inmediato tocó al timbre, pero ya desde la entrada podía oírse *Dive*, en la voz de Ed Sheeran, así que, considerando que la música estaba a tope, pensó que era poco probable que lo oyeran. Con tranquilidad, hurgó en su bolsillo y sacó el móvil para llamar a la anfitriona y que ésta le abriese.

—Hola. Tú eres Diago, ¿verdad?

El joven actor fue sorprendido por una voz femenina cuando se apartaba del bordillo tras indicarle al chófer que lo esperara; no tenía intención de quedarse demasiado rato.

—Hola —dijo frunciendo el ceño—. La amiga de Lanie, ¿no?

—Sí, soy Keyra. Hola otra vez. Ven, tengo llave; entremos juntos.

Diago rápidamente vio que la chica traía un *pack* de botellines de agua, así que, con solidaridad, se apremió a aliviarla del peso.

—Gracias.

Keyra se dispuso a meter la llave en la cerradura, cuando la puerta se abrió. La mirada de Delanie esquivó el cuerpo de su amiga y saltó a él al instante. Diago llevaba puesta una chaqueta clara, pantalones color caqui y una camiseta blanca ajustada que revelaba lo torneado de su tonificado pecho en la abertura.

—¡Estás aquí! —Lo cogió del brazo pasando de largo a Key y lo invitó a entrar—. Ven, pasa. Qué suerte que te has decidido a venir, lo pasaremos genial; ya verás que mis amigos son muy buena gente.

—Hola, Lanie —acotó Keyra risueña, al tiempo que cerraba la puerta tras de sí—; también he llegado.

Por supuesto, no fue oída. Ellos caminaban por delante mientras Delanie no paraba de hablar. Entraron en la cocina y le indicó que dejase los botellines sobre la encimera.

—Ven, Diago, te presentaré a mis amigos.

La canción había cambiado, pero Ed Sheeran continuaba amenizando la velada; ahora sonaba *Perfect*. Diago miró a Lanie; realmente era una chica dulce y hermosa, como decía la canción. Se veía fresca, despreocupada; lo presentó

uno por uno a sus amigos y éstos lo recibieron de inmediato como si él fuera uno más de ellos. Brett, el mejor amigo de Delanie, le alcanzó un quinto de Corona, que bebió rápidamente con fruición.

—Bien, ¿quién es la cumpleañera?

—Aún no ha llegado —le explicó ella mientras robaba un sorbo de su botellín—; ahora la traerá mi hermana. Bueno, en realidad Peyton es hija de Sylvia, la segunda esposa de mi padre, pero nos hemos criado juntas, así que es como si fuera mi hermana. Aparecerá por aquí con la excusa de recoger algo que supuestamente se olvidó en mi casa.

Interrumpiendo la conversación, un hombre se acercó a ellos y cogió a Delanie por la cintura para pegarla a él; luego la levantó y la hizo girar, y le habló al oído mientras besaba una y otra vez su cuello, haciendo que se tronchara de risa.

—Chuck, cariño, déjame que te presente.

Diago miró al recién llegado con un recelo que no entendió por qué sintió, pero que brotó de inmediato en él como si fuera el magma de un volcán en erupción.

—Él es Diago, mi coprotagonista en *Al otro lado*.

—Hola —le tendió la mano sin soltar a Lanie de su agarre—, soy Chuck Jones.

—Jones —repitió él al tiempo que estrechaba su mano.

—Es mi hermano mayor; tengo dos más pequeños, somos cuatro en total: dos por parte de madre y dos por parte de padre.

Como Diago se había detenido a mirarlos, pudo advertir varias similitudes entre ellos; en verdad se parecían mucho. Delanie le devolvió la cerveza y él bebió sintiéndose un completo idiota.

«¿Qué mierda me pasa? —pensó mientras bebía—. ¿Qué cojones me importa con quién está? Como si fuera de mi incumbencia...»

Un nuevo desconocido se acercó a ellos, arrancando a Lanie de los brazos de su hermano.

—Daniel... —Ella expresó su nombre claramente sorprendida.

—¿Ya no me invitas a tus fiestas?

El desconocido intentó besarla en los labios, pero ella puso las manos entre ambos, empujándolo por el pecho.

—Dan, ¿qué haces?

—Te saludo.

—Ey, ey, parece que mi hermana no quiere saludarte de esa forma. ¿Qué te ocurre, idiota?

—Oh, pero si está el bueno y entrometido de Chuck. ¡Claro, cómo no iba a estar cuidando las bragas de su hermanita!

El tipo vestía íntegramente de negro: una camiseta descolorida que se notaba que había pasado mejores días, pantalón pitillo rasgado en las rodillas y chaqueta de cuero con tachas; del bolsillo del pantalón colgaban cadenas.

Diago miró al tipo de punta a punta, estudiando su aspecto. Llevaba unas botas bastante gastadas con los cordones desanudados; su aspecto, de dejado, no concordaba con Delanie en absoluto y, a decir verdad, le costó siquiera imaginarla al lado de un chico como él. Analizó su rostro; llevaba gafas de sol en plena noche, lo que hacía suponer casi sin lugar a dudas que estaba escondiendo su narcotizada mirada.

Con un movimiento torpe, Daniel Brady la cogió por la muñeca, ignorando a su hermano y queriendo apartarla de allí.

—Déjame en paz. ¿Quién te ha dejado entrar? Estás totalmente puesto, ¿con que te has dado esta vez, Daniel? No puedes ni hablar, se te enreda totalmente la lengua; eres un completo desastre. —Lanie lo regañó a viva voz.

—Joder, estoy mal, pequeña, te extraño... Estoy drogado, sí, por ti estoy así. Ya no sé qué mierda hacer para que me dejes entrar de nuevo en tu vida; no me coges el teléfono, me esquivas en todo momento... no me has dejado más opción que venir a por ti, necesitaba verte.

—Deja de dar este lamentable y puto espectáculo y márchate antes que te saque yo mismo a la fuerza —lo advirtió Chuck, apartando a su hermana del cretino que acababa de llegar.

Con un movimiento muy calmado, Diago dejó la botella de Corona en una mesa cercana; dudaba de si intervenir o no, pero el estúpido drogadicto se estaba poniendo bastante pesado, y además era evidente que no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer como Delanie Jones.

—Tú no te metas, marica.

Daniel Brady no coordinaba ni sus movimientos ni sus palabras. Volvió a tirar de Delanie como si ella fuera de su propiedad, y esta vez lo hizo de muy malas maneras. Diago, entonces, soltó su puño sin pensarlo y lo asestó certeramente en el rostro de aquel despojo de hombre. Brady quedó desparramado en el suelo, su cabeza rebotó contra éste y el actor se abalanzó sobre él, levantándolo por la chaqueta como si él fuera una pluma intentando

defenderse. Daniel probó a dar un golpe que no pudo conectar, pero entonces algunos de los presentes intervinieron, separándolos, evitando así que todo pasara a mayores.

—¿Dónde mierda aprendiste a tratar a una mujer? Imbécil, te ha dicho que te largues; aquí no eres bienvenido, ¿es que no lo has oído?

Diago estaba enfurecido, y hasta él se asombró de cómo había perdido los estribos. Tres de los amigos de Lanie lo agarraban; sin embargo, parecía un derroche de energía infructuoso, ya que no había manera de detenerlo. Al notar su furia y descontrol, Delanie le enmarcó el rostro y le habló mirándolo a los ojos.

—No vale la pena. Cálmate, ya está. Brett y Chuck se han encargado de sacarlo de la casa. Tenemos un contrato firmado, Diago; no necesitamos un escándalo ahora mismo, tranquilízate.

Al oír sus palabras, dejó de forcejear, regresando de nuevo a la realidad. Lo soltaron despacio, y él recompuso su ropa.

—Lo lamento; no pretendía arruinarte la fiesta, pero... la forma como te ha tratado me ha sacado de mis casillas, y cuando ha tirado de ti de esa manera, no he podido contenerme. Lo siento de verdad.

—Gracias... nunca nadie me ha defendido con tal vehemencia.

Delanie cogió su mano; sus nudillos estaban enrojecidos y presentaban un corte; probablemente se lo había hecho con los dientes de Dan.

—¿Te duele?

Él negó con la cabeza y abrió y cerró la mano, probándole que estaba bien.

—Ven, vamos a la cocina a ponerte hielo.

—No hace falta, en serio.

—Tú has cuidado de mí, ahora me toca a mí; déjame cuidarte, permíteme hacerlo. — Sonó casi como un ruego.

Se quedaron mirando como si no hubiera nadie más presente. Diago accedió a que ella lo llevara hasta la cocina y se sentó en una silla, en el lugar en el que Lanie le indicó que lo hiciera.

—Sé lo que hago. Tengo un hermano varón, y a menudo, cuando era adolescente, regresaba golpeado. Chuck, de joven, fue un chico problemático. He cuidado de él, así que no dudes de que estás en buenas manos.

Diago sonrió y asintió con la cabeza, y ella cogió una bolsa de comida congelada del refrigerador, se sentó frente a él y agarró su mano, que era grande y con las venas marcadas, con dedos largos y bronceados. Se sintió atrapada por

el contacto con su piel, e intentó concentrarse en la tarea, pero le resultó difícil no sentirse atraída por el calor que emanaba de él.

—Lo siento. Daniel no estaba invitado, no sé qué hacía aquí.

—No te disculpes, yo no tendría que haber reaccionado como lo he hecho. Casi desato un caos; me he comportado de forma desproporcionada; es la primera vez que vengo a tu casa y me lío a puñetazos con tu... —Se detuvo sin saber qué título ponerle. No deseaba pensar que ese estúpido pudo estar relacionado de alguna manera con Delanie; en verdad no parecían tener nada que ver el uno con el otro—. No soy una persona violenta —continuó explicándole mientras intentaba dar una justificación a su manera de proceder—; lo que pasa es que tengo algunos problemas personales, y creo que ese idiota me ha servido de válvula de escape para descargar mi ira. Lo siento, tal vez no debería llamarlo idiota, quizá aún signifique algo para ti.

—No —se apresuró en aclarar con vehemencia—. Daniel y yo hace algún tiempo que terminamos y, si no lo hubieras golpeado tú, estoy segura de que Chuck lo hubiera hecho; sólo te adelantaste.

—¿Saliste con él?, ¿en serio fue tu novio?

—Sé que no se ve muy adecuado, pero Dan no siempre fue así como lo has visto. Creo que las drogas lo están destruyendo, y no desea ser ayudado. Me cansé de que fuera mi proyecto humanitario. Lo quiero, pero no como se quiere a... No es un mal chico. —Se quedaron en silencio durante algunos instantes—. Has dicho que tienes problemas personales, ¿tienen solución? Espero que sí.

—Yo también espero que así sea—contestó él.

—Soy experta en atraer a mi vida a personas que no merecen la pena.

«Ya somos dos; no eres sólo tú la que cuenta con ese *privilegio*», pensó él, pero calló.

—Lanie, estás aquí —intervino Keyra entrando apresurada en la cocina—. Peyton acaba de enviarle un mensaje de texto a Chuck porque tú no le contestas el móvil: llegará en quince minutos con Madison.

La música se detuvo y ella se puso de pie.

—Vamos, Diago, ya llega la cumpleañera.

Despreocupadamente lo agarró de la mano, instándolo a ponerse de pie, y lo arrastró junto a ella.

Durante el resto de la noche no se separaron; él quiso irse a mitad de la fiesta, pero Delanie lo convenció para que se quedara.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó cuando ya se hizo una hora

razonable para que Diago se marchara.

—Muy bien. Gracias por la invitación, y gracias por no dejarme ir a mitad de la fiesta. En realidad hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien... bueno, para ser sincero, hacía mucho tiempo que no iba a una verdadera fiesta, es decir, una que no fuera una entrega de premios o una presentación; tú me entiendes, un evento de trabajo.

—¿Tan solitario eres que no tienes amigos?

—Tengo amigos, muchos, pero... —hizo una pausa; no quería hablar mal de Wara, así que se detuvo en mitad de la frase, haciendo una mueca—... las cosas han cambiado.

—Entiendo. Tal vez, cuando uno convive en pareja, todo cambia. Además, estáis a punto de tener un bebé; supongo que, con su llegada, todo cambiará aún más.

—De hecho, varios de mis amigos están casados, pero ellos tienen una vida social muy activa. El caso es que Wara es un poco reacia a las reuniones sociales; es hogareña, y yo ya me he acostumbrado.

—Perdona, no pretendía ser una entrometida.

—No lo eres; siempre está la opción de callar, pero yo he decidido contártelo.

—En Los Ángeles es un poco difícil llevar una vida tranquila; aquí hay mucha acción. Tal vez deberíais pensar en mudaros aquí; además, si nos va bien con la peli, tal vez sería bueno que centres tu carrera en esta ciudad.

—No es lo que Wara quiere para nuestra hija; ella pretende que llevemos una vida tranquila para preservar a Delphie.

—Delphie James —probó el nombre y luego le indicó—: me gusta cómo se llamará tu hija.

—Lo he elegido yo; a Wara no le gusta demasiado, pero ése era el trato: si era niña, me tocaba escoger a mí, y si era niño, lo hacía ella.

—Por lo general es al revés.

—Pero Wara lo prefirió así. Creo que presentía que sería varón, pero le fallaron los cálculos.

—Y tú haces todo lo que ella quiere.

—Está embarazada, y sus hormonas están en estado de cataclismo. Te aseguro que es mejor no contradecirla.

Diago no lo dijo a modo de queja, sino empleando un tono muy casual, como si todo a lo que se estaba refiriendo fuese lo más normal del mundo, pero

Delanie supo leer entre líneas y pudo advertir que la pareja que Diago y Wara formaban tenía serios problemas.

—Sé de personas que se ponen insufribles con el embarazo; espero que no sea el caso de tu mujer.

Él sonrió subrepticamente, pero no contestó.

—Me gustaría conocerla.

—Seguro que lo harás; planeo llevarlas conmigo durante el tiempo que dure el rodaje en Australia. Serán los primeros meses de mi hija y no quiero perdermelos.

—Me parece genial. Yo tengo pensado ir con mi hermana y con Keyra; también me llevaré a *Newton*. Serán dos meses intensos de rodaje, y no quiero ir sola.

—Ya he visto hoy que él no se separa de ti ni un momento. —Diago acarició la cabeza del can, que estaba en brazos de Delanie.

—Mi perro y yo somos uno; él está siempre, en los buenos y malos momentos, a mi lado. —Ella aprovechó para besarlo y enredar sus dedos en la bola de pelo que era—. Cuando tengo que viajar y realmente no puedo llevarlo conmigo —continuó explicando—, lo cuidan mi madre y mi abuela; es en el único momento en que nos separamos.

—Bueno, Lanie, se suponía que ya me estaba yendo y nos hemos quedado charlando aquí fuera. Hoy hemos hablado mucho y parece que no podemos dejar de hacerlo, pero debo irme. Una vez más, gracias por todo; de verdad que lo he pasado genial. Nos vemos en unas horas en el *shooting* de fotos.

—No soy buena para eso; me pongo tiesa, no logro relajarme ante la lente de la cámara fotográfica, no es lo mismo que la actuación —confesó claramente angustiada por la situación que les tocaría vivir en pocas horas.

—Te ayudaré a relajarte, no te preocupes; te lo debo por la magnífica noche que he disfrutado en tu casa.

—Te tomo la palabra. Espero que, en las sesiones de fotos, de ahora en adelante marques la diferencia, que para mí haya un antes y un después de Diago James.

—No lo dudes, así será.

Delanie se acercó, se puso de puntillas, enredó un brazo en su cuello y lo atrajo para besarlo en la mejilla.

—Adiós.

—Humm, no... —ella frunció la nariz sin soltarlo, aún permanecía a escasa

distancia—; no me gusta decir adiós, suena a despedida muy larga.

—Ok —consideró brevemente sus palabras y entonces le dijo—: entonces, nos vemos. ¿Está bien así?

Pasando el brazo por su cintura, Diago la acercó a él con ímpetu y depositó un beso en su mejilla. Delanie sintió su respiración en su oreja y sus mullidos labios apenas haciendo contacto con su piel. Se apartaron lentamente; los ojos ensombrecidos de Diago brillaron como llamas grisáceas y Lanie creyó perderse en ellos.

—Me voy, que descanses.

—Tú también. —Su voz salió como un susurro.

Él asintió y su risa vibró en su pecho; luego se dio media vuelta para caminar hacia el monovolumen y marcharse.

Noveno

Cuando llegó de la fiesta de casa de Delanie, le costó dormir. Unos ojos celestes y vivaces se habían entrometido sin permiso en su cabeza, y el sonido de su risa y de su voz revolucionaron sus hormonas hasta el punto de dolerle en cada parte del cuerpo.

No se sentía bien experimentando ese anhelo que brotaba en su pecho; no podía darse el lujo de sentirlo, porque era un hombre comprometido.

Pero, aunque quisiera evadirlo, sabía claramente que ese chisporroteo en su interior no era una mera ilusión.

«Mierda, ¿qué carajo me pasa? Esto no puede ser posible. —Su entrepierna temblaba con sólo recordarla—. Joder, necesitas calmarte, James. Necesitas bloquearla de tu puto sistema y dejar de pensar en ella de esa forma. Lanie es sólo tu compañera de trabajo, no tienes derecho a pensar de otra manera. No está bien, no es leal; además, Wara te espera en tu casa y encima está a punto de dar a luz a tu hija, pronto serás padre.»

Se repetía esas frases una y otra vez, intentando alejarla de sus pensamientos. Su cerebro necesitaba procesar la puta información que su cuerpo se negaba a entender. Finalmente, el sopor, en algún momento de la noche, llegó.

* * *

Comenzando un nuevo día de trabajo, iba camino al sitio donde se iba a realizar la sesión de fotos, y no podía detener su endemoniado corazón; por más que él le indicaba que dejase de latir al ritmo en que lo hacía, éste se negaba a obedecer.

Llegó al estudio fotográfico y vio que allí lo aguardaba Carmen, su representante.

Las presentaciones del equipo de trabajo se sucedieron, y eso supuso una leve distracción para sus pensamientos, pero ésta no fue suficiente como para arrancarlo de su verdadero interés, pues su mente estaba centrada en esperar a

que Lanie llegase. Notó sus músculos tensos mientras el tiempo, implacable, no le daba tregua; a ese punto el tic tac de su corazón pareció llenar cada espacio de silencio en aquel lugar.

Todos persistían, atareados, en ponerlo todo a punto, mientras él conversaba con Carmen y se tomaba un café, pero, cuando la puerta se abrió, nadie permaneció ajeno a su presencia. El *set* completo se giró para verla entrar; era imposible no hacerlo, ya que ella irradiaba luz y *glamour* a su paso. Aunque sólo fuese vestida con un vaquero y una camiseta de algodón blanca, lucía sexy y prohibida como el verdadero infierno. Delanie llevaba el pelo algo enmarañado, y se cubría los ojos con gafas estilo aviador, ocultando tal vez que la noche anterior había trasnochado.

«Joder, deja de mirarla —se instó Diago de inmediato, pero resultó inútil, pues no podía apartar su vista de ella—. Mierda, no lleva puesto un maldito sostén, para disimular un poco sus afiladas puntas. ¿Es que esta chica está dispuesta a hacerme correr en los pantalones y dejarme en evidencia delante de todas estas personas? James, no eres un puto adolescente perturbado que reacciona de forma desmedida, ¡compórtate!», se exhortó, y entonces, nervioso, se metió las manos en los bolsillos mientras se mecía sobre sus talones.

Intentando llevar su atención a otro punto, fijó la vista en el suelo, sacudió la cabeza de lado a lado y pretendió deshacerse de una buena vez de la bruma que lo había invadido; sin embargo, parecía imposible: la sensación que le provocaba su presencia de cualquier forma enviaba escalofríos a toda su espina dorsal.

Cerró los ojos y se dio media vuelta, dándole la espalda; esperaba que ese acto le aportara algo de juicio. Sus fosas nasales se dilataron; necesitaba alejar esos pensamientos o todo el mundo se daría cuenta de lo que le estaba pasando.

Apretó las mandíbulas y aspiró por la nariz con la misma necesidad que un adicto inhala la droga, luego soltó el aire por la boca y se volvió a girar; cuando lo hizo, ella se quitó las gafas, estableciendo en aquel momento contacto visual con él.

Evelin Costa, su agente, entró cuidándole la espalda, y de inmediato fueron interceptadas por el fotógrafo que iba a llevar a cabo la sesión fotográfica. Tras saludarlas, éste les señaló hacia donde Diago y su representante permanecían de pie, y sin dilación empezaron a caminar hacia ellos.

—Diago —Delanie se lanzó hacia él, saltando dramáticamente, se colgó de su cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla—, adoro a los hombres que son

puntuales, e incluso mucho más a los que llegan antes de la hora señalada. — Acompañando sus palabras, disparó una luminosa sonrisa.

Intercambiaron saludos entre todos. Eve y Carmen eran de las representantes más reclamadas en el medio artístico, llevaban las carreras de grandes celebridades, y Delanie y Diago eran muy afortunados por tenerlas a su servicio.

—Odio la impuntualidad —explicó él, y ella se perdió mirando su boca—. Creo que mi ancestro debió de ser algún lord inglés.

La risa de Diago brotó con fuerza, contagiándolos a todos, y el delicioso sonido de la risotada hizo que Lanie trepidara de emoción.

«¿Qué me está pasando? —se preguntó sin entender sus propios pensamientos—. Es que es demasiado atractivo —se contestó, desenmarañando lo que sentía—, demasiado encantador... su voz, su boca. Cuando habla, sus labios se mueven de una forma que hace imposible no detenerse a mirar; su sonrisa es eclipsante, y tiene la palabra *sexo* escrita en cada músculo de su trabajado cuerpo, e incluso en la endemoniada belleza de su rostro. Pero... él no es libre, Lanie —se reprendió al notar el ensordecedor sonido de las alarmas dentro de su fuero interno—. Debes apartar estos pensamientos que no te conducirán a nada. Mierda, chica tonta, pareces una inexperta; no se trata de tu primer trabajo, ya has tenido otros *partenaires*, y él es sólo eso, nada más. ¿Qué carajo te está pasando por la cabeza? Nunca más debes permitir que sea el culpable de tu desvelo, como lo fue anoche; necesitas descontaminarte de Diago James, y eliminarlo de tu organismo como si se tratara de una sustancia nociva que es dañina para tu salud.»

—Lanie, ¿estás bien?

Miró el agarre de Diago; éste la tenía aferrada por un brazo, y su mano era tan grande que casi le rodeaba todo el bíceps. Le gustó el contraste de la tonalidad dorada de su piel junto a la pálida tonalidad de la de ella, y no pudo evitar que su corazón diera otro salto; su pecho subía y bajaba agitado bajo su camiseta blanca.

—Niña, regresa a la tierra —dijo Juno, el fotógrafo, bromeando.

—Lo lamento, me he perdido en mis pensamientos —explicó advirtiendo cómo sus mejillas se ponían de color carmesí.

—Bien, os decía que Martha... —señaló a una mujer de mediana estatura, que llevaba dos graciosas coletas y vestía más inusual aún, con un compendio de colores en el que ninguno combinaba con nada.

—Hola, Martha.

—Ella os acompañará al camerino para que podáis cambiaros; os indicará qué debéis poneros —continuó diciendo éste después del breve saludo de Delanie—. La firma Gucci se enteró de que estábamos planeando esta producción fotográfica —explicó fugazmente— y nos envió algunas prendas para que aparezcáis fabulosos; también hay algunas joyas que Cartier nos ha hecho llegar. Os veréis muy atractivos y glamurosos. Luego, entrará en acción Makayla —les presentó a otra mujer, más joven que la anterior, con cabello rojizo y un corte de pelo asimétrico, que llevaba unas gafas muy particulares—. Es la maquilladora; será la encargada de dejaros radiantes para que la lente de mi cámara os capture perfectos.

Juno los dejó para que se prepararan. Cuando estuvieron listos, regresaron al *set* y el fotógrafo les explicó lo que quería conseguir, Lanie no dejaba de frotarse las manos; tal y como le había comentado la noche anterior a Diago, estaba sumamente nerviosa, así que él le cogió las manos entre las suyas.

—Ey, son sólo unas fotos, ¿qué ocurre? Cuando hicimos la prueba para el *casting* de la película, no estabas así —le dijo.

—Es que, cuando actúo, me transformo en el personaje que debo interpretar, pero ahora debo ser yo, y eso me intimida.

—No debería ser así. Eres una persona sumamente interesante y muy sexy, así que dale rienda suelta a tu yo interior. Estaré a tu lado, ¿vale? Disfrutemos del trabajo, y tómatelo como que desde hoy empieza la venta para que la taquilla explote cuando se estrene la película. Hagamos algo... prueba a mirarme como si yo fuera la lente de la cámara, sólo tienes que intentar seducirme.

Ella frunció la nariz.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

«Te aseguro que no querrías saber lo mucho que quiero seducirte. ¡Mierda!, ya basta, Lanie; te estás jodiendo tú sola con estos pensamientos.»

—Lo intentaré.

—Vamos a divertirnos —la instó, engatusándola—. O cambias esa cara de susto o me pongo a hacerte cosquillas delante de todos —sentenció de pronto.

—No te atreverías.

Él elevó ambas cejas, desafiante.

—Ok, ok. No lo hagas, por favor. —Su voz salió como una súplica, y comenzó a reír tontamente como cada vez que estaba con él.

—De acuerdo. Ahora relaja la expresión de tu rostro; debes pensar en algo

agradable, olvidarte de dónde estamos y dejar volar tu mente.

—¿Ésa es la técnica de Diago James?

—Así es y, cuando veas la cámara —continuó aconsejándola él—, no la mires pensando en la lente; transfórmala, imagina que tienes enfrente al hombre de tu vida y que debes cautivarlo.

«Entonces, simplemente te miraré a ti.»

Delanie se cubrió la cara y empezó a reírse a carcajadas de nuevo; cada palabra que él decía, ella la transformaba en otra más extravagante.

—¿Qué te resulta tan gracioso? Cuéntame, así nos reiremos juntos; no seas egoísta, estoy compartiendo mis secretos contigo.

—No querrías saberlo; déjalo ahí, simplemente hagamos lo que tenemos que hacer.

—¿Acaso te estás riendo de mí?

—Nooo, me estoy riendo de mi loca cabeza; déjalo ahí, Diago.

—Bien, relaja los brazos —le pasó las manos por ellos, acariciando su piel, y eso no ayudó precisamente a que ella pudiera relajarse—. Si apoyas tus manos, que sea de forma suave, que la fuerza no esté en ellas; levanta un poco la cabeza, pero no demasiado. ¿Cuál es tu mejor perfil?

—Éste —dijo Delanie señalando su lado izquierdo.

—Vale, entonces simplemente sácale provecho. Saldrás hermosa.

Diago inclinó la cabeza a un lado, descifrando sus rasgos; su mirada, persistente, le recorrió el rostro y se posó en su boca, mientras su lengua salía para humedecer sus labios. Levantó una mano y le pasó el dedo índice por la mejilla izquierda; al parecer se estaba atiborrando con la aprensión de Delanie; ella trató de ignorar el rastro de calor que le dejó su toque, pero no estuvo segura de que él no lo hubiera notado. Después Diago la cogió por los hombros, aplastándola contra su pecho. Cuando se apartaron, Delanie lo miró y sonrió estremecida; un chisporroteo de sensaciones trepidó de pronto y ambos fueron conscientes de lo mucho que se atraían; así que, rompiendo el momento, ella, chistosamente, le sacó la lengua, y Diago, alejándose como en un acto reflejo, le devolvió la sonrisa.

«Joder, Delanie, eres jodidamente ilegal», pensó él mientras se echaba hacia atrás.

Recorriéndole el cuerpo con una mirada lenta y larga, la siguió mientras se alejaba hacia el sitio donde el fotógrafo la aguardaba.

Juno disparó su cámara sin cesar durante varios minutos, indicándole

detenidamente cómo quería que ella posara; la fue guiando poco a poco, hasta que consideró que tenía en su poder imágenes suficientes; luego le llegó el turno de Diago.

—¿Te ha resultado difícil? —le preguntó él antes de colocarse en el *set*.

—Contigo de espectador, *naaa...* Ha sido muy fácil, me he sentido acompañada en todo momento; muchas gracias.

—Bueno, ahora me toca a mí. No te vayas, quiero verte de pie en el mismo sitio donde yo he permanecido para ti.

—Desde luego, aquí me quedo.

Diago se sentía muy cómodo posando para el fotógrafo, y Delanie estaba jugando un papel que realmente le agradaba mucho; era algo así como una espectadora de lujo. Sus ojos eran como una lente extra de una cámara fotográfica que guardaban instantáneas en su cerebro sin parar. Ver a Diago James seduciendo a la cámara enviaba escalofríos a todo su cuerpo de una forma primitiva; él lucía como si estuviera listo para follar, como si con sólo mirarte estuviera devorándote completa. Sin poder evitarlo, la actriz apretó los muslos uno contra otro, tratando de manejar la pulsación que sentía entre sus piernas.

—Joder —dijo en voz alta, y fue como un pensamiento que no pudo detener—. Eve, por favor, consígueme un botellín de Evian.

—Claro.

Diago se rio en aquel instante; se las había arreglado para que las luces no lo cegaran y así poder verla en todo momento. No le había quitado los ojos de encima; cuando finalmente cesaron los disparos de la cámara, él bajó la mirada hacia donde las piernas de Lanie permanecían cruzadas, se quitó la corbata y la enrolló en su mano, encerrándola en un puño; cruzó la distancia que los separaba en pocas zancadas y Delanie advirtió su determinación para abordarla. Bajó la botella de agua despacio, esperando expectante a que él se acercara. Cuando Diago finalmente la cogió por el brazo, se mordió el labio ahogando un gemido; su piel irradiaba calor a través de su ropa y estaba tan cerca de ella que hasta supuso que sus labios podrían tocar los suyos.

—¿Estás lista?

—¿Eh? ¿Para qué? —Su boca cayó abierta mirándole los labios; la mente se le había quedado en blanco. No podía creer que fuese posible que un hombre luciera tan atractivo y ardiente totalmente vestido, eso sin contar con que su voz y su mirada provocaban que su cerebro dejase de funcionar.

—Es nuestro turno, juntos. Te lo pregunto de nuevo, ¿estás lista para que

posemos? —le explicó con una sonrisa maliciosa.

—Sí, por supuesto, lo estoy.

Se puso de pie y se alisó la ropa; intentaba poner orden a sus pensamientos, pero parecía incapaz de moverse. Diago la condujo, sin soltarla, hacia el centro del set y ella temió enredarse con sus propios pies.

—Como os dije antes de que empezáramos, quiero conseguir algunas poses que insinúen el fuego que se verá entre vosotros en la gran pantalla —indicó Juno—, algo así como un tentempié para los espectadores. Necesitamos que comiencen a imaginarse desde ya las escenas. Y necesitamos mostrarles la química que hay entre ambos para que entiendan por qué fuisteis los elegidos para interpretar estos personajes. Necesitamos, además, que adviertan lo mismo que vieron los encargados de seleccionaros en el *casting*. —Ellos asintieron—. Delanie, quiero que te descubras el torso por completo; sólo quítate la parte superior de la ropa, abajo te cubriremos con esta sábana de seda, así no se verá que estás vestida. Además, Diago también se encargará de cubrirte con su cuerpo. Quítate la chaqueta —le indicó a él.

—¿Me saco la camisa? —preguntó éste.

—No, sólo desabróchatala un poco; ábrela lo suficiente como para que vuestras pieles estén en contacto. Tú, Delanie, aplastarás tu pecho contra el suyo, y te aferrarás a la tela como si intentaras quitársela; os quiero arrodillados justo aquí, uno frente al otro. —Juno indicó el lugar señalando—. Quiero advertir una lucha de poder entre vosotros, necesito ver eso a través de mi cámara... quiero ver el deseo en vuestros cuerpos, bocas, ojos, en vuestra piel.

—Perfecto —dijo Delanie, tragando saliva.

—¿Estás bien? —le preguntó Diago cuando los maquilladores e iluminadores se alejaron de ellos.

—Sí; éstos son los personajes, puedo con ello.

«Qué suerte —pensó él respirando agitadamente—, porque yo creo que seguimos siendo nosotros.»

La química entre ambos era fácil de percibir. Ella se aferró a su cuerpo y representó el papel que el fotógrafo le había indicado; con una mano cogió la tela de su camisa en un puño y simuló arrancársela, descubriendo su macizo hombro; echó la cabeza hacia atrás y él abrió ligeramente la boca, arrojándole el aliento en el cuello. Diago ardía, su cuerpo en combustión emanaba el aroma característico de él mezclado con su perfume, una combinación perfecta, única y embriagadora. Delanie trataba de centrarse en el trabajo e intentaba ser todo lo

profesional que podía, incluso procuraba no quedarse estática para ofrecerle al fotógrafo diferentes tomas. Diago la sostenía por la espalda y por la nuca, mientras su mano vagaba sin sentido sobre su piel. Lanie respiró hondo y mantuvo los ojos cerrados, sin comprender del todo si de verdad las sensaciones que su cuerpo percibía eran como lo apreciaba o simplemente estaba alucinando. Sintiéndose osada, estiró la mano para separarse levemente de él; estaba segura de que el tamaño del bíceps de Diago cubriría su pecho desnudo, así que movió la palma que tenía libre y la metió bajo la camisa de éste, palpando su dorada piel. Le acarició el torso, encontrándose en el camino con un *piercing* en la tetilla izquierda; sin ser consciente de ello, se halló jugueteando con él. La piel de Diago volvió a subir la temperatura, pues quemaba en la palma de su mano. Sus ojos se abrieron ante el contacto, encontrándose con la mirada del actor; los párpados le cayeron pesados, y su respiración se tornó errática.

—Cógela del pelo, Diago —ordenó el fotógrafo.

Éste volvió a aplastarla contra su pecho y con una mano la atrapó por el cabello, tirando con suavidad de su cabeza hacia atrás; se acercó como un felino al acecho, y apoyó ligeramente los labios entreabiertos en el lóbulo de su oreja, aspirando su aroma.

—Ya falta poco —susurró en su oído.

—No hay prisa, no estoy cansada —contestó ella también entre susurros, y se esforzó por mostrarse calmada, aunque sentía su cuerpo, cada parte de él, dolorido y torturado por su contacto.

Diago apartó su cara de la de ella y se quedaron mirando durante una fracción de segundo, en silencio, entendiéndose, sintiéndose y transformándose en los perfectos cómplices en que el momento los estaba convirtiendo. Delanie movió la mano y lo cogió por el pelo; él interpretó que era demasiado y casi se apartó, pero ella no se lo permitió; desplazó la cabeza para deshacerse del agarre de Diago y tiró de la camisa de él para descubrir su hombro y morderlo.

El flash de la cámara disparó sin cesar, y ellos no pudieron estarse quietos. Las manos de ambos hicieron su camino barriendo la piel del otro; el momento les otorgó la licencia para tocarse sin sentido, obteniendo así un permiso transitorio para dejarse llevar, pero cuidando a la vez de no revelar a los ojos de los extraños que los rodeaban lo muy afectados que se encontraban.

—Perfecto, es suficiente. Tengo todo lo que necesitaba. ¿Queréis veros?

Sumidos en un letargo imprudente, la voz de Juno no fue oída por ninguno de los dos, hasta que las luces comenzaron a apagarse.

Entonces Diago cogió la punta de la sábana, lentamente, y la levantó para cubrir a Delanie; así él podría apartarse.

Un silencio abrumador los invadió; el momento los había superado a ambos hasta el punto de sentir una niebla irrumpiendo en sus cerebros.

—Ha salido fabuloso, desde aquí se os veía increíbles —comentó Carmen, y Evelin secundó sus palabras mientras se acercaban a sus representados.

—Ha sido un placer trabajar con vosotros —acotó Juno, dichoso por el resultado obtenido—. Ha resultado muy sencillo conseguir las imágenes. Realmente sois magníficos juntos, vuestros cuerpos desprenden chispazos.

Habían terminado de cambiarse y ambos estaban en el camerino; antes de salir él la retuvo.

—Lo siento —dijo Diago mirándola a los ojos y haciéndose cargo de la situación mientras exteriorizaba un mea culpa—, no sé qué me ha pasado.

Ella lo miró tomando una bocanada extra de aire.

—No te preocupes —intentó tranquilizarlo cuando ella misma no lo lograba ni sabía siquiera cómo hacerlo.

—Ha sido poco profesional; de verdad que no lo entiendo, siento que te debo una disculpa.

—Olvídalo, Diago, yo también me he dejado llevar. Si eso te hace sentir menos culpable, he anulado en mi mente que estábamos rodeados de gente. Tal vez no sea tan malo, hemos conseguido lo que el fotógrafo quería.

—Es un poco vergonzoso... se supone que somos profesionales y, mierda, lo lamento, no voy por la vida con una erección en mis pantalones con cada persona que trabajo.

—Shh... —Ella le apoyó la mano en los labios para hacerlo callar—, te prometo que nadie lo sabrá. No te angusties.

—Lo sabes tú y eso es suficiente para mí. Me siento fatal.

—A la hora de actuar somos una pareja; vendrán muchas más escenas que tendremos que afrontar. Además, somos humanos, Diago, pero lo bueno es que estamos para contenernos el uno al otro. Yo tampoco podría hacer esto sin tu complicidad, así que, mientras que lo que ha pasado quede entre tú y yo, todo está bien; somos un par para todo. Apuesto a que tú también has advertido mi... —ella bajó la mirada, recordando cómo las puntas de sus pezones se habían puesto duras y afiladas—... desorden; también me he excitado, así que no te sientas mal. Tampoco me había pasado antes con nadie, déjame aclarártelo.

—Joder, no está bien que nos pase esto.

—No, no lo está, y lo superaremos, también lo controlaremos. Aprenderemos cómo hacerlo. Estamos en esto juntos, ¿cierto?

—Sí, lo estamos.

—Bien, entonces no hay nada más que decir. Somos un equipo para todo.

—Nos vemos mañana; tenemos la entrevista en el *show* de Jimmy Kimmel.

—Nos vemos mañana.

* * *

La semana pasó volando, de promoción en promoción. Diago estaba en su hotel preparando la maleta, ya que eran sus últimas horas en Los Ángeles; esa noche regresaba a Toronto, donde esperaba el nacimiento de su hija antes de comenzar con el rodaje de la película en Australia.

Cuando sonó su móvil, miró la pantalla y el asombro lo invadió al leer el nombre en el visor; deslizó un dedo para responder y, cuando quiso hablar, ella simplemente comenzó con su verbosidad desmedida, acribillándolo a palabras.

—Estaba en casa pensando que, con tanto trabajo, no hemos tenido tiempo de nada, pero definitivamente no puedes irte de Los Ángeles sin probar las hamburguesas de Carneys. Me comentaste que lo que más disfrutas, a la hora de comer, son las buenas hamburguesas, así que quiero llevarte allí; está a unas pocas manzanas de tu hotel. —Delanie hizo una pausa—. ¿O tal vez ya has ido?

—¿Te refieres al mítico restaurante montado sobre un vagón de un tren?

—Ese mismo.

—No he estado allí todavía. Cada vez que estoy en Los Ángeles, me digo que voy a ir, ya que me lo han recomendado, pero, por una cosa u otra, nunca lo hago.

—Entonces, no se hable más, iremos a Carneys.

—Oye, Lanie, tal vez otro día... Debes de estar cansada, ya que no hemos parado de hacer promoción de la película durante toda la semana. Además, hoy ha sido un día larguísimo, con lo del programa de Ellen. —Habían acudido al espacio televisivo de Ellen Lee DeGeneres, para ser entrevistados.

Ella parecía no oír lo que él decía. Delanie estaba determinada a darle una buena despedida; quería enseñarle su ciudad antes de que se fuera, y compartir juntos un momento que nada tuviese que ver con el trabajo. En realidad,

simplemente se negaba a que Diago se marchara sin verlo por última vez, y Brett la había alentado a que lo llamase, un momento de debilidad que no estaba saliendo como había imaginado.

—Si mal no recuerdo, me has dicho que tu vuelo sale a medianoche, así que paso a buscarte por el hotel, cenamos juntos y luego te llevo al aeropuerto. Además, eso servirá para que nos conozcamos mejor, para que nos desinhibamos. Creo que ser más cercanos diluirá esos momentos embarazosos, sabes a lo que me refiero. —Brett, que estaba junto a ella y tenía la oreja pegada al teléfono, le hizo señas con los pulgares hacia arriba—. Y la próxima vez que vengas a Los Ángeles, te llevaré a Pink's —prometió ella redoblando la apuesta—, a comer los mejores *hot dogs* del estado de California.

—Escucha...

—¿Acaso tienes otros planes? ¿Se trata de eso?

—No, no es eso; tenía pensado cenar en el hotel y descansar hasta el momento en que se haga la hora de coger mi vuelo.

—Está bien, veo que no ha sido una buena idea, olvídalo. Nos vemos en Vaucluse el mes que viene.

La voz de Delanie sonó apagada; su decepción era evidente y a él se le arrugó el corazón al oírla tan desilusionada, y más sabiendo que era el culpable de su desencanto.

«Mierda, James, eres un puto cobarde; tienes miedo de estar a solas con ella», se recriminó de inmediato.

Y aunque en un primer momento había actuado como un cobarde, de pronto estuvo dispuesto a solucionarlo; su naturaleza de macho alfa le indicaba que no podía quedar como un maldito gallina que no era capaz de sostenerle la mirada a una mujer a solas.

—De acuerdo, parece un buen plan; vayamos a por esas hamburguesas, me has tentado.

—¿De verdad? —La voz de Delanie sonó estridente, más de lo que ella hubiera querido, pero no le importó, incluso comenzó a dar brincos en la sala de su casa, arrastrando a Brett en su celebración.

Sin poder evitarlo, Diago rio de forma amortiguada; sin embargo, Lanie estaba demasiado enfrascada en su efusividad, así que no lo advirtió.

—En veinte minutos paso a recogerte por el hotel, ¿o te parece muy pronto?

—Me parece perfecto. Ya tengo la maleta hecha, así que ahora bajo para hacer el *check out* y cancelar mi traslado al aeropuerto; acepto también tu oferta

de llevarme hasta allí. Estaré esperándote en el vestíbulo.

—Te aviso cuando esté ahí, así sales.

Como habían acordado, Delanie le envió un mensaje a Diago cuando llegó al hotel, así que él, rápidamente, se puso en pie y caminó hacia la salida, arrastrando su maleta junto a él.

Al pisar la calle, miró a ambos lados en busca del Aston Martin de ésta, pero no había ni rastro del coche ni de su dueña. Le extrañó, ya que ella le había dicho que estaba fuera aguardándolo. Cogiéndolo por sorpresa, la puerta del copiloto de una restaurada Ford Bronco azul 4x4 con llantas elevadas se abrió.

—Diago, estoy aquí; sube —le dijo ella inclinándose para que él pudiese verla a través de la abertura de la puerta.

El joven actor agitó la cabeza y frunció el ceño sin parar de sonreír. Corrió el asiento y echó su maleta en la parte trasera.

—¿Qué haces en este Bronco? —inquirió nada más sentarse.

—Mi coche no tiene maletero y, como hemos acordado que luego te llevaría al aeropuerto... —explicó mientras se acercaba a saludarlo con un beso en la mejilla—... he intercambiado el vehículo con Brett, que justo estaba en casa; esta reliquia es de su padre. ¿No es mona?

Delanie giró la llave, y el inconfundible sonido del v8 cobró vida, rugiendo con todo su poderío.

—Eres asombrosa; jamás me hubiera imaginado que pudieras conducir un vehículo de este tamaño.

—Y eso que no me has visto en el rancho de mi padre conduciendo su John Deere. —Se refería a un vehículo agrícola.

—¿Conduces un John Deere?

Ella asintió, divertida.

—Puedo con el tractor, con la cosechadora y también con la picadora de forraje — alardeó, dejándolo con la boca más abierta todavía, si eso era posible.

Los hombres aman a las chicas que entienden de motores, y Diago no disimuló su deleite.

—¿Qué cosecha tu padre? —preguntó intrigado y sin salir de su asombro.

—Maíz. El rancho es de la familia; antes lo manejaba mi abuelo, pero él ya está mayor, así que ahora se ocupan mi padre y mi tío.

El Bronco avanzó calle abajo por Sunset Strip, hasta estacionar a unas pocas manzanas del lugar donde planeaban cenar. Delanie y Diago se apearon de la 4x4 y se encaminaron hacia el restaurante. Subieron la escalerilla de hierro

dirigiéndose a la entrada del mítico vagón de tren, y Diago abrió la puerta para después darle paso. El interior de éste era el típico restaurante de estilo años cincuenta que solía verse en las películas norteamericanas.

—Creía que me habías investigado —dijo ella de pronto, prosiguiendo con la conversación anterior—; me pareció entender que tu agente te había conseguido un informe sobre mí, al menos eso me dijiste.

—¿Cómo?

—Cuando nos conocimos, me contaste que le pediste un informe a tu relaciones públicas para saber quién era tu coprotagonista; suponía que, entonces, te habías enterado de que mi padre tiene un rancho en McAllen, Texas.

—El informe se basaba en tu carrera profesional y en cómo era tu núcleo familiar; hechos puntuales, en los que fue imposible obviar el nombre de tus padres, siendo ambos actores de renombre. Deduzco que a estas alturas debes saber que ellos son tu carta de presentación.

Se acercaron al mostrador para hacer su pedido.

—No es fácil ser la hija de Melania Grayson y Dominick Jones. Donde quiera que vaya, es algo que me persigue. No es que reniegue de ello, pero a veces es abrumador ser sólo la hija de...

»Amo a mis padres y los admiro muchísimo —continuó explicándole—, pero también es una responsabilidad enorme ser su hija. Ambos han obtenido muchos éxitos en sus carreras, y todo el mundo espera que yo no falle.

—Lo imagino.

—¿Qué van a querer? —preguntó el encargado de tomar los pedidos, interrumpiendo su charla cuando llegó su turno.

—Yo deseo una hamburguesa doble y patatas fritas con queso y chile, y para beber, una Bud *light*.

—Pediré lo mismo —dijo él sin molestarse en mirar la lista de hamburguesas—, pero que la cerveza sea una Corona, por favor.

Cogieron su orden y se sentaron al fondo del vagón, en una de las últimas mesas; de inmediato empezaron a devorar la ración de carbohidratos.

—Humm... tenías razón, esta hamburguesa es realmente exquisita.

—Te lo dije. No se puede parar de comer.

Siempre era muy fácil conversar cuando estaban juntos, el momento fluía con espontaneidad y casi sin proponérselo. Tras saciar medianamente su apetito, comenzaron a charlar de nuevo. Diago le habló del lugar donde había nacido, y también de su familia.

—Lamento lo de tu madre; tiene que haber sido muy duro crecer sin ella.

—Lo fue, perderla en la adolescencia no resultó nada fácil... Bah, creo que no debe de ser fácil en ningún momento de la vida. Geovanna —se refería a su hermana—, mi padre y yo pasamos varios años cuidando los unos de los otros, hasta que Manny conoció a Aaliyah y la trajo a vivir a casa —recordó él antes de meterse una patata frita en la boca. Unos minutos antes se había levantado a pedirse otra hamburguesa y Lanie no podía creer que pudiera comerse dos de ese tamaño—. Al principio fue como un cubo de agua helada para nosotros; mi hermana y yo no la aceptábamos, pero ella de inmediato nos demostró que no pretendía ocupar el lugar de nadie, y que sólo venía a forjar el suyo propio. Además, creo que ver bien a nuestro padre fue lo que más nos convenció; comprendimos finalmente que la vida continuaba, que nuestra madre se había muerto pero todos los demás seguíamos vivos, y que él tenía tanto derecho como nosotros a ser feliz.

—Así debe ser, nadie debe atarse a un recuerdo ni a una persona sólo por agradecimiento, o por costumbre, o por obligación... La vida debe continuar, ya sea, como en el caso de tu padre, a pesar de que tu madre falleció, o como en el caso de los míos, donde el amor se terminó. Yo comprendí con ellos que uno puede haber amado con locura, pero eso no implica que el sentimiento sea eterno. Hay tantas razones por las que eso puede ocurrir... Es obvio que uno no se lo propone, que cuando se enamora se supone que es para siempre, pero pasa. El amor es algo que nadie puede dejar de vivir en la vida, y la forma y el momento siempre son únicos y valederos. Cuando el amor se termina, no tiene por qué terminarse la vida. Eso sí, es necesario cerrar un ciclo para comenzar otro. Odio a la gente infiel; eso no está bien, es denigrante para la persona que una vez amamos. Nadie merece pasar por esa situación, nunca.

Diago entrecerró los ojos y bebió de su cerveza mientras la escuchaba atentamente.

—Para mí, la familia es superimportante; ellos siempre son mi cable a tierra —acotó ella—. Aunque mis padres formaron otras familias cuando se separaron, todos nos llevamos muy bien. Mi abuela siempre bromea con eso; dice que somos una gran mezcla de adorables personas; somos los tuyos, los míos, los nuestros y los de ellos. En las reuniones familiares nos juntamos todos. El amor entre mis padres se acabó, pero no el cariño. Cuando se separaron, siempre supieron que se mantendrían unidos por sus hijos, y así lo hicieron. Los dos lucharon mucho para que todos permaneciéramos juntos. Creo que mi madre

jamás podría estar con un hombre que no aceptase eso, lo mismo que mi papá, quien jamás podría estar con una mujer que hiciera diferencias entre sus hijos, por eso él tampoco las hace con los de ella.

—Es genial que, a pesar de ser una familia no convencional, todos os llevéis tan bien.

—Cuéntame cosas sobre tus amigos, Diago; tú ya conoces a los míos, creo que te han faltado muy pocos por conocer. ¿Tienes muchas amistades?

—Sí, pero esencialmente somos tres los que estamos más unidos, aunque ahora estoy un poco alejado de la vida social. —Al expresarlo en voz alta, captando el verdadero sentido de sus palabras y el tono que empleó, fue difícil de disimular: estaba apenado por eso.

Delanie frunció el ceño, advirtiendo que algo no marchaba del todo bien.

—A Wara no le gusta mucho eso de reunirse con los amigos; es muy hogareña, ya te lo dije.

—Ah... Parece que los extrañas.

—Mis amigos y yo siempre fuimos muy entrañables. Si bien Anthony ahora vive aquí en Los Ángeles, debido a su carrera, y Eric está casado y tiene dos hijos, ambos mantienen una vida social activa con las amistades, el trabajo, los niños. Pero, bueno, es lo que ellos desean.

—¿Y tú que deseas para tu vida?

—Como te dije, a Wara no le gusta...

—Te he preguntado lo que te gusta a ti, Diago —lo cortó ella—, no lo que le gusta a Wara.

—No siempre fue así —intentó justificarla—. Antes salíamos mucho, siempre pasábamos tiempo con sus amigos; luego, cuando nos fuimos a vivir juntos, empezó a reducir nuestro círculo social, hasta el punto de... —Hizo una pausa mientras se tocaba la cabeza y se bebía el resto de la cerveza—. Mierda, hasta el punto de ser sólo nosotros dos, o nosotros tres... ¡Joder, eso me molesta mucho!

—Diago, no te entiendo.

—Tengo una vida personal de mierda, Delanie. Eso es lo que sucede. No estoy enamorado de mi mujer; estaba a punto de separarme cuando ella se enteró de que estaba embarazada, y yo, simplemente, aunque sabía que era imposible, seguí a su lado esperando que nuestra niña fuera el milagro que salvara nuestra relación, pero lo cierto es que creo que nada tiene solución entre nosotros. Wara no soporta a mi familia, ni a mis amigos, nada de mi entorno, y odia mi trabajo.

Además, tiene un mejor amigo... no es que tenga celos de él, no es eso, te lo juro, pero siempre lo pone por encima de todo y estoy hasta las pelotas de que él sea siempre el mejor y que yo, sencillamente, no cuente para nada.

Lanie estiró el brazo y le acarició una mano.

—Estás un poco agobiado. Tal vez, cuando Delphie nazca, ella se calme. — A él le gustó saber que ella recordaba el nombre de su hija—. Me has dicho que el embarazo la tiene con las hormonas revolucionadas, debe de ser eso. Seguramente todo se solucionará entre vosotros cuando tengáis a la niña en brazos.

—Esto no es de ahora, Lanie. Realmente no creo que tenga solución, y tampoco creo que ella me ame. Cuando se enteró de que estaba encinta, se obsesionó con que nos casáramos, pero yo sabía que eso era un fracaso anunciado, así que no cedí. No sé por qué permanecemos juntos.

—Lamento todo lo que he dicho de las parejas y del amor, y toda la mierda que he derramado por la boca al comienzo de nuestra conversación; yo... no sabía... Dios, ¡ni siquiera sé lo que estoy diciendo ahora!, pero no siempre es como he dicho que era. La vida no es una ciencia exacta como las matemáticas y todos los seres humanos no somos iguales.

—Estás tratando de reconfortarme porque me ves atrapado en una relación, pero todo lo que has dicho no es más que la verdad. El problema es que soy incapaz de dejarla ahora; soy un cobarde, lo sé, pero no imagino que mi hija crezca sin su padre a su lado. Yo crecí desde la adolescencia sin mi madre y sé lo que se siente.

—Es diferente; su ausencia fue por otras circunstancias, nadie puede hacer nada frente a la muerte, Diago. —Ella había entrelazado sus dedos a los de él—. Yo crecí en un hogar de padres separados y siempre fui muy feliz, jamás noté la ausencia de ninguno de ellos. Sin embargo, entiendo que ésa no es una opción para ti, así que pensemos que tal vez las cosas puedan arreglarse entre tú y Wara. —La actriz se estiró sobre la mesa y le acarició el antebrazo; él bajó la vista y miró su toque. Sintió que su caricia era muy reconfortante y sanadora.

—Será mejor que me lleves al aeropuerto para hacer la facturación con tiempo. Te agradezco la compañía, y la cena, y también todo lo que has compartido conmigo esta semana; eres una persona increíble.

—¿Por qué siento que nos estamos despidiendo?

—Porque lo estamos haciendo, me voy a Toronto a esperar el nacimiento de mi hija; ésa es mi única felicidad hoy en día, pensar en ella me llena de ilusión.

No te haces una idea de lo mucho que quiero ser un gran padre para mi bebé. Durante toda mi vida he oído decir que los hijos te cambian, y que por ellos haces cosas que nunca pensaste que serías capaz de hacer; pues eso pretendo, hacerlo todo por mi pequeña. Ahora yo no importo, ella es mi prioridad.

Décimo

Tras facturar la maleta, Diago entró en el baño del aeropuerto, ya que detestaba ir a los del avión, donde no hay espacio para nada. Siempre intentaba evitar tener que visitarlos si el viaje no era muy largo, como era en ese caso; pretendía no tener que hacerlo durante las poco más de cuatro horas que duraba el vuelo.

Salió del váter y se acercó al lavabo para asearse las manos y refrescarse la cara; mientras lo hacía, estaba contrariado, pues el poder de unos ojos azules lo perseguía sin darle tregua. Delanie tenía aquella sensualidad inconsciente que la hacía mucho más irresistible, y él no era ajeno a ese poder, pues ella exudaba un increíble *sex-appeal*, de forma involuntaria, que lo hacía permanecer en *stand by* con sólo imaginarla.

La despedida dentro del Bronco lo había dejado con un sabor de boca muy raro. Las notas de su perfume aún continuaban flotando en su nariz; ella olía a nardos y jazmines, olía a vitalidad y autenticidad, olía a prohibición. Por tal motivo, fue consciente de que no estaba bien continuar con esa línea de pensamientos, debía desterrarlos de su cabeza, era más que sensato hacerlo.

Volvió a mojarse el rostro; lo hizo dos, tres veces más, para disipar la niebla que se había apoderado de él. Cerró el grifo y cogió una toalla de papel para secarse y, cuando la apartó de su cara, se quedó petrificado. Ella estaba ahí, reflejada en el espejo, observándolo a través de éste con una mirada que indicaba la turbulencia en su interior, una mirada que daba por hecho que ella sentía las mismas cosas que él.

Se dio la vuelta y, como un acto reflejo, ambos se fundieron en un abrazo desmedido y hambriento. Él la apartó de su cuerpo y le despejó los mechones del rostro, delimitando con una mano el contorno de éste. No podía alejarse, parecía imposible hacerlo.

Quiso hablar, pero no era lo que deseaba, así que estampó su boca contra la de ella y chupó sus labios, agasajándolos una y otra vez con su lengua.

—Esto no está bien —anunció ella, angustiada.

—Lo sé, también soy consciente de ello, pero... no puedo mirar hacia otro lado, y por lo visto tú tampoco eres capaz de hacerlo; no podemos continuar disimulando lo que nos pasa.

—¿Qué estamos haciendo, Diago?

—Lo que hacen un hombre y una mujer cuando se sienten atraídos.

—Pero...

—Shh... Me alegra que no te hayas ido; en este momento estaba luchando conmigo mismo para no salir a buscarte. Me importa una mierda perder el vuelo, me importa una mierda todo. Tú... me has devuelto a la vida; estaba perdido desde hace mucho tiempo, sin rumbo, y mi corazón era un hueco vacío.

Diago la cogió por la nuca y arremetió contra sus labios, profundizando el beso; sentía que su cuerpo había dejado de pertenecerle. Dándole paso, ella abrió la boca y probó tímidamente a tocar su lengua, y entonces supo que no podría resistirse más a lo que sentía. Una catástrofe de sensaciones se desató en él, una descarga eléctrica lo recorrió de punta a punta y creyó que estaba enloqueciendo. Jamás había experimentado un sentimiento tan profundo, jamás había sentido una entrega tan desmedida. Movié más la lengua, esperando que ella le correspondiera, y entonces fue consciente nuevamente de que estaba perdiendo toda la cordura en ese beso. Pero ansiaba más, lo quería todo; Diago James de pronto se había vuelto insaciable.

La arrastró con él a la zona de los váteres, abrió desquiciado uno y la empujó dentro junto a él.

Ambos sabían que no estaba bien en lo que se estaban enredando, pero no podían detenerse; no se lo habían propuesto, pero estaba ocurriendo, y no había una posible marcha atrás para lo que sentían y deseaban.

Se acariciaron desmedidamente sobre la ropa, recorriendo las curvas de sus cuerpos; ansiaban tocar la piel del otro, pero el sitio no era el más adecuado para hacerlo, todo estaba pasando muy de prisa y de forma inesperada.

—Diago...

—Eres hermosa, eres como un sueño hecho realidad.

Él desabrochó sus pantalones y metió una mano abriéndose paso dentro de sus braguitas; sus largos dedos buscaron el camino y abrieron sus pliegues acariciando su humedad. Delanie gimió en su boca cuando su dedo se introdujo muy adentro en su sexo, mientras que con el pulgar le acariciaba el clítoris, masajeándolo para multiplicar sus sensaciones mucho más. Ella lo apretó con su húmedo coño y, sin poder detenerse, batió su pelvis buscando más fruición;

estaba mojada y anhelante, desesperada por conseguir alivio, un alivio que él prometía darle muy pronto. Diago continuó moviendo el dedo dentro y fuera de ella, metió otro más y bombeó con ahínco.

—Joder, eres perfecta, y estás muy lista para mí.

Delanie movió las manos, que hasta entonces habían permanecido aferradas a sus hombros, para desprenderle el cinturón; de inmediato, enganchó los dedos a la cinturilla del pantalón y bajó su bóxer a la vez que arrastraba éste hacia abajo.

No intentó ocultar la expresión de asombro en su rostro al advertir el tatuaje que Diago tenía en la pelvis.

—Joder, ¿quién dijo que a nadie le sientan bien los cuernos?

Diago sonrió jactancioso, y su mirada se tornó más oscura y peligrosa.

—¿Te gusta lo que estás viendo?

Ella pasó la mano por el dibujo delimitando la forma, y sus dedos fueron como descargas eléctricas sobre su piel; su verga se movió oscilante, y sus pelotas le hormiguearon, contrayéndose contra la raíz de su falo.

—Señor... señor... —La azafata le tocó el hombro y le dijo—: debe colocarse el cinturón de seguridad. Estamos a punto de aterrizar.

Diago se frotó los ojos, aturdido, y agradeció haber estado cubierto con una manta; su bragueta aún estaba tensa por el sueño que había tenido, y sentía su miembro envarado, hinchado y muy húmedo. Se pasó una mano por la nuca y volvió a restregarse el rostro intentando alejar sus sensaciones. Respiró en busca de aire extra, y de inmediato se sintió contrariado, pues se veía a sí mismo como un estúpido adolescente que tiene sueños húmedos con la chica del póster que ha pegado en la pared de su cuarto. Pilló la correa del cinturón y, con movimientos toscos, se lo colocó.

«Maldición, no es posible que haya tenido un sueño erótico con ella... Mierda, Diago James, ¿acaso te has vuelto loco? ¿Qué cojones pasa por tu cabeza?»

Se enderezó en el asiento y acomodó con disimulo su bragueta; el mal humor se había abierto paso dentro de su cuerpo.

Conjeturó que estaba perdiendo el poco juicio que le quedaba, pero estaba dispuesto a ponerle remedio.

* * *

Delanie encendió la luz de la mesilla de noche y cogió su móvil para ver la hora. No había pegado ojo desde que se había acostado, dando vueltas en la cama para un lado y para el otro sin cesar, pero el sueño no parecía llegar.

Rápidamente calculó que era la hora en la que él estaría aterrizando en Toronto, y se masajeó el pecho; una sensación de angustia se había apoderado de ella desde que lo había dejado en la puerta del aeropuerto. Se habían despedido deslucidamente; después de la conversación que mantuvieron en Carneys, todo se había tornado frío entre ellos; por alguna razón ambos sintieron que era preciso dejar de compartir esa pseudointimidad que intentaban sostener. Cuando le contó lo sucedido a Brett, éste concluyó que ambos se habían resguardado.

—Lanie, él te gusta, te conozco, pero ahora has entrado en pánico. Estoy seguro, incluso, de que a él también le gustas, por eso se acojonó cuando te confesó que no estaba enamorado de su mujer.

Esa noche Brett se había quedado a dormir con ella, ya que Bruce se encontraba en un viaje de negocios.

Meditó acerca de despertarlo, ya que no tenía sueño, pero, si lo hacía, iba a darle más argumentos a su amigo, que la conocía muy bien; sin embargo, nada podía ser posible. Diago estaba a punto de ser padre y estaba en pareja, y, además, era su compañero de reparto; posar sus ojos en él era una gran locura desde todos los puntos de vista posibles; incluso, como si fueran poco todos los impedimentos que existían, también había un contrato que por escrito les impedía mantener cualquier tipo de relación que no fuera más que la laboral.

«Malditas cláusulas de moralidad —se dijo, y se reprendió en el acto—. ¿Qué estás pensando? —Enterró los dedos en su pelo, oprimiéndose la cabeza—. ¿Qué mierda te importa esa cláusula? Sabes que tu conciencia jamás estaría en paz si fueses la persona que rompiera un hogar. Así que no sé para qué conjeturas y por qué le das tantas vueltas al asunto. Diago es un hombre atractivo, es un hombre encantador, pero además es tu compañero de trabajo y no es libre. Fin del asunto, Delanie Jones.»

Decimoprimeros

Una semana había pasado desde su regreso de Los Ángeles. El sueño que había tenido en el avión aún lo turbaba por dentro, pero intentaba alejarlo de sus pensamientos por todos los medios. En su fuero interno no quería aceptar el verdadero motivo, se negaba a hacerlo.

Wara estaba más quisquillosa que nunca; estaba muy pesada, la pobre parecía un globo a punto de estallar en cualquier momento.

Se encontraba recostada en el sofá de la sala y tenía las piernas sobre las de Diago mientras él le masajeaba los pies.

—Hoy me ha llamado Carmen; quiere saber si ya has decidido qué casa será la que elijamos para vivir durante esos dos meses que pasemos en Vaucluse.

—Lo he estado pensando mejor y... alquila la que a ti te parezca; no iré contigo, me quedaré aquí.

—¿Qué?

—Lo que has oído, no iré.

—Wara, quedamos en que vendrías con la niña esos dos meses, mientras dura el rodaje de la película. ¿Qué mierda me estás diciendo ahora?

—No me presiones. Ya te lo he dicho, me quedaré aquí en casa con mi hija.

—Es mi hija también, y no quiero privarme de disfrutar sus dos primeros meses de vida. ¿Te has vuelto loca?

—Haberlo pensado antes.

—Antes, ¿de qué?

—De firmar ese jodido contrato —le gritó desquiciada.

Diago apartó sus piernas y se puso de pie.

—Irás a Vaucluse conmigo, no voy a discutir por algo que ya estaba decidido. Haré valer mis derechos como padre, y por supuesto que me acompañarás, así tenga que ser con una orden del juez que te obligue a ello, pero vendrás. Estoy dispuesto a conseguirla si es preciso. No vas a seguir manipulándome, es lo que haces siempre. No vas a desquiciarme más; hace

cinco meses que estás decidida a enviarme al loquero. No sé cuál es tu fin ni cuál es tu propósito para hacerme parir de esta forma este contrato, pero no usarás a mi hija para hacerme pagar nada; es más, no creo siquiera que deba pagar nada.

—No voy a ir, no puedes obligarme a nada.

—No puedes hacerme esto, Wara, no puedes ser tan cruel. No puedes privarme de mi hija de esta manera. ¿No te das cuenta de que cada vez te odio más con cada cosa que haces? ¿No te das cuenta de que si estoy contigo es sólo por esa criatura que llevas en el vientre? Cada día te soporto menos. ¿Quieres alejarme de tu vida?, ¿eso es lo que quieres? No vas a privarme de mi pequeña, eso no te lo voy a permitir, ni la usarás como rehén para descargar tu odio en mí... odio que, por otro lado, no entiendo, porque siempre he intentado ser el mejor para ti. Siempre te he apoyado y ayudado en todo.

—Tú eres el que se aleja de nosotras, pero, claro, resulta muy fácil echarme la culpa a mí. Lo que pasa es que no te importamos; me acabas de decir que me odias, ¿cómo crees que me hace sentir eso?

Wara se arrancó a llorar al tiempo que, con esfuerzo, se ponía de pie. De pronto empezó a mojarse, había roto aguas.

—Oh, Dios, Wara, estás chorreando.

—Ya lo sé. Mi hija nacerá.

—Nuestra hija nacerá. También es mía —terció él, demostrando que estaba más que dispuesto a hacer valer sus derechos.

Ambos se sostuvieron la mirada, pero no era momento de continuar discutiendo, así que ella depuso su actitud.

—Iré a darme una ducha y a cambiarme, mientras tú llamas al doctor para avisarlo de que vamos para el hospital —le dijo.

—¿Te encuentras bien? Te acompaño hasta arriba.

—No es necesario; haz lo que te acabo de pedir, puedo ir sola. No me estoy muriendo, sólo estoy a punto de parir.

Una vez más Wara se empeñaba en demostrar que ella podía prescindir de él. Diago estaba demasiado harto de eso, pero no quería continuar alterándola; lo más importante en ese momento era que ella estuviera tranquila para que Delphie naciera rápido y bien.

Hizo lo que le pidió, llamó al médico y luego a su familia; también avisó a Maggie, la amiga de Wara, aunque ésta no se lo había pedido. Incluso le envió rápidamente un mensaje de texto a Harper y a Eric, comunicándoles que el bebé iba a nacer, y luego sacó el coche del garaje.

* * *

—Ya va a nacer. ¿Irás al hospital?

—Por supuesto que sí, ya salgo para allá. Estoy con Marlene, iremos juntos.

—Gracias por estar a mi lado en este momento.

—No hay nada que sea más importante que acompañarte.

—Te espero, Kurtis.

Wara colgó el teléfono y continuó buscando su ropa. En ese instante Diago entró en la habitación.

—¿Todavía no has entrado en la ducha? ¿Quieres que te ayude?

—Te he dicho que puedo sola, estaba buscando ropa que ponerme. Tú encárgate de llevar la bolsa con las cosas de Delphie y lleva mi bolso también al coche, y cámbiate, vas hecho un desastre con esos vaqueros gastados.

—¿Ahora también te molesta mi ropa? ¡Joder!, estás insufrible.

Cuando llegaron al centro hospitalario, el padre de Diago, su mujer, su hermana, el marido de ésta, la amiga de Wara y Eric estaban en la sala de espera, aguardándolos.

En el camino habían empezado las contracciones y Wara estaba bastante dolorida. De inmediato la entraron en una habitación y Diago la acompañó.

Habían pasado dos horas y ella seguía en trabajo de parto; todo se presentaba normal, pero aún faltaban algunas horas más hasta que Wara consiguiera la dilatación suficiente.

Ella estaba sentada en la cama y Diago le masajeaba la espalda y sostenía su mano mientras otra contracción pasaba. Cuando ésta mermó de intensidad, ella le preguntó:

—¿Kurtis no ha venido? Ve a ver.

—Lo siento, Wara, con las prisas no lo he llamado. Aguarda, ahora me ocupo de eso; saldré un momento y le diré a Maggie que lo avise.

—No, está bien, no lo hagas. Lo llamas cuando Delphie haya nacido.

En ese instante su amiga asomó la cabeza en la habitación; todos estaban esperando fuera para no alterarlos y que pasaran ese momento de tanta intimidad los dos solos.

—¿Cómo va todo, cariño?

—Parir duele la hostia, Maggie.

—Cariño, tienes una pinta horrible. ¿Quieres algo?, ¿qué puedo hacer por ti? Estamos todos fuera aguardando la llegada de Delphie.

—Por favor, comunícate con Kurtis, dile que estamos aquí —intervino Diago.

—Te he dicho que no lo hicieras; nunca me escuchas. Cuando Delphie nazca, lo avisas, Maggie; no quiero que lo llaméis antes.

Diago y Maggie se miraron extrañados, pero ninguno dijo nada.

En ese momento empezó una nueva contracción y Diago se dedicó a darle unos masajes lumbares, ignorando una vez más su exabrupto.

* * *

Tras ocho horas de trabajo de parto, Delphie James llegó a este mundo. Era una criatura muy hermosa y su cabecita estaba recubierta por una pelusita rubia que destellaba reflejos dorados; se parecía mucho a su madre. Los médicos, tras hacerle las primeras evaluaciones, les indicaron que su salud era perfecta.

Wara dormía; estaba agotada, pero por suerte su estado de salud también era óptimo. La familia y amigos ya se habían marchado y se habían quedado los tres solos. En aquel momento Delphie empezó a quejarse, así que Diago se acercó a la cuna, la cogió en brazos y se sentó en el sofá cuidando de arroparla bien. Su hija era muy pequeña y parecía muy frágil; no podía dejar de admirarla, como si ella fuera la octava maravilla del mundo, y en realidad así lo creía, su pequeña era asombrosamente bonita.

Una sensación de regocijo, temor e inseguridad lo invadió de repente. Se sentía como si fuera un superhéroe que la defendería de cualquier mal. Pero, a la vez, no sabía cómo luchar con el miedo de no ser el mejor padre; temía no poder cuidarla siempre, no poder estar cada vez que ella lo necesitara. Se enterneció al ver que su hija se calmaba; se sentía el hombre más importante del mundo por haber podido lidiar con ello y deseó que ese momento en que él parecía ser todo lo que el bebé precisaba para tranquilizarse durara para siempre.

Fue imposible no añorar a su madre; el recuerdo de ella lo invadió por completo y deseó enormemente que hubiese estado viva para conocer a su hija; ansiaba muchísimo poder compartir su inmensa alegría, era en esos momentos cuando más sentía su ausencia. Tomó una de las manitas de Delphie entre sus dedos y admiró lo pequeña que era, así como la tersura y fragilidad de su piel. Le estudió minuciosamente cada dedo, y luego los besó uno por uno.

—Voy a protegerte de todo. Por ti seré mejor cada día para que nada te falte, trabajaré sin descanso para dártelo todo y te amaré tanto que temo que te asfixiaré con todo este amor que siento. Eres mi princesa; te quiero, hija.

Delphie abrió los ojitos y se quedó mirándolo mientras emitía esos ruiditos característicos de los bebés; movió sus manitas y se desperezó, y luego sacó la lengua y se llevó una manita a la boca, para succionarla.

—Ey, creo que mi pequeña princesa tiene hambre, pero mamá está durmiendo porque está muy cansada, y no queremos molestarla para que pueda recuperar sus fuerzas, así que, ¿qué tal si tú y yo nos vamos a buscar a una enfermera para que nos prepare un rico biberón y así mi tragoncita come y puede volverse a dormir?

Diago estaba dentro de una burbuja; nunca se había sentido tan posesivo con nadie como con Delphie. Lo que sentía por esa criatura era un sentimiento tan grande que resultaba inexplicable.

Decimosegundo

Delphie era quien manejaba sus tiempos y todo giraba en torno a ella. Ya estaban en su hogar, reacomodándose a la nueva vida; bien dicen que un hijo te cambia por completo y eso era muy cierto, porque la pequeña mandona acaparaba cada minuto del día.

Había pasado una semana desde el nacimiento y la prensa le pedía a Diago, a través de su representante, una nota para que presentara a su pequeña en sociedad, pero Wara no quería saber nada de que la imagen de su hija fuera expuesta.

—Tampoco me muero por hacerlo, pero lo que dice Carmen tiene lógica: si damos la primicia a *Vanity Fair*, y luego pactamos notas de prensa con *Glamour*, *Entertainment*, *Vogue* y otras cabeceras, no nos acosarán, y podremos continuar con nuestras vidas casi de una forma tan normal como lo hacemos ahora.

—¿Te das cuenta de en lo que nos has metido por hacer esa película? Las fans del libro parecen talibanes y han enloquecido a todos los medios de comunicación.

—Debo recordarte que gracias a ese contrato estás sentada en esta sala y rodeada de todos estos muebles nuevos, porque se te antojó cambiarlo todo.

—Es lo mínimo que nos merecemos tu hija y yo, vivir con confort, ya que tendremos que prescindir de tu atención por culpa de tu trabajo.

—Por cierto, recuerdo que el día que nació Delphie estábamos discutiendo sobre instalarnos en Vaucluse, y tú te negabas, pero te advierto de que no estoy dispuesto a ceder en eso y ya he comunicado a la productora qué casa quiero, y tú y Delphie vendréis conmigo.

»No me mires así, y no empieces a pegar gritos; simplemente te estoy informando, y si no quieres que pierda este contrato, con el que podrás darte los caprichos y los lujos que tanto te gustan, no montarás ningún escándalo y vendrás conmigo, porque yo quiero compartir con mi hija todo el tiempo que pueda mientras ruedo.

—No puedes obligarme.

—Tienes razón, no puedo hacerlo, pero, como supongo que quieres lo mejor para nuestra pequeña, y además deseas que no le falte de nada, harás todo lo posible para que este contrato no se caiga: me apoyarás en todo, mostrarás tu mejor cara y no nos pondrás en boca de la prensa para que conjeturen sobre nuestra relación, y empezarás a comportarte de manera tal que la opinión pública crea que somos una familia perfecta, porque, de otro modo, esto — chasqueó los dedos y señaló todo lo que los rodeaba— va a desaparecer, y tú no quieres eso.

—¿Seré tu rehén?

—No, Wara, serás mi mujer, y me acompañarás como tal. Y me ayudarás a velar por el bienestar económico de nuestra hija. Sé de sobras que la felicidad no la da el dinero, y tengo muy claro que una buena cuenta corriente no hará que tú y yo seamos felices de nuevo, pues eres tan consciente como yo de que algo entre nosotros se rompió hace tiempo —ella quiso interrumpirlo, pero él elevó el tono de voz y continuó—, y no espero que Delphie sea quien sane la fractura que se produjo en nuestra pareja, pero, independientemente de eso, ahora que soy padre me siento con la responsabilidad de que a mi hija nada le falte y, aunque yo a ti ya no te importe, sé que ella sí lo hace, y por tal motivo colaborarás para que nuestras finanzas y el patrimonio de nuestra hija se mantenga, porque todo lo que hago, todo lo que consiga de ahora en adelante, será para ella.

—¿Y qué esperas, que me dedique exclusivamente a ser tu mujer y a criar a nuestra hija?

—No, tú puedes seguir adelante con tu carrera de periodista. No dudo de que, por dedicarte a tu profesión, no dejarás de ser una buena madre, eso lo sé perfectamente, pero las cosas en esta casa han cambiado, y a partir de ahora tu carrera no es la única importante.

—Parece que se te han subido los aires de estrellita de Hollywood a la cabeza.

—No, Wara, no me creo ningún divo; simplemente estoy poniendo los huevos en su lugar, que es dentro de mi pantalón, porque al parecer en todo este tiempo tú te has creído que eras quien los llevaba auestas. He aguantado mucho para que pudieras disfrutar de un embarazo tranquilo, pero entérate de que no lo he hecho por ti, sino por mi hija. Sabía que era cuestión de tiempo, pues debía esperar a que Delphie naciera para demostrarte de lo que soy capaz para defenderla.

—¿Esto es una guerra, Diago? ¿Acaso nuestro hogar se transformará en *La guerra de los Rose*? ¿Eso es lo que quieres?

—Esto es lo que tú has estado buscando, no lo he generado yo, y... por mí puedes ponerle el título que desees. Wara —le agarró el mentón y se acercó para hablarle desde muy cerca—, si no quieres que esto sea una guerra, empieza a darte cuenta de que yo también soy una persona con sentimientos, y acostúmbrate a que las decisiones ya no serán sólo tuyas.

En aquel momento el timbre de la casa sonó, y eso fue suficiente para interrumpir la discusión.

Diago se apartó de ella dedicándole una mirada gélida, y fue a abrir la puerta.

—¡Hola, hola! El tío Kurtis ha llegado de África. —Kurtis entró en la sala como si un vendaval lo estuviera haciendo por la puerta; traía dos jirafas de peluche enormes bajo los brazos—. Toma. Diago, ayúdame; traigo muchos regalos para la princesa Delphie, estoy deseando conocerla. —Kurtis Tate regresó tras sus pasos y entró con un león y una cebra, y también con un tigre de peluche.

—Ku, ¿cuándo has llegado? —preguntó Wara mientras se acercaba a saludarlo con un entrañable abrazo—. ¿Qué es todo esto?

—Regalos... el tío Kurtis ha traído la selva a casa de la princesa Delphie. Aún faltan más.

—¿Más? ¿Dónde se supone que meteremos todo esto? Delphie ya tiene decorado su cuarto —intervino Diago sin ocultar su mal humor.

—El cuarto de Delphie es enorme. Diago, no seas desagradecido; montaremos un rincón con estos peluches —justificó ella—, son preciosos.

Kurtis volvió a entrar, por última vez, con una caja con un lazo enorme, que dejó sobre el sofá.

—Dejadme abrazaros. —Los sostuvo a ambos contra su pecho—. Estoy muy feliz. Lamenté mucho tener que irme a toda prisa a África para atender unos asuntos de la empresa de mi futuro suegro. Dios, nunca creí que me perdería el nacimiento de mi princesa, pero el viaje surgió de improviso, y era urgente que fuera, pues había un problema grandísimo en la importadora y tuve que encargarme de solucionarlo. Quiero conocerla, no hablemos más. ¿Dónde está?

—Vamos, Ku, te llevo a su habitación; luego vemos los regalos. ¡¿Te has vuelto loco?! —Ella rio a carcajadas—. Son demasiados.

—¿Vienes con nosotros, Diago? —preguntó el recién llegado al ver que éste no se movía.

—Id vosotros, yo me voy al gimnasio, se me hará tarde. Nos vemos luego,

Kurtis. Gracias por todo, y... disculpa por lo de antes, no he querido ser desconsiderado.

—Descuida; sé que me he pasado un poco comprando tantas cosas, pero me confieso: me sentía fatal por no haber podido estar junto a vosotros, me siento un muy mal amigo.

—No te preocupes, ya estás aquí.

Diago lo palmeó en el hombro y después se marchó.

* * *

Diago estaba en la cinta de correr; tenía los cascos de su iPhone puestos y escuchaba *Are you gonna go my way*, y en aquel instante un mensaje de WhatsApp entrante silenció momentáneamente la música. El joven apagó la máquina y desbloqueó la pantalla para leer el texto.

Delanie: Hola, ¿qué cuenta el papá más guapo del mundo? ¿Cómo están tus dos mujeres? Eve se ha encontrado hoy con Carmen en un evento y le ha contado que hace una semana que Delphie nació. Felicidades, me ha hecho muy feliz saberlo. 😊

Diago: Hola, Lanie. ¡Qué sorpresa leerte! Muchas gracias por el mensajito. El parto se adelantó una semana, pero, gracias a Dios, ambas están muy bien.

Acompañó el texto con una fotografía de él y Delphie juntos, y luego eligió dos más de su pequeña que le fascinaban, y también se las envió.

Delanie: Dios, acabo de morir de amor, 😍 ¡Es demasiado bonita! Es perfecta. Te felicito de nuevo, tu hija es preciosa.

Diago: También muero de amor cada vez que la miro; estoy totalmente embobado con ella.

Delanie: Me lo imagino. Aaaaay, qué ganas de llenarla de besos.

Diago: Se los daré por ti, no será ningún esfuerzo.

Delanie: Se te cae la baba. Ja, ja, ja, ja, ¡pobre niña, no la asfixies!

Diago: Soy un hombre totalmente enamorado de su creación.

Delanie: Además de caerse la baba, eres presuntuoso. Diago James, da asco tu engreimiento.

Diago: ¿Acaso estoy mintiendo? Es perfecta.

Delanie: No, no mientes, realmente lo es. ¿Estás bien? ¿Eres feliz?

Diago: Gracias por preocuparte por mí. Estoy muy bien, de verdad, Delphie me ha cambiado la vida. En cuanto a lo que hablamos en Carneys, nada ha cambiado, pero estoy bien.

Delanie: Lo lamento.

Diago: 😊 no te preocupes, de verdad. 😊

Delanie: Si puedo hacer algo por ti, ya sabes, puedes contar conmigo; llámame cuando necesites un oído amigo.

Diago: Muchas gracias. Con Wara, estamos intentando encontrar un equilibrio; lo solucionaremos.

Delanie: Me alegra oírte decir eso. Bueno, nos vemos en dos semanas.

Diago: Así es, en Vaocluse es la cita. Por cierto, déjame decirte que brillaste en la gala del Met.

Delanie: Oh, 🙄 ¿me viste?

Diago: Estabas deslumbrante, Lanie.

Delanie: Muchas gracias. Bien, te mando un beso 💋 y... otro también para tu bebé.

Diago: Se lo daré de tu parte. Gracias por tus mensajitos.

Repasó rápidamente la conversación en el chat de WhatsApp, y sonrió incrédulo mientras agitaba la cabeza; sin poder evitar el sentimiento, experimentó en su pecho lo pletórico que se sentía por recibir esos mensajes de ella.

Se bajó de la cinta, cogió la toalla y secó su transpiración al tiempo que caminaba hasta la bicicleta estática; se montó en ésta para hacer *spinning*, buscó en las listas de reproducción de su iPhone y pulsó para que sonara *Burn*; la letra de la canción de inmediato hizo eco en su interior y empezó a pedalear con unas ansias locas, las mismas que sentía cuando cerraba los ojos y pensaba en Delanie Jones.

Decimotercero

—No tendría que haberle mandado ningún mensaje. Mira cómo estoy por el mero hecho de escribirle. —Estiró una mano y le enseñó a Keyra cómo temblaba—. Me hace recordar a cómo me ponía en la Secundaria cuando Marc sólo me miraba. —Ambas rieron sin parar.

—Me acuerdo perfectamente de lo tonta que te ponías... ¿y el día que te llevaste el poste por delante por quedarte embobada con él?

—¡Qué vergüenza!, no me lo recuerdes, que me vuelvo a poner roja como una guinda. Todos se rieron de mí durante semanas, y él me ignoró más aún. —Delanie tomó una profunda bocanada y luego exhaló todo el aire que contenía en los pulmones de forma sonora—. Definitivamente, no debí comunicarme con Diago; mira de qué manera me late todavía el corazón. —Agarró la mano de su amiga y la apoyó en su pecho para que Keyra sintiera el retumbar de éste.

—Pero debías hacerlo, Lanie. Era muy probable que él se enterara de que Eve había estado con su agente y que ésta le contó que había sido papá; siendo él tu compañero de trabajo, es más que obvio que ella te lo comentaría.

—Lo sé, lo sé, pero hubiese querido poder evitarlo. Joder, ¿sabes lo liada que estoy? ¿Te haces una remota idea del puto suplicio que será trabajar junto a él? Dime, ¿cómo mierda me ha ocurrido esto? Maldición, acaba de ser padre. ¿Has leído lo que me ha escrito?, «Con Wara, estamos intentando encontrar un equilibrio; lo solucionaremos».

—Pero antes te ha puesto que todo seguía igual.

—No deberíamos estar hablando de esto, Key. Tengo que dejar de pensar en él, siento que estoy a punto de perder la razón. Diago no es libre y, además, su mujer acaba de parir. Se me pone la piel de gallina con sólo pensarlo, no está bien que me haya fijado en él.

—Deja de sentirte culpable; en todo caso, esa relación está rota desde hace tiempo, él mismo te lo confesó.

—¿Y qué pasa si sólo pretendía echar una cana al aire? Quizá sólo buscaba tener una aventura y me mintió; tal vez con ella todo va bien; sería lo más lógico, acaban de tener un hijo.

—Si fuese así, no hubiese salido disparado. Diago también tiene miedo de lo que siente cuando está contigo; si lo que buscaba era tener una aventura, hubiera seguido adelante hasta conseguirla.

—Keyra, estamos siendo totalmente tontas, mira lo que estamos conjeturando. Él es mi compañero de trabajo y, como si eso fuera poco, ¿te has olvidado de la cláusula de moralidad de mi contrato, que me exige una conducta moral intachable? Esa misma cláusula, por otra parte, debe figurar en el suyo.

—¿Y qué harás? ¿Simplemente le ordenarás a tu corazón que deje de sentir?

—Sí, eso es lo que haré y, tú, deja de alentarme y de meterme cosas en la cabeza.

—Pero es que es un bombonazo, y además se os ve tan bien juntos, hacéis una buena pareja.

—Pero tiene familia. Basta, Keyra; de ahora en adelante, no hablaremos más de él. Tengo que borrarlo de mi disco duro.

—Ok, no hablaremos más de eso, pero ve pensando cómo te lo harás dentro de un par de semanas, cuando empecéis a rodar la película.

—Gracias, eres genial por martirizarme de esta forma; imagina lo tesa que me pondré cuando tengamos que actuar.

—No te pongas tensa; déjate llevar, que crean que eres la mejor actriz.

—O sea, que soy pésima.

—No, boba, me refiero a que todos creerán que es una interpretación, así que, por eso, no debes preocuparte; aprovecha y toquetéalo todo. En el set vale todo, ¿no?

Ambas empezaron a reír sin parar.

* * *

A la semana siguiente, Delanie debía surtir la despensa, así que fue hasta West Hollywood, a Bristol Farms, donde realizó sus compras; luego se trasladó calle arriba, hasta Book Soup, una librería donde también se vendían periódicos y revistas. Su abuela había hecho un encargo allí y había pasado a por él. Su atención al entrar se dirigió de inmediato hacia la estantería donde estaban

exhibidas las revistas de moda y actualidad. En la portada de *Vanity Fair*, unos llameantes ojos grises acapararon toda su atención; Diago aparecía en ella, pero no estaba solo, sino posando junto a su familia. La cogió del anaquel y leyó el titular: «Diago James y Wara Adams, en familia, nos presentan a Delphie».

La entradilla indicaba lo que había sentido Diago al conocer a su pequeña: «Al verla, pensé: “gracias a Dios por lo bien que está, ¡pero si es igual de hermosa que mi mujer!”».

Una puñalada en el pecho le hubiese dolido menos que leer eso.

Desencajada, entró con la revista en la mano, le pidió al dependiente el libro que su abuela quería, pagó las dos cosas y se marchó.

* * *

Keyra todavía dormía, pero su sueño fue interrumpido cuando Lanie se sentó en el borde de su cama. Ésta se restregó los ojos adormilada, aún no podía conectar del todo con la realidad y no sabía si se trataba de un sueño en el que su amiga la visitaba o bien ella realmente estaba ahí.

—Despierta; mira.

Semidormida, se incorporó para apoyarse contra el respaldo y luego cogió la revista que Delanie le estampó en el pecho.

—Buenos días. ¡Qué manera tan horrible de despertarme, eres la peor de las amigas!

—Lee y deja de quejarte.

—¿Qué es esto?

—Lee. —Lanie le dio la vuelta a la revista y la puso frente a ella.

—¡Joder! Parecen muy enamorados en esta foto.

—¿Has visto cómo la mira? Es obvio que están bien, que han superado la crisis que estaban pasando como pareja. Resulta más que evidente que estaba probando suerte conmigo para ver si podíamos tener una aventura. No sería el primer hombre que, durante el embarazo de su mujer, se busca a una amante para no molestarla a ella con el sexo.

—¿Qué estás diciendo? Soy yo la que aún está dormida, pero al parecer tu cerebro es el que está adormecido. Diago no quiso tener una aventura contigo; si hubiese sido así, te hubiera encarado, y estoy segura de que te hubieras ido a la cama con él.

—Por supuesto que no, sabes lo que pienso de la gente infiel. Él está en una relación, y nunca tendría nada con Diago si no supiera positivamente que está solo.

—Bueno, entonces no sé qué mierda estamos dilucidando y discutiendo. Además, hace una semana, cuando estábamos en tu casa y le mandaste mensajes al feliz papá, me dijiste que no querías hablar más de él, así que no sé por qué te afecta tanto esta noticia y esta foto. Y... déjame decirte que —hizo a un lado las sábanas y se levantó de la cama al tiempo que le devolvía la revista— no siempre es verdad toda la mierda que la prensa publica, y eso, tú, lo sabes mejor que nadie.

»Y muchas gracias por despertarme y ponerme de tan mal humor.

—Lo siento, no ha sido mi intención, pero me he cabreado mucho cuando he visto la portada, y más con las cosas que él declara en el interior; lee el artículo completo.

—No me interesa lo que diga ahí, y a ti tampoco debería hacerlo. Basta, Lanie, extirpa a Diago de tus pensamientos; él no es adecuado para nada, sólo para sufrir. En eso quedamos el otro día.

—Tienes razón. Debo centrarme en que sólo es un compañero de trabajo. Me voy, tengo que pasar por casa de mi abuela a dejarle un encargo que me ha pedido.

En el alto de un semáforo, miró a su lado, al asiento del copiloto, donde descansaba la revista con la foto de la familia feliz en portada, y de nuevo se sintió contrariada; era un sentimiento que no podía controlar.

Cogió su móvil y tecleó un mensaje.

Delanie: Precioso artículo el que ha salido en *Vanity Fair*. Se os ve muy felices junto a Delphie. Sin duda ella ha traído a tu hogar la paz y el amor. A simple vista es evidente la devoción con la que miras a tu familia, y me alegra saber que las cosas se han acabado arreglando con Wara. Te dije que eran las hormonas del embarazo, 😊 ¿Has visto? No me equivoqué, sabía que, cuando tuvierais a la pequeña con vosotros, todo mejoraría.

Terminó de escribir el mensaje, lo envió y conectó su móvil al reproductor de música; seleccionó el tema *Far away*, bajó la ventanilla y se impregnó de los acordes de la canción al tiempo que el aire de California la golpeaba en el rostro.

Delanie se sentía confundida; ya no sabía quién era, había perdido cada una de sus convicciones, como si la mujer que habitaba en su interior estuviera perdida a través del tiempo. Pensar en Diago hacía que se sintiera como la fuerza de un tornado que lo destruía todo a su paso; una fuerza extraordinaria que la levantaba del suelo para arrojarla de nuevo a él, dejándola rota en mil pedazos.

Cuando estaba llegando a casa de su abuela, la música se interrumpió por el sonido de una llamada entrante. Miró el móvil, que descansaba en la consola que separaba los dos asientos delanteros, y al ver en la pantalla que era Diago quien la llamaba, creyó que el corazón se le escaparía por la boca. Torpemente, cogió el teléfono para desconectarlo del equipo de sonido y atender, pero las manos le temblaban tanto que éste acabó cayéndose.

—¡Joder!

Sin apartar la vista del camino y sin abandonar el volante, se inclinó y con una mano tanteó para dar con el móvil y poder contestar, pero eso no pasó, lo que pasó fue que el aparato dejó de sonar justo en el momento en el que finalmente lo encontró. Lo sostuvo en su mano mirándolo atónita; permaneció observando obstinadamente la pantalla mientras aguardaba a que él la volviese a llamar, pero eso no ocurrió. Diago no volvió a hacerlo. No sabía qué hacer y, aunque se moría de ganas de oír su voz y saber qué era lo que tenía que decirle, su sentido común le indicó que lo mejor era dejar las cosas como estaban, así que, aguerrida, luchó contra la tentación de devolverle la llamada; incluso tecleó un mensaje que luego borró, para luego desechar el teléfono en el asiento del copiloto. Enojada con ella misma y con la delirante situación, pilló la revista y la giró para no seguir viendo esa imagen de familia feliz.

Determinada a continuar adelante con su vida, se aferró al volante con ambas manos. No sabía cómo lo lograría, pero era más que consciente de que necesitaba encontrar la fuerza necesaria para sacarse a Diago James de la cabeza.

* * *

Todas las cosas que había imaginado decirle eran sólo putas palabras vacías que no tenía ningún sentido expresar. Frases perdidas en el fondo de su mente que no tenía derecho a pensar por demasiados motivos. Cuando marcó su número fue porque sintió el impulso de explicarle que ese artículo era exclusivamente un ardid ideado por su publicista para que la prensa dejara de

joderlos; las fans habían desatado el morbo de los periodistas de manera desmedida, algunos incluso esperaban poder meterse dentro de su cama para saber cómo era la intimidad de su hogar.

Se rio con sorna, apretó los ojos con fuerza e intentó alejar esos pensamientos. Dilucidó durante el trayecto que era mejor que ella no lo hubiese atendido, ya que no tenía razón alguna seguir alimentando una atracción que no podía ser bajo ningún punto de vista.

Decimocuarto

En su corta vida, Delanie Jones había estado en diversos aeropuertos desperdigados por el mundo entero, ya que había viajado mucho, tanto con su madre como con su padre, pero Sídney, específicamente, era uno de los destinos que jamás había pisado.

La joven actriz llegó al Aeropuerto Internacional Kingsford Smith cuando el día justo comenzaba a clarear. La terminal estaba situada a los lados de la bahía de Botany, una ensenada del océano Pacífico Sur ubicada en la costa sudeste de Australia. Llegó acompañada de su hermana Peyton y de su inseparable amiga Keyra Walsh.

—Madre mía, qué pasada de sitio, ¿cómo es que nunca habíamos venido a Sídney, Lanie? Tenemos que decirle a mi madre y a papá que vengan a conocerlo; imagino que, si así de moderno es el aeropuerto, la ciudad debe de ser magnífica.

—Dicen que es la más cosmopolita de Australia, y que el azul del agua la convierte en un páramo único —acotó Keyra.

—Lanie, qué pena que tú tienes que trabajar; hermanita, esto hay que recorrerlo entero.

—Ya programaremos los días que no tengo que rodar para pasear.

Se encontraban en la Terminal 1, la destinada a vuelos internacionales, que estaba en el extremo noroeste del aeropuerto. Después de recoger sus maletas, solicitaron la ayuda de un empleado del aeródromo para que les empujara el carrito. Por suerte no tenían que demorarse retirando a *Newton*, puesto que él había viajado en la cabina junto a Delanie, así que las tres salieron a la zona de llegadas, donde de inmediato divisaron a un trabajador de la productora que las esperaba con un cartel que tenía escrito el nombre de Lanie.

—¿Charles?

—El mismo que viste y calza, para servirte. Soy la persona asignada para tu seguridad; supongo que ya te habrán informado de eso. Déjame añadir que, además, estoy a tu disposición para acompañarte a donde desees ir; en el caso de

que necesitemos un chófer, como hoy, también lo tendremos, o bien ése será también mi trabajo.

Delanie le tendió la mano y éste le retribuyó el saludo.

—Encantada. Te presento a mi hermana Peyton y a mi amiga Keyra; ambas estarán conmigo durante mi estancia en Vaucluse.

—Bienvenidas. Estaba informado de antemano de que venías con dos acompañantes, la productora me lo comunicó. Perdón, ¿puedo tutearte o prefieres que no lo haga? —planteó mientras hacía un ademán invitándolas a caminar.

—Sí, desde luego, ni se te ocurra no hacerlo.

—A nosotras también, por favor —indicaron al unísono las otras jóvenes.

—Perfecto. Ahora, que os parece si vamos saliendo, ¿vale? —Miró hacia el carro con maletas y abrió los ojos como platos al ver la gran cantidad de equipaje que llevaban consigo—; parece que vais algo cargadas, chicas.

—Somos mujeres, Charles —acotó Delanie, y los cuatro se carcajearon.

—Y además venimos para dos meses; o sea, casi nos estamos mudando —añadió Peyton.

—Imagínate, Charles: California no está a la vuelta de la esquina si nos olvidamos algo.

—Por supuesto que no. Yo también vivo en Los Ángeles, pero sólo he traído dos maletas pequeñas.

—Hombres... —indicó Delanie agitando una mano en el aire y poniendo los ojos en blanco; todos volvieron a reír.

—Nos caracterizamos por nuestra practicidad —se defendió el escolta.

—Y nosotras nos caracterizamos por estar siempre pensando en cómo agradaros más a vosotros.

Al llegar a la salida se encontraron con una gran cantidad de periodistas.

—Joder, no me esperaba esto.

—Cuando yo entré, no estaban aquí —aseguró Charles.

—Bien, habrá que acostumbrarse. El marketing de la película ya se lanzó y el fanatismo de las lectoras del libro comenzó.

Las tres mujeres se colocaron gafas oscuras y se prepararon para ganar la calle. Una minivan negra con cristales tintados las estaba aguardando en la entrada. El escolta se encargó de que, con rapidez, se metieran dentro del monovolumen, pero antes Delanie fue abordada por algunos fans, así que, muy

amablemente, firmó algunos autógrafos y también se dejó hacer algunas fotografías. Después de que ella subiera al vehículo, Charles ayudó al chófer a cargar el equipaje de las chicas.

El chisporroteo de los flashes era incesante, toda la prensa rodeaba la minivan.

—Dios, Lanie, ¿te esperabas esto?

—Ni de coña, Pey. Pero ¿cómo se han enterado de que llegábamos hoy?

—Perdón, es culpa mía —intervino Keyra, compungida—. Estaba tan feliz porque viajábamos hacia aquí que subí una foto en Instagram y puse «Vaucluse, ¡allá vamos!», y el icono de un avioncito. Y os etiqueté a ambas.

—Qué pedazo de... si serás... Se suponía que veníamos antes para conocer el lugar y deambular por cualquier lado tranquilas durante unos días —se quejó Peyton.

—No te aflijas, mi osita panda, yo también casi hago la misma burrada, pero me di cuenta a tiempo —aceptó Delanie mientras abrazaba a su amiga y la llenaba de besos—. No la regañes, Pey.

—Lo siento de verdad; no lo pensé. No me llames osita panda; ya sé que soy despistada como esos animales, pero no fue a propósito.

—No te preocupes, mi osita, por suerte no saben dónde viviremos, así que no se te ocurra sacarte una foto en la puerta de la casa y que se vea la numeración, porque te meto en un avión de regreso a California.

Las tres se desternillaron de risa.

—No creo que el acoso llegue hasta la puerta de casa —dijo Peyton, probablemente más preocupada de lo que intentaba mostrar.

—Esperemos que no.

»Charles —Delanie le tocó el hombro—, nos ayudarás a que no nos sigan, ¿verdad?

—Haremos todo lo posible con Levi para despistarlos a todos.

—Dime, Charles, tal vez tú sepas si Diago James ya está en el país. — Keyra miró a Delanie por el rabillo del ojo. Peyton no podía advertir su mirada, porque estaba sentada al otro lado.

—Creo que no; si no lo he entendido mal, llega pasado mañana, el jueves. De todas formas, el rodaje no empieza hasta el lunes.

—Así es —ratificó Lanie—. Me refiero a que comenzamos a trabajar el lunes.

Keyra ahogó una risa y se acercó a su oído.

—No aclares que oscurece. —Luego continuó diciendo, en un tono que todos pudieran oírla—. ¿Su casa está lejos de la nuestra? ¿Acaso seremos vecinos?

Delanie miró a Keyra fulminándola; quería que se callara de una vez. Disimuladamente, le pellizcó el muslo antes de que Peyton advirtiera nada extraño en el interés de ésta por saber sobre el actor.

—No, no está muy lejos, a dos kilómetros más o menos, pero su casa está en un barrio con un ambiente mucho más familiar, en Dover Heights; queda del lado donde se encuentra la oficina postal, un poquito más alejada, en los acantilados situados al este de Vaucluse. Por ahí también hay un supermercado, la farmacia, una tienda de *delicatessen*, una panadería, locales de comida donde se puede comprar comida tailandesa y, si mal no recuerdo, también hay una licorería. Son establecimientos pequeños, pero muy útiles. Ayer, cuando llegamos, fuimos con su escolta a recorrer ambos barrios; queríamos estudiar la zona y los alrededores —explicó éste, concluyendo.

—Bueno, tendrás que indicarnos cómo llegar a esos sitios —dijo Peyton sin el mismo interés de quien había preguntado antes—; sin duda son servicios que podemos necesitar, así que sería bueno saber dónde quedan.

—Hemos llegado —anunció de pronto Levi, el chófer.

—¡Guau!, Lanie, el barrio parece muy tranquilo —exclamó Peyton mientras bajaba de la camioneta. Por la otra puerta lo hicieron Delanie y Keyra.

—Entre las opciones que la productora me ofreció, fue la que más me atrajo. Estudié un poco el lugar por Google Street View, y las vistas al acantilado junto al parque Beach Paddock y el parque Nielsen fueron lo que me ayudó a decidirme por ella. Además, pensé que era el emplazamiento apropiado para que pudierais tomar el sol y llevar a *Newton* a pasear cuando yo esté trabajando.

—Claro. Nos quiere hacer creer que eligió esta casa por nosotras; Key, no la creas: en realidad sólo pensó en nuestro peludo sobrino.

—No seas mala, Pey, no es así. Me siento muy feliz de que hayáis venido conmigo.

* * *

El miércoles por la noche, Delanie no podía dormir. Dio mil vueltas en la cama hasta que se cansó de luchar contra la falta de sueño y encendió la luz de la mesilla, abrió su portátil y se puso a comprobar los horarios de los vuelos que

llegaban desde Toronto. Comprobó que ninguno era directo, así que, considerando que viajaban junto a la niña, supuso que habrían elegido el plan más corto; ella lo habría hecho. Por tal motivo, y si su corazonada no le fallaba, se dijo que llegarían alrededor de las siete de la mañana a Sídney.

—Joder, Delanie, ¡basta!, tienes que parar, tienes que detenerte. No puedes obsesionarte con esto ahora mismo —se amonestó en voz alta.

Los días anteriores, con la excusa de salir a correr, recorrió los alrededores junto a *Newton* y llegó hasta donde dedujo que quedaba la casa donde viviría Diago. Había estudiado la lista de las viviendas que la productora también le había enviado a ella, así que, por los datos que Charles le había facilitado, creía saber de cuál se trataba; era una vivienda de alto *standing*, aunque el barrio era más modesto que en el que ella estaba acomodada.

* * *

Estaba exhausta por las largas horas de insomnio, pues no había pegado ojo durante toda la noche; no obstante, apenas el día comenzó a clarear, no pudo resistir la tentación de ir a merodear por el lugar. Sin embargo, para no llamar la atención, fue sola, ya que, si la veían con el perro, sería más fácil reconocerla.

Maldita fuera, por qué era tan terca y obstinada.

Se vistió con ropa deportiva y se colocó una sudadera con capucha para esconder parcialmente su rostro; decidida a llegar antes que ellos, salió con tiempo suficiente y se posicionó al final de la calle simulando estar haciendo actividad física junto a una cerca, donde se encontraba la entrada para descender hacia los acantilados; desde allí podría divisar cualquier vehículo que se acercara a la vivienda.

Permaneció expectante, con gesto concentrado, hasta que advirtió que calle arriba se acercaba una minivan negra exacta a la que a ella la había trasladado desde el aeropuerto.

Sus sentimientos encontrados, y las largas horas de la noche sin dormir, le estaban provocando una migraña atroz, pero ningún dolor podía ensombrecer la alegría que sentía al darse cuenta de que no se había equivocado y que ésa era la casa donde Diago habitaría. Su pecho comenzó a subir y bajar agitado, mientras los segundos pasaban y ella aguardaba para verlo... hasta que una de las puertas traseras se abrió, y éste descendió de inmediato. Su cuerpo, grácil y muy bien formado, fue digno de admirar; estaba enfundado en unos vaqueros que

resaltaban los tensos músculos de sus largas piernas. La visión provocó en Lanie una respuesta violenta en su cuerpo, ya que sus pezones se pusieron erectos al tiempo que sus ojos, inquisidores, observaron por completo su anatomía.

«Joder, parece que este hombre tiene conectada una línea directa con mi libido.» Los pensamientos se derramaron en un simple y rápido proceso, mientras Delanie sentía que había perdido todo poder de razonar al verlo.

Diago mantuvo abierta la puerta y bajó la sillita que transportaba a su hija; caminó bordeando el monovolumen, subió el bordillo y esperó hasta que Wara descendió. Ésta lucía impecable; quien la viera no podría creer que hacía sólo un mes que había parido. Era una mujer con un físico agraciado y un rostro muy bello.

Desde donde Lanie se encontraba situada resultaba imposible oír lo que se decían, pero sus torvos gestos le hicieron pensar que estaban discutiendo.

* * *

—¿Aquí nos has traído? De todas las casas que había en la lista que envié la productora, ésta era la que estaba en el peor barrio.

—A mí no me parece que sea un mal barrio. Además, Wara, si tanto problema tienes, podrías haberte decidido con tiempo. Cuando tuve que encargarme yo, no eran muchas las opciones que quedaban disponibles, y, como no te molestaste en ocuparte de este asunto con anterioridad, supuse que te daba lo mismo. A mí me pareció un lugar práctico, ya que está muy cerca de todos los servicios.

—En tu último gran discurso, entendí que querías lo mejor para tu hija. Había casas en barrios más selectos de Vaocluse.

—No me jodas, Wara. La casa es preciosa y tiene mucho espacio; hay habitaciones para todos, incluso para la niñera, y hasta te he contratado a una persona que se ocupará de la limpieza y todos los quehaceres de la casa, así que no sé de qué mierda te quejas. La vivienda tiene unas vistas preciosas al océano... No veo el problema que tú ves. Además, ¿me lo parece a mí o, de un tiempo a esta parte, te has olvidado del barrio de donde saliste cuando te conocí? Vivías en un apartamento de un ambiente que compartías con Kurtis, parecía una caja de cerillas.

»Mejorar siempre es bueno, pero nunca se deben olvidar los orígenes. El ascenso puede ser duro y sacrificado, pero la caída puede llegar a ser estrepitosa, así que siempre hay que estar preparado para el descenso.

Diago dio media vuelta y empezó a caminar, dispuesto a entrar en la casa. Subió la escalerilla de la entrada y dejó a Wara sola, refunfuñando en la acera.

* * *

En el camino de regreso, Delanie se detuvo a comprar alguna exquisitez para el desayuno. Quería tener alguna excusa cuando le preguntaran por qué había salido tan temprano, así que se paró en una panadería para comprar un surtido de bollería y panecillos.

—Despertad, he traído el desayuno. Vamos, dormilonas, aprended de mí, que he salido a correr muy temprano.

—Dios, parece que te has levantado con las energías renovadas.

—Sí, Pey, así es. Me siento eufórica.

—Humm, ¿debido a...?

—A nada en especial, Key, pero me siento con las pilas cargadas. Os espero, no tardéis.

Keyra se acercó a la cocina, donde Delanie desenvolvía los paquetes con las exquisiteces que había adquirido y las colocaba en un plato para llevar a la mesa del comedor. Miró la bolsa y leyó en voz alta «Johnny's Patisserie».

—¡Ja!, ahora entiendo tu buen humor, zorra. Fuiste a merodear por... — Peyton entró en la cocina en aquel momento.

—¿Adónde fuiste, Lanie?

—A la panadería.

Keyra la miraba riéndose con sorna, mientras elevaba ambas cejas.

—Por Dios, qué rico se ve todo esto. Engordaré si sigo comiendo tantos carbohidratos; creo que tendré que empezar a acompañarte a correr, no puedo continuar durmiendo hasta tan tarde y zampar sin parar.

Peyton cogió el plato para llevarlo a la mesa.

—¿Lo has visto? —Keyra parecía de la Santa Inquisición.

—¿A quién? No sé de qué hablas —dijo Lanie mientras vertía café en una taza.

—Hoy llegaba Diago; no te hagas la desentendida, por eso has ido hacia ese lado de Vaocluse. ¿Has pasado por su casa? Te conozco.

—Calla, no quiero que Pey nos oiga.

—¿Secretos con tu hermana? Eso está muy feo, Lanie. Cuéntame, ¿de qué cosa no debo enterarme? —preguntó ésta, sorprendiéndolas.

—Joder, Key, eres experta en abrir tu boca más de la cuenta.

—Quiero saberlo todo ya mismo; dejas de secretitos, me lo contáis todo ahora mismo.

Se sentaron a la mesa a desayunar y Delanie no tuvo más remedio que narrarle a su hermana todo lo ocurrido desde el *casting* en Los Ángeles.

—Joder, Delanie, tienes que estar muy pillada para ir a acosarlo desde lejos como has hecho hoy.

—Ahora me siento fatal. Explicártelo todo ha hecho que me dé cuenta de que es imposible. Por favor —las agarró a ambas de una mano, mientras la frustración y la culpa la carcomían por dentro—, ayudadme... ayudadme a no volver a perder el control.

Decimoquinto

Todo estaba dispuesto para que ese día comenzaran a rodar las escenas en Strickland House. El elenco de actores estaba citado a las ocho de la mañana, y Delanie llegó muy temprano, acompañada por su hermana, su amiga y su perro. Charles había sido el encargado de llevarlas hasta allí, aunque en realidad bien podrían haber ido caminando, ya que la localización quedaba a escasa distancia de su casa; sin embargo, ciñéndose al plan de la productora, lo hizo en uno de los vehículos que tenía a su disposición, para no desvelar que su vivienda quedaba realmente muy cerca del lugar.

Cuando llegó a la entrada del edificio, considerado patrimonio histórico de la región, no le resultó raro descubrir la cantidad de prensa que se encontraba allí congregada; era muy notorio que la producción de la película había invertido mucho en marketing, pues el despliegue periodístico, con multitud de profesionales que aguardaban a los actores, así lo indicaba; la ciudad entera parecía haberse revolucionado con su llegada.

El monovolumen se detuvo en el portón de hierro de la entrada al recinto, y Charles bajó la ventanilla para enseñar la autorización para acceder al interior con el vehículo.

—Lanie, ¿has visto cuántos fans os están esperando?

—Sí, Pey, ¡es increíble! La gente está eufórica; tal vez debería acercarme y mantener algún contacto con ellos, o al menos bajar el cristal de la ventanilla para que puedan verme. ¡Quién sabe desde qué hora llevarán aquí! —se lamentó por ellos.

—Bajemos —sugirió Keyra—, tus fans se pondrán muy felices.

—Señorita Jones, tengo instrucciones de llevarte hasta dentro en el vehículo.

—Charles, la gente desea tener contacto con nosotros, regalémosle un momento para el recuerdo. No lo haremos todos los días, pero al menos hoy, que es el primer día de grabación... Se ven todos muy ilusionados.

—Muy bien, como desees; déjame bajar primero y abrirte el portón de entrada.

Delanie se puso unas gafas oscuras y descendió del monovolumen cargando a *Newton*; una vez que también bajaron todos sus acompañantes, se inclinó para dejar al animal en el suelo y, esbozando una sonrisa radiante, saludó a sus fans sin detenerse. Se encaminó hacia el portón, y Charles, Keyra y Peyton actuaron como escudo para impedir que la gente se le acercara demasiado.

Ya en el interior, se dedicó a lanzar besos a quienes gritaban su nombre sin dejar de sacarle fotografías. Incluso posó para los *paparazzi*, y también les dio a los medios de comunicación material como para escribir una bonita nota de prensa.

—Delanie —vociferó un periodista, capturando su atención—, cuéntanos, ¿estás nerviosa por el inicio de la filmación?

—Los nervios del primer día siempre están presentes, sea cual sea el caso, pero estoy segura de que, junto a mis compañeros de reparto y al equipo de rodaje, los superaré; además, confío plenamente en Frederick, y sé que de su mano conseguiremos hacer un gran trabajo.

—Leona ya ha llegado, la hemos visto entrar —la informó otro periodista—. Nos ha dicho que estará en todo momento junto a vosotros. ¿Qué opináis los actores de que ella esté presente, controlándolo todo?

—Nos parece fabuloso. Leona es una persona encantadora y ha escrito una historia de amor que lo es mucho más, así que será genial tenerla en todas las localizaciones, apoyándonos. Adiós —agitó una mano y empezó a caminar hacia dentro y volvió a subirse al monovolumen—, y gracias a todos por acompañarme en este día.

Varios camiones estaban estacionados a lo largo de la calle de acceso a la casa, así que el vehículo avanzó hasta donde pudo; luego se bajaron e hicieron el resto del trayecto a pie.

—Delanie, bienvenida. —Jobs abrió sus brazos y la recibió con un entrañable abrazo—. Por fin ha llegado el día, ¿estás preparada?

—Totalmente preparada, y ansiosa. ¿Has visto cuánta gente hay fuera, esperándonos?

—La gente también está muy ansiosa, esto ha sido un estallido.

—¡Leona! —chilló ella mientras se acercaba a saludarla.

—Hola, preciosa; qué estupendo es verte de nuevo.

—Lo mismo digo.

—¿Estás nerviosa?

—Un poquito, pero todo saldrá de maravilla.

—Yo también estoy un poquito inquieta, pero estoy convencida de que, junto a Jobs, crearemos el clima apropiado para cada escena. Ahí llega Diago — anunció ésta.

Delanie tembló al sentir su mirada quemar su espalda; hizo una profunda respiración y se dio media vuelta para buscar su mirada gris azulada.

Finalmente sus ojos se encontraron, pero por suerte Leona Jennings salvó el momento.

—Hola, querido; bienvenido.

Él las saludó a ambas con un beso en la mejilla, y Leona lo cogió por la cintura.

—¿Qué tal tu niña? ¿Cómo te trata la paternidad? ¿Os deja dormir por las noches?

—Delphie es una cría muy buena, no da trabajo para nada; nos tiene embobados.

—¡James!

—¡Jobs!

—Justo venía a buscar a Delanie para que comenzara a prepararse. Me alegra que tú también estés ya aquí, estoy ansioso por empezar. Aquellos dos tráileres son los vuestros — les indicó a ambos señalando dos caravanas—; la encargada de vestuario, Paloma, ya os ha dejado lista la ropa que debéis usar, así que, si os parece bien, quisiera comenzar cuanto antes. Cuando os hayáis cambiado, avisad a Rosie Rose. —Les presentó a una mujer rubia, explicándoles que era la maquilladora—. Os estaré aguardando en la entrada de la casa, quiero hacer las escenas en el exterior, para no luchar contra el reflejo del sol más tarde.

Ambos caminaron a la par hacia donde estaban los remolques que officiarían de camerinos.

—Cuando he llegado, he visto a Peyton y a Keyra; estaban con tu perro.

—Sí, me han acompañado para ayudarme a paliar los nervios del primer día. ¿Tú cómo estás? Se te ve muy bien.

—Gracias, lo estoy. Te ha crecido mucho el pelo, y te lo has aclarado un poco.

—¡Qué observador! —Cogió un mechón de sus cabellos—. Necesitaba que estuviera así para el personaje; el tuyo, en cambio, está más corto.

Él se pasó la mano por su cabeza rapada y la miró por entre las pestañas.

—Era preciso para meterme en la piel de Gabriel. ¿Me queda mal?
—Todo lo contrario, te da un aire más misterioso.
—Misterioso... suena bien. Vamos a cambiarnos, Lanie, Frederick nos espera; luego charlamos.
—Sí, yo también estoy ansiosa por empezar.

* * *

Tras pasar toda la mañana rodando, era la hora del almuerzo y habían hecho un alto en la grabación. De camino al remolque, caminaron juntos en la misma dirección.

—Ha sido divertido y muy fácil a tu lado.
—Para mí también ha sido así.
—Pero si aquí están Gabriel y Ava —bromearon Keyra y Peyton, haciendo alusión a sus nombres de ficción mientras salían a su encuentro. Esta última soltó la correa de *Newton* y el can corrió para hacerle fiestas a su dueña.
—Vámonos a almorzar. Charles nos llevará al restaurante de Nielsen Park; Diago, ven con nosotras.

—Acepto, estoy muerto de hambre.
Diago prefirió ir en su camioneta, así que Dylan, su escolta, lo llevó hasta allí. Cuando llegó, las mujeres ya habían ocupado una mesa, y junto a ellas estaba sentado Charles.

—Yo me sentaré con Dylan en otra mesa —informó el guardaespaldas poniéndose de pie.

—De ninguna manera, vosotros os quedáis en nuestra mesa junto a nosotros —terció el actor sin dejar que éste se pusiera de pie.

La comida transcurrió entre risas. Dylan y Charles eran muy divertidos y contaron algunas anécdotas que les había tocado vivir gracias a su profesión. Se hizo la hora de volver a trabajar, así que era imperioso que dejaran el local. Diago y Lanie salieron caminando por delante.

—Veo que no me equivoqué, será muy agradable trabajar contigo —comentó el actor.

—Cuando estoy en mis días, cargo una estupidez... Ojalá que no te espantes en esos momentos en los que ni yo misma me soporto.

—Todos tenemos días así, también tengo los míos.

»Hace unos días te llamé y no me contestaste; pensé que no querías hablar conmigo, por eso no insistí.

—¿Cómo?

—Cuando salió el artículo en *Vanity Fair*.

—Ah... el caso es que, cuando fui a responder, justo cortaste la comunicación, y luego esperé a que volvieras a llamar, pero...

—Todo sigue muy mal en mi pareja, sólo nos toleramos. Ese reportaje se hizo porque me lo aconsejó mi publicista, para que la prensa no nos acosase.

—Por lo visto eres muy buen actor; parecía muy real la forma en que la mirabas en la foto. De todas formas, no es necesario que me expliques nada.

—Lo sé, sólo que no tengo con quién hablar de esto y recordé la comida que compartimos en Carneys, y lo bien que lo pasamos charlando. De todas maneras, si te molesta que lo comente contigo...

—No, no me molesta, puedes hacerlo cuando quieras, incluso puedes llamarme. Lamento mucho que lo que decía el artículo no sea cierto, siento de verdad que nada se haya solucionado entre vosotros.

De repente algunos fans, que los reconocieron, se les acercaron y les pidieron poder hacerles unas fotografías, a lo que ellos accedieron de muy buen grado. Luego subieron a los monovolúmenes y se marcharon.

Decimosexto

Los días se sucedieron uno tras otro, y cada uno fue igual de productivo en el *set* de filmación, pero, tras una semana de arduo trabajo, el clima pareció tomarse en su contra; un temporal muy fuerte de viento y lluvia azotaba sin descanso la ciudad, y amenazaba con durar toda la semana, así que resultó imposible continuar con el rodaje, ya que las escenas que faltaban eran todas de exterior.

Lanie estaba junto a la ventana de la sala mirando hacia fuera; las gotas caían de forma incesante sobre el césped y en la terraza; diluviaba en Vaucluse.

—Joder, este aguacero que no para. Estoy harta de tanta lluvia; además, nos está retrasando en la grabación.

Keyra estaba recostada en uno de los sillones, parecía entretenida revisando su Facebook, y Peyton hablaba por chat con unos amigos.

—¿Qué os parece si nos vamos de compras a la ciudad? —sugirió Delanie, hastiada de estar encerrada, ya que hacía tres días que no paraba de diluviar—. Vayamos al centro comercial Westfield, en Bondi Junction. He estado investigando y he descubierto que hay grandes firmas allí, así que... ¿por qué no vamos a reventar las tiendas de Gucci y Chanel?

—Me parece una idea genial —sentenció Peyton, y saltó del sofá casi al mismo tiempo que Key.

—Iré a cambiarme —avisó su amiga muy entusiasmada.

—Id, yo me encargaré de llamar a Charles para que nos acompañe y luego también me cambiaré —informó Lanie con el ánimo achispado.

Ya estaban listas para salir. Charles las escoltó con un paraguas una a una para que se montaran en el monovolumen, y luego se acomodó en el asiento del conductor para sacar, marcha atrás, el vehículo del garaje. Manióbró expertamente el automóvil, pero, cuando estaba saliendo, pisó el freno en seco, deteniendo la camioneta de manera inesperada, y se quedó aferrado al volante mientras miraba por el espejo retrovisor. Las tres chicas chillaron por la sacudida, y de inmediato se dieron la vuelta para mirar hacia atrás al ver que el guardaespaldas continuaba haciéndolo, atónito.

—Ése es Diago —anunció Keyra cubriéndose la boca.

Iba vestido con un pantalón de chándal y una sudadera con capucha; estaba totalmente empapado. Sacudió la cabeza y se limpió el rostro para escurrirse el agua que le chorreaba por la cara impidiéndole ver, y caminó de manera arrogante y muy sexy, aproximándose a la camioneta. Desconcertada, Delanie lo tragó con la mirada, al tiempo que bajó la ventanilla para encararlo.

—Estás loco, ¿cómo sales con semejante tormenta? Te enfermarás; estás calado por la lluvia y el frío.

—¿Salías?

—Sí, no... —dijo ella retractándose. Notó en su mirada una angustia que él no se molestó en ocultar—. Id vosotras, yo...

—No te preocupes, Lanie —intervino Keyra apresuradamente—, luego nos vemos.

Delanie Jones se apeó de la camioneta y se cubrió con el paraguas; él la siguió a través del patio, por el lateral de la casa, para entrar por la parte trasera.

—Ven, te enseñaré dónde queda el baño. —Lo guio por el interior hasta el aseo de su habitación, que era el más grande y el más cómodo—. Diago, quítate esa ropa mojada antes de que caigas enfermo —le indicó—; en el armario encontrarás toallas secas. Yo iré a servir un café caliente; déjame la ropa fuera para que la pueda poner a secar.

Él se metió en el baño, pero antes de que ella cerrase la puerta la cogió por la muñeca y la miró con preocupación y cariño.

—Gracias por recibirme en tu casa, no sabía a dónde más podía ir.

—No parece estar bien.

—No, no lo estoy.

—Quítate esa ropa y luego hablamos.

El aroma del café recién hecho lo llevó directo a la cocina. Iba descalzo y sólo cubierto por una toalla que había enroscado alrededor de sus caderas. Caminaba erguido, sin evidenciar ningún signo de vulnerabilidad.

—Lamento haber venido a molestarte.

Lanie se dio media vuelta al oírlo, pero no estaba preparada para lo que vio. Hechizada, sintió un aguijón de excitación entre las piernas, que la llevó a soltar las tazas que sostenía en las manos.

—Maldición, qué torpe soy.

—¿Te has quemado?

—No, estoy bien, pero todo está hecho un desastre.

—No he querido asustarte.

—No lo has hecho, es sólo que... —tragó saliva—... no sabía que tenías el cuerpo tatuado, nunca te había visto desnudo... Bueno, en fin, no es que tuviera que verte, lo que sucede es que aún no hemos hecho ninguna escena íntima y, hasta el momento, en los rodajes, tú siempre has tenido puesta la camisa; de los dos, yo siempre he sido la que más desprovista de ropa ha estado. —Ella agitó la cabeza—. No sé ni lo que estoy diciendo. Déjame recoger esto; no te acerques, que vas descalzo y podrías cortarte. Luego sirvo más café.

—No tenía ni idea de que te pondrías tan nerviosa; de haberlo sabido, te habría avisado —dijo él lanzándole una sonrisa maliciosa; como si estuviera reviviendo algún recuerdo, sus labios se curvaron sin poder evitarlo.

De pronto, Delanie se giró y buscó apoyo en la encimera mientras cerraba con fuerza los ojos.

«Serénate, Lanie —su garganta estaba tan cerrada que apenas podía respirar—, estás quedando como la más tonta. Por supuesto que tendrías que haberme avisado de que desnudo lucías tan calentorro, Diago James; Dios, esos cuernos que le asoman por encima de la pelvis; Oooh, sálvame, Todopoderoso, porque mi cabeza está imaginando demasiado. ¿La lengua de ese animalito será...? Basta, Lanie, no estás pensando de manera coherente —se riñó en un rápido y furioso arrebató de excitación—. Ocupate de recoger el desastre que has montado y olvídate del bicho que tiene tatuado. ¿Bicho?, ¿qué estoy diciendo? Eso no es un bicho, es una poderosa cornamenta lo que tiene dibujado en su piel, y ahora puedo decir que es mentira que a nadie le sientan bien los cuernos... a él le quedan de maravilla. Cristo, ese tatuaje es demasiado sensual, y siento que me estoy quemando por dentro.»

Se dio media vuelta para enfrentarlo y sonrió estúpidamente.

—Déjame ayudarte.

—No. Tú espérame aquí, voy a buscar una escoba para retirar los pedazos rotos de la porcelana. No andes pisoteando, o te lastimarás los pies. Diago, ahora mismo regreso.

Enfiló hacia el cuarto de limpieza, donde seguro que encontraría una escoba y una pala recogedora, mientras los pensamientos morbosos que pasaban por su mente parecían imposibles de detener. Se dio un poco la vuelta para admirarlo de espalda y, ¡maldición!, volvió a sorprenderse. Su cuerpo sintió un ardiente golpe que volvió a atizar el fuego entre sus muslos.

—Adorable —murmuró mientras caminaba hacia atrás contemplando la

Mano de Hamsa que él tenía tatuada en el centro de la espalda. Sin embargo, no fue una buena idea, porque chocó contra la pared y terminó de culo en el suelo.

«Estoy en problemas —pensó—; debo calmarme o acabaré accidentada... casi me quemo con el café —se tocó la frente— y ahora estoy aquí despatarrada, y él se ve más inalcanzable desde esta altura.» Lo recorrió con la mirada. Diago estaba inclinado sobre ella, brindándole su ayuda para que se levantara.

—¿Te has golpeado fuerte?

—Estoy bien, no te preocupes. ¿Tienes más tatuajes?

«¡Qué papelón!», se dijo en cuanto sus palabras se derramaron de su boca.

Diago la miró divertido.

—No me hagas caso.

—Sí, tengo más; supongo que acabas de ver el de mi espalda.

«Sí, acabo de verlo y por eso estoy espatarrada en el suelo.»

Ella sonrió, pero no le contestó.

Diago estiró su labio inferior y le mostró el interior de su boca, donde tenía tatuada la palabra *sex*. Delanie abrió los ojos como platos y no pudo evitar lamerse los labios; salivaba con la boca abierta, intentando tragar el nudo que tenía atragantado.

—Tengo uno más, pero tal vez consideres inapropiado que te lo enseñe, aunque tarde o temprano lo verás —la actriz abrió más los ojos—; me refiero a cuando rodemos alguna escena desnudos.

Ella agitó la cabeza, negando.

—De acuerdo, no te lo muestro.

—Sí, hazlo —dijo con demasiado entusiasmo, y al instante se arrepintió—.

He querido decir que no es inapropiado —su vista siguió el movimiento de su mano—. ¿Qué haces? —Él llevó la mano a la toalla—. Si está ahí, no quiero verlo. —Se cubrió los ojos chistosamente.

Diago sostuvo la toalla para que no se descubriera su miembro y le enseñó su cadera derecha; en ella podía leerse *I'm a wild boy*.

—Es el último —la informó—; ahora ya los has visto todos, así que, cuando nos toque hacer escenas íntimas, no correrás el riesgo de ponerte... ¿torpe?

—¿Lo eres? ¿Realmente eres un chico salvaje? —Él rio divertido y con una pizca de vanidad—. Permíteme decirte que, además, eres un chico muy malo, porque te estás mofando de mí.

—Ven aquí. —La aplastó contra su pecho y besó su coronilla mientras la

envolvía entre sus brazos.

—Gracias por hacerme pasar el mal humor.

—Si no he hecho nada...

La apartó de él y la miró a los ojos; con sus largos dedos cepilló su mejilla y apartó su pelo para acomodárselo tras la oreja.

—No sé cómo lo haces, pero a tu lado me olvido de todos mis problemas.

Se acercó peligrosamente; estaban a escasos centímetros, absorbiéndose. Su cuerpo oprimía el suyo y su respiración, ligera, lamía su mejilla. Continuó acercándose hasta dejarle un sutil beso en la punta de la nariz. Delanie se apartó sintiéndose mareada, como si apenas fuera capaz de conseguir el oxígeno suficiente como para continuar respirando.

—Luego arreglaré el desastre de la cocina —lo informó poniendo distancia entre ambos—. Voy a servir el café; ve a la sala, que ya lo llevo.

La joven notaba la visión borrosa mientras trataba de centrar sus pensamientos; probablemente acababa de darse cuenta de que Diago no sólo era un chico salvaje, sino también muy peligroso.

Entró en la sala y colocó la bandeja que cargaba sobre la mesa baja de centro.

—Ya he puesto tu ropa en la secadora —le comunicó mientras le alcanzaba la taza de café. Él la miró a los ojos y cogió el recipiente; sus hombros anchos y cuadrados, se relajaron, y se apoyó contra el respaldo.

—Gracias.

—¿Quieres contarme qué te ocurre? ¿O quizá prefieres hablar de otra cosa para distraerte?

Diago bebió el café, tal vez decidiendo qué hacer o qué decir, se pasó la mano por el muslo y dejó nuevamente la taza sobre la bandeja. Entrecerró los ojos y frunció sus labios.

—No la soporto más. Simplemente eso, no la aguanto ni a dos metros de mí. El día a día se ha vuelto una tortura; no creo que Wara lo esté pasando nada bien tampoco. La verdad es que no sé qué hacer, ya no nos toleramos más y estos tres días encerrados bajo el mismo techo, debido a la lluvia... No es vida para ninguno de los dos.

—¿No has pensado en separarte?

—Hasta que Delphie nació, creí que no era una opción, pero ahora sé que no dejaré de amar a mi hija y de velar por ella sólo porque deje de vivir bajo su mismo techo, pero...

—¿Pero?

—No sé hasta qué punto es posible que pueda existir una separación de hecho, ya que debo tener presente esa puta cláusula de conducta moral intachable recogida en el contrato.

—Maldita cláusula de mierda, la odié al momento de leerla. No sé qué decirte, Diago. —Delanie se trasladó al sofá, donde estaba él sentado, y le apoyó la mano en el hombro. Éste cogió la suya y se la besó.

—Gracias por recibirme, y por permitirme que te traiga mis problemas; eres... una gran compañera.

—Estamos en un país extraño, lejos de todo lo que nos podría reconfortar, y a veces una llamada telefónica se percibe muy distante y no parece una buena opción, así que, ¿cómo crees que podría darte la espalda? Tal vez yo también te necesite en algún momento; se supone que estamos para apoyarnos en todo y que nuestro trabajo debe salir lo mejor posible, así que, si está en mi mano poder ayudarte para que puedas deshacerte de tus problemas, aquí estaré.

Decimoséptimo

Cada músculo de su cuerpo estaba agotado. Intentaba sosegar los latidos de su corazón acompañándolos al suyo, pero parecía imposible; estaba agitada y sin fuerzas, su cuerpo pegajoso de sudor. Diago aún parecía estar de una pieza, como si lo ocurrido hubiera sido tan sólo el preludio del sexo. Delanie, por el contrario, se sentía destrozada.

Después de probarlo completo, realmente podía dar fe de lo que se leía en su cadera: Diago era un chico salvaje haciendo el amor, además de muy intenso y sumamente caliente; todavía podía sentir el temblor de su cuerpo cuando su miembro bombeó sin descanso dentro de su coño, elevándola a un placer superior. Permanecía apoyada sobre su pecho, rememorando cada instante, sus cuerpos relajados impregnados en las secuelas de la pasión. Cerró los ojos para disfrutar aún más de las caricias que él le regalaba, mientras su mano vagaba de ida y vuelta con suaves pasadas por su desnuda espalda, erizándole la piel; respiró profundamente, nutriéndose con su olor, y sonrió con calidez, mientras su mano vagabundeaba acariciando su tonificado abdomen, hasta que se encontró observando la cornamenta del bicho.

«¡Joder con ese *tattoo*! Me ha dejado con una idiotez imposible de explicar, y para qué hablar de la lengua del animal, porque ése no es un simple animalito, es de gran tamaño, robusto y con gran poderío.»

Volvió a inspirar con fuerza, para inhalar su olor. Diago usaba una colonia muy fuerte que con facilidad se impregnaba en la piel de quien estuviera con él; pensó que incluso podría evitar ducharse para que el aroma se conservara en ella intacto.

Aún persistían en su cuerpo los resabios del orgasmo; una sensación de plenitud absoluta invadía cada milésima de su piel. Lo abrazó con fuerza y se acurrucó más en su pecho, provocando que él, incitado por su abrazo, la cogiera con más ímpetu.

Inspiró profundamente, no estaba dispuesta a hundirse en los mares del arrepentimiento, ya que lo que habían vivido momentos atrás había sido fantástico y ambos lo deseaban.

No podía asegurar en qué instante exacto acabaron en el suelo, porque todo había sido demasiado intenso. Las llamas de la chimenea de pronto chisporrotearon frente a ellos, acaparando su atención, y pensó que eran una clara metáfora de lo que sus cuerpos sentían.

—Eres tremendamente sexy, y muy tentadora; te deseaba tanto...

Su gruesa voz retumbó en su pecho anidándose en ella; sus palabras eran todo lo que hacía tiempo deseaba escuchar, una declaración que le indicaba que el anhelo no sólo estaba dentro de ella.

Diago se movió, aprisionándola bajo su compacto cuerpo, y extendió un dedo para acariciar su cuello; extasiado por la calidez de su piel, continuó bajando mientras reseguía las sinuosas curvas de su clavícula. Deteniéndose por un instante, ancló sus ojos en los de ella, dedicándole una mirada sedienta y penetrante; no le hablaba, pero provocaba que la expectación se palpara en el aire. Casi como una reverencia, le regaló una mirada candente, y de inmediato inclinó la cabeza y la besó hasta dejarla sin aliento; su intrépido dedo, sin detenerse, bajó entre tanto lograba rodearle un pezón. Continuó besándola; su boca se movía con extrema pasión, y su lengua, esmerada, se enredaba a la suya casi devastándola. Estaba excitado de nuevo; su polla se frotaba en su entrada, con urgencia, y en una combinación de placer sus dedos atraparon su afilada punta, retorciendo su pezón en una gentil tortura que le provocó a ella una llamada directa en su centro.

—Dime que todo lo que ha pasado entre nosotros te ha gustado tanto como a mí — exigió mientras se apartaba unos segundos de sus labios.

—Mucho, ha sido increíble.

Delanie cerró los ojos y movió la cabeza para volver a atrapar sus mullidos labios, y volvió a enredar su lengua a la suya. Sin poder detenerse, se retorció bajo su colosal cuerpo cuando percibió la enorme mano anclada a su cadera; la palma en su piel la estaba quemando.

—Eres hermosa; me eclipsaste desde el primer momento en que me saludaste la primera vez que te vi.

—Tú también lo hiciste. Cuando busqué información tuya en Internet, devoré cada fotografía que pude ver de ti. Quería sacarte fuera de la pantalla y pasarte la lengua como si fueras un irresistible helado de chocolate que se come

a lametones.

—Humm, creo que eso puede solucionarse...

Diago se movió de encima de ella y se tendió en el suelo, ofreciéndose.

—Soy todo tuyo, Delanie; cumple tu fantasía y lámeme como si fuera ese helado de chocolate que te imaginaste cuando nos conocimos.

Ella rio y luego se inclinó para tirar con sus dientes del *piercing* que él llevaba colocado en su tetilla izquierda.

—Creo que me pediré un Blue Bell de sabor a vainilla con trozos de chocolate crujiente y mantequilla de cacahuete.

Volvieron a reírse y de inmediato la risa se transformó en ansias, unas ansias locas que sólo podían aplacar con la fruición que sus cuerpos generaban acoplados de manera perfecta.

Delanie pasó lentamente la lengua por su pecho; luego bajó, lamiendo con esmero cada uno de los montículos de su torneado abdomen, hasta que llegó al tatuaje que tanto la había obnubilado, una bestia salvaje que indicaba el poderío de ese hombre: la cabeza de un toro que estaba listo para arremeter sin más provocación que la de deshacerse de su víctima.

Continuó bajando con la lengua, y barrió con extensos lametones el camino que la separaba de su sexo; ansiosa, envolvió con la mano su tronco, acariciándolo con vastas pasadas, subiendo y bajando, desestabilizándolo hasta el punto de hacerlo temblar. Codiciosa, abandonó su agarre, provocando que un siseo escapara de la masculina boca; palpó entonces las protuberancias de sus hinchadas venas, y se preparó para sacar más la lengua y así poder degustar su lanza de ida y vuelta; había decidido que empezaría por la brillante, estirada y húmeda punta; lo lamería hasta recoger cada gota del líquido preseminal que se derramaba de ésta.

* * *

El choque de su cuerpo estrellándose la despertó de pronto, y se encontró despatarrada en el suelo. Junto a ella, mirándola pasmadas, estaban de pie Keyra y Peyton.

—Joder, por poco te matas con el golpe. ¿Estás bien, hermana?

—Madre mía... —intervino Keyra—... si parecía Linda Blair en el papel de la niña del exorcista cuando hemos entrado. ¿Cómo no iba a caerse? ¿Qué soñabas?

—Creo que sería mejor preguntarle con quién. ¡Qué asco!, está claro que estabas teniendo un sueño húmedo.

—Estabas soñando con Diago —afirmó sin ninguna duda Keyra.

—Dejad de decir tonterías —pidió Delanie, avergonzada; sentía cómo ardían sus mejillas, pero le restó importancia y se levantó lo más digna que pudo, escabulléndose hacia el interior de la casa.

—Delanie Jones, no te escaparás —ambas la seguían—; queremos saberlo todo: ¿a qué vino antes?, ¿qué pasó?, ¿de qué hablasteis?, ¿tan caliente te dejó que has soñado que te lo estabas follando?

—Abre la puerta del baño, no seas chiquilla —chilló su hermana mientras aporreaba la dura madera.

Ella permanecía de pie apoyada en el lavabo, mirándose abochornada en el espejo.

—Lanie, tarde o temprano tendrás que contárnoslo.

La puerta se abrió de pronto y ella salió del baño hecha una furia.

—¿Podéis dejar de atosigarme por un momento? Me va a estallar la cabeza.

—¿Os besasteis? —Peyton era más comedida en eso de indagar. Keyra, en cambio, era un ataque con ántrax que no pedía permiso para aniquilarte.

—Hubo sexo, pero querías más y por eso has soñado con él.

—Parad, por favor; no pasó nada de lo que os estáis imaginando.

—Pero te dejó como una brasa. —No fue una pregunta, simplemente lo estaba afirmando.

—Keyra, lo que me está pasando no es gracioso... lo que nos pasa es horrible. Estamos totalmente atrapados en un sentimiento que no puede ser.

—Totalmente atrapados... o sea, que lo que te pasa con él es correspondido.

Delanie se las llevó por delante y se echó boca abajo sobre su cama mientras escondía la cabeza bajo la almohada; transcurridos unos instantes, se sentó, flexionó las piernas llevándose las rodillas al pecho y las envolvió con los brazos.

—Me dijo que no soporta más a su mujer; discuten continuamente por todo.

—Que se separe, entonces. —Peyton se unió a Delanie, sentándose en la cama tras soltar la práctica respuesta.

—No me vas a decir que te está haciendo el cuento de que todavía no puede dejarla y, mientras tanto, te folla hasta perforarte el cerebro, pero resulta que ese día nunca llega, porque en verdad no tiene ninguna intención de hacerlo. No sería el primer tipo al que sólo le interesa tener una amante fuera de su casa.

—No es del todo así, osita. Es cierto que aún no puede dejarla... ¿recuerdas cuando me acompañaste con mami al abogado que revisó mi contrato?

—¡Coño! —Keyra se dejó caer a su lado, con la espalda apoyada contra el cabecero—, ¿te refieres a la mierda de cláusula sobre la conducta moral?

—¿Qué es eso? —preguntó su hermana sin entender de qué hablaban.

Le explicaron brevemente los alcances de esa cláusula para que comprendiera de qué se trataba.

—Pero entonces... ¿te dijo que desea tener algo contigo, pero que no lo hará hasta que el contrato finalice?

—No, Pey, no me lo dijo de esa forma como lo estás planteando, pero, bueno, cuando estamos juntos pasan cosas... cosas que se perciben sin necesidad de palabras, y no son imaginaciones mías. Diago me abrazó, me besó en la punta de la nariz y... joder, es tan sexy y huele tan exquisitamente bien, y es tan dulce y divertido. Lo vi en cueros, y es todo lo que una puede soñar despierta.

—¿En cueros?, ¿en cueros?

—Cubriendo sus partes con una toalla, Key, pero vi todo lo que se podía ver y el resto, lo imaginé. Tiene varios tatuajes. —Les contó minuciosamente de cada uno.

—Ahora entiendo tu sueño, imaginaste todo lo que no pudiste ver. Joder, hermanita, ¿por qué en tu vida siempre te fijas en hombres imposibles o en tipos inadecuados?

Decimoctavo

Estaba recostado en la cama, y Delphie dormía sobre su pecho mientras él la miraba embobado, absorbiendo su cálido aroma de bebé recién bañado. Haciendo caso a su instinto, cogió su teléfono e hizo una foto de ambos, que sin pensar le envió a Delanie.

La respuesta llegó casi de forma instantánea.

Delanie: ¡¡Guapísimos!! 😊😊😊

Sé que es muy difícil, pero quiero que sepas que me encantaría conocerla y tenerla entre mis brazos.

Diago: Un día de estos te sorprendo y me la llevo al set conmigo.

Delanie: ¿Crees que Wara querrá acompañarte?

Lanie se sintió desanimada; no le interesaba conocer a Wara, pero era obvio que tarde o temprano debería hacerlo.

Diago: A Wara no la necesitamos. Le ampliaré el límite de mis tarjetas de crédito y que se vaya de compras; iré con la niñera. Ya está decidido: en cuanto el tiempo mejore, llevaré a Delphie al trabajo.

Delanie: Y con la teta, ¿cómo harás?

Diago: ¿Teta? Wara no quiso darle de mamar; dijo que eso era una antigüedad y puros mitos, y afirmó que no era cierto que los niños no enfermen por tomar leche materna. Además, añadió que no pensaba acabar con los pechos caídos porque la niña la usase de surtidor.

Delanie: 😞😞

Diago: Sí, entiendo perfectamente lo que estás pensando; esos emoticonos son muy elocuentes y no hace falta que me digas nada. Si supieras lo que peleamos para que lo hiciera, hasta hice que la pediatra se lo explicara antes de que Delphie naciera. Pero cambiar sus ideas casi siempre es una causa perdida. Wara dice que los preparados de leche para lactantes contienen todos los componentes como si saliera del envase natural. Tanto es así que me tomé el trabajo de buscarle los artículos del Código Internacional de

Sucedáneos de la Leche Materna, donde indica que está prohibido usar para esas fórmulas las expresiones *maternizadas* y *humanizadas*, puesto que, básicamente, se trata de preparados cuyo origen es la leche de vaca modificada para que los bebés la puedan tomar, pero, por supuesto, ésta continúa siendo leche de vaca y poco tiene que ver con la que podrían recibir de su madre.

Delanie: Obviamente no la convenciste.

Diago: ¿Convencerla? No, ¡qué va!, si es más terca que una mula. De hecho, no sé ni cómo la persuadí para que viniese a Vaucluse. Vamos, que, en realidad, no me engaño, la obligué... Ella no quería venir, pero, como es muy materialista y no quiere que yo pierda el contrato a causa de ningún escándalo...

Lo siento, no me hagas caso, no está bien que hable de esta forma contigo, pero es que estoy tan harto... De hecho, preferiría poder decir que lo hizo por la niña, pero sé que no fue así.

Delanie: ¿Siempre duermes en la cama con vosotros?

La puerta se abrió de golpe y Wara entró en la habitación refunfuñando.


—Deja de malacostumbrarla. Cuando tú no estés, yo no voy a pasarme todo el día con ella en brazos.

—Pareces un sargento de caballería, Wara; deja de gritar, Delphie duerme.

—Pero no donde debería, que es en su cuna.

Diago se puso de pie y, con sumo cuidado, la acunó entre sus brazos y caminó con ella a cuestas hasta la habitación de la pequeña, la acostó en la cuna y la arropó con dulzura.

Diago: Aquí estoy de nuevo. Wara ha venido a buscar a Delphie. No dormimos en la misma cama, hablo de Wara y de mí; me había traído a mi princesa a mi habitación.

Delanie: Ah , pero... nada, no me hagas caso.

Diago: ¿Qué? Dime.

Delanie: Nada, sólo iba a preguntarte si no compartís cama porque siempre lo habéis hecho así. Conozco parejas que duermen en camas separadas pero, cuando desean tener sexo... Lo siento, Diago, no soy quién para indagar en tu intimidad.

Diago: Hace meses que no compartimos la cama; entre ella y yo no pasa nada. No me interesa estar con ella.

«Contigo es con quien quiero dormir», pensó él mientras cambiaba el rumbo de la conversación.

Diago: ¿Qué estás haciendo?

«Estaba pensando en ti en el momento en que me has enviado la foto, idiotizada recordando cada instante de esta tarde», se dijo; sin embargo, se guardó sus pensamientos y en su lugar escribió:

Delanie: Odiar la lluvia que no deja de caer, y rogar para que pare y podamos grabar y terminar el trabajo.

Diago: ¿Tienes prisa por que finalice el rodaje? Yo, en cambio, no quiero que eso ocurra, porque, cuando eso suceda, no tendré excusas para verte.

La respuesta no llegaba; Diago miraba la pantalla, pero ella no le contestaba.

Diago: ¿Sigues ahí?

Delanie: Sí, sigo aquí. El caso es que no sé qué responderte.

Diago: Sería bueno que lo hicieras con la verdad de lo que sientes.

Delanie: Podría hacerlo, sin duda que sí, pero eso resultaría muy peligroso.

Diago: Sé que has percibido cuánto me gustas; sé, además, que es mutuo.

Delanie: Diago, ésta es una conversación que no podemos tener ahora.

Ella lo cortó, tal vez siendo más sensata que él.

Delanie: Debemos esperar, y solamente ser amigos, compañeros de trabajo, nada más.

Diago: Tú me gustas. No quiero negarlo más; cuando estoy contigo todo es diferente. En teoría yo no estoy con Wara, nada pasa con ella, así que no veo la razón de que no pueda decirte cuánto me gustas.

El móvil de Delanie de pronto empezó a sonar; con manos temblorosas, atendió la llamada.

—No veo la razón por la que no pueda decirte lo que siento. Quiero ser todo lo sincero que pueda contigo; me siento atraído por ti y me gustas mucho. Al principio sentí miedo de lo que me provocabas, pero... soy un hombre que hace tiempo paralizó su corazón para luchar por una relación que desde hacía mucho estaba acabada. Estaba a punto de separarme cuando me enteré de que ella iba a tener a mi hija, por eso seguí a su lado, pero ahora he comprendido que no quiero seguir exánime y atrapado en una relación que no tiene salvación.

»Quiero vivir, y a tu lado me siento vivo. Lanie, sólo si tú no sientes lo mismo que yo, me haré a un lado. Si no es así, desde ya debes saber que aprovecharé cada momento para estar contigo de la forma en que pueda tenerte.

—Sí, me gustas, Diago James, pero no quiero ser la otra, no estoy dispuesta a eso.

—Voy para tu casa y hablamos. No está bien que mantengamos esta conversación por teléfono.

—No, Diago.

Él no oyó su negativa; había cortado muy rápido la llamada y había saltado de la cama.

«Maldición, viene para acá, no quiero verlo. Estoy asustada. Cálmate, Lanie, cálmate.»

Decimonoveno

Su corazón latía estruendoso; estaba junto a la ventana de la sala mirando hacia fuera, tras haber preparado café para cuando él llegara; incluso había salido a dejarle abierta la verja que daba a la calle.

—¿En qué nos estamos metiendo? —se preguntó mientras retorció sus manos.

Cogió el móvil y le envió un mensaje.

Delanie: No toques al timbre. Te estoy esperando; te veré llegar a través de la ventana y saldré a abrirte. Key y Peyton duermen.

Diago: Ya casi he llegado, estoy a dos manzanas de tu casa.

Delanie: Te he dejado abierta la reja de la entrada.

El corazón le latía a toda pastilla mientras frotaba sus sudorosas manos una con otra. Permanecía expectante al momento en que él llegase, así que no la cogió por sorpresa ver cómo su figura masculina se deslizaba a través de la verja. Delanie jadeó al verlo, ¡lo deseaba tanto! Corrió hacia la puerta principal y le abrió.

Diago estaba cubierto con una chaqueta impermeable, pero de todas formas estaba empapado.

Tan pronto como entró, la apresó entre sus brazos sin importarle mojarla, por lo que ella abrió la boca para decirle que se detuviera, temerosa en parte de sus más que visibles intenciones. Parecía imposible apartarlo, pero no podía engañarse, ella tampoco era tan inmune como pretendía mostrar; tenerlo tan cerca era una fuerza que sólo destruía sus mejores intenciones, haciéndola pensar que era capaz de vender su alma al diablo con tal de probar esa noche sus labios en un beso que no fuera de ficción. Aunque eso era lo que deseaba, no era una persona imprudente; quizá alguna vez lo había sido, pero no entonces. De inmediato supo que dejar que él hiciera lo que quisiera no era lo mejor.

—Detente; o lo hacemos a mi manera o lo dejamos. No estoy bromeando, esto es muy serio.

—Lo haremos de la manera que quieras, pero antes lo haremos de la única que me sé.

La agarró por la nuca y Delanie no tuvo oportunidad de ofrecer resistencia: su boca cayó contra la de ella y la devoró de manera carnal, tan audaz que sus entrañas se disolvieron, sus pezones se endurecieron y se encontró jadeando en su boca mientras su lengua se enredaba con la suya. Parecía imposible apartarse de él, ninguno de los dos quería hacerlo, pero era imprescindible que pusieran un momento de cordura a lo que estaba aconteciendo. Su loca cabeza reproducía la letra de la canción *It's raining men*; sí, llovía hombres, y estaba a punto de mojarse con uno; Diago era como un aguacero que la empapaba de pasión.

Él fue más fuerte que ella, se apartó y la miró.

—¿De verdad piensas que podremos controlar lo que sentimos y ser sólo compañeros de trabajo? —masculló. Su rostro era una máscara de ansia, lujuria y apetito. Delanie lo miró hipnotizada por las licenciosas emociones—. Me niego —sentenció con la voz muy firme—. No voy a negar que esto no es sensato, pero me niego a permanecer en la vida como un cobarde; quiero reclamarte a cada instante y eso es lo que estoy dispuesto a hacer. No voy a simular que quiero cogerte de la mano como si fuera sólo un amigo cuando lo único que anhelo es abrir tus pliegues y meterte los dedos entre las piernas para hacerte correr. No voy a fingir que sólo soy tu amigo cuando lo único que deseo es ser el dueño de todas tus emociones. Tampoco voy a aparentar que no me interesas cuando mi mente no hace más que pensar en ti a cada instante. Lanie, no pienso besarte en la mejilla cuando lo que más ansío es meterte la lengua hasta la campanilla y hacerte perder el sentido con un beso. No voy a renunciar a esto —la agarro de la mano para hacer que tocara lo duro que estaba—, y no se trata sólo de sexo, son ganas de meterte todo este amor dentro de ti.

Delanie le enmarcó la cara.

—¿Realmente crees que es lógico que por unos cuantos orgasmos pongamos en peligro el contrato y nuestra sensatez?

—No estoy dispuesto a huir de las cosas porque sean complicadas, entérate.

—Tampoco huyo de las cosas complicadas, pero ¿qué más estás dispuesto a darme, además de sexo? En teoría tú ya no tienes nada con Wara, pero, en teoría, también sigues viviendo bajo su mismo techo.

Ella lo empujó y se apartó de él; un poco de buen juicio había asomado en

su calenturienta mente. Diago era la tierra prometida, pero también era la manzana del pecado.

Él cerró la puerta, sorprendido; jamás imaginó que, ante semejante declaración, ella tuviera la fuerza suficiente como para rechazarlo. Volvió a acercarse y tomó sus manos entre las suyas.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas cuando te digo que lo que quiero contigo es algo importante?

—Necesito seguridad, necesito hechos, no sólo palabras bonitas y momentos a escondidas. No quiero ser catalogada como puta rompe hogares.

—Tú y yo sabemos que no lo eres; tú y yo sabemos que mi hogar hace tiempo que está roto. Mis amigos lo saben, todo mi entorno lo sabe, y el de ella también.

—Pero la gente no.

—Entonces, eso quiere decir que lo que provocho en ti no es tan fuerte como pensaba; por tus palabras deduzco que no tienes el valor suficiente como para luchar por lo que sentimos.

—No juegues conmigo haciéndome sentir mal.

—Pues tú no juegues con la mierda de lo que es correcto y lo que estoy dispuesto a hacer.

—Estás empapado; quítate esa chaqueta o te resfriarás. Es la segunda vez hoy que te mojas.

—Me importa una mierda; estamos hablando de algo importante, no huyas cambiando de tema.

—No huyo, me preocupo por ti.

Con un rápido movimiento se deshizo de la chaqueta, del pantalón y las zapatillas.

—Listo, la camiseta está seca.

Volvió a acercarse a ella y la pegó a su cuerpo, y luego apartó el pelo de su cara.

—Te he dejado toda húmeda.

Ella hizo un gesto gracioso, tal vez sin pensar realmente en la humedad de la camiseta, sino en otra que podía advertir entre sus piernas.

—Un poquito. Tampoco te creas que me has mojado tanto. —Ambos rieron.

—Adoro lo mucho que me haces reír, siempre consigues sacar una carcajada de mi pecho sin ni siquiera proponértelo.

—Es que tú eres muy serio.

—Antes no era así; a tu lado estoy recuperando mi verdadera personalidad. Ahora, volvamos a lo nuestro.

Ella asintió con la cabeza, no tenía fuerzas para continuar contradiciéndolo; de pronto parecía que cada curva de su cuerpo encajaba perfectamente con ese contorno masculino.

—Déjame poder darte eso que pretendes; si me alejas de ti, será imposible que lo haga.

—Entiéndeme.

—Lo hago.

—¿Crees que para mí es fácil rechazarte?, si con sólo mirarte siento que voy a caerme redonda al suelo. De hecho, esta tarde temprano lo he hecho sólo con mirarte de espaldas. — Él se rio divertido—. Te prohíbo que te rías.

Diago recompuso el gesto, inspiró sonoramente y, sin poder contenerse, se acercó para morderle el labio inferior.

—¿Qué quieres que haga? Me dijiste cuando llegué que o lo hacíamos a tu manera o no lo hacíamos, entonces... ¿qué tienes en mente?

—Ah, ¿eres de esos a los que no les gusta dominar, prefieres ser sumiso? Bien, señores, a Diago James no le gusta llevar las riendas.

—No te burles, no estoy hablando de esas riendas, éstas sé muy bien cómo tomarlas. Si quieres —la apretó más contra su sólido cuerpo para que sintiera lo duro que lo tenía y lo mucho que la deseaba—, en este mismo instante puedo hacerlo y enseñarte lo bien que se me da manejar la situación. —Se acercó a su oído—. Me gusta que me monten, pero te prometo que, si yo estoy arriba, nunca más querrás hacerlo de otra forma; puedo llegar muy profundo y tocar una parte dentro de ti que nunca nadie ha tocado.

—Suenas prometedor, y te aseguro que estoy a punto de aceptar tu propuesta, pero... no será así.

Se apartó de él nuevamente y caminó hacia el interior de la casa; él la siguió a la cocina.

—Siéntate. —Le señaló la mesa para que se acomodara en algún sitio—. He preparado café, para demostrarte que soy una buena anfitriona.

—No quiero tomar café. Delanie, he venido por otra cosa.

—Lo sé, pero vas demasiado rápido.

Diago apartó una silla y, frustrado, se sentó a la mesa a esperar a que ella sirviera el café; sin embargo, él era un hombre obstinado y, por muchas razones

que ella pareciera tener, no estaba dispuesto a aceptarlas.

—Escúchame.

Su voz la cogió por sorpresa; él se había puesto de pie y en ese momento estaba detrás de ella, hablándole al oído.

—Entiendo tus razones, y no te culpo, nadie lo haría, pero hay algo que quiero decirte —la agarró por los hombros, haciendo que ella se diera la vuelta; la cogió por el mentón para conseguir que lo mirase a los ojos—: la vida es algo más que sobrevivir, y eso es lo que yo estaba haciendo hasta que te conocí.

—Diago... —Él chistó y, con un cálido y rápido beso, la hizo callar.

—Déjame terminar de hablar. A lo largo de nuestra vida deberemos enfrentar muchas batallas, lo importante es que seamos inteligentes y sepamos elegir cuáles vale la pena luchar. Yo elijo pelear por lo que siento por ti, porque me he dado cuenta de que este sentimiento trasciende a todo lo que una vez creí sentir. —Le acarició los labios con el pulgar, deseándolos—. Ahora son sólo palabras bonitas, como tú has dicho, pero deseo convertirlas en hechos. Sé que lo que te estoy proponiendo vivir a mi lado es una decisión difícil de tomar —ella cerró los ojos; estaba temblando. Cogió fuerza en su interior y volvió a enfrentarlo—, pero quiero que sepas que me haría muy feliz si me aceptas en tu vida. —Delanie apoyó una mejilla en su mano, absorbiendo el placer de la caricia—. Soy padre, pero me siento un hombre libre aunque viva bajo el mismo techo que la madre de mi hija. Por el momento no puedo separarme por los motivos que ya conoces; sin embargo, no estoy dispuesto a perderte por este impedimento. Si lo que pretendes es que te diga cómo lo haremos, debo reconocer que no lo sé; no quiero mentirte, no tengo ningún plan y, honestamente, no creo que exista uno que funcione tan bien como para evitar los problemas en una relación como la que te estoy proponiendo. Delanie, así es la vida; los seres humanos enfrentan problemas desde su nacimiento hasta la muerte.

—La gente creerá que soy la que robó al padre del hogar.

—Pero tú y yo sabemos que no es así y, cuando pueda explicarlo, cuando nada me impida hablar, lo haré. Lanie, no será fácil, porque no podremos mostrar con total libertad lo que sentimos, pero me niego a que un contrato maneje nuestras vidas por completo.

»Y ahora te pregunto: ¿quieres intentarlo?, ¿quieres que juntos encontremos el modo de que esto funcione?

Ella levantó los brazos y los enroscó en su cuello; de inmediato, eliminó la

distancia que los separaba, tomando la iniciativa. Sus labios cayeron demandantes sobre los suyos, iniciando el beso; uno urgente y sin inhibiciones, uno en el que no importaba nada más, excepto sentirse y probarse.

Rendidos al beso, la lengua de él la invitó a abandonar la seguridad de su corazón. Diago se aferró a su cabeza, profundizando más con la lengua. El gemido que partió de su boca hizo que ella se excitara mucho más. Él la apretó contra la encimera, clavándole su erección en el vientre, con ese glorioso poder que no dejaba lugar a dudas de la intensidad del momento y que nublaba su mente de manera agónica.

Ella se apartó unos instantes y le acarició el rostro.

—Diago James, qué bien hablas y qué bien besas —dijo mirándolo.

—No son sólo palabras, no lo olvides.

Llevó sus manos a sus nalgas y la levantó, dejándola sobre la encimera. Delanie se estremeció de la cabeza a los pies mientras sus dedos se hincaban en sus muslos.

—Sueño con comerte entera. Quiero estar dentro de ti.

Lanie enroscó sus piernas alrededor de sus caderas y le mordió el mentón.

—Llévame a la cama.

Diago bajó la cabeza y le mordió un pezón sobre la tela de la camiseta que usaba para dormir; la sorpresa le hizo echar la cabeza hacia atrás y alejó, en consecuencia, su cuerpo cuando su espalda se arqueó, pero Diago no le permitió distanciarse más de la cuenta, estaba hambriento de ella.

—No llevas sujetador —dijo exhalando una bocanada.

El aire que enfrió la tela mojada por su saliva provocó que su punta se frunciera más, hasta dolerle. Diago buscó la cinturilla del pantalón de pijama y metió la mano; cuando lo hizo, su polla palpitó, meciéndose dentro del bóxer.

—Y no llevas bragas...

Sus dedos abrieron sus pliegues, comprobando la humedad; acariciarla era parecido a tocar la seda. Delanie abrió entonces las piernas y le dio más acceso.

—No puedo esperar más para tenerte —la informó mientras hundía un dedo dentro de ella—. Joder, así, quiero que aprietes mi verga de la misma forma que ahora estás apretando ese dedo. —Metió otro dedo más y, con el pulgar, le acarició el clítoris—. Quiero que te corras muy fuerte, quiero darte el mejor orgasmo de tu vida.

La levantó de la encimera y caminó hacia el interior de la casa. Sabía perfectamente dónde quedaba su dormitorio, porque esa tarde había estado allí,

así que subió la escalera con ella a cuestas.

La echó sobre la cama y de inmediato la desnudó por completo; arrodillado en el suelo, inclinó la cabeza mientras se ocupaba de que anclara sus pies en el borde del colchón.

—Abre los muslos, Lanie; déjame mirarte, déjame ver tu coño antes de que me lo coma.

Su corazón dio un vuelco al ver su vulva rosada y empapada; estaba ávido ante esa visión; ella era perfecta en cada recoveco de su cuerpo. James sintió que los párpados le pesaban por la excitación, al tiempo que llevó su mano a la húmeda entrada; la acarició desparramando la humedad y, acto seguido, levantó los cuatro dedos que la habían mimado y los lamió; su lengua percibió de manera inequívoca la humedad que se había imprimido en ellos.

—Humm... sabes exquisita —estiró su torso para llegar hasta su boca, y entonces le indicó—: prueba tu sabor en mi lengua, Lanie.

La besó de forma despiadada, casi ahogándola, mientras sus dedos buscaron las puntas afiladas de sus pezones; cuando los halló, los retorció brutalmente hasta que el placer fue reemplazado por un ardor lacerante que envió descargas continuas a su clítoris. Se apartó de manera abrupta de su boca, la miró mientras tragaba saliva y, al instante, se movió para llevar la cabeza entre sus piernas. Extasiado y famélico, Diago lamió su coño sin parar; su lengua, intrépida, se movió de forma tal que el placer por momentos se transformaba en tortura, una tortura que se detenía cada vez que ella estaba por alcanzar el placer.

—Por favor, Diago, déjame llegar —le rogó mientras sujetaba su cabeza, obligándolo a enterrarla más en su sexo.

Delanie estaba empapada, sensible y muy lista para correrse; sentía que la humedad de su excitación le llegaba casi hasta la zona lumbar, pero entonces él volvió a detenerse, dejándola muy necesitada. Diago se puso de pie, tiró de su camiseta y se la quitó; seguidamente, hincó los pulgares en la goma de su abultado bóxer, que amenazaba con estallar en las costuras, y le preguntó al tiempo que su mirada se oscurecía más:

—¿Estás preparada para ver?

Ella asintió con la cabeza, creyendo que él se refería a la continuación de su tatuaje, a la parte que quedaba tapada bajo la ropa interior; sin embargo, muy pronto se dio cuenta de que no se trataba de eso.

Diago bajó su calzoncillo, quedando desnudo frente a ella. Su polla, dura y larga, saltó temblorosa, al tiempo que la perfecta uve de su abdomen la señalaba,

haciendo que ésta se viera temeraria.

—¡Joder!—Ella sintió que su garganta se secaba literalmente—. Tienes un *piercing* en los genitales.

Él le guiñó un ojo.

—No tienes ni puta idea del placer que esto te dará.

Diago tenía colocado un *piercing* Apadravya, una barra de titanio recta que atravesaba su glande de arriba abajo, del que sobresalían las extremidades, con dos perlas redondas.

Lanie se lamió los labios, y admiró el conjunto de los *piercings* y de su fabuloso cuerpo tatuado, sin ser consciente de que sus piernas se habían separado mucho más para esperarlo.

—Te ves adorablemente excitada. Parece que te gusta mucho lo que acabas de descubrir. Quiero que te toques. Déjame ver cómo lo haces, yo también lo haré para ti.

Como una autómatas que sólo deseara cumplir sus órdenes, se llevó una mano a su sexo y empezó a acariciarse sin ningún vestigio de pudor; su aventurero dedo rodaba sobre su hinchado clítoris, proporcionándole verdadero placer, mientras que él también se tocaba a sí mismo. Su enorme mano, que envolvía su verga, se sacudía frenética a lo largo de su lanza, tirando con fuerza del prepucio hacia atrás y hacia delante, demasiado fogoso, demasiado excitado... Delanie pensó que verlo entregado de esa forma era una sensación difícil de igualar, una imagen que difícilmente se borraría de su memoria. Gemidos involuntarios se escaparon de la boca de Diago mientras la veía masturbarse, con la vista fija en el movimiento de su mano, al tiempo que él se acariciaba con más firmeza.

Sin pausa, y decidido a alcanzar juntos el placer, continuó bombeando su miembro, tras lo cual echó la cabeza hacia atrás, quejándose en una constante agonía.

—No pares, no lo hagas —le ordenó ella—, quiero ver cómo te corres.

El momento resultaba demasiado erótico, demasiado intenso... Lanie había tenido sexo con otros chicos, por supuesto, pero empezaba a presentir que con Diago escalaría a niveles que nunca antes había experimentado; ese hombre sabía exactamente lo que estaba haciendo, y haría honor a cada letra de la frase que llevaba tatuada en su cadera. De pronto Lanie cerró los ojos encorvando la espalda, y sintió que sus entrañas se licuaban; encendida, metió los dedos dentro

de su vagina al tiempo que el orgasmo la azotaba. Diago no pudo contenerse al verla llegar y, tras un último bombeo de su mano, empezó a arrojar chorros de semen sobre ella.

—Joder, nena, eres mi perdición.

Arrodillándose sobre el colchón, con sus fuertes brazos la acomodó en el centro de la cama, y de inmediato su cuerpo se encajó en medio de sus piernas.

—Dime si alguna vez has estado con alguien que tuviera puesto un *piercing*.

—No, nunca —contestó con la voz congestionada por la excitación.

—Entonces, debes saber que tienes que prepararte para recibir mucho placer, porque esto —le enseñó su pene perforado— estimulará tu punto G como nunca antes lo estimularon.

»Quiero que lo hagamos sin preservativo, ¿qué dices? Estoy limpio, y estoy seguro de que tú también. ¿Te cuidas?

Ella asintió. Diago sujetó su miembro por la base y lo posicionó en su entrada; estaba más que listo para emprender el recorrido. Delanie lo esperaba ansiosa, mientras un ligero temblor recorría aún sus adormecidas piernas. En ese momento sintió que él la llenaba por dentro y la reclamaba por entero; la repentina intrusión acabó con la espera, haciéndola gritar con fuerza mientras la barra de metal que llevaba en su glande hacía el trabajo que él acompañaba con una fuerte acometida.

El cuerpo enfebrecido de Diago se detuvo para probar su profundidad y, enterrándose bien hondo, abrazó la locura que le provocaba estar dentro de ella; una locura que se sumaba a la estimulación que le proporcionaba la barrita mágica que tenía atravesada en su punta, una fricción extra en su glande y la uretra que le daba estimulación interna, provocándole una sensación que no se podía experimentar de ninguna otra manera que no fuera con ese agregado.

Sin demora, para proporcionarle y proporcionarse un placer único, comenzó a mover las caderas como si éstas fueran un látigo perverso. Empezó a bombear en su coño sin descanso, y con más fuerza cada vez, hasta que el deseo de poseerla se convirtió en una necesidad casi animal; por su parte, ella sentía que las perlas de la barra la cosquilleaban de manera agónica por dentro, una sacudida de placer póstumo que jamás antes había sentido, una excitación a otro nivel que hizo que sus lágrimas saltaran por el rabillo de los ojos cuando llegó el orgasmo, un orgasmo que no pudo detener y que se construyó de manera demoledora en sus entrañas.

Intentando hallar un equilibrio, se aferró a sus bíceps.

—Diago —balbuceó sin aliento—, esa barrita es mágica, siento que se me detendrá el corazón.

Diago continuaba marcando el ritmo; sin embargo, de pronto sintió que estaba a punto de sucumbir cuando se dio cuenta de que ella estaba corriéndose de nuevo. La miró arrobado y ésa fue su ruina, y se aplastó sobre su boca, mordiéndola y chupándola.

—Sí, puedes vaciarte en mi interior.

Diago se dejó ir tan pronto como oyó esas palabras; batió sus caderas y siseó su nombre entre dientes mientras expulsaba su potente descarga dentro de ella.

—¿Estás preparada, Lanie? —le susurró al oído—. Porque todavía tengo más para ti.

El *piercing* estaba diseñado para que ambos obtuvieran varios orgasmos, y él estaba dispuesto a enseñarle las completas bondades de éste; el masaje interno rápidamente hizo que su erección persistiera, por lo que Delanie advirtió que él aún permanecía duro como una roca aunque se hubiera corrido; la sensación de solidez dentro de su cuerpo de inmediato volvió a reactivar el fuego en sus entrañas.

—¿Me sientes? —le preguntó éste, adivinando sus pensamientos.

—Mucho.

—Bien, prepárate, porque lo que vivirás ahora será más intenso; sólo tienes que darme el control absoluto de tu cuerpo.

Demostrándole que el sexo requería de imaginación, pero también de conocimiento, él cogió ese control. Se arrodilló en la cama y, agarrándola por la cintura, elevó su pelvis de forma tal que sus fuertes brazos la sostuvieron en alto. Entonces la volvió a penetrar, controlando la agudeza y el ritmo, de manera que su pene le friccionaba directamente en la cara anterior de la vagina, donde está situado el punto G; estaba probando con ella una postura del *Kamasutra*.

Delanie no era el tipo de mujer escandalosa a la hora de mantener relaciones sexuales, pero Diago la hacía gemir sin proponérselo. Ella gritó, por el fabuloso estímulo que el roce de su joya multiplicaba en su interior de una forma irracional; los fuertes brazos masculinos permanecían en tensión, sosteniéndola, cada músculo de ellos, tensionado. Diago entonces advirtió cómo su coño comenzaba a aprisionarlo, y nuevamente se movió con dureza y arremetió más profundo en ella.

A punto de perder el equilibrio, cerró los ojos e hizo un gesto como si lo acabaran de golpear, y entonces, cuando los abrió, sus grises iris estaban más oscuros que nunca.

—Esto es perfecto; tu coño, nena, me está estrangulando —soltó de forma ahogada mientras sus caderas se batían con más ímpetu.

El rumor de la lluvia que caía con fuerza sobre el tejado ayudaba a amortiguar los gemidos y el chasquido de sus cuerpos.

—Continúa, Diago, no pares; necesito ver cuando te descargas en mí.

—Joder, Lanie, eres como un guante de seda enfundado en mi verga. — Diago siguió moviéndose sin parar, su ritmo cada vez aumentaba de intensidad.

Ella lo miraba totalmente perpleja. Su cuerpo estaba sudoroso y sobreexigido; el cuello, en tensión; la mandíbula, apretada. El conjunto de ese hombre en contacto con ella era una visión mortífera que la hizo chillar su nombre y llegar de nuevo al orgasmo. Con una investida final, él se mantuvo inmóvil en lo profundo de Delanie, hasta que sintió que expulsaba la última gota de su excitación, bañando sus paredes con chorros calientes de semen, llenándola de él.

Diago se mantuvo quieto hasta que terminó de vaciarse por completo; luego la bajó lentamente y, sin salir de ella, apartó algunas mechas que cubrían su rostro y le besó la frente.

—Tú, corriéndote, eres la cosa más erótica que jamás he visto; eres jodidamente perfecta.

Agitó las caderas una vez más, como si el movimiento fuera la réplica de un terremoto que hubiese fracturado su cuerpo, llevó su mano entre ambos y tocó su coño mientras salía de él.

—Esto, es mío; lo reclamo como de mi propiedad. Prométeme que, sin importar lo que pase de ahora en adelante, no renunciarás a mí.

Delanie sonrió soñolienta, y también llevó su mano entre ellos, para aprisionar su miembro, que aún permanecía erecto.

—Prométeme que tú tampoco lo harás —replicó.

—Confía en mí, no romperé mi promesa.

Él se acercó y la besó dulcemente en los labios.

Vigésimo

Ambas estaban de pie en el recibidor de la casa, estudiando la chaqueta, el chándal y las zapatillas que aún permanecían tirados en el suelo.

—Es ropa de hombre.

—Sí, Keyra, y está mojada.

Ésta tiró de Peyton y juntas fueron hacia el dormitorio de Delanie.

—Llama tú.

—No lo haré, ha sido idea tuya venir aquí.

—¿Crees que todavía estará con él?

—A no ser que se haya ido en calzoncillos...

—¿Será Diago?

—Obvio, ¿quién más puede ser?

Se oyó ruido dentro de la habitación y entonces ellas salieron corriendo y se metieron en el dormitorio de Peyton, que estaba justo al lado.

—¿Qué ves?

—Nada —dijo Keyra mientras espiaba por la cerradura—. Tampoco se oye nada.

—Déjame a mí. —Peyton la empujó, haciéndola a un lado.

—¿Y? ¿Qué ves?

—Nada. Salgamos otra vez y espiemos por la cerradura de la puerta de su habitación.

Cuando estaban a punto de salir de nuevo, se oyó ruido y una puerta que se abría; las dos se quedaron inmóviles y comenzaron a pelear, hablando entre dientes, para ver quién miraba a través de la cerradura; mientras lo hacían, quien fuera que pasó, lo hizo sin ser visto.

—¿Te das cuenta? Por pelear para que te dejase ver, no hemos visto nada.

—Es mi cuarto, yo tenía más derecho que tú a mirar.

Abrieron despacio la puerta y se quedaron escuchando.

—¿Qué hacemos? ¿Bajamos?

Ambas asintieron. Los ruidos en la cocina las guiaron hacia allí. De espaldas, preparándolo todo en una gran bandeja, vieron a Delanie.

—¿Todavía lo tienes en tu habitación? —soltó Keyra, y Delanie se dio media vuelta, asustada.

—Joder, ¡casi me matáis del susto! Creí que todavía dormíais.

—Contesta —la apremió Peyton—, ¿estás con Diago?

—*Sip*. Hablad bajito; no quiero que nos oiga, ya está despierto.

—Deja de hacerte la misteriosa y cuenta de una vez —demandó Key.

—Ahora no puedo; dejadme preparar el desayuno y, cuando se vaya, os lo explico todo. Debo poner a secar su ropa, además.

—Ve, nosotras lo haremos —le ofreció su hermana.

—Gracias. —Las abrazó, le dio un beso a cada una y se dedicó a terminar de preparar el desayuno.

Delanie cortó frutas, preparó tostadas francesas, coció tocino crujiente y huevos revueltos y sirvió café negro; también llenó unos vasos con jugo de naranja, y otro con leche por si a él le apetecía tomarla.

Regresó a la habitación. Diago estaba aún adormilado, enredado entre las sábanas, con su ancha espalda al descubierto, pero el aroma de la comida lo hizo despertar por completo. Soñoliento, se sentó en la cama y arrastró con él las mantas que permanecían enredadas en sus piernas. Se apoyó contra el cabecero de la cama, y le dedicó una sonrisa de esas que te hace perder las bragas sin que te des cuenta.

Delanie colocó la bandeja sobre la cama y, a gatas, subió a ésta. Se estiró por encima de los manjares y le depositó un beso en los labios. Ambos estaban hambrientos, así que de inmediato atacaron la comida, alimentándose mutuamente.

Diago se movió y las sábanas se deslizaron, quedando sus partes íntimas al descubierto.

—¿No te duele? Confieso que hoy me da un poquito de impresión verte eso atravesado justo ahí.

—No me duele, lo prometo. Por el contrario, es algo que está ahí para dar y darme placer; esto masajea por dentro, tanto a ti como a mí. Supongo que sabes de lo que hablo.

Ella emitió una risita infantil.

—Supongo que sí. Vale, fue muy intenso. ¿Cómo se te ocurrió hacértelo?

—Pues... era adolescente y se trataba de transgredir las normas. Creo que

fue mi forma de expresar mi rebeldía y mi enojo cuando mi madre murió; mi padre jamás me hubiese permitido tatuarme a esa edad, ya que él es muy conservador, así que, hacerme algo que él no sabría que tendría, suponía una forma de saltarme sus normas, pero sin que se enterase. En ese tiempo estaba muy cabreado con mi padre; no me preguntes por qué, porque él no era responsable de la enfermedad de mi madre y mucho menos de su muerte; en realidad estaba enojado con la vida, pero la pagaba con él.

—¿Te dolió mucho perforarte?

—Si medimos el dolor en una escala del uno al diez, me dolió un once. — Ambos se carcajearon—. Pero el dolor intenso duró unos veinte minutos; luego se tornó en un dolor soportable. La cicatrización tardó, pero lo bueno tiene su precio.

—Y es muy bueno. —Ella apartó la bandeja y se subió a horcajadas sobre él.

—Lo sé, probaremos con diferentes tamaños de cierres para que notes la diferencia.

Se besaron con calma, probándose lentamente, hasta que Diago le tiró del pelo para apartarla.

—Anoche estuve pensando que debemos hablar con nuestros agentes. Deben estar al tanto de la decisión que hemos tomado, y además nos asesorarán sobre cómo actuar con la productora; creo que necesitamos sus consejos.

—Y también debes hablar con Wara. —Él permaneció en silencio—. ¿Qué?

—Hablaré con ella; le dejaré claro que, aunque por el momento no podemos airear nuestra separación, lo nuestro se acabó.

—Eso no es lo que imaginaba que sucedería. No quiero que sigas viviendo con ella. No quiero vivir contigo una relación que se considere adúltera.

—Lanie, sabes que de momento eso no es posible... los periodistas se harían eco de esa noticia y la promoción de la película se vería afectada por la mala prensa de los actores que la protagonizan. Es más, se me ocurre incluso que tendríamos que hablarlo con nuestros abogados; sé de actores que utilizan contratos de confidencialidad entre las partes.

—¿Estás pensando que, ante una discusión, yo misma podría revelar nuestro *affaire*? Mi contrato también estaría en peligro.

—No lo digo por ti, sino por Wara.

—¿Tan perra es?

—Las cosas no están bien con ella... No voy a mentirte: no sé cómo podría

reaccionar, así que creo que ponerle un cebo en la boca no estaría nada mal.

—No me gusta pensar en nosotros de esta forma. Suena todo muy de laboratorio, ¿en qué momento pensaste todo esto? Anoche me dijiste que no sabías cómo lo haríamos; sin embargo, parece que lo tienes todo muy calculado. Me asustas, Diago.

—Nena, sólo busco la manera de que podamos estar juntos, de que tú y yo podamos tener la intimidad que queremos. Anoche, mientras dormías, te miraba a mi lado y me desesperaba pensar que lo que vivimos no pueda volver a ser.

Vigesimoprimero

—¿Dónde estabas?

—Salí a correr...

—¿Bajo la lluvia?

—Acaso no estás viendo que estoy empapado.

—Te estuve llamando y no atendías el teléfono.

—¿Le pasa algo a Delphie?

—No, pero me extrañó que dejases la puerta de la habitación cerrada.

—¿Lo hice? No me di cuenta. Iré a quitarme la ropa mojada.

Wara le bloqueó el paso con facilidad, y buscó con astucia su mirada.

—¿Qué necesitas? Acabo de decirte que me voy a cambiar.

—Nada, no necesito nada... es sólo que, no sé, estás raro.

—Estoy harto, Wara, ésa es la realidad. Te extraña que la habitación esté cerrada, pero no te extraña que yo duerma en otra habitación. Hace meses que no compartimos nada, mucho menos la cama.

Diago la esquivó y se metió en el dormitorio, pero ella lo siguió.

—Estoy en cuarentena, aún no podemos tener sexo; tu vida pasa por una cama, ya veo.

—No entiendes nada... No se trata de la puta cuarentena, se trata de que hace meses que tú y yo no tenemos intimidad. Wara, siento que ya ni piel queda entre nosotros... No sé, pero, sin exagerar, creo que la última vez que tú y yo estuvimos juntos fue cuando concebimos a nuestra hija. Y esto no puede seguir así, debemos tomar una decisión.

—¿Me estás queriendo dejar? ¿Estás queriendo abandonar a tu hija?

—No empieces con el melodrama. Jamás os dejaré, siempre estaré con vosotras, pero no podemos seguir de este modo; tú y yo somos como dos extraños, ni siquiera puedo decir que somos como amigos.

—Diago, no puedo creer que seas tan cruel. ¿Quieres que tengamos relaciones sexuales?, ¿quieres que nos metamos en la cama ahora mismo? Está bien, hagámoslo; sólo te importa follar. —Ella intentó abrazarlo y enroscó sus

manos en su cuello, pero él alejó su rostro cuando quiso besarlo.

—No quiero estar contigo, Wara; no se trata de eso.

—Por favor, Diago, tal vez tengas razón y he estado un poco alejada de ti. No he estado bien y, sin darme cuenta, te he descuidado; el embarazo me tenía mal, pero no puedes dejarme, acabo de parir a tu hija.

—¿A qué le temes, Wara? No te faltará nada, todo seguirá como hasta ahora, sólo que debemos definir la relación que tenemos... Debemos dejar de fingir que nada pasa cuando en verdad todo está roto.

—Si me dejas, la prensa entera sabrá que me has abandonado con tu hija recién nacida. Te cancelarán el contrato. Si me dejas —volvió a amenazarlo—, te haré la vida imposible.

—¿Más todavía? ¿Acaso crees que a tu lado paso una vida placentera? ¿Qué será diferente? Porque yo siento que vivimos en el infierno.

Ella tiro de su camiseta hacia arriba y quedó con los pechos expuestos a él.

—¿Qué haces, Wara? Ponte la ropa, por favor. Basta ya, no hagas esto más humillante. Seamos civilizados; acordemos nuestra separación en paz, aceptemos que nuestra relación se acabó y listo. Yo seguiré estando para ti y para Delphie, siempre; te prometo que jamás os faltará de nada, pero entiende de una vez por todas que no podemos seguir así, que esto está acabado hace tiempo.

»Si lo que necesitas es un acuerdo por escrito donde todo quede estipulado, lo haremos. Sólo quiero que estemos en paz, te firmaré lo que quieras.

—¿A qué puta te estás tirando? ¿Por qué tienes tanta prisa por sacarme de en medio?

—No estoy con nadie, Wara, sólo quiero que terminemos bien. Sabes perfectamente que estábamos al borde de la separación cuando te enteraste de que estabas encinta, y esta situación es insostenible. Acabaremos odiándonos, y no quiero eso para Delphie; quiero que ella crezca en un hogar armónico.

—Si descubro que te estás follando a alguien, te juro que te hundo.

Diago se metió en el baño, quería darse una ducha caliente y quitarse la ropa mojada; además, no deseaba continuar discutiendo. Había dado el puntapié inicial, y ahora Wara necesitaba serenarse para comprender que lo que él le estaba planteando era lo mejor.

* * *

Después de la discusión de esa mañana, la calma parecía reinar en el hogar de los James.

Wara y Diago se habían esquivado deliberadamente dentro de la casa, evitando volver a pelear; sin embargo, él sabía que debía encontrar cuanto antes la manera de que ella entendiera que así no podían continuar.

El sol del atardecer se colaba a través de las enormes ventanas rectangulares que daban al acantilado, y la sala refulgía en un destello rojizo. Wara había entrado a tomar un baño y Delphie permanecía entre sus brazos después de que Diago la alimentara con un biberón. La criatura, inocente y ajena a todas las maldades que existían en el mundo, estaba recostada en su hombro, segura contra su pecho. Él le pasaba su enorme y dorada mano por la espaldita y le cantaba *Daughters*; esa canción tenía un gran significado para ellos, ya que Diago se la había tarareado desde que ella estaba en la barriga de Wara. Increíblemente, la melodía siempre funcionaba como un bálsamo soporífero cuando la pequeña estaba inquieta.

—Es asombrosa la facilidad con la que se duerme entre tus brazos cuando tú le cantas —acotó Wara de pie frente a ellos.

Diago la miró sin contestarle, se levantó lentamente del sofá donde estaba sentado y llevó a su hija al dormitorio para acostarla en su cuna. Al salir de allí, se topó con Wara, que estaba esperándolo en el pasillo; intentó esquivarla, pero ésta no se lo permitió.

—Diago, he hecho una reserva en un restaurante que queda en el puerto; ya he hablado con la niñera y ella se ocupará de Delphie para que nosotros podamos salir.

—Wara, no quiero ir a ningún lado. Lo que te he dicho esta mañana, ¿acaso lo he hecho en un idioma que desconoces?

—Espera, permíteme terminar de hablar... Se me ocurrió que sería bueno que conversásemos en un sitio público y tranquilo, donde además no podamos insultarnos ni agredirnos verbalmente.

—Wara, el caso es que no hay nada más que añadir; todo lo que había que decir, ya te lo he dicho hoy, y no cambiaré de opinión; sólo espero que puedas comprenderlo y aceptarlo.

—Salgamos a cenar, Diago, por favor. Actuemos como personas civilizadas, hagamos esto de la mejor manera.

—No entiendo para qué quieres salir, cuando lo que tenemos que hablar podemos hacerlo aquí. Además, ha dejado de llover, y por tanto mañana debo

levantarme temprano para ir al *set*, y todavía tengo que repasar el guion.

—Por favor, probémonos a nosotros mismos que podemos acabar bien.

—Joder, ¿por qué eres tan insistente? ¿Dónde dices que has hecho la reserva?

—El local se llama Catalina, y está junto al puerto.

Exhaló el aire, demostrando que no estaba con el mejor ánimo, pero igualmente accedió.

—Llamaré a Dylan para que nos lleve. —Diago se refería al escolta que la productora le había asignado.

—Ya lo he hecho yo... no te enfades, a las ocho pasará a por nosotros.

* * *

Llegaron al restaurante en Rose Bay, un sitio muy de moda y, por tanto, muy concurrido, que estaba ubicado a la orilla del agua. El viaje había sido corto, puesto que el local no estaba demasiado alejado de donde ellos estaban viviendo. Tan pronto como lo hicieron, Diago opinó que no era el lugar más adecuado para conversar con calma.

—¿No había un sitio más sencillo donde se pudiera comer y charlar con tranquilidad? ¿Siempre con tu circo, Wara? No hemos salido de fiesta, sino a pactar nuestra separación.

—No empieces a quejarte, se trata de tener la noche en paz.

—Dylan, te llamaré cuando acabemos para que pases a recogernos.

—Estaré pendiente del teléfono, Diago; despreocúpate.

En el momento mismo en que bajaron del monovolumen, una lluvia de flashes los recibió, importunándolos. Los fotógrafos habían salido de pronto, como si fueran cucarachas en la noche, de donde fuera que se habían escondido hasta ese instante. El escolta se apresuró a bajar al ver el tumulto de periodistas, pero, como no estaban preparados para eso, poco fue lo que pudo hacer para alejarlos.

Los puños de Diago se apretaron a sus costados, y su gesto se crispó sin disimulo. Estaba tan cabreado que ni siquiera esperó a Wara. Se sentía un idiota por haber caído en su juego. Ella lo había sacado de la casa con una facilidad que exacerbaba aún más su furia. Wara, hábilmente, había logrado su propósito, y lo había hecho de una manera tan simple que él se sentía insultado en su propia inteligencia; todo el mundo los estaba viendo juntos, pero eso no era lo que a él

realmente le preocupaba. Su verdadera preocupación residía en lo que pensaría Lanie; para colmo, había pensado en enviarle un mensaje antes de salir, para avisarla, pero por una cosa u otra no se había hecho el hueco para hacerlo. «Maldición», farfulló para sí mismo con el humor claramente agriado.

Miró hacia el suelo porque temía perder los estribos con cualquiera que se le atravesase, resopló con exasperación y empezó a caminar por delante. Los *paparazzi* le gritaron para que mirase a cámara, incluso para que se detuviera y posara junto a su pareja, pero éste no les hizo caso.

El asombro y el cabreo claramente se habían apoderado de su juicio, tomándolo demasiado desprevenido. Intentó serenarse, pero parecía una misión imposible; quería rodear el cuello de Wara y hacer presión con sus propias manos. Se dio la vuelta en mitad de la escalerilla de la entrada y la miró de forma exterminadora, reconociendo por primera vez que ella iba con él.

—Apresúrate —le exigió, y giró otra vez el rostro hacia delante.

Antes de entrar en el restaurante, mientras simulaba que se rascaba la nariz, se cubrió la boca.

—¿Ésta era tu manera civilizada de pactar nuestra separación, montando un gran circo mediático? —Dicho esto, se instó a calmarse.

—Sonríe querido, ahora eres demasiado famoso como para pasar desapercibido; era lo que querías, después de todo, así que no veo a qué viene tu enfado. ¿Acaso no deseabas que la prensa de todo el mundo te reconociera? Pues bien, al parecer lo has logrado gracias a esta película que estás protagonizando, así que hazte cargo de tus actos; no me eches la culpa cuando, tú, eres el único culpable.

—Wara, sé perfectamente que esto es obra tuya.

—Tal vez los del restaurante les avisaron —se burló con una serenidad en absoluto fingida—; quizá aprovecharon que tú venías para hacerse un poco de publicidad gratis. Cambia esa cara, saldrás demasiado serio en todas las imágenes de mañana.

Diago empujó la puerta vidriada de doble hoja y se acercaron a un mostrador redondo que estaba situado en la entrada, donde el *maitre* los recibió.

Ella apresó su mano entrelazando los dedos, enroscó su otro brazo en el de él y le sonrió, consciente de que desde fuera estaban consiguiendo muchas fotografías, demostrándole al mundo entero que Diago James era suyo, que lo tenía; luego se acercó, pillándolo desprevenido, y lo besó rápido en los labios; para ampliar más su *show*, le limpió los labios como si éstos se hubieran

manchado con la transferencia de su lápiz labial. Él ladeó la cabeza con lentitud deliberada y clavó su vista en ella y luego en su agarre; la miró advirtiéndola de que le importaba una mierda dónde estaban. Wara le echó un vistazo cínico y se dirigió a la persona que tenían enfrente.

—Buenas noches —soltó Wara mostrándose indiferente a la realidad—. Tenemos una reserva hecha a nombre de Diago James —añadió.

Estaba harto de lidiar con el cinismo y la ambición de una mujer egocéntrica y tan compleja como Wara. Lo cierto era que ella jamás lo había respetado, pero él había estado tan ilusionado por formar una familia que pretendió no ver lo que estaba a la vista de todos; bien dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver, y él había estado muy ciego, y en ese momento debía afrontar las consecuencias de su ceguera.

Se acomodaron en la mesa que les indicaron; estaban sentados junto al balcón que daba al océano.

—Comamos rápido y volvamos a casa.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque ya he captado tu juego y no me interesa participar en él.

—¿Qué pasa? Estás asustado por que la putita que tienes te vea.

—No estoy con nadie, Wara.

—No te creo, ¿sabes por qué?, porque sé que, para ti, follar es tan indispensable como respirar, y hace meses que entre nosotros no pasa nada, aunque yo creía que te importaba.

»Pero ahora, de golpe, me rechazas, y si lo haces es porque estás con alguien.

—Te rechazo porque entre tú y yo no queda nada más que el hecho de que eres la madre de mi hija. Te rechazo porque no me interesa irme a la cama contigo, hace tiempo que perdí ese interés... aunque tú estabas demasiado ocupada mirándote el ombligo y no te diste cuenta. Pensaste que, con un hijo, me atarías de por vida, te sentiste confiada. Sin embargo, desde que Delphie nació, me di cuenta de que el único vínculo indisoluble es el que tengo con ella.

»Estás tan equivocada en cuanto a mí... ¿Sabes por qué te digo eso? Porque jamás te has molestado en conocerme, nunca te he importado. Wara, ésa es la única verdad, para ti sólo he sido el que te sacó de los suburbios de Regent Park.

—Tampoco es que me sacaras de ahí para vivir en una mansión.

—No, tienes razón... en ese momento no te la podía comprar, pero te llevé a una casa decente en Woodbine Lumsden, lejos de los drogadictos y de las

pandillas que te rodeaban hasta ese entonces, te ayudé a que terminaras tu carrera y a que no tuvieras que prostituirte como hizo tu madre, a quien desprecias y le das la espalda desde que te fuiste de su casa. No sabes siquiera si tu madre tiene suficiente para comer, pero te diré algo: sí, tiene, porque yo me encargo de que no le falta de nada, porque ilusamente pensaba que, haciéndolo, el día que te arrepintieras de haberla apartado de tu vida, mis acciones podrían redimirte de alguna forma. Cambié considerablemente la vida que tenías y en cuanto pude te compré una casa mejor en Lawrence Park South, porque sabía que para ti era muy importante la seguridad económica y tener un techo como el que nunca tuviste; sin embargo, en vez de reconocer algo de lo que he hecho por ti, te has dedicado exclusivamente a menospreciarme, aunque en realidad lo que has estado haciendo es un estupendo trabajo de manipulación. —Se acercó por encima de la mesa y la miró con mucho desprecio—. Siempre me has hecho sentir que, todo lo que he hecho para que ahora puedas vivir en una mansión en York Mills, era una mierda — dijo como una exhalación, y cerró un puño, a punto de golpearlo sobre la mesa.

—¿Ya han decidido qué van a pedir?

Diago apartó lentamente su mirada gélida de Wara y la dirigió al camarero que se había acercado, y dio gracias por esa interrupción, porque estaba en un tris de perder los estribos. Sacó una de sus tarjetas de crédito y se la entregó.

—Cóbreme dos de los platos más caros que sirvan aquí.

—No es necesario que pague por adelantado, señor.

—Lo que sucede es que no nos quedaremos. Por favor, cóbreme lo que le digo para que no pierdan dinero por esta reserva en vano.

—Aguarde un momento, por favor; ahora regreso.

—Quien no tiene voluntad de terminar las cosas bien eres tú. Ahora mismo quieres quedar como una víctima —acotó ella sin mirarlo, pues estaba sacando un espejo que llevaba en el *clutch* para comprobar su lápiz labial.

Molesto, él la contempló con desdén.

—Basta, Wara, no sigas... o te aseguro que esto terminará realmente muy mal. Continúas mirándote el ombligo. Aun después de lo que te acabo de revelar, ni siquiera has sido capaz de preguntarme cómo está tu madre. No entiendo cómo he podido estar tanto tiempo a tu lado; no tienes sentimientos por nadie más que por ti misma.

—Señor James, buenas noches. El camarero acaba de informarme de que no se quedarán. —El *maitre* se había acercado hasta la mesa—. Queremos saber

si ha ocurrido algo por nuestra parte que los haya importunado.

—No, no es eso. Es que hemos recibido una llamada y tenemos que retirarnos, de eso se trata. Quédese tranquilo, le aseguro que no es nada relacionado con el restaurante; el sitio es exquisito y el trato de todo el personal ha sido excelente; sin duda volveremos en otra ocasión. Es una pena el contratiempo que nos ha surgido.

—En ese caso, los esperamos con los brazos abiertos para cuando deseen regresar. Coja su tarjeta, señor, no es necesario que abone nada. Faltaría más.

Diago dejó, de todas formas, una sustanciosa propina sobre la mesa y se puso de pie. De camino hacia la salida llamó a Dylan mientras era seguido por Wara. Permanecieron aguardando al escolta en la recepción del restaurante, en silencio y con una tirantez que a duras penas podían disimular.

Durante el trayecto a Vaucluse, no se volvieron a dirigir la palabra. Diago sólo quería llegar y poder hablar con Delanie, para avisarla de la encerrona que Wara le había organizado con la prensa.

Al llegar a la casa de la avenida Ocean View, encontraron a la niñera levantada.

—Delphie está llorando; es raro, porque está comida y cambiada: ahora mismo iba a verla —explicó ésta rápidamente.

—Deja, Ivy, yo me encargo —intervino Wara, y caminó hacia la habitación de la cría. Diago la siguió por detrás.

—¿Qué pasa, hija?, ¿qué tienes? —Wara se inclinó para cogerla en brazos y tan pronto como lo hizo notó la calentura de su cuerpo. Apoyó los labios en su frente y entonces no tuvo dudas—. Diago, Delphie está hirviendo de fiebre.

Alarmado, éste imitó a Wara, apoyando los labios en la frente de la pequeña.

—Buscaré los datos del seguro médico y la llevaremos a Urgencias.

Diago salió de la habitación llevándose todo por delante; en el trayecto se cruzó con Ivy, que venía a traer el intercomunicador.

—Ve con Wara, Delphie tiene fiebre.

—Acabo de oírlo a través del aparato.

—Voy a por los datos del seguro médico.

—Prepararé unos paños fríos para ponérselos en la frente. ¿Ya le habéis tomado la temperatura?

—No —dijo éste dándose cuenta de lo inexpertos que eran y de lo rápido que se ahogaban en un vaso de agua.

—Hay que hacerlo; os preguntarán cuánto tiene y, además, según la temperatura, hay que intentar bajársela.

Diago buscó los papeles, y también se encargó de telefonar a su escolta.

—Dylan, vuelve a buscarnos, por favor; debemos llevar a mi hija al hospital.

—Ya voy para allá. ¿Qué ha ocurrido?

—Tiene fiebre, y al ser tan pequeña...

—Tranquilízate, hombre, seguro que no es nada; ya estoy pegando la vuelta. No debes alarmarte; cuando tienes un niño —él tenía dos—, cada día vas necesitando unas u otras cosas y, al final, te das cuenta de que tu casa se ha convertido en una pequeña sucursal de la farmacia. Los niños se enferman de la nada y se curan de la misma forma.

—Me quedaré más tranquilo cuando la vea un médico.

—Seguro. Es un bebé y es mejor que la evalúe un profesional. Te entiendo; uno siempre se desespera cuando tienen su primera fiebre... luego, con el paso del tiempo, te acostumbras a estos episodios y te vuelves más práctico.

* * *

Estaban de regreso del Hyde Park Medical Centre; por suerte la atención había sido muy rápida, ya que el sistema médico de Australia, al parecer, funcionaba muy bien. La niña había sido evaluada con prontitud y habían diagnosticado que tenía una infección vírica, exactamente lo que había vaticinado Dylan después de que le dijeran que, con los paños fríos, la temperatura había cedido de inmediato.

De todas formas, el susto aún no se les había pasado.

El doctor les había dicho que debían controlarle la fiebre durante la noche y que, si ésta volvía a subir a más de treinta y ocho, la bañaran con agua templada; si aún así seguía ascendiendo, les recomendó que combinaran el baño con el antitérmico que le había prescrito; asimismo, añadió que no dejaran de suministrarle líquidos con frecuencia, para que no se deshidratara.

Temerosos de que la temperatura de Delphie volviera a aumentar y no la oyeran llorar, Wara había resuelto llevar a la niña a su habitación y que durmiera con ella; por su parte, Diago decidió acostarse en el sofá que estaba allí, ya que no encontró valor como para apartarse de Delphie ni por un segundo.

Vigesimosegundo

Llegó a la localización muy temprano, pues debían grabar escenas en la playa durante el amanecer. Había dormido solamente dos horas y casi no había podido repasar sus textos.

Delanie lo vio llegar y lo devoró con la vista; llevaba unas Ray-Ban Clubround que le velaban los ojos, pantalones vaqueros gris oscuro, camiseta negra de cuello redondo, chaqueta azul y zapatillas Nike Air; cada prenda que cubría su cuerpo parecía estar hecha a la medida exacta de su cuerpo. Sentía un perverso deleite en la fragilidad que le infundía admirarlo, y la abrumó la gracia de su andar; caminaba con las manos en los bolsillos, con la actitud de alguien que está decidido a llevarse el mundo por delante. Sus piernas se advertían fuertes y fibrosas bajo la tela del pantalón, al igual que los brazos cuando se ajustaron a la tela de la chaqueta al levantar una mano para acomodarse las gafas. Él advirtió su mirada, y le dedicó una imperceptible sonrisa que sólo ella pudo advertir. Se acercó decidido a saludarla.

En el camino fue interceptado por Leona, que ese día estaba presente en el rodaje.

—Hola. Por fin ha mejorado el tiempo y podemos continuar.

Se saludaron con un caluroso abrazo.

—Así es, tanta lluvia ya resultaba insoportable.

Jobs se acercó a ellos; caminaba junto a Cole Ace, el productor del filme, que ese día también andaba por allí, visitando el enclave y a punto de ver el rodaje.

—¡Diago! —Se saludaron con un entusiasta apretón de mano y palmadas en la espalda—. Acabo de comprar el periódico —acotó Cole—: primera plana en la prensa local. —Ace se refería a la noticia que había salido en el diario; una foto de Wara y él llegando al Catalina—. Dime, ¿ese restaurante es tan bueno como dicen? Me lo recomendó un amigo cuando le dije que venía a Sídney. Espero que lo pasarais bien anoche con tu mujer. ¿Tú también me lo recomiendas?

—El lugar es excelente.

«Mierda, Ace, ¿no tenías otra cosa de qué hablar?», farfulló para sí, y miró disimuladamente a Lanie, que le devolvió al instante una mirada furiosa. Se acercó a saludarla.

—Espero que hayas tenido tiempo de repasar tu texto y no tengamos que parar demasiado por ello —soltó ella, molesta. Se odió por reclamarle sin sentido, y el tono estridente de su propia voz la humilló todavía mucho más. Eso era lo que temía; exactamente eso era lo que no deseaba que ocurriera, sentirse la otra y tener que representar el papel de la amante celosa, esperando que él tuviera tiempo de sobra para dedicarle a ella.

Diago se cubrió la boca para no mostrar la sonrisa ni emitir la risa que le pululaba en la garganta. Ella se veía adorablemente celosa. Le gustó que lo reclamara; le encantó saber que él era importante para ella, pero también se sintió ansioso y nervioso a la vez; quería explicarle lo sucedido, tranquilizarla, pero no había manera de hacerlo delante de todos los presentes.

Delanie se sentía vulnerable, el mordisco de los celos y las dudas dolían demasiado, pero era incapaz de evitarlo.

La atrajo hacia su pecho como cualquier amigo abrazaría a su compañero, feliz... y desesperado al mismo tiempo por hacerla sufrir. Le dio un beso muy impersonal en la mejilla y le susurró al oído.

—Tenemos que hablar; lo haremos durante el almuerzo, ahora es imposible hacerlo.

»Iré a cambiarme, —anunció él a bocajarro—, así podremos empezar.

—Sí, James, así nos ponemos manos a la obra para las tomas que quiero obtener —lo alentó Frederick.

A media mañana habían hecho un alto en la grabación. Cada escena había costado que saliera, pues Delanie estaba distraída y se equivocaba a cada rato; parecía que quien no había repasado la letra fuera ella y no él.

—Tranquilízate, nada es como lo estás imaginando —le comentó él mientras caminaban alejándose de la gente—. Le pediré a Dylan que nos consiga un café y charlamos.

—No quiero hablar, Diago, no quiero hacerlo aquí.

—Pero debemos hacerlo. Dios, quiero tocarte ahora mismo, cogerte de las manos aunque sea... es una puta tortura tenerte tan cerca y no poder hacerlo. —Metió las manos en los bolsillos para no sucumbir a la tentación de aferrarla de la mano.

Delanie se cuidó de mirarlo a los ojos antes de entrar; cada maldita palabra que él emitía la percibía como un insulto a su inteligencia. Sabía que, si lo hacía y se dejaba perder en la voracidad de su mirada, iba a sentirse aún peor. Se metió en el remolque, ignorándolo. En la soledad de ese lugar se sintió desdichada. Se cubrió el rostro con ambas manos y luego miró al techo; no había manera de escapar a lo que sentía por él, pero tal vez debía hacerlo... Sabía que no sería fácil mantener una relación como la que se habían propuesto tener, pero nunca creyó que le costaría tanto.

—Es tan atractivo —pensó en voz alta—. Me quita el aliento cuando lo miro, se me afloja el cuerpo y dejo de razonar.

»¿Por qué saliste con ella? ¿Por qué apareciste en público con Wara sin importarte cuánto me harías sufrir? Me duele plantearme que sólo he sido un buen polvo para ti, uno que acertó la cuarentena en la que seguro que estás.

»¡Idiota! Cómo pudiste dejarte humillar tanto —gritó, y se maldijo a sí misma.

Un golpe en la puerta del remolque la abstraigo de sus miserias. Se secó las lágrimas con la palma de las manos y se sorbió los mocos antes de abrir.

—Ven, he traído café; sentémonos en la escalera de la caravana para no dar pie a cuchicheos.

—¿Cómo puedes ser tan frío? —le preguntó ella inundada por el cabreo—. ¿Cómo consigues separarlo todo a la perfección? ¿Cómo puedes preocuparte de lo que piensen los demás, si me tienes a tu lado? —le escupió con desdén—. Dime cómo lo haces, porque yo siento que no puedo con esto. —Lo miró a los ojos; él continuaba sosteniendo los vasos de café, y frunció la boca conteniendo las palabras; parecía angustiado, pero quizá sólo era lo que ella quería ver—. Tal vez se trate exclusivamente de que no sentimos lo mismo.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo; ven y sentémonos a hablar.

—No puedo salir de aquí; estoy llorando, ¿no me ves?

—Quiero secar cada una de tus lágrimas con mis besos, te lo juro; déjame explicártelo, por favor.

Ella intentó recomponerse y hacer lo que él le pedía; se sentó en la escalerilla, cogió el café que le ofrecía y bebió un trago para pasar el nudo que tenía en la garganta. Estaban alejados de todos, en un aparte, aunque a nadie le podría extrañar que estuvieran así; desde que habían llegado a Vacluse, habían buscado la forma de quedarse a solas para conversar, sin tratar de integrar a

nadie en la burbuja en la que vivían. Así que, en ese momento, no tenía nada de extraño que lo estuvieran haciendo; no había manera de que alguien pudiera suponer lo que entre ellos ya había pasado.

Diago empezó a relatarle todo lo que había pasado con Wara, hasta llegar a los acontecimientos del Catalina.

—Estoy seguro de que ella avisó a la prensa de que iríamos allí. ¿Lo entiendes ahora? Ya te he dicho que te estabas angustiando sin sentido.

—¿Por qué no me llamaste?, ¿por qué no te dignaste, aunque fuera, a enviarme un puto texto?, ¿por qué me dejas tan indefensa en una situación así?, ¿por qué no pensaste en mí? Esto que me acabas de contar no me tranquiliza un carajo —le espetó entre dientes, tratando de moderar su ira.

—Mi intención era hacerlo; quise llamarte y avisarte, lo quise hacer cada segundo que estuve alejado de ti. Sólo pensaba en eso, pero no pude encontrar el hueco, me fue imposible.

—Mentira, sólo te hubiera robado unos segundos hacerlo; hasta sentado en el inodoro mientras cagabas pudiste llamarme.

—No entré a cagar en ese momento. —La miró fijamente, y luego bajó la vista para detenerla en el vaso que sostenía y calmarse—. Mi cabeza estaba a punto de estallar...

Le contó lo de la fiebre de Delphie, el susto que se había llevado y que no podía pensar en otra cosa que no fuera verla bien.

—No significa que tú no me importes, pero, entiéndeme, por favor, no puedo partirme en dos.

—Lo entiendo perfectamente, no soy tu prioridad. Me follaste y ahora sólo me darás los ratos que te sobren. No quiero competir con el amor de tu hija, no quiero hacerlo, sólo apelo a sentirme parte de tu vida y no lo estoy sintiendo. —Hablaban sin mirarse para no levantar sospechas; intentaban hacerlo de manera casual, a la vista de todos—. Podrías haberme avisado de todo esto y, aunque yo no pudiera estar a tu lado, al menos hubiera estado en mi casa al tanto de todo, compartiendo tu angustia de alguna forma, hasta que me volvieras a informar de que no se trataba de nada grave. —Él asintió con la cabeza; se sentía una mierda, ella tenía razón—. Así de simple hubiera sido, enviar un condenado mensaje. —Se miraron—. Eso es a lo que aspiro, pero creo que es demasiado pedirte.

—No es así, Lanie, te juro que no es así. La situación me cogió por sorpresa, todo me superó.

—A mí también me superó verte en el periódico, entrando en uno de los

mejores restaurantes de Vaucluse junto a ella.

—Ey, ¿qué hacéis aquí, cuchicheando? Me envían para retocaros el maquillaje. Qué caras... ¿quién se ha muerto? —preguntó Rosie Rose, la maquilladora, un poco en broma, un poco en serio; ya sospechaba lo que les ocurría.

—Iré a ponerme la ropa que me toca en la próxima escena —anunció Diago, y se puso de pie.

—Vale, guapetón, luego paso por tu remolque; apresúrate, que no quiero encontrarte en bóxer, a ver si la gente descubre lo que en verdad tenemos. — Rosie Rose no tenía filtro y bromeaba con todos; era muy chistosa y había conseguido que los tres rieran.

Diago la abrazó y se mofó de ella intentando besarla.

—No seas arisca; me provocas y luego te asustas.

—Sal de aquí, sátrapa, deja de acosarme —bromeó ésta de manera histriónica y exagerada.

—¿Problemas?—le preguntó a Lanie apenas quedaron solas—. Traes una cara, tesoro, que ni haciendo magia con diez kilos de maquillaje te la arreglo.

—¿Tan mal me veo?

—Horrible, y él, ni te cuento. —Se miraron a través del espejo—. Me ha llegado que se lleva así —formó un círculo con sus dedos pulgar e índice, lo que normalmente significa que todo está perfecto— con su pareja.

—Así que se llevan bien... —murmuró Delanie; el corazón le percutía en los oídos y en la garganta; tenía la extraña sensación de que su cabeza se había convertido en un bombo; se tocó la sien.

—No, cariño, como el culo, esto en mi país quiere decir como el culo —le aclaró—. Pero eso tú ya lo sabes, por eso vosotros tenéis algo.

—Nooo —afirmó con rotundidad, al borde de sufrir un ataque de pánico.

—¡Vamos! Los demás podrán no percatarse de nada o fingir que no lo hacen, pero a Rosie Rose, o sea, a mí, no la engañan; mis ojitos y mis oídos han visto y escuchado cada cosa dentro de estos remolques... pero yo soy ciega, sorda y muda. Te aseguro que, si escribiera todas las historias que me sé, estaría forrada, nadando en la abundancia, sin necesidad de volver a trabajar en la vida. Pero jamás lo haré, juro por este cuerpo que tengo, que debo cuidar hasta el final de mis días, que antes muerta que contar lo que sé. Te prometo que puedes confiar en mí.

—¿Tan evidente es?

—¡Lo sabía! —Cambió el gesto de golpe—. Sí, tesoro, resulta muy evidente y tendréis que disimular un poco más, sobre todo cuando Ace y Leona estén en el *set*. Aquí todos somos como una gran familia, y la familia se protege entre sí, sólo que a los productores estas cosas no les gustan. Oí decir que Diago estaba a punto de separarse cuando su pareja le comunicó que estaba embarazada, ¿es cierto?

—¿Cómo sabes eso?

—Te digo que aquí todo se sabe. Voy a confesarte algo, sólo para que tengáis cuidado: hay una cámara que jamás se apaga; ésta captura constantemente lo que ocurre detrás del escenario, así que no me extrañaría que alguien más, aparte de mí, ya lo sepa.

—¡Joder!

—No tengas miedo, nadie hablará. Todos firmamos un contrato de confidencialidad y, como acabo de decirte, sobre todo somos una gran familia. Además, por más que Leona o Cole Ace lo adviertan, lo intentarán tapar. ¿Por qué crees que Cole estaba tan pletórico con el artículo de prensa? Esas fotos alejan cualquier duda sobre su relación, y por tanto la posibilidad de un escándalo; de esa manera, los millones que ha invertido están a resguardo.

—¿Tú crees que él lo sabe?

—Lo extraño sería que no. Chica, si tú y Diago os coméis todo el tiempo con los ojos, ¿cómo no darse cuenta? Salen chispazos entre ambos en cada escena, y os miráis de la misma forma cuando estáis en el *set* y cuando estáis fuera de éste.

—No quiero estar en esta situación. No sabes lo que hemos luchado por negar lo que nos pasaba.

—Lo sé, no tienes que aclararme nada. Además, es vuestra vida privada; siempre y cuando no afecte al rodaje de la película o a la taquilla, a nadie le importará.

—A mí me importa.

—Y a mí también, porque se os ve muy bien juntos, y si él no era feliz con quien estaba, pero sí lo es contigo, no debes sentirte mal por algo de lo que tú no eres culpable.

»Mi niña, el amor no siempre es sabio cuando llega, y a menudo conseguir ser feliz es un trabajo muy agotador. El amor es una energía incontenible —aseguró con ímpetu— que nos rodea y crece sin permiso, que se filtra por nuestra piel y se desparrama en nuestro interior, que se escapa sin darnos tregua

para que la persigamos, y para que la hallemos para transferirla haciendo feliz a quien la recibe, y a quien la da. —Le acarició el hombro—. Sólo hay que animarse a poseerla y a cuidarla. El amor son momentos que a lo largo del camino conforman nuestra vida. Y, como la vida misma, tiene un principio y tiene un final; a veces el final es prematuro y otras, llega cuando la vida se extingue. Pero, si no nos arriesgamos, jamás sabremos cuán lejos podríamos haber llegado. El amor es arriesgar, es entrega, es pasión... el amor es amar.

Delanie se levantó y abrazó a esa mujer, que se había emocionado junto a ella, y ambas secaron las lágrimas de la otra.

—Eres muy sabia, Rosie Rose.

—*Naaa*, sólo soy una gran soñadora que vive enamorada del amor.

»Ahora, déjame maquillarte, o nos regañarán a ambas por el retraso; además, todavía tengo que poner más guapo al bombón.

Llamaron a la puerta y Delanie dio paso. Diago se asomó por el resquicio de ésta y se quedó de pie ahí.

—¿Aún no estáis listas? —preguntó.

—Ya estoy por ti —contestó Rosie Rose—; no te me pongas celoso, cariño; me he retrasado porque aquí, mi niña, me necesitaba. Hay alguien que no me la cuida lo suficiente y me la hace poner mal.

—¡Rose! —Lanie la miró a los ojos y negó levemente con la cabeza, regañándola; luego llevó su mirada a él, que se sonrió de lado.

—Tienes razón —contestó Diago James sin apartar los ojos de los de Lanie, y haciéndose cargo del reproche—: no me he portado bien, pero lo solucionaré.

—Más te vale, o te las tendrás que ver conmigo —contestó la maquilladora.

Vigesimotercero

Delanie holgazaneaba en el sillón de la sala, descansando la cabeza en el reposabrazos. Había terminado de darse un baño, pero continuaba agotada; había sido un día larguísimo de grabación. La semana de lluvia lo había complicado todo y por eso habían trabajado como bestias durante toda la jornada. Sentía que le dolía hasta la punta del pelo y la cabeza le estaba a punto de estallar. Cerró los ojos un momento, pero la imagen de Diago la perseguía donde quisiera que estuviera, así que los abrió de nuevo y fijó la vista en el techo.

«Basta», se dijo a sí misma, y se masajeó las sienes.

—Acabamos de hacer una reserva en Fortune Village, un restaurante chino que nos recomendaron en el supermercado; está en el centro de Sídney y nos han dicho que es el mejor de la ciudad.

—Id vosotras, yo estoy muerta de cansancio, no siento los pies.

—Venga, Lanie; queremos comer comida china, no seas aguafiestas.

—Te juro, Key, que estoy exhausta; llevo despierta desde las cuatro de la mañana. Se me cierran los ojos.

—Entonces pediremos comida a domicilio.

—Id y divertíos, de verdad; ni siquiera pienso comer algo, creo que me iré a dormir ya mismo.

—Traes una cara... que no parece que sea sólo por cansancio. ¿Acaso ha pasado algo?

Delanie cogió su móvil y buscó en Google las fotos de Diago y Wara en el restaurante Catalina, y se las enseñó a Keyra.

—¿Te ha explicado algo?

Lanie le refirió todo el cuento y esperó a ver qué decía su amiga.

—¿Qué harás?

—Terminar con todo. No tengo energía para desperdiciar en una relación que sólo me provocará más momentos como éstos que de los buenos. Por lo que él me explicó, ella no se lo pondrá fácil, así que no estoy dispuesta a ser tildada

de rompe hogares, pues no lo soy. Sabes perfectamente que una mujer despechada puede ser muy vengativa; las féminas somos muy perras cuando de defender lo nuestro se trata.

—Pero él no es suyo desde hace tiempo.

—Pero ella no lo quiere soltar, sea cual sea el motivo que tiene para no hacerlo, y esta situación no sólo pondrá en jaque mi estabilidad emocional, sino también mi trabajo y el de Diago. Sabes lo importante que es para mí haber logrado este papel; éste es el trabajo que he estado esperando que llegase desde hace mucho tiempo, y ahora que lo he conseguido no voy a estropearlo.

—Creo que lo que deberías preguntarte es si lo que sientes por él es sólo atracción o es algo más.

—Me trae loca por muchas razones, no por una en particular... Lo apuesto que es salta a la vista; con tan sólo mirarlo se me caen las bragas, pero, además, es una persona excepcional. Es carismático, atento, instruido, divertido, me hace reír mucho, es buena persona, me sorprende lo solidario que es siempre con todos... y como amante, ¡uff!, te lleva hasta el séptimo cielo. Me ha hecho sentir cosas que nadie me había hecho sentir jamás. Diago en la cama es perfecto, pero... no voy a sufrir, no quiero que mi corazón se rompa. Estoy harta de relaciones oscuras.

—Ningún comienzo es sencillo, y tus razones no parecen ser muy fuertes frente a todos los otros atributos que has enumerado. Ojalá que te puedas hacer a un lado y no sufrir, pero creo que ya estás demasiado implicada, te fuiste a la cama con él.

—Por eso mismo, creo que ya he probado todo lo que me intrigaba. No está casado, pero convive con su pareja, y para el caso es lo mismo. Fin de la historia. Nos sacamos las ganas y sanseacabó.

—Precisamente por eso no podrás distanciarte de él, porque lo has probado completo; ahora sabes que será muy difícil encontrar en otro lo que él te dio.

—Gracias por el aliento, eres una amiga genial.

—No te enojas conmigo por decirte la verdad.

—No me enojo, pero al menos apóyame.

—Te apoyo, Lanie, siempre lo hago. Tomes la decisión que tomes, lo haré, pero te soy sincera: ojalá no sufras más alejándote de él que luchando por estar juntos.

—Me iré a dormir; que lo paséis bien en la ciudad.

—Te traeremos comida, por si cuando te despiertas te entra el hambre.

—Ok, gracias.

Delanie se levantó del sillón y se fue, dando zancadas, hacia la planta superior.

Había dejado su teléfono bajo la almohada, y la vibración sin parar de éste la despertó.

—Hola... —contestó adormilada.

—Ábreme, estoy fuera.

—¿Diago? —preguntó confundida.

—Sí, ábreme.

Se sentó en la cama y miró el reloj del móvil; había dormido cuatro horas. Toda la casa estaba en penumbras. Se dio cuenta de que estaba desnuda, pues cuando estaba muy cansada le gustaba dormir así, porque no soportaba ninguna prenda en su cuerpo.

—¡Joder!

Saltó de la cama y buscó rápidamente algo que ponerse; cogió un *short* y una camiseta de la cómoda y bajó mientras se la ponía. Destrabó la reja con el portero automático y corrió hacia la puerta de entrada para abrirla.

Tan pronto como él entró, asaltó su boca con desesperación; sus manos de inmediato cogieron la camiseta por el borde y se la sacó casi arrancándosela del cuerpo. Diago hundió la cabeza en su cuello y dibujó surcos con la lengua, y entremezcló mordidas y lametazos que la hicieron gritar. Los jadeos de ambos se entremezclaron y retumbaron en la apacible noche, para languidecer hasta tornarse gemidos agónicos; sus cuerpos no podían resistir la necesidad que el otro provocaba en ellos.

—Detente, Diago, para.

Él apoyó su frente en el hombro de ella y condujo sus manos hacia sus nalgas; luego levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—No me niegues tu cuerpo, Lanie, te necesito. No he hecho más que pensar en ti en todo momento; te lo prometo, me angustia no poder darte todo lo que precisas, me angustia que no sea suficiente; quiero más, quiero mucho más para nosotros... no sé cómo explicarlo. —Reposó sus labios en su frente, y prosiguió casi sin aliento—. No tienes idea de todo lo que quiero decirte, pero siento que cada palabra o cada acto que pueda emprender se confunden en este embrollo en el que estamos metidos. No es sólo atracción física lo que siento; no niego que tu cuerpo me vuelve loco y fantaseo con él, sueño con que te hago el amor... sin

embargo, desde que te conocí, percibo una conexión implícita entre nosotros; sé que tú la sientes también. Nosotros estábamos conectados desde antes de irnos a la cama.

—Diago, yo... no quiero sufrir.

—No puedo prometerte eso, y te juro que es lo que más me angustia, pero puedo prometerte que estaré siempre a tu lado y que no te dejaré sola. Dios, ¿por qué no te habré conocido antes?

Ella le enmarcó el rostro; luego acarició su frente, sus ásperas mejillas, y pasó su pulgar resiguiendo las líneas de su esculpida y mullida boca.

—¿Qué me has hecho, Diago?, ¿por qué no puedo prescindir de ti, aun sabiendo que, haciéndolo, pondría mi corazón a buen recaudo?

—Tal vez por la misma razón que yo, porque sabemos que el sufrimiento será peor estando separados que juntos.

—Quiero creerte, quiero pensar que en verdad hay una posibilidad para que estemos juntos.

—La hay, porque es lo que los dos queremos.

—¿Qué pasa con Wara?

—Shh, no la nombres, no cuando estamos así; aquí no hay espacio para otra persona, sólo para ti y para mí.

—¿Qué ocurre con nuestro trabajo, entonces?

Diago apartó el borde del *short* y hurgó para buscar el elástico de las bragas, pero se encontró con que éstas no existían; le mordió el labio y hundió un dedo en su interior, penetrándola con fuerza y comprobando que ella ya estaba muy húmeda.

—El único trabajo que me interesa es el de darte mucho placer.

—Me morí de celos, Diago, me muero de celos al pensar que estás con ella bajo el mismo techo. Es una sensación desesperante; no sé si podré manejar lo que me provoca saberte conviviendo con ella en la misma casa... y, a la vez, me hace sentir mal, porque me pongo en su lugar y, si fuera al revés y ella se estuviera llevando lo que es mío... —Lo abrazó con fuerza.

—¿Cuántas veces tengo que explicarte que todo está roto desde hace tiempo entre ella y yo?, ¿cuántas veces tengo que decirte que no siento nada por ella y ella tampoco por mí? A Wara sólo le importa lo material; le daré todo lo que quiera con tal de que nos deje en paz. Lo solucionaré todo, tú no debes preocuparte por nada. Me quedé a su lado porque estaba embarazada; no puedo arrepentirme de mi hija, eso jamás lo haré.

—No quiero que lo hagas, Delphie no tiene la culpa de nada en absoluto.

La separó de él, le despejó el pelo de la cara y acunó su rostro en sus manos.

—Tú y Delphie sois el centro de mi universo. Te lo prometo.

Volvió a capturar su boca con insistencia. Sus besos eran desesperados; ansiaba demostrarle lo mucho que la necesitaba, y no sólo por las razones más básicas por las que un hombre necesita a una mujer; él la quería en su mundo, en su vida, pues ella se había vuelto indispensable para él.

Llevó sus manos a la cinturilla del *short* y se lo bajó; quería sosegar, pero la necesitaba con tanta desesperación que no podía contenerse. Ella despertaba sus instintos más primitivos, lo poseía por completo.

Le masajeó los glúteos, y hundió sus dedos en ellos haciéndola gemir de placer, de dolor... una mezcla explosiva de excitación.

La pegó más a su cuerpo y ella se sostuvo de su nuca, sintiendo cómo su pene se hincaba en su vientre desnudo.

—No te haces una idea de lo que me ha costado apartarme de ti hoy, cada vez que he tenido que tocarte... ni te imaginas lo mucho que ansiaba esto.

Mientras le hablaba, la guio hasta dar con el respaldo del sillón

Lanie separó un poco las piernas y, sin romper el contacto visual, recibió la intrusión de sus largos dedos.

—Me pones tan cachondo, Lanie, tan duro, que duele.

Se bajó el cierre del pantalón y sacó su firme polla.

—Tócame, quiero que tú me toques. Deseo que tu mano envuelva mi verga y me acaricies, quiero que mi polla se ponga como una roca en tu mano.

Él apoyó ambas manos en el respaldo, enjaulándola entre sus brazos, y, sin perder el contacto con visual, esperó a que ella hiciera lo que le había pedido.

Lanie desabrochó el botón de su pantalón y buscó la goma del bóxer para bajarlo y liberar más su miembro, pero se dio cuenta de que no llevaba uno puesto. La sensación de saber que había venido preparado para eso le causó una perversa satisfacción.

Cogió su sólida y venosa verga en su mano y la masajeó de ida y vuelta, provocando que él gruñera.

Lanie levantó la vista para admirar las facciones de Diago, para advertir en su rostro la vulnerabilidad que su tacto le causaba.

—Continúa, no pares —le rogó él.

Delanie bajó la vista nuevamente y se dedicó a observar su mano subiéndolo

y bajando por el largo de su tronco; movió el pulgar y le acarició el glande. Una gota chorreaba por éste a través del *piercing*; le pasó el dedo, al principio con dudas, pues no quería lastimarlo, y eso ahí, aunque era excitante, daba un poco de respeto.

—No me haces daño —le indicó él advirtiéndole su duda—, hazlo —la animó moviendo sus caderas—; mientras más lo muevas, el placer será mayor para mí, lo prometo.

Delanie jugó con el cierre del *piercing*, notando que él llevaba unas bolitas de acero de un diámetro mayor que las de la vez anterior; inconscientemente, cerró las piernas. Él se acercó a su oído y le dijo:

—Te gustará sentirla en tu interior, te lo aseguro. Ahora, tócame, no pares, sigue haciéndolo.

Se sentía poderosa masturbándolo, mientras su respiración se volvía más rápida, más agónica. Él parecía herido, pero le seguía pidiendo que no parara. Movía sus caderas acompasado a la fricción de su mano; lo hacía con ímpetu para que ésta chocara contra su raíz, y gemía, se quejaba sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sigue, Lanie; por favor, nena, no te detengas.

Lanie alternaba los vistazos entre su rostro y su polla, el momento era uno de los más eróticos que había experimentado en toda su vida. De pronto, la cremosidad de su semen caliente y espeso le empapó la mano y ella sintió cómo su propia humedad se le escapaba por entre los muslos, resbalando por sus desnudas piernas.

—Esto es lo que tú me haces, ¿ves? Así de vulnerable me dejas sólo con tocarme.

Lanie se agachó, sedienta, y limpió con su lengua hasta la última gota de su placer. En el camino, sus dientes chocaron con la barra de acero que le atravesaba el glande y, encendida, la tomó entre sus dientes para tirar ligeramente de ella; levantó la mirada y lo observó por entre las pestañas; él sonreía mientras su miembro volvía a cobrar vida en su boca.

—Es toda tuya, mi vida; hazle lo que quieras.

—Esto es muy caliente, Diago —le informó sin vergüenza, y se llevó una mano entre sus piernas para tocarse el clítoris.

—Lo sé, cariño; te ves hermosa con mi verga en la boca.

—La quiero en mi coño, Diago, la quiero dentro.

Él la levantó de las axilas y la giró para que quedara de espaldas a él, la

inclinó sobre el respaldo del sofá, y la penetró con un movimiento brusco de caderas que la obligó a ponerse de puntillas y a apretar los cojines del sillón.

—¡Diago! —pronunció su nombre loca de placer, y la sensación la colmó por dentro. Se sentía llena, atiborrada, invadida. Levantó el trasero para que él pudiera penetrarla más profundo y cerró los ojos, recibéndolo completo en su interior. Gritó ahogada por la falta de aire cada vez que él se movía para enterrarse en ella, esperando cada acometida que él estaba dispuesto a darle. Se sintió vulnerable, se sintió demasiado excitada, se sintió poseída y amada. Las manos de Diago recorrían su piel, le acariciaba la espalda, las caderas, los muslos, mientras que con la otra la mantenía elevada para continuar enterrándose en ella.

Diago se inclinó y buscó su oído, justo en el momento en que su coño comenzaba a cerrarse en torno a él.

—No te corras, aún no lo hagas; espérame, lleguemos juntos.

»Hoy te correrás sólo una vez, pero te aseguro que será tan intenso que valdrá por muchos orgasmos.

¿Cómo pretendía que no se corriera si decía esas cosas tan ardientes?, ¿cómo pretendía que retuviera su lujuria si él era puro fuego?

Salió de ella, dejándola vacía.

—Diago, por favor —le suplicó casi sin voz y con la garganta congestionada.

Su lengua, caliente, la sorprendió; él lamía su vulva juntando con ella toda su humedad; le daba vastas pasadas, la hundía, la giraba, la volvía a hundir.

—Eres deliciosa... sabes a mí, a ti, a nuestra fusión.

Volvió a ponerse de pie y volvió a penetrarla; esta vez entró lento, muy lento, casi haciendo que ella agonizara hasta que llegó al final. Luego se enterró muy profundo y volvió a buscar su oído.

—Ahora voy de nuevo, y te correrás cuando te diga que lo hagas.

La cogió por un hombro y empezó a follarla con intensidad; su pene penetraba en ella con envites inacabables. Las piernas le temblaban, pero se instaba a continuar con el trasero levantado y de puntillas para que él llegara hasta el fondo. Diago movió su otra mano y rodeó su pecho, apresó uno de sus pezones y se lo retorció, haciéndola gritar. Sentía su cabeza abotargada; su consciencia, perdida... el placer era demasiado como para continuar

soportándolo, y ya no aguantaba más, quería correrse, necesitaba liberar toda la energía contenida. Estaba a punto de pronunciar su nombre y que la dejara correrse cuando él le dijo con la voz ronca y muy oscura:

—¡Libérate!, hazlo junto a mí.

Era increíble la elección de palabras que él usaba para hablarle, porque lo que le decía era precisamente lo que ella sentía, lo que ella anhelaba.

Diago se enterró dos, tres veces más, bramando desahogado en cada liberación de su descarga; por su parte, ella gritó sin importarle cuánto lo hacía, pues necesitaba dejar escapar todo lo que había contenido.

Se sintió plena, embargada. Él se inclinó sobre su espalda y apoyó los labios en la columna, desperdigando pequeños besos a lo largo de ésta.

Quiso alejarse de ella, pero entonces Delanie, con una rapidez asombrosa, lo cogió por la cadera sin permitirle que se apartara.

—No salgas de mí, aún no lo hagas. Necesito sentirte dentro de mí, sin la excitación de antes; necesito sentirte así, en sosiego.

—Soy tuyo, Lanie, no me voy a ninguna parte. —Todavía instalado en su interior, buscó su boca y la besó calmadamente; su lengua le agasajó los labios con mucha ternura—. Y tú eres mía. Dime que tampoco te irás a ninguna parte.

—Soy tuya, toda tuya.

* * *

Se habían dado una ducha y estaban en la cama; él la tenía abrazada y acurrucada sobre su pecho mientras le acariciaba la espalda.

—¿Tienes que irte?

—No.

—¿Seguro? ¿No te esperan?

—No —dijo rotundo y cabreado por volver a tener que repetirlo—, o ¡¿acaso quieres que me vaya?! —Sonó entre afirmación y pregunta.

—No —dijo ella aferrándose a su torso. Le besó el pecho y levantó la cabeza para mirarlo, Diago se masajeaba la cabeza—. ¿Qué tienes?

—Estoy sin dormir, anoche sólo lo hice dos horas, pero, cuando llegué de la filmación, necesitaba empezar a apagar focos de incendio y buscarle un rumbo a nuestra situación.

—Duerme, descansa en mis brazos —le dijo ella ilusionada.

—Es lo que quiero hacer, pero después de que hablemos.

—¿Ahora?

—Sí, es preciso.

Ella apoyó el mentón en sus manos mientras lo escuchaba.

—Hablé con mi abogado.

Lanie se puso alerta y quiso levantarse.

—No, quédate así, así puedo acariciarte la espalda —le explicó mientras le sonreía—. Te decía que hablé con mi abogado. Si bien no estoy casado, convivo con Wara, y no tenemos un contrato que estipule los arreglos de nuestra separación. Según las leyes de Ontario, donde residimos, y viendo que ella no está por la labor de llegar a un arreglo amistoso, la situación nos llevaría a un juicio por separación de bienes. En nuestro estado es posible. Si bien las posibilidades de ella de obtener lo mismo que obtendría en un juicio de divorcio son menores, de todas maneras nos llevaría a un gran debate público, en el que quedaríamos todos expuestos. —Respiró sonoramente, y a Delanie se le escapó una mueca de pavor—. Si llegamos a un juicio, se abrirá un registro público en el sistema de tribunales de familia, que es un archivo al que puede acceder cualquier persona. Y ya me amenazó hoy con eso; evidentemente Wara está asesorada, por eso decidí llamar al abogado.

—¿Qué quiere?

—Aún no lo sé, pero seguramente pronto nos enteraremos de su descabellada demanda.

»El abogado me aconsejó, como primera medida, que cierre todas mis cuentas en las redes sociales; luego necesitaré que firme un acuerdo de confidencialidad y que ella también cierre las suyas. Hoy en día, las partes desairadas, por así decirlo, son las más propensas a publicar algo sobre su disgusto a través de Internet, para que la bomba estalle. Por esa razón, ya que le hablé de nuestra relación, me aconsejó... —Hizo una extensa pausa; sólo la miraba y acariciaba con más urgencia su espalda.

—Dímelo, Diago.

—No te estoy dejando, Delanie. —La estrechó contra sí y besó con ternura sus labios; ella cerró los ojos y sus lágrimas se le derramaron por el rabillo del ojo sin que pudiera contenerlas; un nudo en la garganta se le había atascado, y entonces Diago volvió a repetirle con vehemencia—: Te juro que no te estoy dejando, sólo me aconsejó que nos alejásemos hasta que ella firme. Es sólo un *impasse*, sólo una pausa —repitió el concepto—; lo prometo. Si Wara se entera, podría hacer mucho daño, y no sólo a mí, sino también a ti.

—Podrías habérmelo dicho antes de follarme —le gritó, y se sentó en la cama dándole la espalda.

—Ven aquí; no reacciones así, por favor, entiéndeme. Esto no cambia nada de lo que siento.

—¡No me toques! —volvió a gritar, esta vez más fuerte, mientras ahogaba sus lágrimas.

—Está bien, no te toco, pero no te pongas así, por favor; yo también estoy hecho polvo. No es lo que quiero. No es lo que imaginé que pasaría; creí que ella lo aceptaría todo de forma civilizada. Como hace tantos meses que no estamos juntos, creí, ilusamente, que no le importaría, que para ella sería también un alivio. Pero olvidé su ambición, y de eso se trata.

—¿Por qué me has follado, Diago?, ¿por qué no me advertiste de esto cuando has llegado?

—Porque estoy tan desesperado como tú, ¡¡¡joder!!! —vociferó. Se arrodilló en la cama, la abrazó luchando contra su resistencia y, mientras, le sollozó en el oído—: Porque necesitaba follarte de forma tal que nunca me olvidases; porque necesitaba que no pudieras prescindir de mí. Sé que soy un puto egoísta, sé que todo esto que te estoy diciendo es una putada, pero no puedo no ser una mierda y no pensar en mí. Si en este momento me permitieras follarte de nuevo, lo haría, por supuesto que lo haría; amanecería haciéndolo, para que cada parte de tu cuerpo esté marcado por mí, para que nunca te rindas y me esperes.

—Vete —chilló ella, sintiéndose usada—. No vuelvas a acercarte a mí si no es por trabajo. Vete ahora mismo de mi casa.

Vigesimocuarto

Los días parecían eternos. Había transcurrido una semana y tener que verse a diario no ayudaba nada; ambos tenían el ánimo agriado y se mostraban desganados. Las escenas que antes salían de manera espontánea, cada vez costaba más conseguirlas, pero ante todo eran profesionales y lo estaban logrando.

Los escenarios elegidos para la historia eran bellísimos; es sabido que Sídney es una ciudad multicultural, glamurosa, moderna, cosmopolita y vibrante, y en ella hay de todo para los más variados gustos y edades, tanto en lugares para visitar como en cosas que hacer, pero también es cierto que, a pesar de ser una ciudad tan activa, ésta se detiene a las ocho de la noche. A esa hora queda literalmente vacía, ya que los australianos acostumbran a cenar muy temprano, a las seis de la tarde normalmente ya lo están haciendo.

Esa noche el equipo técnico se trasladó al casco histórico de la ciudad porque debían rodar allí; por tal motivo, todo estaba previsto para que a las nueve empezaran los preparativos para hacer las tomas en la famosa Ópera House de Sídney, y trabajarían hasta el amanecer.

Charles pasó a recoger por su casa a Delanie y, en el camino, ella le pidió que conectara su iPod al equipo del coche; el silencio la molestaba sobremanera, lo sentía lóbrego, como un mal presagio. El escolta, amablemente, lo hizo, y una canción que hacía mucho tiempo que no escuchaba saltó. La letra hizo más menoscabo en su ánimo; no quería pensar en lo que la cantante decía, ya que parecía como si cada estrofa de *You lost me* estuviera hecha para ellos, para Diago y Delanie. Christina Aguilera, con cada nota, se metía más en su interior y ella estaba al borde de las lágrimas. Dándose cuenta de que ya no iba a poder contenerlas, habló con un hilo de voz.

—Apaga eso o cámbiala, Charles, por favor.

Cuando llegó fue directamente a cambiarse y luego salió y esperó, abrigada con una chaqueta extra.

—Tomad, mis amores, no quiero que muráis de hambre, porque la noche va a ser larga. Os he traído unos ricos sándwiches de pavo, especialidad de Rosie Rose, que os comeréis antes de que esta humilde servidora os maquille.

El equipo estaba desplegando todo lo necesario para poder comenzar a rodar. Delanie y Diago permanecían sentados uno junto al otro, en las sillas plegables que llevaban sus nombres en el respaldo, esperando a que Rosie Rose los maquillara y repasando la letra.

—Humm, Rose, este sándwich está de lujo, es exquisito.

—Te he traído dos más, bombonazo; sabía que te gustaría y he visto, además, que eres de muy buen apetito.

—Ven aquí —le dijo Diago, y la apresó, echándola sobre su falda, mientras besaba su mejilla—; gracias por consentirme.

—Oh, Dios, esto es lo más cerca que estaré del bulto de este adonis. Tesoro, puedo consentirte todos los días si me vas a retribuir con esta efusividad. A mis cincuenta años no todos los días se tiene una alegría de esta magnitud, así que estoy dispuesta a perseguirla.

Delanie estalló en carcajadas, escupiendo el sándwich que estaba masticando.

—No tienes remedio, Rose.

—Deja de reírte, que tú sabes de lo que estoy hablando. Este bulto parece grande — habló más despacio—, ¿cómo resistirse y no hacer lo que sea con tal de tenerlo? —Rosie Rose bromeó a viva voz con Delanie, y todos los técnicos, que ya conocían sus locuras, se dieron la vuelta para morirse de risa mientras ella saltaba en la falda de Diago simulando que lo cabalgaba.

—Y eso que no está despierta —acotó, presumido, el actor.

—Joder, mi Tony no es que no tenga lo suyo, pero esto parece fenomenal.

—Basta ya, dejad de decir tonterías, todos os están mirando; no tenéis vergüenza — intervino Delanie sin poder ocultar su malhumor.

—Joder, se nos puso celosa, la dama; nos jodió el polvo a la mitad, Diago. Cariño, él es todo tuyo; yo sólo sueño y deliro, pero la verdadera dueña de eso que tiene ahí eres tú.

—Calla, para de decir estupideces, Rose. La dueña completa de él es su pareja. Maquíllame, ya he terminado de comer.

* * *

Eran las dos de la madrugada y julio se presentaba muy frío en Sídney; si bien durante el día la temperatura era cálida, por la noche ésta bajaba considerablemente.

Diago traía dos tazas de café; tenía pensado compartir un momento a solas con Delanie y tratar de limar asperezas. Habían pasado de compartirlo todo a no dirigirse la palabra y él esperaba que, al menos en el *set*, las cosas fueran diferentes; estaban obligados a no intimar por el momento, pero eso no quitaba la posibilidad de que pudieran, como mínimo, ser amigos, aunque en realidad no veía el modo de hacerlo y no sucumbir.

Delanie estaba acurrucada dentro de la camioneta, con la calefacción encendida y la chaqueta puesta; se había cubierto las piernas con una manta, pero no conseguía entrar en calor.

La puerta se abrió y él se sentó a su lado.

—No quiero, estoy bien así. No deseo beber nada.

—No seas chiquilla; estás muerta de frío, tómate algo caliente mientras aguardamos a que nos toque intervenir otra vez.

—Te he dicho que no quiero. Además, no deberías estar aquí conmigo; nos podrían ver hablando y podrían irle con el cuento a tu mujer.

—Hola, cariño, ¡sorpresa! —Habían golpeado el cristal desde fuera.

Atónito, el actor abrió la ventanilla.

—Wara... ¿qué haces aquí? —dijo asombrado.

—No me iba a ir de Sídney sin verte en el *set*, así que, como Delphie se durmió temprano y como Ivy hoy vino a trabajar con su coche, me lo ha prestado y he venido. Me parece que tenemos que alquilar uno para los días que nos quedan; está bien que aquí todo se termina temprano, pero no podemos estar siempre dependiendo de Dylan para movernos.

»¿No nos presentas? No seas maleducado, o ¿tendré que hacerlo yo misma?

—Hola, sé quién eres; supongo que tú también sabes quién soy. Entra en la camioneta con nosotros, Wara; aquí dentro la calefacción está encendida.

Delanie se hizo a un lado, y a Diago, que se había quedado mudo y perplejo, no le quedó más remedio que apartarse para que Wara entrara y se sentara junto a él.

Tan pronto como entró, ella le dio un beso en la boca, luego se cruzó por delante de él y saludó a Delanie.

—Encantada. Sé que la frase es trillada, pero en persona eres más guapa.

—Gracias, tú también lo eres. Por cierto, me encanta el color de pelo que

llevas.

Wara Adams sonrió de forma exagerada y se tocó el cabello; luego cambió abruptamente de tema.

—Diago, amor, pareces un tonto con esos dos vasos de café en la mano y así, todo tieso y callado.

Delanie le quitó un vaso de la mano y se lo ofreció a Wara.

—Toma, yo no lo quiero; justo le estaba diciendo a tu marido que no me apetecía.

—Ok, si tú no lo quieres, me lo tomo yo. Aunque te confesaré que me pondré celosa; en casa últimamente no me alcanza ni un vaso de agua, y a ti — volvió a sonreír exageradamente— te trae café.

—¿A qué estás jugando, Wara? —No disimuló que su humor se estaba yendo al carajo a una velocidad estratosférica.

—Al juego que vosotros queráis jugar, Diago. Por cierto... creo que tu abogado aún tendrá que hacer algunos ajustes; si queréis cerrarme la boca, hay cosas en el arreglo que no me convencen y que no están como las habíamos pactado.

—Creo que ustedes tienen cosas de qué hablar. —Delanie hizo el amago de abrir la puerta e irse.

—No, tesoro, tú te quedas a escuchar lo que he venido a deciros. Sé perfectamente que eres la puta con la que él se está acostando; sé de sobra que, por ti, él está abandonando a su familia.

—Mira, no sé con quién se acuesta Diago; creí que lo hacía contigo. A mí no me interesa en absoluto esta conversación en la que no tengo nada que ver.

—Veo que tú también estás asustada. El contratito de la peli os tiene locos a los dos, ¿eh...? Teméis acabar sin debut, ¿no es cierto? Qué estupendo es sentirse así, tan poderosa. Cuéntame, ¿ya ha empezado a enseñarte su *Kamasutra*? ¿Te ha explicado que, mientras se le cicatrizaba el *piercing*, se lo estudió del derecho y del revés? Estoy casi segura de acertar la posición con la que te sorprendió... el novato, es su preferida.

—Wara, de verdad, no sé de lo que hablas. Yo me voy.

No sabía de dónde había sacado fuerzas para replicar, pues tenía muy claro a qué postura se refería Wara, porque, después de que él se fuera, la buscó en Google, sospechando que, esa posición sexual que él había usado con tanta erudición, pertenecía a ese libro.

—No, deja, nos vamos nosotros —intervino Diago de repente, a punto de

estallar—. Sal de la camioneta, Wara.

Estaba furioso; arrojó los dos cafés en un cubo cercano, la agarró por el brazo y la alejó lo máximo que pudo; no quería montar ningún escándalo en el trabajo, pero tampoco sabía cómo lo iba a evitar.

—Estás dispuesta a joderme la vida, ¿no es cierto?

—Vosotros me la estáis jodiendo a mí, y a mi hija.

—Wara, no sé de qué estás hablando. Te lo he repetido hasta el cansancio: no tengo nada con nadie, y lo nuestro está acabado desde hace tiempo. Vienes aquí, te presentas en mi trabajo y montas un numerito. ¿Quieres que nos rescindan el contrato?, ¿es eso lo que pretendes?

»Si eso sucede, también estarás perjudicando a Delphie. Wara, estás rabiosa porque anoche te metiste en mi cama y me fui a dormir a otro lado; asume que lo que se rompió no es por culpa de un tercero.

—No soy estúpida, no me tomes por imbécil si no quieres que monte un escándalo aquí mismo. Te veo mirarla en las fotos que suben las hijas de puta de tus fans, las que aparecen todos los días por las grabaciones, esas cabronas que la prefieren a ella contigo... Todos comentan que estás colado por Lanie, y sé que es cierto; tendrías que haber visto tu cara de pánico cuando he llegado.

—Wara, sé racional; son sólo fans de la película, que confunden la realidad con la ficción.

* * *

Lanie se había bajado de la camioneta; no podía dejar de temblar.

—Rosie Rose, consígueme un té bien caliente, por favor.

—¿Qué sucede? Estás pálida, tesoro.

—Aquí no, Rose, no quiero hablar aquí. Mejor sácame de este lugar, te lo ruego; sácame de aquí ya mismo.

—Mierda, espera que te traiga la otra chaqueta más gruesa y nos vamos por ahí a dar un paseo; todavía falta para que ambos tengáis que volver a actuar.

Rosie regresó con el otro abrigo y, tras arroparla, quiso empezar a caminar.

—No, vamos para el otro lado. Diago está discutiendo por ahí con Wara.

—Joder, ahora entiendo tu carita. La madre que lo parió, ¡me cago en todo!, pero ¿qué hace esa chiflada aquí?

—Es su mujer, Rosie; tiene todo el derecho a venir cuando quiera al trabajo de su marido.

* * *

Finalmente consiguió calmar a Wara, y que ésta se fuera. No sabía cómo lo había logrado, o sí... le había prometido cosas que no pensaba cumplir, y había cedido a darle un beso, pero al menos Diago se sentía a salvo sabiendo que se había largado y eso era lo más importante.

Todo era un caos en su interior; lo que estaba pasando era una mierda en todos los sentidos.

Regresó a la camioneta, pero Lanie no estaba allí.

De pronto la vio doblando la esquina acompañada por Rose. Miró a Jobs, que lo observaba fijamente y muy cabreado; éste negó con la cabeza. Al director rara vez se lo veía de mal humor, pero en ese instante lo notaba bastante fastidiado. Diago quiso sortearlo, pero Frederick no se lo permitió.

—No quiero que vuelva a ocurrir esto en el trabajo.

—Lo lamento. —No tenía sentido negar lo que estaba a la vista de todos.

—Por suerte hoy estamos rodando con las calles cerradas y las fans no tienen acceso a vosotros. Diago, hijo, esto no puede volver a suceder. Ve, tranquiliza a Delanie y tranquilízate tú. —Le palmeó el hombro; nadie decía nada de la relación que había entre Delanie y Diago, pero era más que evidente que todos estaban enterados de la misma—. Dejaremos vuestra escena para el final.

—Gracias.

Caminó hacia ella, pero no obtuvo un buen recibimiento.

—No te me acerques, Diago James, no quiero hablar contigo, hijo de... follador en serie.

—Lanie, estamos a la vista de todos. Hablemos con calma, por favor. Todos se han dado cuenta de lo sucedido, incluso Jobs acaba de tocarme los huevos.

—Es obvio que se han dado cuenta, si tu mujer está desquiciada y no sabes cómo ponerle freno.

»Y tú, Rosie, deja de sonreír como si estuviéramos hablando de algo chistoso.

—Sólo quería disimular.

—No hace falta, todos saben de lo que estamos hablando. Pareces tonta, tú riéndote y nosotros a punto de sacarnos los ojos.

De pronto los tres se quedaron en silencio y estallaron en carcajadas, se rieron casi hasta las lágrimas. La risotada de él vibró en el pecho de Delanie, y se sintió afectada.

—Dios, no puedo creer que me esté riendo después de lo que acaba de ocurrir. Y todo gracias a ti, ¡eres lo máximo, Rosie Rose! —Delanie se abrazó a la maquilladora y ésta, como quien no quiere la cosa, abrazó a Diago, quedando los tres entrelazados.

—Basta, mejor separémonos, a ver si vuelve la tarada esa y cree que estamos haciendo un trío.

—Rose, no tienes remedio, no la llames así.

—Pero parecía loca, no me diréis que no.

—Rose —dijo él advirtiéndola también—, es algo delicado.

—Lo sé, me he extralimitado, pero sólo quería veros reír durante un rato. Vosotros dos sois mi debilidad, os adoro.

—Y nosotros a ti. —Delanie habló por ambos, y decir *nosotros* le provocó cosquillas en su corazón.

Se quedaron mirando, uno perdido en los ojos del otro, hablando sin hablar, deseándose en silencio y agonizando con cada respiración. Permanecieron ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor durante unos instantes, como si estuvieran sumergidos en esa burbuja en la que siempre se metían cuando estaban uno cerca del otro. Delanie se permitió gozar de su agraciada figura, dejó que su mirada grisácea y penetrante la atara y resiguio con la vista cada una de sus facciones; observó sus pómulos apenas marcados, ya que su rostro era de rasgos cuadrados; sus labios, suaves, carnosos y muy bien delineados; el mentón, fuerte y muy varonil; su nuez de Adán, que destacaba en su cuello ancho y fibroso. «Es tan perfecto», pensó. Su belleza le cosquilleaba en el estómago y le erizaba cada milésima de piel. Estaba hechizada; aunque se empeñaba en mantenerse alejada de él, nada parecía funcionar para conseguirlo.

«Pronto terminará el rodaje», se animó en silencio, pero ella sabía que ni la distancia haría que ella lo olvidara.

Sin que lo advirtieran, Rose se alejó de ellos, dejándolos solos. Diago fue el primero en darse cuenta de ello y tuvo miedo de que Lanie se apartara tan pronto como se percatara. Pero no fue así.

La observó extasiado; su corazón pulsaba dolorosamente y desvalido ante ella. La miraba de lleno y sin pestañear, y la intensidad de su actitud lo hacía sentirse vulnerable. Delanie era tan hermosa que lo lastimaba; ninguna mujer

antes lo había dejado así, sin aliento, como lo hacía ella. Su pelo oscuro resaltaba el azul de sus ojos; sus tupidas pestañas tocaban el párpado superior de tan largas que eran y, cuando pestañeaba, era como una caricia. Ansió besar su nariz respingona y moteada por pecas, esas que ella intentaba ocultar con el maquillaje y que a él tanto le encantaban. Añoraba morder su boca carnosa y pequeña, ansiaba volver a verla sonriendo para admirar la blancura de sus perfectos dientes. Se odió porque él era el responsable de que se le hubiera borrado la sonrisa.

Dudas y cuestionamientos bullían entre ellos, pero no podía dejar de desearla.

—Hace frío. —La voz de Lanie brotó sin fuerza, rompiendo el hechizo.

—Sí, la noche más fría que nos ha tocado pasar desde que llegamos.

»Lo lamento —dijo con extrema sinceridad—, lamento todo lo que ha ocurrido esta noche. Debí haber previsto que una cosa así podía pasar; anoche volvimos a discutir — explicó Diago, contendiéndose para no tocarla—. Ella mencionó algo de algunas fotos, pero no le di importancia; dijo algo como que los fans están subiendo a la Red imágenes nuestras de lo que sucede detrás de cámara. Debí suponer que eso la desquiciaría, que arremetería contra ti... debí protegerte.

—No es solamente culpa tuya, también es mía, ya que nunca debí acceder a que algo pasara entre nosotros sin que lo vuestro hubiese terminado por completo.

—Es que todo estaba terminado, te prometo que era así. —Diago miró alrededor para cerciorarse de que nadie los miraba, también comprobó que nadie estuviera cerca—. Te deseo tanto... —su voz salió oscura, su declaración sonó brutal—; cada minuto que no puedo tenerte es un martirio.

—Basta, Diago, me haces daño.

Él miró hacia el pozo negro que formaba el cielo y metió las manos en los bolsillos.

—Iré a buscarte un café caliente, ¿tomamos uno juntos? —le dijo. Flexionó sus piernas para hallar su mirada—. Sólo es un café; prometo no decir nada, me quedaré en silencio junto a ti, sólo eso. —Hizo una pausa y agregó—: Si no cumplo, puedes tirarme el café en la entrepierna.

Ella rio, y el sonido de esa risa lo hizo querer atraerla contra su pecho.

Delanie sintió que un cambio había operado en su ánimo y, más relajada, contestó.

—Está bien, acepto.

—Ve a la camioneta y enciende la calefacción, estás temblando. Jobs me acaba de decir que actuaremos los últimos, para que nos calmemos, así que aún nos quedan unas horas más aquí.

—Ok.

Él hizo un paso para alejarse, pero ella lo llamó.

—Diago...

Él la miró aguardando a que hablase.

—¿No regresará?

—No, no lo hará; puedes estar tranquila.

Vigesimoquinto

Se acostó cerca de las siete de la mañana, cuando el día empezaba a clarear. Apoyó la cabeza en la almohada y sintió que su cuerpo se quejaba por el cansancio; intentó relajarse y descansar sus extremidades, pero, aunque estaba rendido, no lograba dormirse.

Oyó sollozar a Delphie y decidió levantarse a ver qué le pasaba a su pequeña; ya había estado observándola mientras dormía cuando llegó, pero ahora parecía haber despertado. Entró en la habitación y de inmediato se dio cuenta de que necesitaba un cambio de pañal; estaba molesta. Lo hizo como todo un experto y luego la sostuvo contra su pecho, cogió una manta de la cuna y la arropó para ir con ella a preparar su leche; necesitaba un momento de intimidad con su hija.

—Mi princesa hermosa, mi princesa adorada, papá te quiere mucho.

Sentado en una silla en la cocina, ambos se miraban con insistencia. Delphie permanecía perdida en los ojos de su padre mientras éste la alimentaba y babeaba por ella.

—Siempre cuidaré de ti; tal vez no pueda estar todo el tiempo que desee junto a ti, pero siempre te amaré y protegeré.

No se percató de que Wara los miraba desde la entrada, pues estaba demasiado inmerso disfrutando el momento, hasta que su voz lo hizo reparar en su presencia.

—Esto es a lo que estás renunciando.

Diago levantó la vista y la descubrió allí; con gesto inconmovible, regresó la mirada a su hija, no quería interrupciones.

—Esto es lo que estás cambiando por un polvo.

Él ignoró el último comentario y contestó al primero; Wara no se iría; ella, simplemente, no lo dejaría solo con Delphie.

—No estoy renunciando a nada, seguiré disfrutando de mi hija siempre que pueda.

—¿Cómo planeas hacerlo si te vas de nuestra casa?

—Deja de usar a Delphie para hacerme sentir mal. Sé muy bien cuáles son mis obligaciones, y sé muy bien cuáles son mis sentimientos por ella. No vas a convencerme. Debes comprender que lo mejor para todos es que tú y yo nos separemos; no podemos continuar así; nosotros convivimos, pero no coexistimos.

—No fue lo que me dijiste anoche para que me fuera del set de rodaje.

Diago se levantó de la silla, puso la niña contra su pecho y le palmeó dulcemente la espalda para hacerla eructar; luego salió de la estancia con ella en brazos y entró en el dormitorio para acostarla en su cuna, besó su frente, la arropó y salió del lugar.

Cuando entró en su dormitorio, encontró unos papeles sobre su cama, que creyó reconocer en seguida, ¡cómo no hacerlo, si estaba pendiente de ellos! Los levantó para cerciorarse de ello y vio que, efectivamente, se trataba del acuerdo de confidencialidad que su abogado había preparado para que Wara Adams firmara. Buscó en la última página, y sintió un alivio indescriptible.

Ella, por fin, había firmado.

Se sentía feliz, aligerado; fue como si la presión permanente que oprimía su pecho de pronto cediera. Aunque éste era sólo el primer paso antes de llegar al acuerdo de separación, al menos, a partir de entonces, tenía la tranquilidad de saber que Wara ya no era una amenaza para su cordura. Se giró para buscar su móvil y ahí estaba ella, observándolo en silencio.

—Te ves pletórico.

—Es lo mejor, Wara; nos estábamos despellejando.

—Aún nos quedan por delante unos cuantos meses más para soportarnos, querido — dijo con sorna—. Tu adorado contrato hollywoodense te tiene agarrado de las pelotas. Aunque yo haya accedido a cerrar la boca, ellos aún son nuestros dueños y nos obligarán a continuar juntos hasta el final.

Él cerró los ojos y tragó el nudo que tenía en la garganta, pero no iba a entrar en su juego, aún no, porque esa firma todavía no estaba legalizada.

—Te prometo que ese tiempo te parecerá el más largo de tu vida; voy a hacerte la vida imposible.

Diago quería decirle muchas cosas, pero se contuvo; no era el momento, no todavía. Cuando se quedó solo, firmó también el acuerdo, y luego se cambió para salir hacia la oficina de correos y enviar los papeles a Toronto. Quería agilizarlo todo lo antes posible y que su abogado comenzara con los acuerdos extrajudiciales para arreglar su separación de Wara.

* * *

Wara lo oyó salir de la casa y le dieron ganas de romperlo todo.

Finalmente había cedido, finalmente lo estaba perdiendo, pero iba a hacer lo que Kurtis le había aconsejado que hiciera: emplearía los últimos meses para conseguir lo máximo que pudiera, antes de seguir arriesgándolo todo y quedarse sin nada.

—¡Maldita puta! —gritó—. Si ella no hubiera aparecido...

De madrugada, tras llegar después de presentarse en el trabajo de Diago, había estallado, muy cabreada; cuando estaba así, el único que lograba calmarla era él, Kurtis Tate. Así que, sin pensarlo y considerando que los separaban catorce horas y que no era un horario para nada inapropiado para llamarlo, lo hizo.

—¿Qué sucede, Wara? En Sídney es muy tarde. ¿Acaso le pasa algo a Delphie?

—Si Delphie te interesara realmente, preguntaría más a menudo por ella.

—No empieces, estás de mal humor.

—Lo único cierto es que no te importamos.

—¿Sólo has llamado para hacerme reproches? Yo también te extraño.

—Deja de mentir, que hace tiempo que estoy sola en esto. Va a dejarme, Kurtis; finalmente va a hacerlo y ya no hay manera de frenar esto. Ni siquiera cuando me quedé embarazada quiso casarse conmigo. Lo que recibiré tras la separación serán migajas, ¡y cuánto he soportado para, al final, irme casi sin nada!

—Bueno, tampoco es que hayas vivido sacrificada.

—Sabes que sí ha sido un sacrificio, porque no es con él con quien siempre quise vivir mi vida.

—Nena, siempre me has tenido, ¿de qué te quejas?

—De que yo te importe tan poco, me quejo; de que, a pesar de todo el sacrificio, aún no podemos estar juntos tú y yo, porque ahora tú estás empeñado en casarte con Marlene Davidof.

—Cariño, en apenas un mes contraeré matrimonio, y entonces podré vaciar sus cuentas. Luego, tú, yo y Delphie nos iremos muy lejos a vivir la vida que siempre soñamos. Nos falló lo tuyo, pero aún queda lo mío; deberías estar

contenta de que finalmente conseguiremos vivir tal como lo imaginamos esa noche en el apartamento de Regent Park, cuando nos dolía el estómago por el hambre y sólo nos teníamos el uno al otro.

»Si dices que ya no hay nada más que hacer, firma el acuerdo de confidencialidad para tranquilizarlo, y empezaremos a trabajar para que ceda en las negociaciones de la separación. Tenemos que sacarle lo máximo que podamos en los seis meses que nos quedan antes del estreno de la película.

—Diago es muy terco, ya lo ha demostrado.

—Es que tú no me escuchas, cariño; debiste haberme hecho caso durante el embarazo de Delphie y no rechazarlo tanto... pero tardé tres meses en convencerte de que lo hicieras responsable del crío, y luego lo tuviste en veda durante todo el tiempo. Dime, si nos hubiésemos ido con las manos vacías en ese momento tal como tú querías, ¿qué le daríamos ahora a nuestra hija?

—¿Cómo puedes ser tan frío? Era tu hija la que llevaba en mi vientre, ¿cómo podías pedirme que follara con otro cuando ella estaba dentro de mí? Me daba asco que él me tocara.

—No soy frío; os amo demasiado y quiero lo mejor para mis mujeres.

—Te extraño. Me estoy volviendo loca lejos de ti. Odio estar en Australia, no lo soporto más.

—Yo también te echo de menos, nena, pero sólo quedan un par de semanas para vernos. No sabes las ganas que tengo de abrazaros a ambas.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

* * *

La llamó antes de entrar en la oficina de correos, pero lo más seguro era que ella estuviera durmiendo y por eso no lo atendió. Volvió a intentarlo al salir, pero Delanie continuaba sin contestar. Incluso se planteó ir hasta su casa; aunque era una imprudencia, no podía alejar esa idea de su cabeza. Quería hacerlo, quería compartir con Lanie esa noticia y notificarle que ya faltaba menos.

No tenía el número de su amiga ni de su hermana. Ellas podrían ayudarlo, pues no quería llegar sin avisar ni estar mucho tiempo en la calle. Pensó en cómo conseguir el teléfono de alguna de las dos y se le ocurrió que tal vez Dylan podría facilitárselo a través de Charles, el escolta de las chicas.

Consultó la hora en su móvil, las nueve y veinte. Estaba agotado, había dormido poco en los últimos días, y nada en las últimas veinticuatro horas. Hizo un esfuerzo por alejar a Lanie de sus pensamientos, pero fue en vano.

—Dylan, necesito que me hagas un favor; lamento despertarte.

—Diago, ¿qué haces despierto, después de haber trabajado durante toda la noche?

—Necesito que, a través de Charles, el escolta de Delanie Jones, me consigas el teléfono de su amiga o de su hermana. —Se instó a calmarse, pero su voz sonaba repleta de emociones.

Tal como lo había supuesto, había conseguido el teléfono de Keyra y de Peyton. Se decidió a llamar a su amiga, tenía más *feeling* con ella.

—¿Keyra? —La rubia había atendido al segundo timbre—. Soy Diago.

—¿Diago? ¿Qué sucede para que me llames a mí? ¿Acaso le ha pasado algo a Lanie? ¿Qué hora es?

Por lo visto ella también estaba durmiendo, y la llamada la había pillado por sorpresa.

—No, no, tranquila, todo está bien, es sólo que he llamado a Delanie, pero no me lo coge. Supongo que debe de estar desmayada después de haber estado trabajando durante toda la noche y no debe de oír el teléfono.

—Y necesitas hablar con ella. ¿Quieres que te la pase?

—No, estoy llegando a tu casa; ábreme, por favor.

—¿Te has pillado un pedo? Si te dejo entrar, Lanie me meterá en el primer vuelo a Los Ángeles y no terminaré mis vacaciones en Sídney.

—Te aseguro que no se enojará, tengo buenas noticias.

—¿Se ha muerto Wara?

—¿Me abrirás? —le preguntó haciendo caso omiso a su comentario.

—¿Dónde estás?

—Ya estoy en la puerta; apresúrate, no quiero que me vean aquí.

Diago entró en la casona de estilo español, se quitó las gafas de sol, unas Oliver Peoples que disimulaban el cansancio patente en sus ojos, y saludó a Keyra.

—Gracias por abrirme.

—Un momento, alto ahí. —Ella lo atajó antes de que pudiera ascender por las escaleras—. Yo decidiré si subes o no. Quiero saber qué es eso tan importante, porque anoche Lanie no lo pasó nada bien gracias a quien ya sabemos, estoy enterada de todo. ¿Por qué no la dejas en paz y regresas cuando

seas libre? Sería lo más honesto por tu parte, y si mientras tanto ella conoce a alguien y no te espera, jódete por hacer las cosas mal. No es justo que la hagas pasar por todo esto. Fui quien más la animó a que tuviera algo contigo, pero ahora me arrepiento; está sufriendo mucho y no me gusta verla así.

—Yo tampoco lo estoy pasando bien, pero pronto acabará todo.

—¿Sí?, ¿cuándo? Porque desde que la conoces que le cuentas que te estás separando de tu pareja y ese día nunca llega.

—Wara ha firmado el acuerdo de confidencialidad.

—¿Sí, rico? Pero tú y ella tenéis firmado un contrato con el estudio cinematográfico y con los productores. O sea, ¿te parece que esto es vida hasta que os libréis de ellos?

—¿No te parece que eso lo tendríamos que decidir nosotros?

—¿Cómo se lo harás decidir? ¿Follándola apoteósicamente cada vez y luego dejándola tirada y escondida en la oscuridad?

—No puedo alejarme de ella, no puedo hacerlo. Sé que es egoísta, pero no puedo dejar de serlo. No puedo arriesgarme a que me olvide, ella es mía.

—Joder. Si la reclamas así...

—¡La amo! —sus palabras salieron de su boca con una pasmosa convicción —, ¿eso es lo que quieres oír?

—Mierda, me lo has dicho a mí antes que a ella.

—Veo que estás muy bien informada.

—He sido su paño de lágrimas desde que está contigo, qué supones.

—Me alegro de que tenga a alguien en quien confiar; a veces creo que me va a estallar la cabeza y el corazón, porque no puedo hablarlo con nadie.

—Te juro que quiero que lo vuestro funcione, pero lo veo todo tan complicado...

—Siempre supimos que no sería fácil.

Keyra se cubrió la cara, y le dijo:

—Sube. Yo no te he visto entrar, ni te he abierto la puerta, ¿entendido?

—Entendido.

* * *

Entró en la habitación y se quedó admirándola; la belleza de Delanie lo alcanzaba siempre como el fuego de los rayos del sol en verano. Dormía acurrucada de costado, su pelo largo y oscuro cubría la almohada como un

manto. Comprobó una vez más que nunca estaba preparado para el revoltijo de sentimientos que verla le causaba. Consuelo, cariño, deseo, ansia, pasión, miedo, amor...

Rodeó la cama con sigilo y se acuclilló a su lado; cerró los ojos, ebrio de su olor, mientras el corazón se le disparó desbocado. Levantó la mano lentamente y le pasó el índice por la mejilla, por los labios, hasta que ella, despacio, abrió los ojos. Sus latidos desenfrenados se le anudaron en la garganta al verla elevar su vista hacia él.

Se trató de un instante profundo y fantástico, en el que Diago sintió que se diluía en su mirada.

—No es un sueño, estoy aquí; no te asustes, por favor —le indicó susurrando, para que su despertar no fuera tan brusco.

Ella se incorporó en la cama arrastrando su cuerpo para alejarse de él.

—¿Qué haces en mi dormitorio? —preguntó aturdida—. Te ha dejado entrar Key, ¿verdad? No deberías estar aquí.

Delanie apreció entonces la alteración en la mirada de James. Miró hacia donde su vista estaba clavada y se dio cuenta de que era en sus pechos desnudos; sus puntas sobresalieron intrépidas, como si en vez de ser vistas hubieran sido chupadas, y experimentó una punzada dolorosa en medio de sus piernas; le resultaba fácil vislumbrar las ansias con que él la miraba, y también la desesperación. Pilló las sábanas y cubrió su torso.

—No puedes entrar aquí cada vez que te dé la gana.

—¡Dios mío, Delanie, cuánto te amo!

—¿Qué haces aquí, Diago?, ¿estás loco?

—Cálmate, sólo quería contarte algo. Wara finalmente ha firmado el acuerdo de confidencialidad y no divulgación.

—Bueno, me alegro por ti; eso te dará tiempo para negociar una buena separación.

—Sólo quiero estar contigo, Lanie; no pienso en otra cosa que en estar junto a ti a cada momento.

Se desplomó sobre ella apoyando la cabeza en su regazo; respiraba por la boca y notó que su espalda temblaba.

—Sé que lo hice todo mal, pero nunca fue mi intención hacerte sufrir. Las cosas sucedieron simplemente porque no las planeé, pero te compensaré por todos los malos momentos, lo prometo.

Delanie lo cogió por el mentón y levantó su cabeza para que la mirase, y le

secó las lágrimas. Él parecía agobiado, vencido, y no le gustaba verlo así... no le gustaba que la contemplase de esa forma, pero comprendía que, mientras ella estaba acompañada por todos, él luchaba solo. Ella lo había abandonado apartándolo de su lado y, aun así, él continuaba batallando contra todo.

—Necesito de tu fuerza.

Su mirada se disparó hacia la de ella al oírla, y a Lanie le conmovió ver cómo su mentón temblaba.

—Eres tan guapo que dueles.

—Qué curioso, porque yo siento lo mismo cada vez que te miro.

—No te sientas culpable. —Lanie lo animó mientras le acariciaba el rostro—. Te lo dije anoche, la culpa es de los dos, porque ambos lo encaramos todo mal, pero no pudimos hacerlo de otra manera... intentamos evitarnos, procuramos luchar contra lo que sentíamos, pero nos resultó imposible.

—Resulta imposible —la corrigió—; odio que hables en pasado. Necesito saber que aún quedan esperanzas para esto que siento. He venido corriendo a contarte lo que he conseguido para que te quites esas ideas de la cabeza de que sólo quiero follar contigo. No soporto que no nos hablemos; no soporto que charles con los demás mientras que a mí me ignoras, mientras conmigo escatimas las palabras que me dices; no soporto que estés tan distante conmigo.

—Fue lo que me pediste.

—No, por Dios, no. Lo que te pedí fue que dejásemos de encontrarnos fuera del trabajo hasta obtener esto. Pero esa noche te cerraste y lo interpretaste todo mal. No te quiero fuera de mi vida; de hecho, no lo tolero.

Él se aferró a su cintura y apoyó la cara contra su vientre.

—Lanie, Lanie... no sabes la tortura que han sido estos días sin ti. Tú eres mi alegría, ¡he extrañado tanto tu risa!

»¿Puedo quedarme un rato contigo?

—Ya estás aquí.

—Pero necesito saber que tú lo deseas, que tú quieres que esté aquí.

—Quiero que te quedes y que me expliques lo que no te dejé explicarme la otra noche, y que me cuentes cómo seguirá todo esto. Y nunca más me digas que me tengo que alejar de tu lado —lo agarró de la chaqueta y lo zamarreó—, no lo hagas nunca más.

Dicho esto, se aferró a su cuello y lo abrazó, estrechándolo contra su pecho; lo apretaba tan fuerte que no lo dejaba respirar.

—Me estás asfixiando, tesoro —dijo él apartando un poco su rostro

oprimido contra las mantas.

—Lo siento.

—¿Dónde guardas tus camisetas?

—¿Para qué quieres una? —Delanie señaló la cómoda—. En el tercer cajón.

Diago se levantó y cogió una cualquiera.

—Ven aquí, te vestiré. —Le pasó el orificio superior de la camiseta por la cabeza—. Porque saber que estás desnuda bajo las sábanas me está desconcentrando y, si lo que quieres es que tú y yo hablemos, entonces, debes vestirte —concluyó mientras tomaba sus brazos para meterlos uno a uno por las aberturas de las mangas.

Delanie no podía parar de reírse mientras él la vestía como si fuera una niña pequeña.

Luego dio unas palmadas en el colchón y él saltó sobre su cuerpo y se recostó junto a ella. Empezaron a hablar, pero de inmediato la cercanía los tentó a besarse; sólo se oía la respiración anormal de ambos y el sonido de sus bocas húmedas enmarañadas en un beso que les ponía la mente en blanco.

—James, ¿ésta es tu idea de hablar?

—No, ésta es mi idea de besarte antes de continuar hablando.

Sujeta a la nuca de Diago, se limitó a dejarse llevar por la exigencia de su lengua, hasta que él despegó la boca de la de ella para observarla. Luego cayó nuevamente sobre su boca hasta que los besos no bastaron y las manos no fueron suficiente como para calmar las ansias que sentían.

Los separaban las mantas, pero no eran lo bastante mullidas como para que ella no sintiera lo duro que él estaba. Delanie movió una mano y la enterró en su espalda; palpando cada músculo en tensión, descendió lentamente hasta sentir las depresiones de sus hoyuelos de Venus, y él se tensó, hasta que su lengua cobró más vigor dentro de su boca. Entonces ella abandonó el trasero de él y se trasladó hacia delante para acariciar el tenso bulto por encima del pantalón.

—Por favor, Lanie, estás torturándome, nena; creía que querías que hablásemos. — Diago le mordió el labio inferior, tironeando de él.

—Has sido tú el que ha tenido la idea de los besos.

—A la mierda con la conversación.

Diago apartó las mantas y se encontró con que ella no llevaba bragas puestas. La vista se le calentó; se quitó a toda prisa el suéter, tiró de su camiseta por encima de la cabeza, de una patada se despojó de sus Nike, desabrochó sus

pantalones y se los bajó junto con el bóxer, mientras ella miraba, con las manos tras la nuca, la rapidez con la que él se deshacía de toda su ropa. Cuando estuvo desnudo, se apresuró a quitarle a ella la camiseta que él mismo le había colocado y blasfemó arrojándola a un costado.

—La odié mientras te la puse.

Se recostó sobre el cuerpo de Lanie; necesitaba sentir cómo sus pieles se conectaban. La miró anhelante, le acarició el rostro y luego empezó a bajar con suaves besos que desperdigó por toda su piel, hasta que quedó de rodillas en medio de sus piernas. Admiró la tersura de su monte de Venus, pasó su palma por él y luego separó con los dedos los labios de su vagina; la acarició con el dedo medio, desparramando la humedad evidente, y luego lo enterró en ella, levantó la vista para ver sus reacciones y después lo giró, haciéndola retorcerse. Bajó la cabeza y enterró la cara en su pubis; su lengua salió de inmediato para devorarla. Diago le lamía el clítoris mientras su dedo entraba y salía de su interior, al tiempo que sus fosas nasales recogían el aroma a sexo. Su verga latía codiciosa, y los testículos se le habían retraído contra la raíz. Delanie gemía, despertando un deseo desmedido en él, uno incontrolable e irracional que no era posible detener. Diago seguía concentrado en darle placer; se afanaba por llenarla con sus dedos y excitarla con su lengua, hasta que se negó a sus ansias y se detuvo.

—Por Dios, eres perfecta.

Gateó sobre ella y apesó sus pechos, los juntó admirado y le pasó la lengua por el canalillo; luego se dedicó a cada uno por separado. Rodeó con la lengua cada areola y las succionó chupando con fuerza, perdiéndolas en su boca; mordió sus pezones, hasta que éstos se pusieron tan tensos que a Delanie le ardieron. De inmediato movió su pelvis y la penetró, y empezó a moverse sin poder contenerse.

—Me descontrolas —le explicó mientras su polla la castigaba con movimientos fuertes y profundos—, me haces perder toda la sensatez.

Ella le mordió los labios y le habló sobre ellos.

—Tú me haces exactamente lo mismo. —Lo empujó de los hombros y le pidió—: Ponte de espaldas, quiero estar encima de ti.

Se subió a horcajadas sobre él y, con sus palmas, recorrió toda su anatomía mientras levantaba el trasero para que él la penetrara. Diago se enterró de nuevo en ella y comenzó a mover la pelvis aferrado a sus caderas.

—¿Te gusta?

—Me encanta, sabes que me encanta —ratificó mordiéndole los labios. Luego se enderezó y gimió contorsionando la espalda, y sus senos descollaron, proporcionándole a Diago una visión que casi lo hace perder el control, y que provocó que le clavase los dedos en las caderas. Delanie apoyó las palmas en su tórax y encontró el *piercing* de su tetilla y tiró de él. Luego empezó a mover su pelvis; acompañando su ritmo, se inclinó sobre él y buscó su boca y se besaron, se mordieron, se chuparon, y absorbieron la necesidad del otro hasta que ambos gritaron acompañando la liberación de sus cuerpos.

* * *

—¿Qué hacemos? ¿Estarán vivos?

—Es obvio que lo están, Key.

—No sé, yo tengo mis dudas. Tú oíste lo mismo que yo, esta mañana gritaban como animales heridos.

—No me lo recuerdes, que es mi hermana la que estaba follando ahí dentro como una loca. Me tuve que poner los auriculares y escuchar música para no oírlos pegar un polvo.

—Joder, se olvidaron por completo de que nosotras estábamos aquí. Te juro que hasta me calentó oírlos gritar tanto; él bramaba.

—Keyra... no tienes remedio.

—Qué quieres, era imposible no imaginarme a Diago dándole sin parar a tu hermana.

—Basta, Keyra, es vergonzoso para mí; encima tú haces gestos, detente.

—Ok, ok, ya paro. Ahora, dime, por favor, qué hacemos; es tarde y se supone que deben ir a trabajar. Hoy graban en el centro otra vez. ¡Yo entro!

—Nooo. —Peyton la atajó antes de que abriera la puerta del dormitorio—. ¿Y si están desnudos?

—En ese caso le conoceré el culo al monumento ese.

—¿Y si está boca arriba?

—Joder —se relamió los labios—, entonces conoceré su cielito lindo.

—Eso es lo que tú quieres en realidad.

—Sí, quiero ver el tatuaje, y comprobar por qué Lanie gritaba tanto, y si es verdad que eso hace tanto daño como para que ella se quejara como lo hacía.

—No puedes invadir así su intimidad, no seas indiscreta. Key, te pasas, no tienes que entrar, sólo... tenemos que golpear hasta que nos contesten.

—¡Qué aguafiestas! Tú no lo entiendes, es mi oportunidad de verlo sin que parezca que lo estoy acosando.

—Catadora en serie, ¡detente!

—Coartas mi vida, Peyton; no eres nada divertida. Ya hemos llamado varias veces y no se despiertan; hay que entrar.

—Te he dicho que no.

—Ni que fuera tu novio como para cuidarlo tanto. Además, en la película le mostrará el culo a todo el mundo. No hay diferencia a que lo vea ahora en vivo y en directo.

—Por eso mismo: si no hay diferencia, lo verás en la gran pantalla.

—Uff... Al menos abramos una rendijita y, sin meter la cabeza por la puerta, hablamos.

—Bueno, hagamos eso.

—Lanie... Lanie... —el perro quiso meterse dentro—. No, *Newton*; si yo no puedo, tu tampoco. Tu madre seguro que está en bolas.

—Es un perro, deja de hablarle como si te entendiera. Sigue llamándola.

—Amiga... Lanie... ¡Joder, contesta!, ¿o acaso este tío te ha matado con tanto darle y darle? —Se dio media vuelta y añadió—: Yo entro.

—Nooo. —Peyton la echó hacia atrás.

—Pero es que no contestan.

—Déjame a mí. —Peyton ocupó su posición y abrió una rendija un poco mayor.

—Delanie Jones, despierta de una maldita vez —gritó a todo pulmón, pero Keyra aprovechó la oportunidad y la empujó, la puerta se abrió y ambas cayeron de bruces al suelo. El perro, entonces, pegó un salto por encima de ellas, se subió a la cama y terminó de despertarlas.

—¿Qué pasa?, ¿por qué gritas? Ay, *Newton*, deja de chuparme —protestó Delanie amodorrada.

—Porque no contestáis y son las ocho de la noche y hoy tenéis grabación en la ciudad de nuevo —dijo Keyra cubriéndose a medias los ojos.

—Mierda —exclamó él también.

Delanie saltó de la cama al tiempo que Diago también lo hacía.

—¿Cómo hemos podido dormir tanto?

—No estamos mirando, vosotros tranquilos; no le estoy viendo el culo a Diago.

—Keyra, deja de mirarlo —la regañó Lanie. Diago se tapaba con la mano el

amigo.

—Te digo que no lo miro... ¡Oh, por Dios! ¡Qué grande es ese *tattoo*!

—Keyra... —la reprendió Peyton, con más sensatez, pero igual se quedó embobada mirando a Diago. Tras un instante, recuperando el buen sentido, la empujó fuera.

—Pey, me ha faltado ver el de la cadera; déjame espiar un poquito más —se quejó ésta—. No te hagas la carmelita descalza, que tú también le has echado un ojo.

Diago y Delanie entraron corriendo a la ducha y en menos de cinco minutos ambos estaban saliendo.

Ya vestidos, bajaron la escalera sin dejar de reírse. Diago iba con el móvil junto a su oreja, haciendo una llamada.

—Dylan, no vayas a casa —le comunicó tan pronto como éste lo atendió—. Quédate estacionado en la manzana de atrás, yo te alcanzaré ahí.

El escolta accedió sin cuestionar nada.

Cuando Charles llegó a recoger a Delanie, hicieron que entrara en el garaje para que Diago también pudiese subir a la camioneta; el guardaespaldas los miraba por el retrovisor sonriendo, pero no comentó nada. Una manzana antes de su destino, Diago se bajó, pero antes de hacerlo por poco y le come la boca a Lanie con el beso que le estampó en los morros.

Llegó corriendo hasta donde Dylan lo aguardaba y se montó en el monovolumen.

—Llévame a casa.

Dieron la vuelta y llegaron de inmediato. Diago entró, y se encontró con Wara, que estaba sentada en la sala con Delphie en su regazo. Él se acercó y besó el cuellito de su hija.

—¿Vas a cenar?

—No, vuelvo a trabajar; sólo he venido a recoger unas cosas que me dejé aquí.

Vigesimosexto

Su relación, dentro del *set*, pasó a ser casi un secreto a voces que todos cuidaban con mucho recelo. Pasaron el resto de la semana en una nube, esquivando las miradas curiosas de quienes no pertenecían al equipo técnico de la película, donde de todas formas no se mostraban todo lo relajados que hubiesen deseado. Ellos, allí, sólo se animaban a comportarse como dos buenos amigos que pasaban todo el tiempo juntos, pero nada más.

* * *

Diago había salido simulando que iba a correr como cada día, pero la rutina tenía cada vez un itinerario diferente en el que Charles lo interceptaba en el camino y lo llevaba a la casa de Delanie, siempre dependiendo del horario de trabajo que tuvieran. Sin embargo, ésa era la última semana en Sídney; el rodaje llegaba a su fin y eso hacía que tanto Lanie como Diago estuvieran con el humor un poco decaído y renuentes a lo que les depararía el destino.

Estaban en el dormitorio de ella; acababan de hacer el amor y permanecían abrazados.

—No quiero que esto se termine. No quiero que te vayas a Toronto. Voy a morir de la angustia sabiendo que estás allí y yo, en Los Ángeles.

—Será sólo por dos semanas, luego nos reuniremos en Los Ángeles para terminar las grabaciones de interiores en los estudios.

—¿Y después? Me aterra pensar que aún faltan casi seis meses para el estreno de la película, ¿cómo haremos para vernos? Carmen y Eve pergeñaron toda una estrategia que no estoy segura de que funcione. Tú te irás a Italia a filmar la nueva película que protagonizarás, y yo estaré trabajando en Los Ángeles.

—Cariño, ya lo hablamos con tu representante y la mía, y quedamos en que es mejor así. Por otra parte, estuviste de acuerdo, por eso firmamos esos contratos. ¿Por qué ahora, de pronto, tienes tantas dudas?

—Es que, cuando lo pienso, me agarra un miedo que no me deja respirar.
—Se tocó el pecho—. ¿Qué tal si no podemos superar esa etapa?

—Sí, podremos; además, de esta manera se nos pasaran los meses más rápido. Ellas nos ayudarán en los tiempos muertos para que podamos vernos. Vamos, cambia esa cara, no estés triste. Tenemos un equipo a nuestro alrededor para propiciar nuestros encuentros de forma discreta, además de la ayuda de nuestros amigos. Sólo tenemos que mantener en silencio nuestra relación durante seis meses más, y luego seremos libres para amarnos y que todos se enteren.

—No es así, ya oíste lo que dijo Eve. Mi imagen se verá afectada negativamente si nos mostramos en seguida en público. Ella y Carmen están tratando de conseguirnos otro contrato en el que tengamos que trabajar juntos para que, ahí sí, después de que tú ya lleves un tiempo separado, hagamos ver que empieza nuestra relación, pero estoy asustada.

—No debes estarlo. —Él le acarició el rostro y la pegó más a él—. Sólo será una separación ficticia, en realidad seguiremos juntos.

Diago la besó hasta hacerle perder el aliento, quería alejar los malos pensamientos de su cabeza.

—Aún falta mucho para eso —terció ella cuando se separaron—. Además, no quiero que te vayas a Toronto con ella, no quiero que te vayas a tu casa.

—Tengo que hacerlo, Lanie. Mi amor, tengo que ir, sobre todo para reunirme con mis abogados y tratar de llegar a un acuerdo de separación con Wara.

—Abrázame. No sé por qué, pero tengo la sensación de que algo malo pasará durante el tiempo que estés allí.

—Estás celosa y estás imaginando cosas que no ocurrirán. A mí no me interesa volver a estar con Wara. Oye, si quisiera estar con ella, ahora mismo no estaría aquí contigo. Sin embargo, cada día reparto mi tiempo entre tú y Delphie. Debes confiar en mí, no te doy motivos para que no lo hagas.

—Lo sé, pero la distancia me asusta. No quiero convertirme en una novia obsesiva y celosa, pero, cuando estés allá, sólo montándome en un avión podré aplacar las ganas de verte.

—Humm, entonces gastaremos mucho dinero en pasajes, porque creo que a mí me apetecerá verte a cada rato.

* * *

Era el penúltimo día de rodaje en Australia y ese día Diago y Delanie sólo tenían una participación muy cortita en un restaurante, por lo que él lo había programado todo para ir con Delphie a la grabación, y así todos sus compañeros podrían conocer a su hija.

Diago lo tenía todo listo; había cargado la bolsa con las pertenencias de la niña, la había abrigado bien y se disponía a salir de su casa cuando Wara se le atravesó en el pasillo.

—¿Qué haces?

—Yo también voy. Si te llevas a Delphie al trabajo, os acompaño. Cuando tú no puedas estar por ella porque estarás grabando, yo qué sé con quién dejarás a mi hija.

—No me jodas, Wara. Tú no irás a ninguna parte; ahora, apártate, que se me hará tarde.

Diago había colocado a Delphie en la sillita de paseo.

—Te he dicho que yo también voy.

—Deberías leer mejor la letra pequeña de lo que firmas. Al final del acuerdo se agregaron algunas cláusulas y entre ellas figura una en la que se indica que tú no puedes pisar ninguno de los sitios donde trabajo.

—No, no te llevarás a mi hija.

—Te recuerdo que también es mía.

—Cuando vas a revolcarte con la puta esa, te olvidas de que tienes una y desapareces durante horas. ¿O crees que me trago el cuento ese de que cada día vas a correr? Ya ni comes aquí. Sólo usas esta casa como si fuera un hotel, para dormir y ducharte, eso cuando no vienes con ese trabajo hecho.

—No estoy con nadie como tú piensas. Es cierto que no paso tiempo aquí, pero si no lo hago no es por ese motivo; las cosas no son como las estás haciendo querer ver.

—¿Qué pasa? No quieres reconocer que tienes una relación con la puta esa porque crees que, de esa manera, cuando llegemos a Toronto, me harás firmar un acuerdo de separación irrisorio. Ve preparándote para desprenderte de mucho, Diago; tendrás que darme a manos llenas si quieres que firme la mierda que tus abogados están preparando.

—Ya sé que de eso se trata, no hace falta que me lo aclares. Sé que para ti todo se reduce al dinero. Sé perfectamente que intentarás demostrar algo que no existe para engrosar tus inexistentes cuentas... —«Pseudoperiodista fracasada.»

Las dos últimas palabras se las había guardado para sí; no se enorgullecía

de pensar así de la madre de su hija, como así tampoco de que estuvieran viviendo una separación tan poco civilizada.

Wara quiso abofetearlo, pero él le detuvo la mano.

—Ni se te ocurra. —Su gélida mirada la advirtió con claridad de que no estaba bromeando—. Ahora... ¡fuera de mi camino!

Diago la empujó y salió de la casa. Dylan lo esperaba en el bordillo.

* * *

En el *set*, la presencia de la niña propició otro ambiente al día de trabajo; literalmente babearon con Delphie James, que se encargó de regalar sonrisas a todos los que se le acercaron para hacerle alguna carantoña. A ella parecía no molestarle, aunque continuamente la pasaran de brazo en brazo; sin embargo, cuando fue el turno de que Delanie y Diago actuaran, Rosie Rose acaparó a la pequeña y no dejó que nadie se la quitara.

Al finalizar la jornada laboral, salieron del *set* en camionetas separadas, para despistar. No era una situación agradable tener que disimular de esa manera, pero por el momento era el único modo que tenían de sortear a la prensa y la mirada de los curiosos. Estaban atrapados en una relación que sólo podían vivir de puertas adentro y no a los ojos de cualquiera.

A mitad de trayecto, los vehículos se detuvieron en el punto pactado de antemano y Diago se subió al que transportaba a Delanie, llevando a Delphie consigo, por supuesto.

Llegaron a la casona de estilo español, en la calle Vaocluse, donde tenían pensado pasar el resto del día. Keyra y Peyton, al instante, se mostraron fascinadas con la niña, quien, a pesar de ser tan pequeña, se manifestaba muy vivaz y activa para su edad.

Tras almorzar, Diago estaba desvistiendo a Delphie para hacerle un cambio de pañales, y Keyra, Peyton y Delanie, tiradas sobre la cama a su alrededor, miraban embobadas a la cría y alababan el desempeño de él con su hija.

—Lanie, mira... cuando tengáis un hijo de ambos, moriré de amor cuando sea tía. Desde ya te aviso que malcriaré mucho a mis sobrinos.

—Para eso falta mucho, Pey —la cortó ella sin dejar de admirar lo desenvuelto que él se mostraba con su chiquilla. Diago levantó la vista y ambos se fundieron en una mirada ardiente—. Por ahora disfrutaremos de Delphie.

Él le guiñó un ojo y Delanie saltó de la cama y lo empujó.

—Déjame a mí cambiarle los pañales.

Diago, divertido, se recostó junto a su hija.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Por supuesto, ¿me crees una inútil? Ya te he sorprendido con mis habilidades en la cocina; quizá no lo haga tan bien como tú, pero te cerré el pico con la cena del otro día, así que no me subestimes, porque volverás a perder.

Keyra le hizo señas a Peyton con la cabeza para dejarlos solos; necesitaban un momento de intimidad con la niña y ése parecía ser uno muy apropiado.

—Nosotras nos iremos a pasear con *Newton*, porque el pobre hace días que está aquí encerrado —anunció su amiga mientras salían de la habitación—. Tal vez tardemos un buen rato —añadió, y Diago entendió de inmediato lo que el guiño quería decir.

—Ok, cuidado a mi hijo perruno —contestó Delanie, concentrada en la niña.

Finalmente, Delanie dejó claro que sabía cuidar muy bien de un bebé: le cambió los pañales y luego la vistió, demostrando mucha pericia al hacerlo.

—Definitivamente, sí sabías cómo hacerlo.

—Es que he practicado mucho con mis hermanos pequeños; hice trampa, y tú no te diste cuenta.

Delphie parecía estar a gusto con ella; la cría se acurrucó en su pecho después de que ésta la cambiara, y se durmió.

—Tú hija es adorable, mi amor. Creo que estaba cansada; hoy no la han dejado en paz durante toda la mañana, pero es una santa... no ha llorado en ningún momento y ha regalado sonrisas a todo el mundo. Se nota que es una niña muy feliz y sana.

Lanie la acostó en el centro de la cama, la arropó con sus mantas y luego Diago y ella se acomodaron cada uno a un lado, ambos con el codo hundido en la almohada y sosteniéndose la cabeza mientras la veían dormir.

—Gracias por este maravilloso día junto a tu hija.

—Yo te doy las gracias a ti, por aceptarnos a los dos en tu vida.

—Ojalá pudiéramos repetir más a menudo días como el de hoy.

—Esos días llegarán.

—No quiero ser negativa, pero los veo tan lejanos...

—Ven —él se levantó de la cama y rodeó el cuerpo de Delphie con almohadas—, vamos abajo; nos llevaremos el intercomunicador por si se despierta. Además, en un rato debo irme.

Se acomodaron en el sofá de la sala. Keyra y Peyton no habían apagado el

equipo de música, así que sonaba *The Words*, en la voz de Christina Perri; por alguna razón que desconocían, la canción estaba puesta en repetición. De inmediato los besos y las caricias se abrieron paso entre ellos y, quitándose sólo lo necesario para que ocurriera el contacto íntimo que tanto ansiaban, hicieron el amor.

—Ay, Dios, ¡no quiero despedirme de ti, no puedo hacerlo! Mi amor, estoy enamorada de ti.

—Y yo de ti, Lanie. Estás afectada porque queda muy poco para que nos vayamos de Vaocluse, pero no es una despedida... nosotros estamos más unidos que nunca. Nada nos puede separar, tienes que confiar en mí.

Vigesimoséptimo

El Boeing 787, comúnmente apodado Dreamliner, que abordaron en su escala en Melbourne, acababa de bajar su nariz para aterrizar en Los Ángeles en el aeropuerto conocido por los californianos simplemente como LAX, con las letras pronunciadas separadamente.

El vuelo había llegado puntual a las seis cincuenta y tres de la mañana a la terminal siete y, tras cumplir con los trámites necesarios, se disponían a recoger su equipaje y salir por la puerta setenta y cuatro. Eve las había ido a recoger con una camioneta de la agencia.

—Cariño, ¡bienvenida! —La relaciones pública abrazó cálidamente a Delanie; luego saludó con la misma afectuosidad a Keyra y a Peyton, a quienes conocía muy bien—. Lo tengo todo arreglado; la seguridad del aeropuerto nos escoltará hasta la salida. Lanie, fuera hay una nube de periodistas, ya que todos los medios fueron advertidos por el estudio cinematográfico y los productores de tu llegada —la informó rápidamente—; por suerte me avisaron también, por eso he venido personalmente a recibirte. Además, hay multitud de fans esperándote. Bueno, en fin, en la línea de lo que hemos venido hablando todos estos días; esto ha estallado de la mejor manera, se ha desatado la locura de *Al otro lado*. No respondas ninguna pregunta, pero sé amable; te detienes para que te hagan algunas fotos y firmas algunos autógrafos, pero sin entretenerte demasiado, para que no tengan opción a indagar; no contestes a nada.

—A nada, ¿cómo qué? ¿A qué te refieres cuando dices *a nada*?

—Nada es nada; no contestes a nada. Ellos ya saben que no harás ninguna declaración, pero igualmente lo intentarán. Ponte las gafas de sol o los flashes te cegarán y no podrás caminar. Créeme, Lanie, esto es una maldita locura. —Le agarró los hombros.

—Saldremos una a cada lado de ella para que no puedan acercarse demasiado —sugirió Keyra, que tenía vasta experiencia con su hermano, el actor y productor.

—Me parece fantástico —concluyó Evelin Costa, su mánager.

—Esperad; quiero enviarle un mensaje a Diago. Le prometí que, tan pronto como aterrizara, lo haría —indicó Delanie, ansiosa por ponerse en contacto con él.

—Vale, diosa; te esperamos, desde luego —aceptó Eve, y se acercó a los miembros de seguridad para señalarles que, en segundos, se pondrían en movimiento.

Cuando desbloqueó la pantalla de su móvil, se encontró con un mensaje de WhatsApp.

Diago: Acabamos de aterrizar en nuestra escala en San Francisco. Me ha encantado la lista de reproducción que cargaste en mi iPod para el viaje; la he escuchado todo el tiempo, y ahora no puedo dejar de tararear *Free fallin'*. Nos toca esperar a que salga el vuelo de Air Canada hacia Toronto; seguiré escuchando tus canciones y recordando nuestra última noche en Vaucluse. Ya te extraño, mi vida; quiero estar dentro de ti.

Delanie: Acabo de llegar a LAX. Mi amor, también he venido escuchando los temas de tu lista de reproducción, ¡no sabía que eras tan romántico! 😊😊😊 Me encantó *The first time ever I saw your face*. Te dedico cada palabra de esa canción también. Te amo, te adoro; no sé cómo voy a pasar estos días sin ti, te necesito a cada instante. Intentaré recordar cada caricia y cada beso que pusiste en mi cuerpo la última noche en Vaucluse; gracias por amarme durante toda la noche, por hacerlo sin cansancio. Qué difícil será esto... Tengo una petición que hacerte: la próxima vez que te sea imposible soportar nuestra lejanía, quiero que escuches la canción de Ella, *We don't have to take our clothes off*. Diago, no hay nada que nos pueda separar, porque no es preciso que nos quitemos la ropa para que nuestros cuerpos estén unidos; tú y yo estamos unidos con el alma.

Diago: Me alegra que hayas entendido el mensaje, porque ya no sé cómo hacerte comprender que nada nos puede separar. Cuando la puse en tu iPod, supe que era perfecta.

Delanie: Tú eres perfecto. Llámame en cuanto puedas hacerlo, necesito oír tu voz para impregnarme de tu fuerza.

Diago: Lo prometo, también necesito oírte.

Las puertas automatizadas deslizantes del aeropuerto se abrieron y los flashes de las cámaras de los *paparazzi* no cesaron de parpadear. Delanie elevó la cabeza e ignoró cada pregunta que se le hizo, fue deferente con los fans, se detuvo para que le sacaran fotografías con ellos, firmó autógrafos... fue difícil cuando le tocó hacerlo sobre las fotos donde estaba junto a Diago.

Lograron llegar a la camioneta, subió Peyton y luego lo hizo ella; en el momento en que estaba entrando, oyó claramente cómo le gritaron «destructora de hogares. Puta, roba maridos».

—No les prestes atención, Lanie; entra —la instó Keyra, y la empujó para que subiera y así poder meterse ella a su lado.

En ese momento entendió perfectamente a qué se refería Eve cuando le dijo «no contestes a nada». Su mánager no había querido ponerla sobre aviso para que la actriz no saliera afectada, ni a la defensiva; quería que, en su defecto, enfrentara las cámaras con seguridad.

—Deja de pensar; sé cómo está trabajando tu cabeza... en este instante lo está haciendo en horas extra. Tú sabes que eso que te acaban de gritar no es cierto, así que ignóralos y ya está.

—No es tan sencillo, Key; a los estudios no les gustará ver estos vídeos que seguro van a correr como la pólvora en todas las redes sociales.

Cuando terminaron de cargar el equipaje, Eve entró como un ciclón en la camioneta, se sentó en el lugar del copiloto y, tras colocarse el cinturón de seguridad, le indicó al chófer que arrancara y las sacase de allí.

—Hay que trazar estrategias para alejar los rumores, Lanie.

—Ahora no quiero pensar en nada; quiero dejar atrás el aeropuerto y llegar a mi casa para descansar; necesito sacarme el cansancio del viaje y adecuarme a mi hogar después de tantos días fuera.

* * *

Tras varios días en Los Ángeles, Lanie comprendió que su vida en esa ciudad nunca volvería a ser como cuando había partido. Todo había cambiado, la gente había cambiado, incluso ella no era la misma.

Antes podía disfrutar de cada paso que daba sintiéndose libre; sin embargo, ahora, donde quiera que se le ocurriese ir, siempre había un *paparazzi* persiguiéndola.

Iba a descender de su Aston Martin para cruzar al gimnasio donde siempre iba a hacer yoga. Antes se cercioró de que llevaba todo lo necesario... cogió la bolsa de deporte, el botellín de agua, se colocó las gafas de sol y, de inmediato, se dio cuenta de que no sería diferente a otros días: los flashes de las cámaras

fotográficas estaban allí donde ella fuera. Sonrió e incluso saludó mirando a cámara; nunca mostraba malos modos... aunque estuviera harta, nadie lo notaría, pues esos eran los consejos que su madre y su padre le habían dado.

«Hija, si te niegas, se empeñarán más en seguirte», le había dicho Melania.

«Sonríe, muéstrate siempre sonriente; déjalos ganarse el pan, cariño. Es mejor que te persigan a que nadie te reconozca; en esta carrera es así, debes acostumbrarte a convivir con ellos», le había recomendado Dominick Jones, su padre.

Era el juego que había elegido jugar cuando eligió ser actriz, y estaba dentro por mucho que le pesase, así que debía ser inteligente y manejar sus cartas estratégicamente.

* * *

Mientras tanto, en Toronto, Diago y Wara estaban reunidos con los abogados en la mansión que ellos ocupaban en York Mills.

—No pondré esta casa a tu nombre, Wara, quítatelo de la cabeza. Esta casa es de mi hija. Todos los bienes que poseemos se han comprado gracias a mi trabajo. Te he dejado el coche, que está a tu nombre y que también compré yo, y he accedido a pagar la pensión compensatoria que necesitas para mantenerte. Incluso puedes continuar viviendo aquí con nuestra hija, y puedes estar tranquila, porque de los gastos me seguiré haciendo cargo yo, pero tendrás que regular tus consumos.

—Pretendes que tu hija viva con la miseria que nos darás. Tantos años a tu lado y me dejas en la calle.

—A mi hija no le faltará de nada, y a ti tampoco. ¡Me tienes harto!, es imposible intentar acordar algo contigo; eres el ser más irracional que hay sobre la tierra.

Diago se levantó y se alejó del sillón, apoyó la frente en la ventana buscando alivio en el frío del cristal, cerró los ojos y metió las manos en los bolsillos del pantalón, mientras intentaba anular en su mente el sonido de la voz de Wara. El momento había adquirido un matiz muy desagradable, como hacía tiempo era todo lo relacionado con ella.

Le dedicó un pensamiento a su madre, a quien le pidió ayuda en silencio. «Dame fuerzas para continuar teniendo paciencia.» Pero Wara no dejaba de protestar y de quejarse por todo; no tenía fin... ella provocaba en él un caos incontrolable y, aunque quería serenarse, le resultaba imposible hacerlo.

—Déjeme recordarle que la cantidad que ha estipulado mi cliente que usted reciba está muy por encima de lo que establece la guía de manutención del estado, señora —intentó convencerla el abogado de Diago James—; es casi lo que gano yo trabajando. Aquí, su abogada, no podrá contradecirme, ¿verdad señora Levington?

—La verdad es que es muy buen arreglo, Wara; deberías pensarlo mejor —le recomendó su representante—. Creo que el señor James ha sido más que generoso.

Wara no hacía caso a nadie; estaba desquiciada, así que continuó con su discurso. A Diago le dolía la cabeza de tanto escucharla, ya no quería hacerlo más.

—Basta, me has cansado, Wara; ya me he hartado —gritó él mandándola callar—; no quiero oírte más. Mi paciencia tiene un límite y tu codicia, no. Estoy asqueado de toda esta mierda, estoy asqueado de ti.

»Este acuerdo acaba de irse al carajo; a ti no te complace y ninguno lo hará, y ya me he cansado de ser espléndido contigo. —Dirigió la vista hacia su abogado; estaba tan cabreado que nadie se atrevía a hablar—. Thony —se refirió a su representante—, rehaz el acuerdo, baja el monto a la mitad.

—¿Qué? —soltó ella abriendo los ojos como platos y poniéndose de pie.

—Te callas, Wara. —La fulminó con la mirada y luego volvió a depositarla en Thony—. Baja el monto a la mitad de lo que le había ofrecido de entrada, ya no quiero ser tan generoso, aunque de todas formas lo estoy siendo, porque la suma es descabellada y obscena.

—Diago, no puedes bajarme la asignación.

—Sí, puedo y lo estoy haciendo; podrías haberte callado a tiempo, pero tú nunca sabes cuándo parar.

»En cuanto al dinero que te daré para mi hija, tendrás que detallarme minuciosamente en qué lo gastas, como indica ahí. Si formas pareja con alguien, no podrás vivir en esta casa con él, como también se indica aquí. Por suerte veo que te pareció bien que nos turnásemos para que Delphie pase cuatro y tres días con cada uno, si es que estoy en la ciudad; si no es así, luego me podré tomar todos los días que no he estado con ella de una vez, y, a partir de que la niña

pueda viajar conmigo, lo empezará a hacer. Tres meses de vacaciones al año, al lugar que yo decida, y una festividad, Año Nuevo, Navidad, etc., con cada uno. Así que, como eso no lo has objetado, porque veo que no te interesa, no hay más discusión y tampoco negociación. Y no me sigas hinchando las pelotas, porque de ser así seguiré bajándote la cuota y deberás salir a trabajar para poder mantener el nivel de vida que pretendes seguir disfrutando. Y que no se te ocurra seguir jodiéndome con la prensa, porque, cada acción tuya que descubra, será motivo de que continúe rebajando tu pensión.

—Nunca pensé que terminaríamos así. Diago, esto es muy cruel, estás rompiéndome el corazón.

Él la ignoró y miró a su abogado.

—Me avisas, Thorton —se dirigió a él por su apellido—, cuando tengas listos los papeles con todos los arreglos, para firmarlos. Esta mañana ya he sacado todas mis pertenencias de esta casa —añadió—, así que me voy. Hoy es lunes —miró a Wara esta vez— ; el miércoles vendré a por Delphie —le comunicó, y salió de esa casa disparado, asqueado y con un cabreo de puta madre.

Se montó en su Infiniti Q60 de color rojo metalizado y partió de allí haciendo rechinar los neumáticos, y sin importarle que, por su imprudente forma de actuar, pudieran multarlo.

Llegó a su nuevo viejo hogar, la casa que antes ocupaba con Wara en el barrio de Lawrence Park South, propiedad de la que no se había desprendido cuando compró la de York Mills; por suerte, el contrato conseguido con *Al otro lado* y los que consiguió después de que llegase ése hacían posible que la siguiera manteniendo, así que entró y se dejó caer en el sillón de la sala. Un agotamiento lo asaltó de pronto y le pesaron los párpados; luego la fatiga se extendió por todo su cuerpo. Apoyó los codos en sus rodillas y se sostuvo la cabeza; estaba demasiado cansado de todo, necesitaba un poco de paz y esperaba empezar a tenerla. Aunque resultara todo un esfuerzo mantener las apariencias de que aún convivía con Wara, estaba seguro de que no sería comparable a lidiar a diario con la convivencia con ella. Si bien le dolía en el alma que ya no podría ver a Delphie a todas horas, agitó la cabeza y trató de consolarse a sí mismo diciéndose que serían pocos días a la semana los que no estaría con ella. Luego pensó en Delanie, ella era su paz, su descanso, y el corazón se le llenó de cosquillas cuando lo hizo. Nunca imaginó que enamorarse fuera así, porque lo que él sentía por ella podía dar fe que jamás lo había sentido por nadie. Saber

que quedaba menos de una semana para volver a verla, de pronto lo inyectó de energía. Necesitaba poner orden a su vida, necesitaba rehacerla, y por fin ya no sentiría la presión de tener que estar bajo el mismo techo que Wara. Su abogado lo había ayudado a buscar la forma para que ella cediera y fingieran para salvaguardar el contrato durante esos meses.

Buscó su móvil en el bolsillo y la llamó, necesitaba oír-la. No dejó que dijera nada; nada más descolgar ella, comenzó a hablar.

—Ya me he mudado; vivo solo.

—¿Estás bien? Diago, pareces agobiado.

—No, no estoy bien, me siento fatal por dejar a Delphie, a ti puedo contártelo, pero sé que es lo mejor. Estaba a punto de volverme loco, lo hubiese hecho de seguir un día más en esa casa.

—Quisiera estar ahí para abrazarte.

—Escucharte no es suficiente, pero tu voz me calma; ya falta poco para vernos.

»Hablemos de otra cosa. ¿Qué estabas haciendo?

—Estaba a punto de entrar en la ducha; acabo de llegar de mi clase de yoga. Esta noche cenaré con mi hermano y mi padre, y mañana lo acompañaremos toda la familia a la inauguración de su galería de arte; mi padre ha llegado hoy del rancho.

—Envíame fotos y dile de mi parte que le deseo todo lo mejor.

—Se lo diré, por supuesto. Anoche conversé mucho con mi padre, me dijo que... quiere conocerte.

—Uff, espero contar con la aprobación de mi futuro suegro.

—Dijo que, por ahora y aparentemente, estás haciendo las cosas bien.

—Dime... ¿debo estar asustado cuando conozca a Dominick Jones?

—No, papá es genial; estoy segura de que os caeréis muy bien. Estoy deseando que se produzca ese encuentro, además.

—Ayer estuve en casa de mi padre.

—No me dijiste que ibas a ir a verlo.

—Es que no tenía pensado hacerlo, pero luego me di cuenta de que estaba muy alejado de toda mi familia y deseo recuperarlos.

—Me parece fantástico.

—Además, a partir de hoy mi vida cambiará, así que era necesaria una charla con don Manny James.

—¿Y cómo te fue?

—Muy bien; nos tomamos una botella de whisky mientras hablábamos y, como comprenderás, en ese estado no podía regresar conduciendo, así que me quedé a dormir en mi antigua habitación.

—Me encanta que estés regresando a tus orígenes; las raíces son importantes, porque fueron las que nos impulsaron a crecer y a ser quienes somos ahora.

—No me canso de hablar contigo. ¿Por qué siempre es tan fácil que tú y yo charlemos?

—Tal vez porque nos escuchamos.

—Sí, tiene que ser eso.

—Cariño, quiero darme una ducha, estoy toda sudada, y luego tengo que ir hasta Rodeo Drive, a recoger unos vestidos que usaré mañana en las fotografías que me harán; también traeré el que llevaré por la noche, para la inauguración de la galería de mi hermano.

—Muy bien, ve a hacer todo eso que tienes que hacer.

—Chao; cuídate mucho.

—Tú también.

La última noche en Vaucluse era lo que Delanie siempre evocaba cuando debían despedirse. Cerraba los ojos y proyectaba en su mente cada una de sus caricias y de sus palabras. Era la única manera que encontraba para decirle adiós. Esa noche, en la que se habían amado incansablemente, se había convertido en su momento favorito en la vida.

Vigesimooctavo

Había esperado durante dos semanas para volver a verlo.

Consultó la hora, las ocho y media; quince minutos para que el avión tocara tierra. Le faltaba el aire; ese día, desde que se había despertado, había mirado el reloj un millón de veces hasta que él la telefoneó para avisarla de que estaba embarcando. Desde ese momento, había entrado en estado de desesperación continua.

Pasaron otros treinta minutos y nada, seguía sin tener novedades.

—Tal vez el vuelo se ha retrasado.

Entró en la aplicación de su móvil y comprobó el número de vuelo; «en hora», indicaba, lo que significaba que hacía quince minutos que Diago había aterrizado.

—¿Por qué coño no me dice nada, si habíamos quedado en eso? Tranquila —se instó, y cerró los ojos mientras inspiraba y expiraba con fuerza. Se retorció las manos y luego las apoyó en el respaldo del sofá, hincando sus uñas en éste—. Debe de estar haciendo los trámites para salir del aeropuerto; estás demasiado ansiosa, te tienes que calmar.

Nunca había estado tan estúpida por ningún hombre como lo estaba por Diago; la enojaba no dominar sus sentimientos, pero debía empezar a dejar de luchar contra lo que él le provocaba, para no vivir encolerizada. Debía acostumbrarse de una buena vez a que, pensar en Diago James, siempre iba a ser así, descontrolado y extremo.

Comprobaba su móvil cada dos segundos, pero no había ninguna novedad. Se suponía que Diago llegaría a LAX, donde lo recogería su representante y ésta lo llevaría al hotel. Allí, Brett lo estaría esperando y lo sacaría en un coche que habían alquilado para que nadie reconociera la marca ni el modelo. No podía tardar más de hora y media y ya habían pasado dos, y no lograba comunicarse ni con él ni con Brett.

Desbloqueó su móvil como una posesa y fue a las fuentes que nunca fallaban, las fans. Entró en Instagram para revisar las etiquetas con el nombre de Diago James; estaba segura de que sus incondicionales ya habrían subido fotos y vídeos de su llegada. Efectivamente, confirmó que no se equivocaba: él ya estaba en California; el aeropuerto era como un manicomio repleto de gente; todos gritaban y esperaban conseguir un autógrafo de él. Delanie no se dio cuenta de que estaba llorando, lo hizo justo cuando sus lágrimas le emborronaron tanto la visión que ya no distinguía su rostro. Las enjugó rápidamente y continuó mirando; se sentía sumamente emocionada.

—Mi amor, lo has conseguido, todos te adoran, ¡estoy tan orgullosa de ti! Imagino lo feliz que te habrás sentido, se nota en tu carita de asombro.

De pronto se percató de que estaba hablando con la pantalla del móvil, pero no le importó, continuó haciéndolo; todo era siempre irracional cuando se trataba de él, así que no se molestó en contenerse. Siguió pasando fotos y vídeos, y pudo verificar que le había costado varios minutos salir de allí. Se lo estaba comiendo con la mirada, a través de la pantalla del móvil. Diago llevaba puesto un pantalón vaquero de color oscuro, una camiseta de pico blanca, ajustada, que le transparentaba el *piercing* en su tetilla izquierda, y unas gafas de sol enganchadas en el cuello de la camiseta.

Así la encontró él, lloriqueando mientras le hablaba a la pantalla en medio de su sala. La sorpresa al verlo la impulsó a cubrirse los ojos y arrojar el móvil sobre el sofá. Diago engulló la distancia que los separaba y la arrastró, cobijándola en su pecho; la envolvió entre sus brazos y empezó a besarla sin control.

—¿Por qué no me has llamado cuando has bajado del avión?

—Porque quería sorprenderte.

—Estaba volviéndome loca sin saber de ti; Brett tampoco me contestaba el teléfono.

—Lo siento, no se me ocurrió que te angustiarías así; sólo quería que me estuvieras esperando ansiosa. Así lo convenimos con Brett; no pensé en eso, lo lamento.

Ella le enmarcó el rostro, le pasó una mano por el pelo, que ya le había crecido bastante, y lo admiró palmo a palmo.

—Ya estás aquí, ya estás conmigo.

Las manos de Diago se ajustaron a la cintura de ella y la atrajo hacia su pelvis para que notara cómo su polla, dura, caliente y palpitante, la reclamaba.

Se abalanzó sobre sus labios; no se trató de un beso, sino de una penetración en su boca anhelante y violenta.

—Llévame a tu cama —le pidió él. No conocía el camino; había estado una sola vez allí, y no había entrado en su dormitorio.

Subieron a la primera planta; ella lo llevaba de la mano. Tan pronto como entraron en la habitación, comenzaron a desvestirse. Ambos tenían la garganta seca por la necesidad, y vivieron con emoción el descubrirse desnudos, y, aunque habían esperado ese momento y lo habían imaginado, todo lo que experimentaron fue superior. Se miraron con intensidad y se abrazaron con un fervor que crecía en todo su cuerpo; sus manos eran un enredo que acariciaba, que palpaba, que reclamaba deseoso. Ambos habían soñado ese instante por separado y lo habían planeado, pero, en ese momento, la voracidad con que se deseaban dejaba sus mentes en blanco. La necesidad de posesión los volvía imprudentes y desaforados. Diago la acomodó de espaldas, abrió sus piernas y la penetró, se asombró cuando se deslizó con tanta facilidad en su húmeda vagina. La estancia se inundó entonces con los sonidos de la excitación, los jadeos, los besos... la respiración entrecortada de ambos era una sinfonía. Diago no podía detenerse; la embistió con ferocidad y empujó y empujó dentro de ella sin ningún cuidado; sus caderas no tenían dominio, seguía machacándola. Él había pensado tratarla con mucha delicadeza, pero no se había podido contener; su cuerpo lo gobernaba por completo. Levantó la cabeza, que tenía enterrada en su cuello, y la miró. Delanie separaba los labios en un grito mudo, se aferraba a su nuca, le rodeaba la cintura con las piernas y lo recibía envuelta en un placer desmedido; su coño lo apresaba, lo estaba estrangulado. Ella abrió mucho los ojos y buscó su mirada; estaba indicándole que estaba por llegar. Le clavó las uñas en la espalda y gimió contorsionándose. Diago se sujetó al cabecero de la cama y se enterró más profundo, agitó las caderas varias veces más y, con un quejido agónico, empezó a vaciarse dentro de ella. Continuó estático, hasta que liberó hasta la última gota de su semen.

* * *

Los días pasaron, y los encuentros clandestinos entre ellos se sucedieron en una concatenación de minutos y horas, de días y noches, sin ser conscientes de que el tiempo los devoraba indefectiblemente a su paso.

Era el último día de filmación en Los Ángeles y su burbuja había explotado. Esa tarde, tras terminar de grabar, todo el equipo se sumió en un festejo, donde no faltaron las lágrimas y los abrazos, las risas y las despedidas.

Antes de que Delanie y Diago se marchasen del *set*, Cole Ace y Leona Jennings los interceptaron y los conminaron a que los acompañasen para hablar. Caminaron juntos hacia una oficina en la que había un mobiliario sobrio y una máquina de café vacía; el lugar parecía en desuso.

Cole fue el encargado de iniciar la conversación.

—Bien, hoy ha concluido vuestro trabajo en el *set*, pero ahora se inicia el de la promoción, mientras el equipo técnico se dedica a la edición. Nos metemos de lleno en el proceso de postproducción y, de acuerdo con lo calculado, en un mes estaremos en condiciones de ver la primera proyección del filme; siete meses es lo que nos separa del estreno y... ahora es imperativo que entre todos cuidemos más que nunca de la franquicia, para que llegue a ese día libre por completo de toxicidad. No sé si me estoy explicando bien; quiero usar las palabras adecuadas para que no sintáis que me estoy metiendo en vuestra intimidad.

—¿Tu problema es con nuestra relación?

Diago cogió la mano de Delanie, entrelazó sus dedos con los suyos y la acarició con el pulgar para tranquilizarla.

—Ya que quieres que vayamos directos al grano, te contestaré con sinceridad. Sí, para nosotros vuestra relación es un problema. No queremos que ningún escándalo empañe el estreno de la película.

—¿Y qué pretendes que hagamos? Porque desde ya te digo que no la voy a dejar.

—Diago... —Lanie intentó que él se sosegara.

—Nos gustaría escuchar qué piensas tú, Delanie —intervino Leona expresándose con calma.

—Pasó, Leona, simplemente pasó. Nos resistimos, intentamos dejarlo atrás, pero no fuimos capaces. Entendemos lo preocupados que estáis, sabemos que habéis invertido mucho dinero en este proyecto y también sabemos que tenemos un contrato firmado por el cual debemos responder, así que os digo que estamos haciendo mil y una cosas para que nada se filtre. No sólo están en juego vuestras inversiones, también lo están nuestras carreras. Sabemos que, ante los ojos de todos, estamos obligados a ser sólo amigos, y así nos mostraremos.

—Bien, me alegra que estemos en la misma sintonía y que todos queramos lo mismo, pero evidentemente lo que vosotros estáis haciendo no es suficiente

para acallar los rumores; la química entre vosotros fue fenomenal para el resultado de cada escena, pero fuera del *set* no la necesitamos; no queremos prensa negativa y, desgraciadamente, ésta va en aumento. Diago —Ace fijó su vista en él—: quiero fotos con tu pareja, quiero que aparezcas con ella y con tu hija; quiero ver cómo la miras enamorado, cómo caminas por las calles de Toronto de su mano... Necesito que empujes el cochecito de tu bebé con ella al lado, que os sentéis en un café... En fin, quiero que alimentemos este circo con imágenes concretas. Ahora hay varios festivales de cine a los que asistiréis como parte de los actos promocionales, y quiero que a todos vayas con Wara. Además, la quiero acompañándote en la *première* de la película. Necesito acallar los rumores que corren acerca de que tu hogar está roto y que la culpable es Lanie. Eres actor, así que no creo que eso te cueste demasiado.

A Diago le estaba subiendo la temperatura; la ira bullía dentro de su cuerpo y estaba por hacer erupción. Cole no se lo estaba pidiendo, simplemente le estaba obligando a que lo hiciera.

—Creo que eso no será posible —contestó tajante y sosteniéndole la mirada.

—Perdón, creo que no nos estamos entendiendo.

—Exactamente, no nos estamos entendiendo. Acabo de decirte que no va a ser posible: ella y yo no estamos en buenos términos, y no me acompañará.

—¿Cómo podemos convencerla para que nos ayude? ¿Dinero, mimos, algunas falsas promesas...? Delanie no se pondrá celosa, sabe que es algo pactado. Ambos sois profesionales y debéis entenderlo; la ficción y la realidad, en un punto determinado, siempre se entremezclan. Todos debemos hacer esfuerzos, y ahora te toca hacerlos a ti. No tengo que recordarte que te compraste una casa fantástica con el adelanto que se te dio. Estoy esperando que me digas cómo la convencemos para que colabore. ¿Está en tus manos que ella acceda o tenemos que hacer una colecta benéfica entre los cuatro?

—Eres un reverendo hijo de puta. —Diago forzó una risotada; en realidad lo que quería era molerlo a golpes.

—Diago, te diré algo: lo que yo tengo no se obtiene con sentimentalismos. Tal vez, cuando todo esto pase, tú y yo nos daremos un abrazo, o no, vete tú a saber; mientras tanto, alguien tiene que hacer el trabajo sucio y, lo lamento, pero te toca hacerlo a ti. ¿Dinero o follada? ¿Cómo lo hacemos?

Delanie se secó las lágrimas con rapidez. Diago advirtió el veloz movimiento de su mano y odio más a Cole por ser el culpable de que ella las

estuviera derramando.

—Dinero, por supuesto.

—Perfecto. ¿Necesitas que te adelantemos algo o aún cuentas con reservas?

—Tengo el dinero, pero, si soy yo quien le pide su colaboración para difundir nuestra imagen de familia feliz por la película, no va a acceder. Ya hemos firmado un acuerdo de separación y otro de confidencialidad y no divulgación; nada nos une salvo nuestra hija.

—Me encargaré de ello.

—Si se lo pides como me lo estás pidiendo a mí, no accederá; es una serpiente venenosa —dijo sin pensar.

—Bien —Cole agitó la cabeza, restregó sus manos, se acomodó las gafas y luego prosiguió—: sé tratar también con serpientes venenosas. Déjalo en mis manos, yo me encargaré de convencerla. ¿Con que podríamos tentarla?

—No lo sé, pero quizá te asustes de lo que pueda pedirte.

—¿Algo que sepas que ella quiera y la pueda persuadir? Piensa.

—Dinero para comprarse una casa como la que ya compré.

—Ay, chicos, qué manera de complicar las cosas. En fin, por algo vosotros sois actores y yo, empresario. Intentaré que sea muchísimo menos, déjame lo a mí.

—No estés tan enfadado, Diago —le pidió Leona—. Esto es una cadena; nosotros hemos tenido que hablar con vosotros, pero primero los estudios también han hablado con nosotros, y te aseguro que no ha sido en buenos términos.

* * *

Delanie y Diago caminaban por los pasillos del estudio de grabación dirigiéndose a la salida; sus pasos retumbaban en el mosaico.

—¡Hijo de puta! ¡Cómo me gustaría poder borrarle el gesto de superioridad con que me ha hablado!

—Tiene sus razones, Diago. Lo que nos reclaman es totalmente comprensible; ellos han puesto mucho en juego.

—Podrá tener razón, pero la forma como me ha hablado es lo que me envenena.

—Prométeme que no te vas a acostar con ella.

—¿Te has vuelto loca? —Él la miró con un cabreo que le heló la sangre—. ¿Cómo puedes decirme algo así? ¿Cómo puedes creer siquiera que podría hacerlo?

—Yo te daré la mitad del dinero.

—Calla, Delanie, porque tú me estás haciendo cabrear más que el idiota de Cole y que la mojigata de Jennings con sus buenos modos... ¡zorra!, se hace la buenecita, pero te clava el puñal por la espalda.

—¿Nos vemos más tarde en casa?

—Sí; ya me dirás quién vendrá a buscarme al hotel.

—Sal tú primero, para que no nos vean hacerlo juntos.

Vigesimonoveno

Metió la tarjeta en la cerradura y esperó a que la lucecita y el chirrido le dieran paso a la habitación de su hotel. No encendió ninguna lámpara, le bastaba con el resplandor que entraba por la ventana; caminó a oscuras y se dejó caer sobre la cama. Había tenido que dejarla irse sola, cuando lo único que ansiaba era salir del estudio con ella cobijada en su abrazo frente a los ojos de todos. Por supuesto que eso lo enojaba, y encima Cole le había pedido, casi exigido, que se mostrara con Wara, y la verdad es que no sabía cómo haría eso, ya que no la soportaba a su lado; ni siquiera era capaz de imaginar cómo fingiría que era su otra mitad, cuando su verdadera mitad tenía que permanecer en las sombras y negada por él.

Los ojos de Delanie eran transparentes y no había podido ocultar la desazón que todo eso le causaba; de hecho, Diago advirtió claramente el momento en que ella, con rapidez, recogió sus lágrimas, esas que se le escaparon cuando Cole insinuó que se follara a Wara.

En ese instante quería salir corriendo de allí, golpear a su puerta y ponerse a gritar en mitad de la calle como un desquiciado para que todos oyeran cuánto la amaba; ansiaba con unas ganas febriles que todos se enterasen de que ella era su único amor. Se odió por no poder hacerlo, se odió por tener que reprimir cada uno de sus instintos más primitivos cuando de ella se trataba, esos que le afloraban con sólo mirarla o escuchar su nombre.

Incluso se cuestionó qué tipo de hombre era que no podía siquiera consolar a su mujer y apuntalarla como haría cualquiera que estuviese a su lado.

Aún le quedaban un par de noches más en Los Ángeles antes de regresar a Toronto; todo parecía poco, nada de lo que hiciera sería suficiente para acallar su desafuero interno.

Llamó a Brett.

—Necesito un favor. Estoy seguro de que ahora mismo Lanie está destrozada; te ruego que vayas con ella y la acompañes hasta que yo pueda salir de este puto agujero.

—Estoy aquí; cálmate, estoy en su casa.

Saber eso no lo tranquilizó; por el contrario, quiso romper todo lo que estaba a su alcance por no ser él quien la consolara.

—Ya está oscureciendo, ¿me vienes a buscar?

—Irá Chuck, que también está aquí.

—Muy bien; como siempre, que entre por el estacionamiento; lo estaré esperando allí en cuanto me advierta de que está llegando.

Cuando el hermano de Delanie pasó a recogerlo, él se montó en su coche y le tendió la mano, pero no obtuvo respuesta por su parte, así que Diago se colocó el cinturón y partieron del The Grafton, el hotel donde se hospedaba de nuevo.

Chuck se mostraba adusto; no se lo veía de buen talante y Diago suponía muy bien por qué era.

—Oye...

—No quiero hablar contigo ni con mi hermana; cuando toda esta locura entre vosotros comenzó, le dije bien claro que sufriría mucho, pero no me escuchó. Jamás he estado de acuerdo con que estéis juntos; es más, ni siquiera sé por qué carajo he venido a buscarte. — Permanecieron en silencio, y luego continuó diciendo—: Supongo que porque la quiero demasiado y no me puedo negar a nada de lo que ella me pida, y porque espero poder convencerte de que demuestres tener los huevos suficientes como para alejarte de ella para que deje de sufrir.

—No la dejaré, ni lo sueñes. No sé qué te ha hecho pensar siquiera que puedes pedírmelo. Si lo hiciera, estaría dándole la razón a todos los que piensan como tú... creéis que lo que siento por ella es sólo calentura, pero, para mí, Delanie no es sólo un gran revolcón. Estoy seguro de que lo superaremos todo y llegará el día en que podremos estar juntos como hemos querido hacer desde el principio. Amo a tu hermana, y te lo demostraré, a ti y a todo el mundo. Si no me puedo mostrar en público con ella no es porque no quiera hacerlo o porque desee mantener oculta mi relación con ella. No estoy echándome una gran cana al aire. Tal vez, a la vista de todos, en este momento ella se vea sólo como mi amante, pero en nuestra intimidad nosotros sabemos que no es así. Lo único verdadero que me impide darle el lugar que quiero que ella tenga en mi vida son las trabas legales que tú conoces muy bien, así que no sé por qué tengo que explicarte ahora mismo todo esto.

—Mi hermana siempre fue una persona muy feliz, que disfrutaba plenamente de cada cosa que hacía. Sus relaciones, aunque no siempre fueron las más indicadas, nunca la sumieron en esta depresión en la que la has hundido tú.

Tú le has destrozado la vida. Desde que está contigo sólo la veo llorar y contar días y minutos para verte a escondidas. ¿Qué clase de amor es ese que no se puede mostrar y disfrutar plenamente?

—Uno que nació en el momento equivocado, pero que será lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a todo y a todos.

El resto del viaje lo hicieron en un mutismo absoluto. Llegaron a la casona emplazada en las laderas de Hollywood Hills, y Chuck entró el coche en el garaje sólo para que él pudiera bajar sin ser visto; luego se marchó de inmediato.

Cuando Diago entró en la sala, la encontró con Brett; estaban sentados en el sofá. Lanie lloraba desconsolada, y su amigo la sujetaba hecha un ovillo en su regazo mientras le acariciaba la espalda. Cuando Brett Larson advirtió su presencia, le habló al oído a Delanie y ella intentó recomponer su estado; después su amigo la apartó de su lado y se levantó para marcharse. Al pasar junto a Diago, le habló entre dientes.

—Tal vez, ahora que tú estás aquí, se calmará.

Diago ocupó al instante el lugar de Brett, la acurrucó contra su pecho y ella se abrazó a él como si fuera un salvavidas arrojado al mar.

—No sé qué me pasa... yo no soy así, no soy una mujer llorona e histérica, pero no puedo dejar de hacerlo desde que salimos de los estudios.

Diago colocó el índice bajo el mentón de Delanie y, haciendo una ligera presión para levantar su cara, hizo que lo mirara.

—Te amo, nena. —Le acarició el rostro y le barrió las lágrimas con los dedos—. Sin embargo, siento que no puedo hacer nada para hacerte feliz. Siento que, por el contrario, desde que estás a mi lado lo único que te provocho son sufrimientos. —Ella lo escuchaba con los ojos acuosos, pero no le decía que no era cierto, y eso le dolía en el alma. Tal vez Chuck sí tenía razón después de todo—. Me siento indigno de ti, debería alejarme. —Delanie se tensó en sus brazos, levantó ambas manos y se aferró a su cuello—. No obstante, lo único que se me ocurre es pedirte que no me dejes. No me atrevo a pedirte que comprendas lo que tengo que hacer, porque ni yo mismo lo hago; quizá, si lo pensáramos fríamente, deberíamos tomarlo como un trabajo. Tal vez —le besó la frente— Cole tenga razón y, como somos actores, debería costarnos menos comprenderlo, puesto que se supone que a lo largo de nuestras vidas cogeremos otros trabajos en los que deberemos representar otros papeles.

—No es ficción —Delanie apartó el rostro que escondía en su cuello y lo miró fijamente—, es la realidad, y no soporto pensar en verte a su lado cuando

yo no puedo estarlo. No soporto que los demás piensen que te acuestas con ella cuando es a mí a quien le haces el amor. Sé que mis celos son irracionales e injustificados, pero no los puedo evitar. Tú eres mío —terció reclamándolo con ímpetu—. Mis padres siempre han tenido una relación magnífica a pesar de estar separados, incluso la tienen con sus actuales parejas, pero yo no puedo pensar en que ella...

—Cariño, sólo te ocurre esto porque te provoca inseguridad que la gente no sepa que en verdad estoy contigo.

—Me duele que esta situación incluso la coloque más en el papel de víctima, cuando los dos sabemos que nosotros somos los verdaderos damnificados de esta historia. Quisiera que todos supieran que ella sólo manipula para conseguir un resarcimiento económico; no la conozco, pero lo que me contaste de ella cuando tú y yo sólo éramos amigos y nos escuchábamos es más que suficiente como para no querer hacerlo.

—¿Cómo crees que me siento yo? ¿Acaso piensas que no me cabrea saber que ambos dependemos de Wara? Hace meses que mi vida es un infierno a su lado; ahora que creía que por fin me había librado de su presencia, aparece esto... Me maldigo a cada instante por no haber sabido terminar esta relación a tiempo, y eso también me hace sentir mal, porque pienso en cuando Delphie crezca, y no quiero que ella crea que odié su nacimiento, porque no es así. Mis problemas son con Wara, mi hija es lo único bueno que ha quedado de esa relación. No sé, ojalá en algún momento todo se estabilice y podamos tener un trato como el que tus padres comparten, pero por el momento lo único que deseo es que permanezca bien lejos de nuestras vidas.

—Necesitamos calmarnos. Sé que tú estás tan agobiado como yo, y en estos momentos no estoy ayudándote.

—Este problema es mío y yo le pondré remedio; sólo necesito que sepas que nada de lo que leerás o de lo que verás será cierto. Prométeme que anularás todo eso en tu mente; yo te prometo que intentaré que todo se vea lo más creíble posible, pero jamás te faltaré al respeto.

—El problema es nuestro, no es sólo tuyo. Ambos estamos juntos en esta relación.

—Pero quiero que tú te mantengas al margen de todo.

—No puedo creer lo que nos está pasando, no puedo creer que finalmente ella se salga con la suya y que nuestro trabajo termine siendo en su beneficio. Te juro, Diago, que no soy capaz de comprender cómo pudiste estar tanto tiempo

junto a una persona tan egoísta. ¿Cómo pudiste ser tan condescendiente y permitirle tanto?

—No sé, yo mismo me lo pregunto. Creo que, como te dije una vez, quería lograr formar mi propia familia y eso hizo que me olvidara de mis ideales con tal de que ella permaneciera a mi lado. Me impactó su historia familiar, su indefensión... al principio sólo quería protegerla, y ella no se mostraba así, pero es obvio que nadie puede fingir lo que no es durante demasiado tiempo. Cuando se dio cuenta del poder que tenía sobre mí, empezó a exigir y no me percaté de que lo hacía hasta que ya no tuve vida propia.

—Tal vez me cuesta imaginarte de esa forma porque yo te miro y te veo un hombre tan pagado de ti mismo, tan seguro, tan varonil, tan capaz...

—Tú me has hecho recuperar mi hombría, por ti he vuelto a tener autoestima. Durante mucho tiempo fui lo que podía ser; ahora, a tu lado, soy todo lo que quiero ser. Tú me enseñaste que se puede elegir no entrar en el juego si no es lo que en verdad queremos.

»Ahora, basta, Lanie; por favor, no hablemos más de ella, no hablemos más de esto. Al menos dejemos de lado el tema por hoy.

—Sólo una cosa más —lo cogió de las hirsutas mejillas y le habló casi rozándole los labios—: prométeme que nunca le darás un beso ante las cámaras.

—Te dije que no te faltaría al respeto y no lo haré.

Trigésimo

De regreso en Toronto, disfrutaba de los días que le tocaba estar con su hija. Delphie acababa de cumplir cuatro meses y él no podía creer que estuviera tan mayor. Era una mañana soleada y se presentaba bastante calurosa, así que había decidido sacar a la niña a pasear para que tomara aire y sol; tal vez almorzarían en alguna plaza, pues quería pasar la jornada al aire libre.

Estaban listos para salir; la pequeña iba acomodada en el cochecito de paseo y él había cargado la bolsa con todo lo que podía hacerle falta a su hija, así que abrió la puerta principal de la casa para marcharse, pero en ese instante su móvil lo interrumpió.

—Eric, amigo, ¿qué cuentas?

—Espero que no tengas planes y, si los tienes, los deshaces y te vienes a casa. Harper ha organizado un almuerzo en el jardín; el día está fantástico. También vendrán Anthony y Eva. —Se refería a su otro amigo de toda la vida y a su novia.

—Ayer los vi a ambos.

—Por eso, hace mucho que no estamos los tres juntos. También vendrán otros amigos; haré una barbacoa y disfrutaremos de la piscina.

—Me parece una idea genial; justo estaba saliendo de casa con Delphie para pasar el día por ahí; no quería quedarme encerrado con la niña haciendo tan buen tiempo. Esta noche debo llevarla con Wara.

—Perfecto, os esperamos.

La sorpresa con la que se encontró allí jamás se la habría imaginado. Delanie había llegado esa mañana con la complicidad de sus amigos. Cuando llamó a la puerta y la actriz le abrió, él simplemente no pudo creer lo que veían sus ojos: su amor estaba ahí, frente a él, sonriéndole y más hermosa que nunca.

Diago entró desafortado, y se fundieron en un beso interminable y desmesurado, transmitiéndole en el contacto toda la pasión que despertaba en él. Ella se entregó al beso con la misma desmesura, hasta que, tras varios segundos

de jugar con sus lenguas, la pequeña chilló, recordándoles que la estaban aplastando en medio de los dos; ambos sonrieron felices y se separaron.

—Lo siento, mi princesa, perdóname —se disculpó Diago y Lanie se la quitó de los brazos, para de inmediato llenarle la mejilla y el cuellito de besos, provocándole algunas carcajadas.

—¡Qué mayor está!, ¡cómo ha crecido desde la última vez que la vi!

—Desde luego. Nos ha dicho el pediatra que el mes próximo empezará a comer papilla.

—Es cierto, esta semana la han llevado al control.

—¿Por qué ese tono?

—Lo siento, no me hagas caso, es que, ¿sabes?, a veces mis demonios me traicionan. No soporto que ella pueda verte más seguido que yo, aunque sólo sea durante unos minutos cuando recoges a Delphie o, como en este caso, para llevarla al médico. Odié cuando me dijiste que iríais en tu coche; me cabrea que ella pueda sentarse a tu lado cuando yo no puedo hacerlo.

Diago negó con una sacudida de cabeza.

—Te expliqué los motivos: ese día me llamó porque su coche tenía el neumático muy deshinchado, y me preguntó si podía pasar a buscarlas; de otro modo, hubiésemos perdido el turno.

—Lo sé, lo sé... No me hagas caso; como te he dicho, son mis demonios. Lo importante es que ahora estoy aquí, y eres únicamente mío durante todo el fin de semana. Diago James, te reclamo de mi propiedad pura y exclusiva.

Diago la unió a él aferrándola por la cintura, y le habló al oído.

—Soy tuyo siempre, mi vida. Ya estoy imaginando la forma en que pasaremos el fin de semana. Ahora mismo deseo tanto hacerte el amor...

—Manos locas y miradas de halcón... ¡detente!, que la casa está llena de gente.

—¿Y si nos vamos?

—No estaría bien, Eric y Harper son tan buenos con nosotros... Siempre están propiciando nuestros encuentros, no podemos darles plantón; además, han organizado todo esto por nosotros.

—Ok, ok, pero almorzamos y luego nos vamos temprano a casa.

Lo de temprano no podría ser, Lanie lo sabía, pero no dijo nada. Debían reprimir sus ansias continuamente, puesto que, si estaban juntos, casi siempre esperaban a que llegara el atardecer para salir en el coche, momento del día en que los cristales tintados servían realmente para ocultar al acompañante.

Llegaron a la casa de Diago en Lawrence Park South; él debía recoger algunas de las cosas de la cría para llevarla con su madre, pues su tiempo con ella acababa ese día, así que Lanie lo ayudó a reunir las pertenencias de Delphie que no debían quedar en la casa; incluso, para ir adelantando y mientras él lo cargaba todo en el coche, Delanie se ocupó de preparar a la niña. Bañó a Delphie y le puso ropa limpia. Diago estaba en el porche cerrando el cochecito de paseo para meterlo en el maletero, cuando un automóvil que reconoció de inmediato se detuvo en el bordillo delante del suyo. Wara bajó del vehículo; iba ataviada con un conjunto tipo pijama en satén de color plata.

—Hola. He pasado a por Delphie porque me voy a una reunión con amigos, así te ahorro el viaje. Por favor, todo eso ponlo en mi coche.

Diago se puso muy nervioso al verla; sin embargo, intentó disimular.

—Iré a por la niña. ¿Dónde la has dejado, en la cuna?

—Aguarda, Wara, yo iré a buscarla, no tienes por qué entrar en mi casa.

Las palabras de él fueron un detonante inmediato para que ésta quisiera saber qué escondía dentro, y no parecía haber forma de frenarla para que no entrara. Cogiéndolo por sorpresa, Wara Adams lo empujó y se metió dentro. Él salió detrás de ella para atajarla, pero en ese instante Delanie justo bajaba las escaleras con la pequeña y el encuentro fue imposible de evitar.

Lanie, al ver que la puerta se abría y pensando que era Diago, habló ajena al desastre que se avecinaba.

—Amor, la princesa ya está lista para irse muy guapa a casa de su mamá; ahora le preparo su biberón, porque, como sabes, el baño le da mucha hambre.

—Malnacido —le espetó Wara—, ¿seguirás negándomelo? ¿Qué hace esta puta con mi hija en brazos?

Echa una furia, Wara cruzó la distancia que la separaba de la escalera, subió los escalones que Delanie aún no había bajado y le arrancó a la pequeña de los brazos. Todo pasó muy rápido, fueron apenas segundos los que bastaron para que el caos, los gritos y los reproches dentro de esa vivienda se desataran.

La cría pegó un alarido ante la sensación de caer al vacío que su madre le provocó cuando la cogió con tanto ímpetu.

—¿Te has vuelto loca? No trates a Delphie de esa forma. ¿Qué mierda tienes en la cabeza? —le reprochó él cuando la niña arrancó a llorar muy asustada.

Su instinto fue protegerla, así que la cogió en sus brazos con la intención de consolarla. Sin embargo, no fue la acción más acertada, puesto que dejó a Wara

libre para que se abalanzara sobre Delanie.

—Estaba segura de que te lo estabas follando, zorra, pero lo habéis hecho tan bien que no he podido comprobar nada... hasta ahora.

Wara le gritaba mientras la inmovilizaba en el suelo a horcajadas y le pegaba bofetones a Delanie. Ésta no se defendía, sólo la atajaba, puesto que no iba a facilitarle ningún motivo para que ella pudiera demandarla por agresión. De todas maneras, el abogado de Diago, Thony Thorton, había sido muy hábil cuando redactó el acuerdo de confidencialidad y no divulgación, y había puesto una cláusula encubierta que, aunque sin referirse a Delanie específicamente, impedía que Wara Adams pudiera nombrarla públicamente ni emprender ninguna acción contra ella.

Él había desaparecido de la escena con Delphie, pues subió a dejarla en la cuna, y cuando regresó, de un tirón, quitó a Wara de encima de Lanie y la aplastó contra la pared.

—No se te ocurra volver a tocarla —le advirtió con un cabreo que asustaba —; te juro por mi hija que, si vuelves a hacerlo, te arrancaré los brazos.

Delanie se puso de pie e intentó descifrar cómo era posible que la escena hubiese alcanzado un aspecto tan dantesco y descabellado; lo cogió por la cintura, instándolo a que se calmara.

—Diago, tranquilicémonos los tres, por favor.

—¡Putas! Me quitaste a mi marido y has dejado a mi hija sin padre. ¡Pedazo de mierda, toda la prensa se enterará de lo arrastrada que eres! —Wara seguía forcejeando con él, que la tenía aprisionada contra la pared para que ésta no atacara a Delanie de nuevo.

—Yo no te quité nada, Wara. No seas necia y cálmate; piensa en tu hija.

—Vete arriba, a mi dormitorio, espérame allí —le indicó él, queriendo sacar de escena a Lanie.

—No, Diago, no me iré, no lo haré; debemos aclarar esto los tres, como personas adultas.

—Me creéis muy estúpida, ¿verdad? Os revolcáis juntos desde Vaucluse, sólo que habéis sabido hacerlo muy bien, seguramente ayudados por todos los cómplices del equipo técnico, que son tan indecentes como vosotros.

—Wara, ¿tengo que recordarte otra vez que lo nuestro estaba terminado desde antes de que Delphie naciera? Sabes que tengo cómo probarlo, así que acepta las cosas como son y sigue adelante con tu vida.

—¿Cómo has podido meterla en mi casa? ¿Cómo has podido dejar que

tocara a mi niña? ¡Hijo de puta! —En ese momento los manotazos iban dirigidos a él; la furia de Wara no tenía límites.

—Ésta no es tu casa, es mía, y también lo es en la que vives, así que no me jodas, porque tú no me dirás a quién dejas entrar en mi casa, como tampoco a quién considero apto para que toque a mi hija, puesto que ella, sin duda, la trata con más cariño y cuidado que tú.

—Esa película nos jodió la vida, Diago.

—A mí me la salvó —retrucó él muy convencido.

Repulsado al recordar momentos que prefería olvidar, él la soltó y se alejó de ella; aunque Wara aún estaba furiosa, los decibelios de la confrontación habían bajado. Fue entonces cuando, calzándose una máscara de dignidad, caminó hacia la escalera y salió despedida hacia arriba en busca de su hija.

—¿Estás bien?—se interesó Diago cuando se quedaron solos.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. De verdad.

—Ve al jardín, cariño; déjame a mí tratar con ella, no quiero que continúe humillándote.

—Más me humilla tener que salir de tu casa.

—Está bien, como prefieras.

* * *

Wara se había marchado, no sin antes amenazarlos desde la entrada.

—No seré yo quien os desenmascare, pero lo que ha pasado hoy demuestra que estáis demasiado confiados en que podéis seguir riéndoos en la cara de todo el mundo. Estoy más que convencida de que muy pronto se os caerá el teatrillo de mejores amigos. ¡Hipócritas!, toda la gente se enterará de lo adúlteros que sois.

Pretendieron continuar como si nada hubiera pasado; en realidad Diago era el más interesado en ello, pero Delanie, a veces, como en ese caso, se preguntaba de dónde sacaría las fuerzas necesarias para continuar. Su hermano Chuck era quien más se oponía a la relación que mantenía con el actor, y empezaba a pensar que tal vez tuviera razón.

Diago preparaba la cena y ella estaba arriba, intentando ordenar sus ideas. Pasados unos minutos, Lanie apareció y, aunque no le dijo nada, él lo comprendió todo de inmediato.

—No te rindas, no le permitas ganar —pidió con la angustia brotando de su garganta.

—Diago, creo que no fue una buena idea venir. Ella tiene razón, estamos muy confiados. De todo lo que ha dicho hoy, eso es lo más coherente.

—¿Qué haces con esa bolsa? —Intentó sacársela—. Lanie, no podemos permitir que nos arruine el fin de semana.

—Acabo de cambiar mi pasaje. Hay un vuelo que sale en dos horas; si me voy ahora, podré cogerlo.

—Lanie, me prometiste que no renunciarías.

—Debemos dejar que las cosas se calmen. Wara es una bomba de relojería, y nos perseguirá más que nunca.

El claxon del taxi que había pedido minutos antes la avisó de que ya había llegado a recogerla.

—Déjame llevarte, entonces.

—No, es mejor así. Seamos prudentes; nos guste o no, nuestra vida está sujeta a ese contrato.

Trigésimo primero

Evitaba revivir la noche en la que Wara los había descubierto juntos; la culpa la agobiaba. «Si yo no hubiera ido, si no hubiera sido tan imprudente y pensado sólo en mí, en mis necesidades...» Los cuestionamientos estaban a la orden del día y no podía alejarlos de su mente. Desde ese día comenzaron los problemas para Diago, ya que desde entonces su expareja se dedicaba a hacerle la vida imposible; como sabía que nada podía ser expuesto, tomaba ventaja de eso y le negaba a la niña. Wara Adams había tomado el poder absoluto de la situación y usaba a su hija de rehén para obligarlo a que él tuviera que rogarle cada vez que quería verla.

La culpa siempre se levantaba como una sombra tenebrosa y oscura, porque todo lo que había sucedido después era como consecuencia de ese día en que a ella se le había ocurrido sorprenderlo sin tomar todas las precauciones necesarias. Había sido imprudente dejándose llevar por las ansias de estar con él, y todo se había ido, en un tris, al carajo.

* * *

Estaba lista: los labios, resaltados con su *rouge* favorito de Dior, el Ara Red 999; los ojos, profundamente delineados en color negro con un ahumado que resaltaba más el celeste de sus iris; el pelo, con ondas que le caían como una cascada castaña sobre uno de los hombros, e iba vestida con un elegantísimo vestido rojo de Christian Dior, con transparencias.

Se miró al espejo y no le fue difícil advertir la máscara que llevaba puesta ante los ojos de todo el mundo. «Cómo duele fingir estar bien», pensó Delanie, mientras cogía el *clutch* y se disponía a salir rumbo al evento organizado por *Vanity Fair*, al que había sido invitada en representación de las actuales actrices jóvenes de Hollywood.

De camino, se sumió en sus propios pensamientos. Aprovechando el privilegio que la intimidad del vehículo que la transportaba le otorgaba, se permitió recordar y ahogarse en su angustia. «Total —pensó—, tendré tiempo de

sobra para disimular y mostrarme feliz cuando llegue al cóctel.»

* * *

Tres noches atrás había recibido la llamada de Diago, y el instinto, considerando la urgencia que percibió en su voz cuando lo atendió, le susurró que algo no iba bien; no podía explicarlo, pero la sensación se alojó en su cuello y le quemó la boca del estómago; sintió la misma angustia y desazón que el día que Cole y Leona los habían abordado al culminar las grabaciones, y no se había equivocado, pues llamaba para informarla de que Cole se había puesto en contacto con él.

—Se ha vuelto loca —comentó él entre otras cosas, mientras daba vueltas y más vueltas para decir lo que Wara exigía.

—Deja de balbucear y dime de una vez qué es lo que quiere —exigió ya sin paciencia.

—Le ha dicho a Cole que... de la única forma en la que accederá a colaborar es si yo vuelvo a la casa; además, ha pedido hablar conmigo.

Delanie nunca pensó que el amor dolería así, pero era evidente que se equivocaba, porque el amor por Diago lo sentía como un cuchillo clavado en el pecho desde que había comenzado.

—Renuncio. —Su voz al otro lado del teléfono sonó categórica, sin titubeos —. Diago, lo lamento, pero ya no puedo más; renuncio a todos tus negocios sucios con ella. No quiero estar más tiempo en medio de esto; todo tiene un límite, y eso no lo puedo soportar. Olvídate de mí, seamos lo que siempre debimos ser, lo que todos desean que seamos, buenos amigos y nada más, aunque en verdad no creo que podamos ser ni siquiera eso.

—No me dejes. Delanie, por favor, te necesito.

—No puedo más, esta relación se está llevando toda mi cordura. Basta, me niego a seguir sintiéndome una desdichada. No puedo más, Diago, no puedo más...

* * *

Estaba sentada en la cocina desayunando, luchando por no hacerlo, pero, como no había forma de contenerse, cogió su móvil y se puso a revisar todas las redes sociales. De inmediato las fotos del evento de la noche anterior en el

centro para las artes escénicas Wallis Annenberg, en Beverly Hills, aparecieron en la pantalla de su móvil, pero, como las fans ya no sólo la etiquetaban a ella, sino que lo hacían con ambos a la vez, las instantáneas se mezclaron con las fotos de Diago.

Su vista al instante devoró su imagen... pero, al verlo, el cuchillo que llevaba clavado en el pecho se retorció para hundirse un poco más profundamente, provocándole casi una herida mortal. Había tenido la esperanza de que él hubiera ido solo a otro acto promocional, pero no era así.

Diago se veía soberbio en la alfombra roja del Festival Internacional de Toronto, con un traje negro de dos botones y corte a medida, que combinó con una camisa negra sin corbata, otorgándole un estilo más relajado, pero no menos sexy y elegante. A su lado, y con la mano entrelazada a la de él, Wara se mostraba muy sonriente. «Feliz», se dijo ella. Delanie estudió el gesto de Diago; se veía rígido, casi podía asegurar que estaba incómodo. En varias fotos se notaba que no quería posar para la cámara porque miraba para cualquier lado, como cuando uno no quiere registrar a la persona que tiene al lado. Desesperada, Lanie continuó con el escrutinio y analizó su agarre; si bien los dedos de ambos estaban entrelazados, parecía como si él sólo le diera la mano, pero sin sostenerla con ganas; ninguno de los tendones de su mano se veía en tensión.

Abrió un vídeo. Caminaban sin tocarse y él, la mayor parte del tiempo, iba por delante, sin esperarla.

—Joder, no puedo estar alimentando mi dolor mirando esto, no tengo remedio.

Sin embargo, era incapaz de detenerse, así que abrió otro vídeo que encontró y en éste él miraba a Wara; le sonreía y le hablaba, pero por el ángulo de la cámara era imposible leerle los labios; el dolor de ver ese gesto de amabilidad fue imposible de soportar.

«Viven juntos de nuevo, y tal vez hasta hayan encontrado la forma de arreglarse por Delphie.» De inmediato se convenció de que lo analizado anteriormente en las fotos sólo eran sus anhelos. «Son tus ilusiones las que no te dejan ver la realidad. Pero debes recordar que lo único cierto es que ellos conviven otra vez bajo el mismo techo.»

* * *

Con el pasar de los días, empezaron a salir noticias de todo tipo y color.

Diago intentó ponerse en contacto con ella varias veces, pero, cada vez que lo hizo, su llamada fue rechazada, lo que socavó más su estado anímico. Deseaba escuchar su voz; ella poseía el poder de apaciguarlo cuando su cabeza parecía que iba a estallar, pero Lanie lo castigaba, lo privaba hasta de poder oírla, y eso estaba desesperándolo.

No podía creer que Wara finalmente los había manipulado de tal forma; sentía repulsión por su expareja y, a pesar de ello, estaban de nuevo juntos en la misma casa; él la rechazaba una y otra vez, pero ésta parecía no tener orgullo. Para colmo, a donde quiera que fuera, la prensa estaba allí para seguirlo; sólo o acompañado, los *paparazzi* no le daban tregua y lo perseguían a todas horas. A veces, hasta estaba seguro de que Wara era quien los avisaba, informándolos de dónde iban a estar, porque luego, cuando revisaba las fotos, ella siempre salía mirando hacia la cámara.

—Querías ser famoso, Diago; ahora lo eres, cariño, deja de farfullar insultos.

Wara se burlaba cada vez que estos episodios se sucedían y parecía disfrutarlo; de hecho, lo hacía, ella gozaba haciéndole la vida imposible.

Habían pasado tres meses y nada parecía tener solución. Trataba de pasar el menor tiempo posible en la casa, ya que entrar ahí significaba penetrar en el mismísimo infierno.

Esa mañana, cuando volvía de correr, recibió la llamada de su representante.

—Los estudios me acaban de informar de que este año Delanie y tú presentaréis un premio en los Golden Globes Awards.

Diago recordó de inmediato cuando tuvo que asistir al festival de cine con Wara; había supuesto todo un sacrificio por su parte. Mostrarse cariñoso fue un singular esfuerzo y, aunque interpretar algo que no sentía tendría que haber sido pan comido considerando que él era actor, la verdad era que le tenía tanto fastidio que estar junto a ella se tornaba realmente desagradable.

—Carmen, ¿no hay manera de que asista solo?

—Sabes que no la hay. Sabes perfectamente que el acuerdo que firmasteis Wara y tú con los estudios y la productora lo hace imposible. He estado hablando con Evelin, la representante de Lanie.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué dijo Delanie al enterarse de que tendríamos que hacer esto juntos? —preguntó él esperanzado.

—Voy a contarte algo, es una confidencia que no debería compartir contigo,

pero la verdad es que Eve está tan desconcertada como yo con esta separación vuestra. Ella me comentó que realmente creía que vuestra relación trascendería la pantalla.

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Qué dijo Lanie al enterarse? —insistió obstinado.

—Lo lamento, Diago, pero quiso saber si había alguna manera de poder evitarlo, y también le pidió que intentase que no os sentaran juntos.

«¡Dios mío! ¿Por qué te necesito tanto? ¿Y por qué todo nuestro amor tiene que ser así, angustioso?»

Aunque él calló sus cuestionamientos, Carmen advirtió su pesar.

—Diago, yo creo que, cuando todo esto se resuelva, volveréis a estar juntos, estoy convencida de ello; incluso se lo he comentado a Eve, y ella me ha dicho que, en el fondo, cree lo mismo.

* * *

Las Navidades en el rancho de su padre siempre eran muy acogedoras y, aunque ese año tenían un sabor agridulce, intentó hacer el esfuerzo por todos sus seres queridos, que se habían reunido allí para festejarlas. Le resultaba imposible dejar de pensar en Diago, le dolía en el alma imaginarlo festejando con Wara ese día, pero necesitaba olvidarlo y vivir su vida de la misma forma que seguramente él ahora vivía la suya.

* * *

El sábado llegaron muy temprano a Los Ángeles.

Carmen había conseguido, sin que Wara se enterase y tras untar los bolsillos de algunas personas del aeropuerto, que los hicieran salir por otra puerta, una discreta.

—Venid por aquí; hoy el aeropuerto está colapsado y hemos logrado estacionar en otro sitio —explicó para Wara. Diago, por supuesto, ya estaba al tanto de la maniobra—. Lo lamento —se disculpó muy escuetamente—, tendremos que caminar un poco.

Al llegar al aparcamiento, dos camionetas de la agencia los estaban aguardando.

—Wara, él es Isaac —señaló al chófer—; te llevará al hotel. Diago y yo debemos hacer unas promociones exclusivas para la agencia, y luego nos iremos al ensayo. Así que, lo siento, pero tendréis que separaros.

—¿Ya le has arreglado un encuentro con la puta?

Carmen fingió desconcierto y él bufó fastidiado.

—No pongas esa cara, que sé perfectamente que tú estabas al tanto y organizabas sus encuentros.

—Métete en la camioneta, Wara, ve al hotel y pásate el día como mejor te plazca; aunque te parezca extraño, algunos trabajamos y no nos pasamos el tiempo de *shopping* como tú.

—Ten cuidado, Diago James, porque te estaré vigilando.

* * *

La mañana se hizo interminable, pero por fin había llegado la hora de ir al ensayo en el Beverly Hilton, un hotel de lujo en Beverly Hills, sede de los premios desde 1961. Ese lugar, además, no sólo era el sitio donde anualmente se llevaba a cabo la entrega de los Golden Globes, sino que también era donde se realizaba el almuerzo de nominados al Oscar, entre otras tantas galas de alfombra roja que a lo largo del año se celebraban allí.

Su corazón palpitaba desacompasado cuando entraron en el gran Salón Internacional. Sintió unas ansias locas de verla, y de pronto todo en su interior se tornó tan intenso que sus sentimientos parecían ingobernables; sin embargo, era preciso que se calmara, pues debía estar concentrado para no fallar. La buscó entre la gente rápidamente, pero no la halló.

Uno de los encargados de la organización del evento los acompañó hasta la mesa donde tenía asignado su sitio. Leyó las tarjetas y descubrió que, junto a él, se sentaría Wara, mientras que Delanie lo haría también, al otro lado. Se sonrió al darse cuenta de la burla del destino que eso significaba: ése era el título de la película que la había puesto en su camino. Ella estaba al otro lado de la mierda en la que él se revolcaba a diario.

Permanecía de espaldas conversando con Carmen cuando las notas de su voz le causaron un escalofrío en toda la extensión de su piel. Se dio media vuelta y sus miradas no pudieron hacer otra cosa más que entrelazarse. Ella había llegado acompañada por su representante, al igual que él; se acercó hasta donde estaban y lo saludó con un beso deslucido.

«Es mía, no dejaré que se me escape; no sé de qué forma lo haré, pero debo recuperarla. Quiero que se convierta en mi mujer, quiero hacerla muy feliz», pensó Diago al tiempo que la devoraba con los ojos.

Delanie bajó los párpados, escatimándole la mirada, y se retorció las manos intimidada por la de él, y le dijo sin importarle que sus representantes la oyeran:

—Hay mucha gente presente, debes dejar de mirarme así.

—Ahora también tendré que pedir permiso para mirarte como deseo.

Carmen y Evelin se alejaron disimuladamente dando unos pasos hacia un lado.

—Y, por cierto, ¿cómo te estoy mirando?

—Pues... de forma inapropiada, de forma en que un amigo no miraría a su amiga.

—Te miro de la única manera que quiero y puedo. Necesito que hablemos.

—Y yo necesito que nos concentremos en el trabajo.

—¿Tienes una idea de lo mal que me siento?

Los organizadores los interrumpieron y, tras ponerse de acuerdo, el ensayo empezó.

* * *

Diago y Wara estaban hospedados en el hotel Viceroy L'Ermitage de Beverly Hills, a unas pocas manzanas de donde debían asistir.

El domingo por la tarde, una limusina pasó a recogerlos para llevarlos a la ceremonia, para que desfilaran por la alfombra roja, donde la prensa internacional y los fans aguardaban a las estrellas que participaban en el evento de esa noche.

Llegar a la entrada no había resultado una tarea fácil, ya que las limusinas y demás vehículos destinados a llevar a los actores estaban provocando un gran atasco.

Cuando por fin el vehículo que la transportaba llegó al lugar, Delanie no dio crédito a su mala suerte, puesto que la limusina de adelante era la que llevaba a Diago. Por suerte, Evelin, que estaba muy atenta y en coordinación con Carmen, supo muy bien cómo evitar el escollo que suponía que se encontraran en la entrada, así que Diago y Wara descendieron y la representante de él se encargó de que accedieran al recinto rápidamente.

Se sentía una tonta por alegrarse al ver que él no la tocaba y sólo caminaba junto a ella; eso acrecentaba su ira, pues se odiaba por seguir babeando por él. De todas maneras, dejar de reparar en Wara parecía imposible, ya que era innegable que poseía una belleza extraordinaria. En su rápido escaneo, notó que ésta se había cortado el pelo; llevaba un estilo desmechado cuyo largo terminaba casi donde acababa su cuello, y a la altura de la nuca un poco más corto. Iba vestida con un diseño de Miu Miu con bordados y pedrería, y, cada vez que podía, lo tocaba y se acercaba para hablarle y que él tuviera que inclinarse para escucharla. Era obvio que iba a sacar provecho de cada momento para demostrar frente a las cámaras que ellos eran una pareja sólida.

Lanie había pasado por muchos momentos desde que había decidido alejarse de Diago; la añoranza, la desilusión y la rabia eran algunos de los sentimientos que había experimentado. Sin embargo, por esos días, la ira era la mejor compañía existente, así que no permitió sentir que le hacían sombra; era el momento de lucirse, y bajó dispuesta a comerse la alfombra roja.

Nada más descender de la limusina, los flashes empezaron a dispararse. Caminó acompañada de Evelin, que la seguía muy de cerca, guiándola. Delanie esa noche estaba bellísima; su figura de reloj de arena, resaltada gracias a un vestido de la colección de alta costura de Valentino, la hacía destacar y verse increíblemente sensual y muy deseable.

Diago, que por supuesto estaba expectante por verla, la advirtió casi de inmediato en la pasarela unos cuantos metros más atrás que ellos. Su vista, indefectiblemente, se perdió en ella, disipando todo tipo de concentración.

—Deja de mirarla.

—Deja de fastidiarme, Wara. Si te incomoda estar aquí y soportar esto, podrías haberte quedado en el hotel.

—Más quisieras; pero eso no va a ocurrir, te voy a hacer la vida imposible mientras pueda.

El rostro de Wara terminó de descomponerse cuando entraron en el salón y se acomodaron a la mesa. Al advertir que Delanie estaría sentada junto a ellos, estuvo en un tris de armar un escándalo.

—Deja de comportarte como una desquiciada —farfulló él entre dientes—; yo no organizo ni controlo dónde me tengo que sentar. No seas ignorante.

Como parte del gran teatro en que sus vidas se habían convertido, los tres se saludaron y fingieron soportarse. Delanie restó importancia a su presencia, aunque la tirantez en la mesa resultaba bastante palpable; sin embargo, estaba

decidida a no lucir amargada, y quería hacerle parir el momento a Diago. Por suerte, como ella era un poco la niña mimada de muchos asistentes, a los que conocía por sus padres y por ende también la conocían desde pequeña, constantemente se acercaban a saludarla, convirtiéndola en una clara protagonista.

La incomodidad de Diago era como la aguja de un velocímetro que, impulsada por la presión, en el acelerador no dejaba de trepar; sin embargo, no estaba dispuesto a que ella continuara ignorándolo; por tal motivo, y aprovechando que la esposa del reconocido actor Thomas Grimm le daba conversación a Wara, escurrió su mano bajo la mesa para acariciarle el muslo a Lanie.

—¿Estás nerviosa? Ya casi nos toca.

Delanie contuvo la respiración durante unos instantes; la sorpresa ante el contacto de su mano la había descolocado; no obstante, el estupor duró sólo unos segundos, ya que de inmediato recuperó la compostura, dándose cuenta de que era necesario disimular.

—Y tú, ¿estás nervioso?

—Un poco.

La caricia continuaba, y sintió la mano de Diago en su recorrido como un hierro caliente sobre su piel.

—Si bien hablar en público no es lo nuestro, estoy seguro de que lo podremos manejar —él continuaba acariciándola, y ascendiendo cada vez un poco más—. Anulemos a la gente que está a nuestro alrededor; tú y yo sabemos cómo hacerlo.

Su cuerpo se estremecía sin que pudiera evitarlo. La boca se le había secado y la mirada se le tornaba borrosa. No era justo que él estuviera haciéndole eso, no era justo que su cuerpo traicionero se estuviera entregando tan mansamente a su tacto.

—Estoy segura de que sí, pero no quiero hacerlo.

Se sostuvieron la mirada, y de inmediato ella bajó también su mano para retirar de un rápido movimiento la de Diago.

Él estiró el brazo, lo pasó por atrás del respaldo de la silla y, tras constatar que nadie en la mesa les prestaba atención, le sonrió de lado y le dijo:

—Eres una mentirosa.

La entrega de premios siguió su curso y el gran momento de la noche llegó. Estaban a dos premios del que Diago y Delanie debían presentar, así que se

pusieron de pie para ir hacia el escenario.

—No nos extrañes, Wara, ahora volvemos —dijo él con sorna sin perder la oportunidad de molestarla.

Mientras caminaban, y sin importarle que alguien pudiera verlo, se aproximó a Lanie y posó la mano en su espalda, guiándola entre la gente.

—Estás muy hermosa, es una tortura constante tenerte tan cerca y no poder tocarte.

Tras presentar el premio, los organizadores los reunieron para que la prensa les sacara algunas fotografías, momento que Diago aprovechó, sin dejar de lado cada oportunidad que se le presentaba, para posar junto a ella, mostrándose muy cómodo.

—No sé lo que estás intentando, pero déjame en paz —le pidió ella.

Llegó el instante de regresar a la mesa; por el camino, el actor, disimuladamente, deslizó en la mano de Delanie una llave electrónica.

—Te espero —le dijo.

Lanie miró la tarjeta en su palma, sin saber qué hacer con la que claramente era la llave de una habitación del Hilton. Inmóvil en el lugar, miró a su alrededor, pero Diago ya se había marchado. El suyo siempre había sido un amor desesperado, y la tentación de estar un rato a solas con él era infinita.

Su corazón latía desbocado en su pecho; apretó la llave magnética con desasosiego; no quería ceder, no debía hacerlo. Se sobresaltó al encontrarse frente a ella a Evelin, su representante.

—Si vas a usarla, yo soy la encargada de llevarte.

—Me acabas de traicionar, Eve; lo sabes ¿verdad? —Sus demonios se elevaron con rabia renovada; se aferraba a los malos recuerdos, negándose a continuar sumergida en un amor que la sumía en la oscuridad.

—Lanie, sólo pretendo ayudaros para que podáis pasar un momento juntos; no soporto más verte tan amargada, no soporto más ver cómo ambos sufrís.

Su lado vulnerable estaba a punto de ceder; sin embargo, estaba decidida a presentarle batalla.

—Creía que eras mi mánager, pero ahora veo que trabajas para él.

—Trabajo para ti; de hecho, estoy aquí contigo para llevarte donde me indiques, a la mesa o a la habitación; es tu decisión, siempre lo es.

* * *

No contaban con muchos minutos; sólo esperaba que ella accediera a subir y pudiesen hablar. Anhelaba que Delanie volviera a aceptarlo en su vida y que, de alguna forma, pudiesen recomenzar.

Paseaba impaciente dentro de la habitación, deseoso de que el sonido de la puerta le indicase que alguien entraba. No obstante, el único sonido que percibió fue el de su móvil vibrando en el bolsillo de su pantalón.

—Lo siento, Diago. Evelin me ha dicho que Lanie le ha devuelto la tarjeta; no irá.

El dolor que las palabras de Carmen le produjeron era desmesurado; él se hubiese jugado la vida apostando a que ella subiría.

Cogió la botella de champán que estaba en la cubitera y llenó una de las copas que descansaba junto a ésta, sorbió el contenido de una vez, volvió a rellenarla y repitió la acción. Se sentía vulnerable; su cuerpo entero clamaba por ella y no se resignaba a perderla. Metió el móvil que había quedado sobre la mesa, junto a la bandeja de plata, en el bolsillo del pantalón, se pasó una mano por el pelo y, abatido, se dispuso a salir; debía continuar soportando a Wara.

En ese momento de desolación, se encontró elevando una plegaria al cielo al tiempo que abría la puerta.

—¡Dios mío! Ayúdame, no sé cómo vivir sin ella.

El silencio se prolongó en el lugar, hasta que fue roto mágicamente por su cálida voz.

—Creo que no es muy prudente que siga permaneciendo en el pasillo, ¿me dejas entrar?

Diago se hizo a un lado para que Delanie pudiera hacerlo. La devoró con la vista cuando ella pasó junto a él y dejó caer los párpados a causa del alivio que sintió por tenerla ahí; no podía creer que finalmente ella había acudido a esa cita.

—No sé cuál es la finalidad de este encuentro, porque en verdad no creo que tengamos que volver a vernos. De todas maneras, accedo a escucharte, pues considero que el modo en que tú y yo terminamos no fue muy normal, pero quiero que sepas que el hecho de que esté aquí no cambiará nada.

—Mis sentimientos por ti prevalecen intactos. ¿Tomamos una copa de champán?

—Diago, dime de una vez lo que querías que oyera y así podré irme.

—Te amo, eso quería que oyeras. Cada segundo que paso alejado de ti es una condena. Necesito que me vuelvas a admitir en tu vida. Necesito saber que el sacrificio de permanecer bajo el mismo techo con Wara tiene un porqué.

—Diago, si saberte viviendo en otra casa y no poder verte cuando lo deseaba se me hizo insostenible, ¿te imaginas lo que es para mí saberte ahora conviviendo con ella de nuevo?

—Entonces, eso quiere decir que sólo me alejaste de tu lado para proteger tu corazón. —Dio un paso adelante, aproximándose a ella—; entonces, eso quiere decir que tú aún sientes algo por mí.

—Veo a Wara muy sonriente; además, te toca con naturalidad, y se lo permites.

—Tenemos un acuerdo que cumplir y lo sabes; frente a la gente debemos fingir que todo está bien.

—¿Te has vuelto a acostar con ella? Entre las condiciones que puso, ¿también exigió intimidad contigo?

—No. —La cogió por los hombros y se inclinó para quedar a su altura—. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo? La aborrezco, no la soporto cerca de mí; uso la casa sólo para dormir, el resto del tiempo me lo paso fuera. Si no me hubieras apartado de tu vida, sabrías cómo de horribles son mis días. Jamás habría accedido a algo así. —Haciendo presión en su mentón, la obligó a que lo mirase—. Dime si me has visto en toda la noche retribuirle alguna de las caricias —se miraban obstinados, en silencio—; dime Lanie, dime, mi amor, si me has visto haciéndole algún gesto de extrema cortesía.

—¿Sabes el dolor que he sentido cuando te ha acariciado la nuca?

—Puedo suponerlo.

—No, te aseguro que no puedes.

—Nena, sólo deseo tus manos sobre mi piel. Te extraño tanto...

Diago le pasó una mano por la nuca y cayó sobre su boca con un desafuero incontrolable. Sus labios se apoderaron de los suyos con desesperación; sacó la lengua, abriéndose paso entre los dientes, y, mientras la besaba, la aplastó contra su pecho, engulléndola en un abrazo desmedido que no hacía más que mostrar la desesperación que ese hombre sentía.

Delanie levantó las manos y se sostuvo de su espalda. La excitó sentir la tensión de sus músculos, así que hundió los dedos en sus omóplatos sobre la tela del esmoquin y se dejó llevar por la pasión del beso, y por la calidez y la humedad de su ambiciosa lengua. Cautiva por su boca, bajó los brazos y le acarició las nalgas con la mano abierta sobre la fina tela del pantalón, y lo oyó soltar el aire con impulso cuando dibujó sus glúteos. Diago la apretó más contra sí, clavándole su bulto en la pelvis.

En tanto el beso se desmadraba, ambos sabían que no había tiempo suficiente para lo que deseaban.

Diago hubiera querido tumbarla en la cama y enterrarse en ella durante horas, pero no podía arriesgarla ni arriesgarse a más.

Se apartó sin convicción, y apoyó su frente en la suya respirando agitado.

—No tienes idea de cuánto te deseo. Dime que tú también —le exigió.

Ella enredó los brazos en su nuca y, con el rostro escondido en su cuello, le susurró al oído.

—Muchísimo, Diago; sólo tú puedes excitarme de esta forma tan descontrolada.

Él metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un juego de llaves.

—Mañana por la mañana viajo directamente a Italia, a Roma, para comenzar con las grabaciones del nuevo filme en el que participaré. Estas llaves son de una villa en el Lacio; ésta perteneció a la familia de mi padrino, el mejor amigo de mi padre; él era el último de su linaje y, como no tuvo descendencia, cuando murió, la heredé yo. Tengo gente que se ocupa de administrarla por mí, y mi padre, cada tanto, le echa un ojo; el sitio está a tan sólo una hora de la capital.

»El lugar es de ensueño, tranquilo, y es especial para disfrutar sin exponerse a miradas indiscretas de nadie. Sé que sigue sin ser lo que en verdad mereces, pero por el momento es lo único que puedo ofrecerte. Quiero que todo el tiempo que dure ese rodaje estemos allí, los dos juntos; además, sé perfectamente que no tienes compromisos contractuales próximos, aparte del de Valentino. La productora me ha facilitado alojamiento en un hotel, pero planeo no usarlo si tú aceptas ir conmigo.

»Evelin tiene todas las especificaciones para llegar a la villa. Además, para quitarte a los *paparazzi* de encima, como primero tienes que pasar por Milán para el tema de las presentaciones como embajadora de la firma Valentino, luego puedes coger un vuelo privado y, dos días después, podremos reunirnos.

»¿Qué me dices?

—Que evidentemente mi representante ahora trabaja para ti.

Delanie no podía respirar; sus palabras la llenaban de ilusión, pero también de miedo, de inseguridad, de angustia.

—El sitio te va a encantar; está alejado de todo. Es una villa inmensa situada en las verdes colinas del Lacio, en el Agro Romano.

—No sé, Diago... quisiera que la decisión fuera más fácil, pero no sé. Déjame pensarlo.

Volvió a besarla; el contacto de sus bocas volvió a desproveerlos de pensamientos. Cuando se apartaron, sus miradas se acariciaron, entrelazándose, tal vez con una promesa no dicha.

Habían pasado demasiados minutos desde que se fueron a presentar el premio y, aunque ninguno lo deseaba, debían separarse.

—Te quiero de una forma muy egoísta, te quiero toda para mí. Por favor, Lanie, acepta ir conmigo, acepta estos días que te ofrezco. Falta poco, mi amor —le rogó desesperado antes de marcharse de la habitación—; unos pocos meses más y, tras la *première* de la película, todo empezará a cambiar para nosotros. No te rindas, nena; sé cuán difícil es lo que te pido, pero... te amo —profirió en un murmullo, entre dientes apretados.

»Ven conmigo a Italia, por favor.

* * *

—¿Dónde mierda estabas?

—Trabajando, dando algunas declaraciones. Wara, no me jodas —le respondió él con una mirada severa y sin parpadeos, cuando regresó a la mesa. Con Delanie habían acordado que ella ya no volvería más allí—. ¿O crees que he venido aquí para exhibirme a tu lado?

Trigésimo segundo

En poco más de una hora, el vuelo privado que había partido desde Milán aterrizó en el Aeropuerto Internacional Leonardo da Vinci, también conocido como el Aeropuerto Internacional de Roma-Fiumicino.

Era tarde, había escogido tomar un vuelo nocturno, y, aunque hubiese querido sorprenderlo, lo había tenido que avisar de que aceptaba su propuesta, puesto que tenían que coordinarse para que él estuviera en la villa y también para que alguien fuera a buscarla.

Mientras se dirigía a la cinta transportadora para recoger la pequeña maleta que había llevado a Milán, ya que el resto del equipaje lo había enviado desde Los Ángeles a Roma y Diago ya se había encargado de mandar a por él, Delanie recordaba...

* * *

—Nena, dime que me llamas para decirme que sí.

—Hola —contestó ella mesurada—, ¿puedes hablar?

—Sí, estoy en el tráiler, habla tranquila.

—Lo he estado pensando...

—Delanie, por favor, vas a matarme de la ansiedad; hace tres días que espero tu contestación. Dime que puedo arreglarlo todo para que te vayan a recoger al aeropuerto.

—Está bien, iré.

—¿Sabes que en este preciso momento me has hecho el hombre más feliz del mundo?

—Yo también estoy feliz, aunque en realidad he estado dudando si aceptar o no hasta el último momento; aún faltan poco más de dos meses para el estreno de *Al otro lado*.

—Pero, cuando nos vayamos de Italia, faltará apenas un mes, y ya arreglaremos la forma de vernos mientras tanto.

—¿De verdad?

—Por supuesto, siempre encontraremos la forma. Nena, devoraré una y otra vez las imágenes de ti en Milán hasta que llegues a Roma; has salido preciosa en toda la producción de Valentino.

—¿Has visto las fotos?

—¿Acaso crees que puedo resistirme?

—Tú, en cambio, estás escondido, no aparece ninguna foto tuya.

—Me reservo para ti, cariño.

—Me parece perfecto. Diago... por favor, hagamos que esto funcione.

* * *

Salió por la puerta de la terminal uno, la de Alitalia, y buscó veloz a alguien que sostuviera un cartel en el que pusiera «Di Maranello», el nombre de la villa de Diago. Al localizarlo, se acercó al que le habían explicado que era el capataz, pues era éste quien debía recogerla. Le asombró lo joven que se veía. Delanie esperaba encontrarse con un hombre mucho mayor, pero no sólo era joven, sino que además era muy atractivo. Rápidamente hizo una anotación mental para tomarle una foto y enviársela a Keyra; estaba segura de que su amiga babearía cuando lo viese.

Stefano era muy del estilo de los hombres que atraían a su amiga: pelo largo recogido en un nudo, barba tupida, rubio, proporcionado, ojos celestes...

—¿Eres Stefano? —le preguntó para corroborarlo al acercarse a él.

—El mismo, señorita Jones; bienvenida.

Ella asintió con la cabeza.

—Llámame Delanie, por favor. Gracias por venir a recogerme.

—Para servirla, señorita Delanie. Permítame ayudarla con el bolso y la maleta —le contestó el empleado en un inglés muy bueno, y a ella le extrañó que casi no tuviera acento italiano.

—Muchas gracias.

—Sígueme, la *pick up* no ha quedado muy lejos.

Stefano Marione la guio hasta una Ford Ranger de color naranja metalizado, de doble cabina. Le abrió la puerta trasera y ella se montó en el vehículo mientras él se encargaba de colocar su equipaje en la zona de carga de atrás.

A medida que se fueron alejando de la ciudad, el paisaje se fue convirtiendo en más silvestre y las casas comenzaron a escasear; la villa Di Maranello estaba ubicada en el municipio IX de Roma, más precisamente en Fioranello, zona que forma parte del Agro Romano, una vasta área rural cercana a la capital.

El móvil de Stefano sonó y él lo cogió del salpicadero para atender la llamada.

—Por Fonte Laurentina —contestó rápidamente, luego escuchó lo que le dijeron y colgó, concentrándose de nuevo en el camino.

—¿Falta mucho, Stefano? —preguntó Lanie, ansiosa por llegar.

El paisaje a esa hora de la noche no resultaba llamativo y no se podía admirar, puesto que sólo se vislumbraban extensiones de terreno oscuro y supuso que con frondosa vegetación, lo que impedía dar con una señal que indicase el lugar en el que se encontraban.

—No, señorita, estamos a medio camino —le dijo éste mientras sonreía a través del espejo retrovisor. Hacía un instante que Diago lo había llamado para preguntarle por lo mismo; el patrón parecía igual de impaciente.

En determinado momento, la camioneta giró hacia la derecha, saliendo de la Circonvallazione Meridionale; los faros de la Ranger iluminaron el cartel que señalaba que estaban cogiendo la Via di Fioranello, así que Lanie imaginó que estaban muy cerca.

—Cuando recorra el camino de día —le explicó Stefano rompiendo el silencio en el habitáculo—, podrá admirar la belleza de estos parajes; estamos llegando a una zona de viñedos. Si le apetece, le sugiero que baje la ventanilla, así podrá apreciar el aroma de la tierra en el aire, que transporta el olor de la vid, mezclado con el aroma de las plantas frutales y los olivares, que también se cosechan por aquí, lo que hace que los vinos de la región sean únicos, puesto que el entorno modifica el sabor original de la uva.

Lanie hizo lo que el chico le sugirió y la asaltó la fragancia del ambiente; efectivamente, como él había dicho, se podía advertir la mezcla aromática que flotaba en el lugar.

—En verano se puede apreciar mucho más lo que le digo.

De pronto viraron en una calleja de tierra, muy angosta, y, tras andar un trecho no demasiado largo, se adentraron en otro camino, donde sólo se veía lo que la *pick up* iluminaba. Inmediatamente, enmarcado por cipreses y pinos

añejos, se adentraron en un camino en cuya entrada se indicaba que estaban accediendo a una propiedad. A lo lejos podían apreciarse las luces de la casa rural; la galería se veía muy iluminada, al igual que en derredor.

Stefano estacionó la Ranger al lado de la casona y, tras apearse de la camioneta de un salto, se dirigió con rapidez a abrirle la puerta a Delanie, y luego la ayudó a bajar.

—La puerta de entrada está por ahí; yo me encargo de su equipaje, *signorina*. —El joven concluyó la frase en italiano, pero Delanie lo entendió. Mientras le hablaba, le había señalado que se dirigiera hacia la galería de tejas españolas, que era sostenida por cuatro columnas romanas de piedra caliza.

—Muchas gracias por el paseo, Stefano.

—Ha sido un placer.

Estaba muy nerviosa. Había pensado que Diago estaría esperándola en la entrada, pero no había señales de él. Su mente se convirtió de pronto en un precipitado torbellino de incertidumbre. «Tal vez aún no ha llegado de grabar», pensó mientras agarraba con fuerza la correa de su bolso y caminaba por el sendero pedregoso rumbo a la galería.

Cogió el picaporte de la inmensa puerta de doble hoja en madera maciza, buscó el juego de llaves que Diago le había entregado unos días antes, y se adentró en la casa.

Un recibidor con estuco en las paredes le dio la bienvenida. Observó las estatuas y una mesa con terminaciones barrocas sobre la que descansaba un jarrón con magnolias, que le daba calidez al ambiente, y, sobre ésta, un espejo decorado con la misma celosía que había advertido en el exterior de las ventanas. El suelo del recibidor formaba un desnivel y era el lugar por donde se accedía a las diferentes áreas; a la izquierda se podía optar por ascender dos escalones de mármol, para llegar a la escalera que llevaba a las plantas superiores, o bien acceder a otra entrada, en la que se advertían pasillos y puertas; de frente, otra puerta de doble hoja que se encontraba abierta dejaba a la vista un gran despacho, con una inmensa biblioteca en su interior, y a su derecha, otra igual, que imaginó que daba a la sala.

—Señorita Jones, bienvenida —la saludó una mujer muy joven que apareció de repente por el pasillo de la izquierda. La chica llevaba puesto un delantal de cocina que protegía su ropa. La escrutó rápidamente; vestía un pantalón de mezclilla y un suéter grueso de lana con cuello alto, y llevaba botas de media caña planas—. Mi nombre es Antonella, soy la hija del antiguo

capataz. Verá, me crié en estas tierras; mi madre era la encargada de la casa y mi padre, quien se ocupaba de la finca y la plantación. Ahora ocupo el lugar de mi madre, desde que ella murió. Siempre hemos vivido en la casa que está destinada a los caseros.

—Encantada de conocerte, Antonella. No he visto mucho de la villa todavía, pero veo que —escrutó la magnificencia del recibidor— está muy bien cuidada.

—Adelante. En seguida serviré la cena. Pase a la sala, que el señor ya baja; acaba de llegar y ha subido a darse una ducha. Me ha dicho que no tardaría.

A Delanie no le gustó saber que una muchacha tan joven era la encargada de atender a Diago mientras ella no estaba; además, ésta no sólo contaba con juventud, pues también era poseedora de un físico agraciado, y un rostro muy bello enmarcado a la perfección por una larguísima cabellera pelirroja.

Lanie entró, a través de la puerta de doble hoja que le había indicado Antonella, a un gran comedor, donde una mesa de cristal con sitio para diez comensales la recibió. Notó de inmediato que estaba dispuesta para que dos personas cenaran allí. Dejó su bolso sobre la mesa y cruzó hacia el salón que se comunicaba con el comedor, y al instante se quedó subyugada por la belleza y la riqueza del lugar... los techos abovedados lucían majestuosos, así como las decoraciones barrocas que se repetían alrededor de la gran chimenea de mármol; el suelo, de estilo veneciano, era magnífico, al igual que las espléndidas lámparas de cristal de Murano y los elegantes muebles y detalles de prestigio que satisfacerían a cualquiera que verdaderamente buscara la esencia de la elegancia.

De pronto sintió que dos brazos la rodeaban desde atrás, y cerró los ojos para llenarse los pulmones con su inconfundible olor. Sintió demasiada emoción; había añorado en extremo un momento de intimidad con él, y también había creído que nunca más iba a volver a tenerlo.

Diago le besó el cuello y respiró profundamente, nutriéndose también con su aroma. La giró y se detuvo frente a ella para admirarla, y de pronto se vio inmerso en la belleza de sus ojos y la serenidad de su tímida sonrisa.

—No puedo creer que estés aquí.

Delanie se perdió en el movimiento de sus labios y se quedó inerte mirándolo, cayendo en la cuenta de lo mucho que lo había extrañado. Se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello en un abrazo, y él entonces la apresó por la nuca y por la espalda, pegándola a su cuerpo.

—Esto es un sueño, la casa es un sueño, tú eres un sueño... pero, si es así, no quiero despertarme.

Diago tiró suavemente de su pelo para obligarla a que apartara el rostro que ella había sumergido en su cuello y le exigió que lo enfrentara. La miró a los ojos; le resultaba increíble tenerla junto a él en esa tierra antigua del Lacio, pero, aunque no lo pudiera creer, estaba pasando.

Delanie bajó ambas manos y le acarició la espalda, notando sobre el suéter la dureza de su musculatura y el calor de su piel. Se fundieron en un beso que encerraba la ansiedad que sentían y que devastaba los sentimientos contrapuestos que los dominaban.

—Perdón por interrumpir, señor.

Se separaron al advertir la voz de Antonella.

—Sólo quería avisarlos de que les he dejado servida la cena; la coloqué en el calentaplatos. Si no me necesitan más, quisiera retirarme a mi casa.

—Puedes irte, Antonella; muchas gracias por todo.

—Buenas noches. Cuando terminen, déjenlo todo en la mesa, mañana lo recogeré.

—Gracias —dijo Lanie—. Que descanses.

La chica se retiró de inmediato y volvieron a quedarse solos. Diago cogió una mano de Delanie y se la besó.

—¿Qué te parece si comemos algo? Un cruasán es lo único sólido que he ingerido en todo el día, y luego litros de café.

—¿Por qué no paraste para almorzar?

—Porque debíamos sacar hoy, sí o sí, todas las escenas de la película que transcurren en piazza di Spagna; el caso es que necesitábamos hacerlas con el lugar cerrado al público y el municipio sólo le permitió a la producción hacerlo hoy.

Se dirigieron hacia el comedor y Diago empezó a destapar todos los calentaplatos que conservaban a buena temperatura las exquisiteces que Antonella había preparado.

—Oh, por Dios, ¡qué cantidad de comida!

—En Roma se come abundantemente. Su gastronomía consta de cuatro platos. Para empezar, el indispensable *antipasti* como entremés —señaló unos *crostinis*, unas tostaditas acompañadas con carnes, setas, paté y verduras—; aquí

todo es ecológico, de nuestra huerta. El primer plato casi siempre consta de pastas, arroz, ñoquis o sopa; en este caso tenemos una pasta corta, *cavatappi ai quattro formaggi*.

—¿Qué has dicho?

—*Cavatappi*, es la variedad de pasta; los conocidos sacacorchos, aquí con salsa a los cuatro quesos —tradujo Diago.

—¿Hablas italiano?

—Luego *ti parlo* lo que tú quieras, *bambina*. Déjame seguir con la explicación.

Ella asintió.

—Por aquí tenemos un asado de cordero y ensalada de rúcula, de nuestra granja y también de nuestra huerta. —Señaló cada una con un ademán y tuvo que contener la carcajada al ver lo hastiada que ella se sentía; sabía muy bien lo que Lanie quería, pero tendría que esperar—. El segundo plato, el principal, casi siempre es carne o pescado y su acompañamiento —continuó explicándole—. Y, por supuesto, el imprescindible plato dulce, el postre. Hoy disfrutaremos de un tiramisú; seguramente es la receta de la mamá de Antonella, así que debe de estar para chuparse los dedos, porque el que hacía María Teresa era el mejor que he probado en la vida.

Se sentaron a la mesa y Diago atacó la comida; realmente lo hubiera dejado todo de lado y la hubiese llevado a su dormitorio antes que nada, pero estaba dispuesto a retrasar el momento. Sabía lo deseosa que ella estaba, ya que lo notó cuando la besó; sin embargo, su enojo por haberlo dejado le provocaba querer castigarla privándola de él, tal cual ella había hecho al alejarse. Durante dos largos meses le había prohibido tenerla... y ahora tendría que esperar.

Delanie picoteó un poquito de cada cosa, mientras continuamente comentaba que era demasiado y lo miraba fastidiada porque él no paraba de comer. Ella sólo ansiaba que subieran al dormitorio y le hiciera el amor; había pasado demasiado tiempo desde que habían estado juntos. Lo único a lo que no se resistió fue al tiramisú, que efectivamente estaba exquisito, tal como había vaticinado Diago.

—Qué casa tan hermosa. Me contaste que perteneció a tu padrino, ¿verdad?

Aunque le interesaba la explicación que él comenzó a darle, se maldijo por distraerlo más y que el momento se siguiera demorando.

—Así es. Como sabrás, antes Italia no era una república, sino una monarquía, y mi padrino pertenecía a una familia de la *aristocrazia*, aristocracia,

nobleza —tradujo al inglés— ; su padre, el príncipe Alessandro Torello V, construyó esta villa. Mi padrino era el príncipe Marco Torello VI, pero él no tuvo sucesor, puesto que nunca se casó ni tuvo descendencia, porque era gay; así que con él murió la dinastía de los Torello. Por eso, en su testamento nos dejó un poco a cada uno; nosotros, para él, éramos su familia, ya que sus consanguíneos estaban todos muertos, pues la familia de mi padrino tuvo una historia muy trágica, con muchas defunciones. Marco era el mejor amigo de mi padre... mi papá se crio en esta villa junto a él, ya que mi *nonna* Geovanna, mi abuela paterna, era la cocinera de este lugar. Por ella mi hermana también se llama Geovanna.

—¿Tú padre es italiano?

—Sí, pero su apellido es James, porque mi abuelo era inglés.

—¿Y cómo fuisteis todos a parar a Canadá?

—Mi padre se fue detrás de mi madre, que era canadiense, persiguiendo su amor; se conocieron aquí, en Roma, durante unas vacaciones que ella vino a pasar con su familia.

—Guau, nunca me habías contado nada.

—No, nunca surgió esta conversación. Mañana, de día, iremos a recorrer la propiedad; te encantará el lugar. La casa que era de mi padre y mis abuelos es la que hoy ocupa Stefano. Luego hay otra igual, donde vive Antonella; su padre murió hace muy poco, era el anterior capataz y ella vivía con él. Luego hay dos propiedades más, para invitados. Detrás de los olivares y de los árboles frutales, están las casas de los trabajadores, aunque no todos viven aquí, ya que algunos residen en zonas aledañas y vienen a diario a trabajar desde sus hogares. También hay una granja, una caballeriza y un huerto. Pero ahora no hablemos más, es hora de irnos a la cama, quiero enseñarte mi habitación.

«Por fin», pensó ella.

Se pusieron de pie, y se besaron.

—¿Has venido alguna vez con Wara a esta casa? —preguntó ella cuando se separaron. No sabía por qué, puesto que en la casa de Lawrence Park South ella había vivido con él y para Lanie eso no había supuesto un problema, pero en ese momento, de pronto, necesitaba un lugar que sólo fuera de Diago y de ella. Inconscientemente deseó que él le dijera que no.

—Odia la vida en el campo, y cree que este sitio es de mi padre, por eso nunca quiso venir.

—¿De verdad?

—No tengo por qué mentirte; te asombrarías de lo poco que en cuatro años hemos compartido ella y yo.

Subieron a la primera planta; allí todo lucía impecable, como en la planta baja.

—Las dos plantas superiores fueron las que necesitaron más reformas cuando heredé la villa —le explicó Diago leyendo sus pensamientos—. Estaban muy ruinosas y precisaban muchas reparaciones, así que decidí hacerlas de nuevo, incluso se cambiaron todos los techos. La casa combina muy bien el estilo antiguo y el moderno. Ven por aquí; éste es mi dormitorio, y ahora también el tuyo.

Entraron en el dormitorio principal, de colosales dimensiones y paredes de estuco, blancas, donde una cama de madera maciza, extraordinariamente grande, acaparaba todo el protagonismo. Además, no sólo destacaba por su tamaño, sino que también lo hacía por el formidable tallado de su baldaquino; sobre éste, los doseles de gasa caían de forma etérea, otorgándole al conjunto visual un cariz muy romántico, sensual y sereno.

El cabecero de la misma era de estilo capitoné, al igual que las banquetas que se hallaban a los pies de la cama y los sillones.

—¿Pretendes hacerme creer que arreglaste la casa de esta forma pero nunca viniste aquí con ella? —dijo Delanie, incrédula ante la exquisitez que veía.

—Roma, esta villa, la tierra, el lugar donde crecieron mi padre y mi padrino, a quien adoraba, la vegetación que rodea esta casa y la protege de todo lo que sucede más allá, y su historia, son mi refugio. Cuando comencé a reformarla, nunca pensé en venir con Wara; es más, si me preguntas por qué, te diré que no deseaba traerla porque, aunque no quería reconocerlo, siempre supe lo ambiciosa que era; supongo que por eso le dejé creer que la propiedad le pertenecía a mi padre. Simplemente no deseaba que ella profanase mi lugar en el mundo.

»Éste es mi lugar en el mundo, Lanie, y quiero compartirlo contigo. Muchas veces a lo largo de mi vida, cuando me he sentido perdido, he venido aquí y me he vuelto a encontrar; el contacto con la naturaleza, los aromas del aire que se respira, los sonidos diferentes a los que se aprecian en la ciudad, siempre logran devolverme la calma.

—Te entiendo. Cuando estoy perdida me voy al rancho de mi padre para disfrutar de lo mismo y desintoxicarme de todo.

—Por eso quería que viniésemos, para que nos reencontremos aquí, donde

todo es perfecto.

—Tengo miedo de que algo vuelva a suceder; tengo pánico de que...

—Shh... —él aplastó sus labios contra los de ella, para hacerla callar—, nada va a pasar, nada, te lo prometo.

La besó desmedido y luego se apartó.

—¿Te atreves a que juguemos un poco? —La pregunta la cogió por sorpresa.

—¿Jugar?, ¿a qué te refieres con *jugar*?

Se alejó de ella caminando muy sensual y seguro de sí mismo hasta la cómoda, mientras Delanie admiraba la proporción de su cuerpo. Del segundo cajón sacó un juguete que parecía un masajeador de color rosa intenso, con una parte prolongada del tamaño de un dedo que, además, constaba de otra parte que estaba separada de ésta y que parecía el pomo de una puerta. Lanie estaba desconcertada. ¿Cómo podía pensar en jugar? Ella sólo quería que se la follara y le hiciera perder la razón.

Diago regresó frente a ella y le mostró lo que traía.

—Es un vibrador para parejas, un estimulador del punto G y del clítoris, pero la vibración y el movimiento también me estimularán a mí, puesto que esto —le enseñó la parte prolongada— te lo meteré junto con mi polla, y esto otro que ves aquí —abrió la mano y le enseñó la perilla— es el mando a distancia. —Las mejillas de Delanie se sonrosaron—. Apuesto a que tienes un vibrador, ¿no es cierto, cariño?

—Sí, lo tengo, pero me da un poco de pudor hablar contigo de esto. Mis relaciones sexuales siempre han sido muy... básicas. En cambio, contigo... siempre son excéntricas.

Él se carcajeó, pero ella ya estaba tan excitada con la explicación que apenas si podía respirar.

—En la variedad está el gusto, nena. No tiene nada de malo experimentar para sentir más placer.

—Ya me he dado cuenta, contigo siempre se experimenta. Diago, sólo quiero que me folles y me hagas perder la conciencia; no sé si quiero jugar, sólo quiero estar contigo.

—Te aseguro que esto —le mostró el masajeador—, te hará perder la razón. Ella asintió con la boca seca mientras apretaba los muslos.

—Está bien, probemos.

Diago arrojó el juguete sexual sobre la cama y cogió de inmediato el borde

de su suéter, y Delanie levantó los brazos para que él se lo quitara; al ver su cuerpo tan perfecto sólo cubierto por el sujetador negro con transparencias, el gris plata de sus iris casi fue reemplazado por el negro de sus pupilas, que se ensancharon al ser invadido por las ansias; le acarició los hombros, y luego tomó los tirantes del sostén y se los bajó. Acercándose lentamente, le mordió un hombro, y el contacto de su boca con su piel provocó que se le escapara un quejido inconsciente; su miembro palpitó anhelante bajo el vaquero, y el roce de la tela en el glande casi lo hizo tambalear.

—Me descontrolas —confesó mientras sus manos se trasladaban a la espalda para desprenderle el broche del sujetador.

Delanie levantó los brazos y llevó sus manos sobre el torso de éste, acariciándolo sobre la ropa, al mismo tiempo que él se desprendía de la prenda, que cayó deslizándose por sus brazos, lamiéndole la piel; entonces, Diago se apartó un momento y observó la perfección de sus senos, levantó los brazos y Delanie se estremeció incluso antes de que él la tocara. Sostuvo ambos pechos, rebosantes en sus manos, y los apretó y masajeó, con deleite, mientras gemía y se relamía los labios; después se inclinó y chupó ambas areolas, las rodeó con su lengua y las perdió dentro de su boca, hasta lograr arrancarle gemidos desbocados.

—No te haces una idea de lo mucho que he deseado que volviéramos a estar juntos.

Ella arqueaba la espalda, exponiendo más sus pechos, y se aferraba de sus bíceps, que se notaban en completa tensión bajo la lanilla del suéter.

—No vuelvas a privarme de tenerte, Lanie, no vuelvas a intentar separarnos, porque así es como debemos estar siempre —le dijo entre lametazos y mordidas.

Desesperada y a punto de correrse, debido al contacto de su experta boca, cerró las piernas y él sonrió mientras se quedaba con un pezón entre los dientes y la miraba por entre las pestañas. Diago ensayó una mueca ladina al ver su necesidad contenida, se incorporó y le desabrochó los pantalones, enganchó los pulgares en la cinturilla para bajárselos junto con el tanga, la ayudó a que se quitara las botas, y terminó de desembarazarla de todo.

Se puso de pie acariciándole los muslos.

Delanie estaba encendida, y él llevaba demasiada ropa puesta. Tiró de su suéter para quitárselo, y de inmediato se inclinó para dejarle besos en el pecho, y sobre cada músculo que se destacaba en su abdomen; recorrió sus piramidales,

que apuntaban en una flecha perfecta hacia el cielo, desprendió el botón del vaquero y se dio cuenta de que él no llevaba ropa interior.

—Dios, cómo me enciende que estés así, preparado para mí.

Delanie lo miró entre las pestañas y él le guiñó un ojo, luego ella se dedicó a acabar de desnudarlo.

Su polla erecta saltó literalmente ante sus ojos y, al verla tan de cerca, pensó que se caería de culo; estaba muy hinchada y tiesa, la cabeza estirada y brillante, y, como siempre, goteando de anticipación. Quiso metérsela en la boca, pero Diago la sujetó de las axilas y la puso de pie.

—Si dejas que me tragues con tu boca, me correré tan pronto como sienta tus labios a mi alrededor, y te he prometido mucho placer.

La sentó en la cama, luego la acomodó para que se situara en el centro de ésta y le dijo, mientras le introducía un dedo en la vagina y lo entraba y sacaba con la vista fija en la penetración:

—Estás muy cachonda, ¿cierto?

—Sí, Diago; te necesito, necesito saber que estamos de nuevo juntos.

Diago cogió el vibrador y reemplazó su dedo por éste. Delanie estaba expectante a la estimulación que sentiría; él lo puso en funcionamiento y ella de inmediato comenzó a retorcerse.

—¿Te gusta lo que sientes?

—Sí, mucho.

—Y si te gusta tanto estar conmigo, ¿por qué me apartaste?

—No lo sé.

Diago detuvo el vibrador.

—¡¡No!!, no lo hagas.

—Dime entonces por qué me apartaste.

—Porque creí que así dejaría de sufrir.

—No, mi amor, no; te he necesitado a cada instante.

Diago retiró el vibrador y lo reemplazó por su lengua y por sus dientes.

Después cogió otra vez el juguete sexual y el mando a distancia, y se lo introdujo.

—Yo también te he necesitado a cada instante.

Modificando la intensidad, mientras la observaba y se acariciaba la polla, le preguntó:

—Y ahora, ¿cómo lo sientes?

—Muy intenso.

Diago advirtió que ella apretaba los muslos; entonces detuvo el masajeador y se lo retiró.

—No, ¿por qué? —se quejó ella, sintiendo que la dejaba al filo del abismo y muy frustrada.

—Porque ahora es mi turno; no seas impaciente, seguiremos jugando con tu nuevo amigo, veo que te ha gustado.

Delanie lo agarró de la nuca y le mordió los labios, y él introdujo la lengua en su boca al tiempo que, de una embestida, también enterró su verga en su sexo. Bramó como un león herido, y se detuvo un instante en su interior, conteniendo las ganas de eyacular; recordaba lo suave y caliente que era su vagina, pero por alguna razón la sentía mucho mejor que como él la evocaba.

Comenzó a moverse despacio, hasta que el descontrol lo invadió y empezó a castigarla con movimientos intensos y muy largos.

—Joder, Lanie.

Hincó los dedos en sus caderas y, cambiando el ángulo de su irrupción, probó otro roce y otro ritmo; ambos jadeaban, ambos se quejaban con cada envite... hasta que tomaron conciencia de que todo estaba a punto de terminar.

Pero como Diago era el que llevaba el control y había decidido de antemano la forma en que ambos llegarían al orgasmo, se detuvo.

Salió de ella, dejándola otra vez al filo del abismo y más frustrada aún, y se puso de espaldas sobre el colchón.

—Ponte encima de mí.

Delanie se sentó a horcajadas sobre él, y Diago de inmediato le introdujo de nuevo el vibrador y lo puso a funcionar; luego cogió su polla y, haciéndose espacio, encajó también su sexo junto al aparato.

—¿Te gusta? ¿Te sientes muy expandida? Yo te siento más apretada que nunca, esto es increíble.

Ella asintió, la excitación era tan intensa que no podía hablar.

Diago se sentó, probando una variación de la posición que en el *Kamasutra* se conoce como la vaquera, y recogió sus piernas al tiempo que la sostenía por la espalda, para penetrarla más profundamente.

—¿Me sientes muy hondo así? —le preguntó, pero ella estaba tan perdida en las sensaciones que su cuerpo y su mente no tenían dominio ni para contestar ni para moverse.

A Diago le encantó verla rendida de esa forma entre sus brazos, entregada al placer que el juguete y su polla le provocaban. Como captó que Lanie ya no

controlaba su cuerpo, él se sentó un poco más y la tomó por las nalgas para moverla sobre su verga, le chupó la barbilla, le succionó los pechos y le mordió los pezones mientras continuaba castigándola con su sexo; además, cada tanto subía la intensidad del vibrador para que la excitación de ambos continuara escalando.

—Diago, por favor, voy a correrme. —Cuando ella dijo eso, él apretó el mando a distancia y le dio más potencia al vibrador, a la vez que la otra mano la manejaba sobre su polla.

Ambos gritaron, se estremecieron, sintieron que enloquecían de pasión y alcanzaron el orgasmo, vaciándose por completo.

Delanie cayó exhausta sobre su cuerpo, y él apagó el aparato.

Le acarició la espalda, serenándola, y después de algunos instantes en los que los resuellos de ambos empezaron a estabilizarse, la obligó a que lo mirase.

—Eres tan hermosa cuando te corres... —La besó en la boca, despacio, pausado; la acarició una y otra vez con la lengua, hasta que se apartó y se quedó mirándola, dando gracias a Dios por poder volver a tenerla junto a él—. Quiero darte todo el placer que esté a mi alcance. Necesito que me necesites tanto como yo te necesito, necesito que me ames con la misma locura que yo te amo a ti.

Ella le apartó el pelo que se le había pegado a la frente por el sudor.

—Por supuesto que te necesito, cada día se me hace más imposible estar sin ti. Te amo, Diago James. —Le cogió una mano y la apoyó en su pecho—. Te llevo enterrado en mi corazón como una daga que me ha herido de muerte, y ahora sé que no quiero volver a sentir que no me perteneces. Mi cobardía me llevó a alejarte de mí, creí que de esa manera mi corazón estaría protegido; sin embargo, no fue así, porque cada día que no fuiste mío mi corazón dio un latido menos, hasta casi detener su marcha por completo.

—Siempre he sido tuyo, soy tuyo, siempre lo seré. Siempre me tuviste, nena, siempre... —repitió con vehemencia—... lo prometo.

La giró con soltura y, sin ningún esfuerzo, metió una mano en medio de ellos y quitó el vibrador. Después empezó a moverse dentro de ella con reverencia. Tenía pensado hacerle el amor; la amaría durante toda la noche, quería que su polla fuera solamente la encargada de arrancarle jadeos, súplicas, gritos, hasta regalarle todo el placer que ella ansiaba y del que se habían privado durante tanto tiempo.

* * *

Casi estaba amaneciendo. Diago se había levantado para avivar la chimenea de la habitación. Se habían amado durante toda la noche, una y otra vez, y en ese momento estaban abrazados bajo las mantas mientras se acariciaban y hablaban, pero ya ambos sentían que las palabras les fallaban y que el sopor los estaba invadiendo.

—Vamos a dormir —indicó él de pronto—; nos espera un día muy largo. No tengo que ir al rodaje, pero en la villa hay mucho que hacer. Aquí no hay un John Deere, pero hay varios SAME, es la marca italiana de tractores más famosa, y quiero ver si es cierto que sabes conducirlos y si te atreves a correr una carrera conmigo.

—Perderás; eres pan comido, Diago James —le contestó ella con el último aliento antes de dormirse.

* * *

El tiempo en aquel paraje fue pasando, y ellos encontraron la paz y la armonía que tanto ansiaban.

Con el correr de los días empezaron a sentirse como una verdadera pareja. Delanie estaba convencida de que Diago había tenido razón en insistir que fuera; ése era el sitio ideal para una reconciliación y, tras vivir ahí todos esos días, también comprendía por qué ése era su lugar en el mundo.

Estar junto a Diago de nuevo era todo lo que necesitaba para sentirse feliz y completa. Sin embargo, y a pesar de lo bien que por fin estaban, no podían olvidarse de que, cuando se acabase el rodaje en Italia, deberían regresar a sus vidas, y en ellas todo volvería a ser como antes, pues no podrían mostrarse en público durante algún tiempo más.

Era la última semana en villa Di Maranello, y Diago había insistido para que invitara a Keyra a pasar esos días con ellos, aunque lo que en verdad quería evitar era que Delanie tuviese que regresar sola a Los Ángeles. La presencia de su amiga indudablemente había levantado bastante el ánimo de Lanie. Ánimo que volvía a decaer por las noches, casi siempre después de que hicieran el amor.

—No te duermas.

—Estoy cansado, cariño. He trabajado muchísimo hoy.

—Lo sé, pero, si nos dormimos, mañana cuando despertemos ya será otro día.

—Por lo general es lo que sucede, el día y la noche marcan el comienzo y el final de una nueva jornada.

—No te burles, sabes perfectamente a lo que me refiero; sólo nos quedan dos días en Roma, y no quiero que esto se acabe, no me quiero ir de aquí.

—Tampoco yo, pero también necesito ir a ver a Delphie; lo comprendes, ¿verdad? La extraño... miro los vídeos que me manda Wara y no puedo creer lo mucho que ha crecido.

—Sí, por supuesto que lo entiendo, lo que pasa es que me angustia que todo se complique otra vez, que tengas que volver a esa casa, que tú y yo tengamos que reprimirnos de todo, que tengamos que contener nuestras ansias.

—Ya te expliqué cómo funciona todo allí; me gustaría que me creyeses, uso la casa sólo para dormir.

—Te creo, no tienes que volver a decírmelo. Prométeme que intentarás que no salga otra imagen en la prensa en la que se os vea juntos.

—Te lo he prometido y lo intentaré.

—Ven, acurrúcate en mi pecho; yo te abrazo esta noche, úsame de almohada.

—Humm... si te uso de almohada, y tus pechos quedan tan cerca de mi boca, querré otra cosa.

—Mentiroso; ya no tienes más energía, acabas de decirme que estás cansado.

—¿De verdad crees que no tengo más energía? —Apoyó la pelvis sobre su cadera, demostrándole que aún podía volver a empezar—. Ya me he espabilado.

—Duerme, depravado, guarda tu *Kamasutra* para otra oportunidad.

—Me había parecido entender que no querías dormir.

—No, pero por otros motivos; además, mañana es tu último día de rodaje y debes ir descansado.

Trigésimo tercero

El viaje se les había hecho eterno porque Delanie y Keyra no volaron directamente al aeropuerto LAX, sino que, como estrategia para evitar a la prensa, tomaron un vuelo con destino al Aeropuerto John Wayne, el que la gente usa normalmente cuando tiene como destino Disneylandia. Como éste no quedaba demasiado alejado de Los Ángeles, convinieron en realizar el trayecto hasta casa en coche. Ambas estaban agotadas, ya que, además, su vuelo había hecho escala en Chicago.

Cuando salieron de la terminal, Chuck las estaba aguardando para llevarlas hasta Hollywood Hills.

—Hermanito, gracias por venir a buscarnos.

—¿Empezamos otra vez a jugar al escondite?

—No empieces con eso. —Delanie lo abrazó y lo llenó de besos, desestimando la acidez de su comentario—. La próxima vez que vayamos a la villa de Diago, tienes que venir, te va a encantar.

—Y a mí también me lleváis, ¿eh? —exigió Keyra con la voz muy firme.

—Sí, Key; por supuesto.

—Se te ve muy bien, espero que sigas así.

—Estoy estupendamente, Chuck —contestó, y giró la cabeza para mirar a los ojos a su hermano—. Diago y yo hemos podido consolidar nuestra relación; puedes estar tranquilo, soy muy feliz a su lado, y sé que muy pronto voy a serlo todavía mucho más.

* * *

Volver a la rutina no resultaba nada sencillo; dejar atrás la burbuja en la que había vivido con Diago era realmente muy difícil, pero por suerte Lanie tenía varios compromisos de trabajo asumidos con anterioridad —eventos, presentaciones y la grabación de un anuncio—, y eso la ayudaría a mantenerse ocupada para que la ansiedad no la carcomiera. Diago, por su parte, tenía un parón de dos semanas en su agenda laboral, así que pensaba emplear ese tiempo

para reunirse con amigos y organizar actividades junto a ellos durante el día; por la noche regresaría a dormir a su casa con Wara y así, de esa manera, no estaría violando el acuerdo.

* * *

Tras dos semanas en Toronto, y de acuerdo a su plan de trabajo contractual, Diago por fin viajaba hacia California, escapando del calvario que significaba convivir en cierta forma bajo el mismo techo que Wara.

—Espero que respetes los acuerdos hasta el final y no andes por ahí revolcándote con ésa. Sé muy bien que tienes a tu agente trabajando las veinticuatro horas para que nada se filtre, pero cuídate de eso como de mearte en la cama, porque, si descubro algo, te juro por mi hija que voy a arruinarte.

Diago se dedicó a despedirse de Delphie; lo abrumaba la ternura que nacía en su pecho al abrazarla. La apretó con fuerza y la llenó de besos, ignorando el comentario malintencionado de Wara; cuando estaba con su hija, jamás permitía que nada lo privase de disfrutarla y, por otra parte, hacía tiempo que no entraba en el juego de su ex y eso a ella la enardecía mucho más.

—De alguna forma me cobraré que me hayas dejado, eso tenlo por seguro.

—¿Es que nunca te cansas? ¿Es que jamás te detienes? ¿Por qué no haces que, de algún modo, el tiempo que me estás obligando a vivir contigo sea más llevadero?

Fastidiarlo de cualquier manera siempre era su mayor satisfacción; su corazón, enfermizo y perverso, disfrutaba con ello. Estaba llena de rencor y de odio, y no podía evitar el enfado que sentía cuando se daba cuenta de que había dejado escapar tan estúpidamente a la gallina de los huevos de oro; sin embargo, durante el último tiempo había empezado a contener su aborrecimiento, puesto que había comenzado a sospechar que Kurtis también la había traicionado. Wara amaba a ese hombre con desesperación; por él había hecho cosas indecentes e indignas, pero nada era suficiente para que, por fin, él dejase de lado ese estúpido plan de estafar el corazón de dos personas sólo con el propósito de acomodarse económicamente. Después de que él se casara con Marlene Davidof, y tras conseguir la vida de lujos con la que siempre había soñado, comenzó a alejarse y en ese momento hacía semanas que no se acordaba ni de ella ni de Delphie, su hija. Tiempo atrás, cuando ella quedó embarazada, pensó que Kurtis,

de una vez por todas, detendría sus planes y se irían juntos, pero eso no había ocurrido; ante eso, las migajas que recibiría de por vida por parte de Diago parecían ser su única opción para mantenerse de forma holgada.

Eso le agriaba más el estado de ánimo; encontrarse atada a una vida que detestaba, la envenenaba, pero a esas alturas no le quedaba otra. Diago debía continuar creyendo a cualquier precio que era el padre de su pequeña.

* * *

Faltando dos semanas para la *première* de la película, Diago llegó a Los Ángeles para participar en las promociones del filme en diferentes programas de televisión y también para realizar entrevistas para medios de comunicación radiofónicos y escritos junto a Delanie.

La cercanía que experimentaban durante esos días en ocasiones les resultaba cada vez más difícil de disimular frente a los demás; medir sus palabras en las declaraciones que daban a la prensa se estaba convirtiendo en un trabajo muy engorroso. Sobre todo, lo más complicado era esconder la complicidad que había entre ellos, como no tocarse ni hacer ninguna demostración de cariño muy evidente ante los ojos de nadie; por supuesto que lo intentaban, pero no estaban muy seguros de estar consiguiéndolo.

Finalmente, el día del estreno en Los Ángeles llegó. Todo estaba listo para vivir una verdadera fiesta en el Regency Village Theatre. Las vallas publicitarias de *Al otro lado* habían sido colocadas desde la intersección de Lindbrook Dr. con el bulevar S. Westwood y a lo largo de la avenida Broxton.

Presidiendo el sitio por el que los actores desfilarían horas más tarde, para firmar autógrafos y compartir un momento con los enfervorizados fans, una exclusivísima alfombra de color negro con el nombre de la película cubría toda la extensión de la calle. Luces, carteles publicitarios y pantallas gigantes se esparcieron por todo el camino, para que nadie se perdiera ningún detalle; incluso hasta podrían ver lo que sucedía dentro de la majestuosa carpa montada justo antes de la entrada al teatro, donde se había ubicado a toda la prensa. Dentro de ésta, y para no romper el encanto, arañas de cristal y suntuosas telas se amalgamaban con el *photocall* gigante, con los rostros de Delanie y Diago, para que ellos posaran frente a los fotógrafos y periodistas.

No cabía duda de que los estudios cinematográficos y los productores habían apostado a lo grande con la puesta en escena del estreno; todo era de un gusto exquisito, y el glamur abundaba, con lo que se pretendía que fuera un evento de gran envergadura. Los organizadores se habían esforzado mucho para que se hablara durante mucho tiempo de esa *première*.

Pasadas las seis de la tarde, los productores, director, guionistas, autora y actores secundarios involucrados en el filme fueron llegando para desfilan por esa enorme pasarela montada en plena calle; sin embargo, aunque la gente disfrutó de la presencia de cada uno de ellos, todos estaban expectantes a que aparecieran los protagonistas.

Casi una hora más tarde, Delanie y Diago llegaron y descendieron de una limusina. Cuando la gente los vio bajar y el presentador los anunció a través del micrófono, el estallido del público fue ensordecedor. Los aclamaban y vitoreaban gritando sus nombres, les pedían fotos, que firmasen libros... la locura de *Al otro lado* se acababa de incrementar todavía más con su presencia. El público se había enamorado de la historia desde un primer momento, pero ahora estaba enamorado de los personajes que lo representaban y con quienes, además, se identificaban.

—Esto es increíble —se decían uno al otro y, aunque la cara les dolía de tanto sonreír, no podían dejar de hacerlo.

Acompañados por sus representantes, quienes los fueron guiando para recorrer todo el camino pactado y sin desatender a nadie, siguieron caminando.

—Esto es una locura, Diago.

—No lo puedo creer —dijo él, quien se reía por todo.

Ambos estaban obnubilados con el cariño que la gente les demostraba; no querían irse de allí, deseaban que el momento persistiera para siempre.

Alcanzaron la carpa y allí, además de los fotógrafos, los esperaba la familia de Delanie; ella no sabía que todos estarían presentes, así que estaba realmente muy sorprendida.

Él, a regañadientes, se separó de ella para permitir que se fotografiara con sus familiares. No quería apartarse, puesto que esa noche tenían beneplácito para abrazarse y tocarse frente a la gente, puesto que nada iba a ser malinterpretado.

—Ya te la devuelvo —le aseguró Evelin al ver su reticencia a alejarse.

Mientras Delanie posaba junto a su familia, él lo hizo solo, y luego con sus compañeros de reparto; sin embargo, su vista se desviaba constantemente hacia donde ella estaba; no podía dejar de mirarla y admirarla. Lanie era una mujer

bellísima, y además, ese día, se veía como un sueño, con ese vestido de Chanel, diseñado especialmente para ella. Éste estaba confeccionado con tul negro, bordado en blanco, y presentaba un escote muy pronunciado en la espalda, y era de estilo sirena. Se trataba de un diseño que realzaba su figura y la hacía verse aún más perfecta.

Volvieron a unirse para posar para los fotógrafos, y Diago la pegó a su cuerpo con determinación.

—Dios, ¡qué ganas de besarte!, estás tan bonita... y, cuando sonríes tan despreocupada como lo estás haciendo ahora, me vuelves loco —le dijo él entre dientes al oído. Lo emocionaba poder tenerla tan cerca sin tener que privarse de abrazarla.

—Tú también estás muy guapo con ese traje, no veo la hora de que lleguemos al hotel para quitártelo —le retrucó ella al oído.

Diago vestía un *Slim fit* (traje ajustado) de Hugo Boss en color negro de dos botones, con ribetes de seda en la solapa y en los bolsillos, así como en las costuras laterales del pantalón; lo combinó con una camisa blanca y corbata negra, y unos lujosos zapatos Derby de Louboutin en piel de charol. Estaba impecable y muy atractivo.

—No me digas eso, que aún falta demasiado.

Finalmente posaron con el resto de miembros del reparto y luego se acercaron para realizar algunos reportajes, y cumplir así con todos los compromisos pactados con los medios. Después de que contestaran a todas las preguntas, se despidieron y entraron en el teatro, donde en breve iba a proyectarse por primera vez la película; ellos ya la habían visto unos días antes, en un pase privado que se había dado para todo el elenco de actores.

La sala estaba a reventar, con sus mil cuatrocientas butacas ocupadas. En la acera de enfrente del icónico teatro, que se destacaba por la torre de casi cincuenta y dos metros que se cernía sobre ésta, se encontraba otro de los teatros de la firma Regency, donde ese día estaba programada, simultáneamente, la proyección de la película; esa sala también estaba a tope. Saludaron al público que abarrotaba ambas salas y luego, por la calle lateral, la seguridad del evento los acompañó hasta la limusina que estaba esperándolos para llevarlos hasta la *after party* que la producción había organizado en el Museo Hammer, a muy pocas manzanas de allí.

En la intimidad del vehículo, se abrazaron.

—Estoy tan feliz...

—Yo también, nena. Sólo tenemos que pasar la presentación en Toronto y entonces empezarán a cambiar nuestras vidas; ya pronto se terminará todo esto y podremos mostrar a todo el mundo el amor que sentimos. Y al que le moleste, que mire para otro lado.

Tras una noche larguísima, pero exitosa e inolvidable, llegaron al Hotel W Los Angeles-West Beverly Hills, donde los habían acomodado esa noche para que el traslado hasta la *première* fuera más cómodo, ya que el hotel quedaba muy cerca. Las habitaciones de ambos eran contiguas, pero Diago ni se molestó en entrar en la suya.

Pasaron la noche juntos; estaban cansados, pero hicieron el amor para cerrar con un broche de oro la velada.

Diago había puesto la alarma. Habían dormido sólo unas seis horas, pero debían despertarse para no perder el vuelo que debía llevarlos a Toronto, ciudad donde comenzaría una extensa gira promocional que los llevaría a recorrer varios países por todo el mundo.

Cuando Lanie recobró la conciencia, se dio cuenta de que él tenía uno de sus pezones en la boca, chupándolo y mordiéndolo con delirio; una de sus manos la sostenían por el muslo de la pierna que cruzaba sobre las caderas de él, mientras que su polla ya estaba penetrándola con movimientos lentos y profundos.

—Humm, esta alarma es el mejor despertador que puede existir. Quiero despertarme siempre de esta manera.

Tras conseguir llegar a un extraordinario orgasmo, juntos se metieron en la ducha.

Como los hoteles W cuentan con el exclusivísimo servicio Whatever/Whenever (lo que quieras, cuando quieras), pidieron que el agente de servicio al cliente les consiguiera hamburguesas en Carneys.

Cerca de las cinco de la tarde hicieron el *check out* y se dirigieron al aeropuerto de Los Ángeles, donde se encontraron con el resto del equipo que también viajaba con ellos en esa gira. Puesto que era un viaje corto, lo harían en un chárter que la productora había contratado para tal fin.

Cuando el avión empezó a virar sobre el aeropuerto de Toronto Pearson, una desazón le oprimió el pecho a Delanie y no la dejaba respirar; intentaba contener sus emociones, pero no pensar de forma posesiva le resultaba imposible.

—¿Por qué esa cara?

—Sabes por qué, no me hagas decirlo.

—Ésta es la última noche que dormiré en esa casa; después de hoy, nunca más.

* * *

Puesto que ésa era la ciudad de Diago, y las féminas estaban muy entusiasmadas con su estrella local, la productora organizó de nuevo una puesta en escena sorprendente en el Teatro Scotiabank de Toronto.

Eran las seis de la tarde cuando todo comenzó... calles cortadas y el público delirando por los actores de manera ensordecedora. Lanie llegó sola, vestida con una prenda de la colección de Elie Saab, un magnífico vestido estilo princesa con transparencias y bordados en color plata que resaltaba su extraordinaria belleza. Se sentía insegura sin su compañero al lado, pero tenía que sortear el momento. Se suponía que ese día superarían el último escollo que la vida les ponía separándolos, pero tanto Diago como ella sabían que se tenían en cuerpo y alma, así que se puso su armadura y salió a dar batalla; posó para los fotógrafos y sonrió continuamente, repartiendo glamur a diestra y siniestra.

Carmen y Evelin, que los acompañarían durante toda la gira, estaban muy conectadas y habían pactado, de forma previa y con habilidad, que Wara y Delanie no tuvieran que cruzarse. Por ello, cuando su representante fue avisada de que Diago y Wara estaban llegando, Eve fue a buscarla para sacarla de escena y que no tuviera que presenciar la llegada de la supuesta feliz pareja.

Lanie se retiró unos minutos a dar algunas declaraciones, pero los gritos de las fans que vitoreaban a Diago la hacían desconcentrarse y su mirada buscaba alguna pantalla gigante para verlo.

Cerrando las presentaciones de la noche, llegó él acompañado por la que todos creían que era su mujer. Diago descendió primero del coche de alta gama que los había trasladado hasta el lugar, y Wara lo hizo tras él; el guardaespaldas del evento la ayudó a hacerlo, porque él ni se molestó en tenderle la mano. Ella llevaba puesto un vestido en tonalidades doradas que se le ceñía muy bien al cuerpo y resaltaba sus curvas. De inmediato se posicionó junto a él y lo cogió de la mano.

—Muestra un poco más de cortesía, mi amor; me estás haciendo enojar, y sabes que enfadada soy muy peligrosa.

Diago ni siquiera se dignó mirarla cuando ella le habló. Los organizadores le pedían que se acercara más a ella, al igual que los fotógrafos, pero él no lo hacía; estaba tieso, incómodo, incluso sentía que la corbata lo estaba asfixiando. Los hicieron caminar hacia el sitio donde se había dispuesto el *photocall* con un póster gigante de la película detrás, donde volvieron a posar. Wara, a propósito, lo tomó por la nuca, abrazándolo.

—Cálmate, cariño; muéstrate un poco más feliz de posar con tu mujercita; la gente cree que lo soy y terminará odiándote por mentiroso si descubre que todo este tiempo la has estado engañando y riéndote en su cara.

Él se giró buscando con la mirada a Carmen y ésta apareció de inmediato; sabía reconocer ese gesto en él; distinguía a las claras que significaba que se la llevara ya, que no la soportaba más.

—Vamos, Wara, los fotógrafos ya han obtenido suficientes fotos. Tenemos que seguir con la agenda del evento, la película debe empezar a proyectarse dentro del horario —le explicó la asistente.

Cerrando el *show* de la noche y cogiéndolo por sorpresa, Wara le encajó un beso en medio de los morros a Diago, quien no tuvo más remedio que responder.

—Ya está bien, Wara; deja de fastidiarme, nadie te ha pedido tanto circo.

—Al final voy a creer que yo soy mejor actriz que tú.

Diago intentó serenarse; echaba humo hasta por las orejas. Todos hablaban del beso de la pareja, hasta el presentador hacía bromas, lo que significaba que Delanie ya estaría enterada, incluso tal vez hasta lo habría visto a través de las pantallas gigantes.

—Tranquilízate, Diago, serena el gesto y cambia esa cara o todos se darán cuenta de que algo no marcha bien —lo conminó Carmen ignorando a Wara y centrándose en su representado.

Él sonrió forzosamente y entre dientes dijo:

—Tengo que seguir trabajando, Wara; vete ya.

Se sentía fatal, sentía que le había fallado a Lanie. Cuando ella se fue, posó solo ante los fotógrafos y en determinado momento los vio aparecer y no pudo creerlo.

Su familia, acompañados por Eric y Anthony, se plantaron en la alfombra roja, dándole una gratisima sorpresa. Eso logró levantarle un poco el ánimo, pues Diago no estaría tranquilo hasta verla a ella.

—Amigo, lo has conseguido —soltó Anthony estrechándolo en un abrazo.

—La gente te quiere, ¡joder! —exclamó Eric mientras le palmeaba la

espalda—. Hostia, tío, cambia esa cara, que la perra hoy sale de tu vida.

Él asintió.

—Dios, no puedo creer que estéis aquí. —Los tres se abrazaron.

—¿Cómo no íbamos a estar? Lo teníamos todo arreglado con Carmen para sorprenderte.

Diago se abrazó con su padre.

—Vamos, hijo, sonríte, que has esperado mucho para esto; hoy es el último día que tienes que fingir junto a ella.

—Lo sé, papá, pero siempre logra arruinarme el momento.

—No lo permitas —le dijo su hermana, llenándolo luego de besos, al igual que la esposa de su padre.

Carmen caminaba alejándose con Wara.

—¿Por qué eres tan mala? No te das cuenta de que de esa forma obtienes menos de él; la verdad, te creía más inteligente, ¿por qué no llegas a un arreglo en paz con Diago? No sólo por vosotros, sino, sobre todo, por la niña.

—No necesito sermones, y menos si provienen de ti.

—No es un sermón, Wara, es un consejo que me atrevo a darte, puesto que te conozco desde hace tiempo.

—Por favor, tú trabajas para él, no vengas a hacerte mi amiga. Sé perfectamente la cantidad de veces que lo has ayudado para que pudiera verse con la arrastrada esa; tú eres su principal tapadera, tengo muy claro de qué lado estás.

Mientras tanto, Evelin acompañaba a Delanie para que se encontrara con Diago.

—Cálmate, Lanie, él no la ha besado, ha sido ella quien lo ha hecho. Sonríe, cariño, que las cámaras están pendientes de ti; no le des el gusto a esa harpía de hacerte sombra.

—No quiero llorar, pero te juro que estoy a punto de hacerlo. Quiero patearle ahora mismo las pelotas, en serio. Dios, justo he levantado la vista y lo he visto en la pantalla... esto ha sido el colmo, ¿te das cuenta?

—De lo que me doy cuenta es de que le estás dando más importancia de la que tiene.

Diago, al divisar que ella se acercaba, fue a su encuentro; cuando la saludó, la abrazó midiendo sus ganas.

—Sonríe. Ya estoy contigo, mi amor, ya nada nos puede separar, todo este circo se acaba hoy.

Diago tenía razón, pero estaba demasiado encabritada... quería limpiarle la boca allí mismo, pero no podía, y eso la sulfuraba todavía más. Lanie quería borrar con uno de sus besos el contacto de Wara.

Diago la abrazó pegándola a su cuerpo, posó la mano en su cadera, demostrándole a todo el mundo que ésa era la persona con quien él quería estar, y entonces el roce y la posesión de su postura la hicieron ablandarse parcialmente.

—Vamos, eso es —la alentó mientras se colocaban para posar frente a los fotógrafos. Al notar que ella empezaba a relajarse en sus brazos, él también lo hizo—. Sonríe, mi vida, no dejes de brillar —le indicó mirándola a los ojos, y entonces ella sonrió con franqueza, con la mirada embargada de emoción—. Es nuestra noche, nena. Vamos, disfruta de lo que hemos logrado, disfruta de que estamos juntos y de que así será para siempre.

* * *

Esa misma noche, Diago, Delanie y parte del elenco de actores, además de Leona y Jobs, partieron para iniciar la gira promocional de la película.

El primer destino fue Sídney, donde el público los recibió muy fervientemente; luego se presentaron en Londres, donde otra magnífica *première* tuvo lugar en el Royal Albert Hall, y donde la locura de los fans parecía ir en aumento. Desde allí, se trasladaron a Madrid y luego a Río de Janeiro; después partieron hacia Ciudad de México y, por último, cerraron las presentaciones en Nueva York, en la sala Alice Tully Hall del Lincoln Center, donde el delirio de los fans no tuvo precedente, y donde la puesta en escena llevada a cabo por los organizadores superó todas las anteriores, casi casi deteniendo Manhattan, y eso es mucho decir.

La taquilla había explotado en todo el mundo, y las críticas de los entendidos eran inmejorables; la prensa entera hablaba ya de un gran fenómeno a nivel mundial. Era indudable que *Al otro lado* estaba dejando huella y ganándose un sitio en las páginas de la historia del cine.

* * *

Iban camino al aeropuerto; Diago también volaría a Los Ángeles, supuestamente a resolver unas cuestiones laborales. Eso le había dicho a Lanie, pero la verdad era que iba a cerrar el trato de la compra de una casa y quería sorprenderla.

* * *

—Diago, me encanta, esto es de muy alto *standing*, es una casa fantástica la mires por donde la mires. ¿De verdad te mudas a Los Ángeles? —preguntó Delanie, incrédula, colgada de su cuello. Estaba fascinada con la propiedad que Diago quería adquirir en Hollywood Hills, en una zona muy selecta de Sierra Alta Way muy cercana a su barrio.

—Sí, pero quiero que te mudes conmigo.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? Porque mi corazón está a punto de explotar ahora mismo.

—Más en serio que nunca. —Le dio unos cuantos besos rápidos en la boca—. ¿Qué dices?, ¿aceptas?

—Claro que acepto —ella lo besaba por todo el rostro—; no hay nada que desee más en el mundo que vivir contigo —continuaba besándolo—, pero sólo si me dejas participar económicamente en la compra de la casa; quiero que la paguemos entre los dos. —Se besaron lentamente.

—Puedo hacerlo solo, tú no tenías pensado invertir en una propiedad.

—Lo sé, pero déjame sentir que colaboro con nuestro hogar. Además, invertir en una propiedad siempre es una muy buena decisión; por favor, no te niegues. —Estampó un beso en sus labios y después se soltó de su agarre sin dejar que él dijera nada y se dirigió al exterior—. ¿Sabes?, creo que la piscina es magnífica así, tal cual está, pero en cuanto Delphie crezca será peligrosa para ella, así que deberemos hacerle poner algún tipo de protección, tal vez unos cristales como los que están en la escalera, de esa forma no se perdería la línea minimalista de la construcción.

* * *

Por la noche Delanie salió del baño tras lavarse los dientes; no había parado de hablar de la casa que habían ido a ver. Diago ya estaba metido en su cama, revisando su móvil; no había ido a ningún hotel, se había quedado con ella,

aunque aún tenían cuidado de que no los viesen juntos, pues querían dejar pasar algún tiempo antes de anunciarlo públicamente.

—¿Qué ocurre?, ¿pareces preocupado?

—Desde hace dos días Wara no me contesta los mensajes, y hoy la he llamado varias veces para saber de Delphie y no me atiende.

—Cariño, ya la conoces...

—Ya sé que lo debe de estar haciendo a propósito, pero necesito saber de mi hija. No se puede comportar de esta manera. ¡Joder!, esta mujer va a acabar volviéndome loco.

Diago seguía insistiendo, pero su ex no le contestaba.

—Si está empeñada en no contestarte, no lo hará. Diago, pasado mañana te vas a Toronto para arreglarlo todo allí, y para recoger a Delphie; en dos días la verás y en una semana estaremos aquí los tres juntos.

* * *

De regreso en Canadá, Diago cogió un taxi hasta York Mills para recoger a su hija; luego tenía pensado volver a su casa en Lawrence Park South, ya que nada lo retenía junto a Wara, puesto que los acuerdos habían concluido. Así que, de camino desde el aeropuerto, telefoneó a sus abogados y éstos le enviaron por correo electrónico la carta de consentimiento que Wara debía firmar para que Diago pudiese sacar a Delphie del país. Sabía que no iba a ser fácil convencerla, pero también sabía que con dinero lo lograría.

Cuando llegó a la casa, entró y le extrañó que todo estuviera oscuro y muy silencioso; definitivamente no era tan tarde como para que todo se viera tan solitario.

—Wara, ya he llegado, ¿dónde mierda estás?

Subió hasta el dormitorio de Delphie y comprobó que la pequeña no estaba allí; le extrañó que tampoco estuviera el personal doméstico que Wara se había empeñado en contratar.

Buscó a su expareja en su dormitorio, pero tampoco la halló. Puso sus manos en jarras y pensó dónde podría haber ido, pero una sensación extraña en su pecho lo invadió de golpe. Llamó a su amiga Maggie, pero ésta no sabía nada de Wara. Se dedicó a emplear el tiempo en imprimir los papeles que Wara debía

firmar y volvió a subir para recoger algunas cosas suyas que quería llevarse. De pronto oyó ruidos abajo y, cuando descendió las escaleras, encontró a Kurtis y a Wara besándose, mientras la niña dormía en brazos de éste.

—Buenas noches.

Ambos se quedaron de piedra; era obvio que nadie lo esperaba, porque supuestamente él debía llegar en una semana.

Diago cruzó la sala y le quitó a Kurtis de los brazos a la niña.

—Ya me voy, no quiero interrumpir nada, lo que vosotros tengáis no me interesa; es más, me alegro de que estés rehaciendo tu vida, Wara. Simplemente he venido a buscar a mi hija, ya que no hay nada que me ate a ti. Que os haya visto juntos no hace más que confirmarme que eres una perra, y que todo este tiempo te has dedicado a hacerme la vida imposible sin necesidad, porque tú ya tenías una historia con este tipo.

—A mi hija no te la llevas a ninguna parte —soltó Wara tirando de la niña que cargaba en brazos y provocando que ésta se despertara llorando.

—Sí, Wara, me la llevo, y lo puedo hacer con o sin tu consentimiento, porque las leyes de Canadá así lo indican, puesto que compartimos la custodia de Delphie. Para tu información, me la llevo a Los Ángeles. Si quieres firmar la carta de consentimiento, bien y, si no es así, la sacaré del país sin eso. —Le entregó los papeles para que estampara en ellos su rúbrica—. Ya he recogido su documentación mientras tú no estabas —la informó—; volveremos en dos semanas. No llores, princesa. —Diago le acarició la cabecita y la conminó a que se calmara mientras le besaba el cuellecito. Quiso sacársela de los brazos a Wara, pero ésta pegó un grito que volvió a asustar a la pequeña.

—No te la llevarás, no lo harás.

—No hagas las cosas más difíciles, y deja de chillar, estás asustando a la niña.

Kurtis no decía ni esta boca es mía; permanecía alejado, con las manos en los bolsillos, sin meterse en la disputa.

—No lo harás, no te llevarás a mi hija. ¡¡Delphie no es tu hija!!

—¡Wara! —gritó de pronto Kurtis, intentando hacerla callar.

—Basta, no aguanto más —gritó ella también—. Delphie no es hija tuya, Diago; por lo tanto, no tienes ningún derecho a sacarla del país.

—¿Que mierda estás diciendo? ¿Acaso... te has vuelto loca?

—Lo que has oído: no te llevarás a Delphie, porque tú no eres el padre.

—Definitivamente estás chiflada por completo; deja de decir estupideces y

de usar a Delphie para manipularme, esta vez no lo harás.

—¿Por qué no os calmáis y...?

—Tú no te metas. —Diago quiso recoger a Delphie de los brazos de Wara, sin importarle que la estuviera asustando.

—No te la vas a llevar, Diago. Hasta aquí he llegado con esta locura. Kurtis, me prometiste que lo arreglaríamos todo, es hora de decir la verdad. —Wara miró a Diago y confesó—: Delphie es hija suya, y puedo demostrarlo con una simple prueba de paternidad.

Un mazazo en medio de su espalda es lo que sintió Diago. De inmediato la ira lo envolvió, y descargó una trompada en el mentón de Kurtis, derribándolo; se trenzaron en una lucha cuerpo a cuerpo, hasta que los dos, agotados, dejaron de pegarse.

—Maldito hijo de puta, y tú, puta de mierda —le gritó a ella; su labio sangraba—, me has arruinado la vida, me habéis arruinado la vida —se corrigió.

Diago estaba despatarrado en el suelo, con los codos apoyados en sus rodillas mientras se sostenía la cabeza, intentando pensar.

Luego se levantó, cogió la documentación de Delphie y arrancó a la niña de los brazos de su madre, y no hubiese habido fuerza en la tierra capaz de detenerlo. Wara lo intentó, pero éste le propinó un empujón que la dejó de culo en el suelo; después salió como una tempestad de la casa, metiéndose en el garaje. Acomodó a la pequeña en su asiento de seguridad y luego se marchó.

* * *

—Levántate, ve a buscar a tu hija, ¿o piensas permitir que la saque del país? Kurtis, por favor, haz algo.

—Ocúpate tú, yo no haré nada. Si no fueras tan estúpida... En dos semanas él la volvía a traer. Pero no puedes mantener la boca cerrada... Ahora te quedarás en la calle por idiota y con un crío a cuestas.

—Maldito hijo de puta —Wara lo empezó a pegar y él, de un empujón, la apartó—, no me puedes dejar sola en esto, te voy a arruinar.

—¿Ah, sí? ¿Qué me vas a sacar, si no tengo nada?, vivo de mi mujer.

Wara lo abofeteó y lo echó de la casa. Estaba desesperada, y sola, muy sola. Cogió las llaves del coche y salió de allí.

* * *

Diago había llegado a su casa en Lawrence Park South. En el camino consiguió que Delphie se calmara y se durmiera, mientras él le cantaba *Daughters* entre sollozos.

Cuando entró en casa, se dejó caer en el sillón con la pequeña en brazos, sosteniéndola muy fuerte contra su pecho. No podía creer lo que estaba viviendo, no podía ser cierto que ese pedacito de su carne no fuera realmente suya. Subió a la habitación de la niña y la dejó con cuidado en su cuna, la arropó y se la quedó mirando. Luego buscó su móvil y llamó a Delanie.

—¿Diago?, ¿hola?, ¿Diago?

Él empezó a llorar con tal desconsuelo que no podía contestarle.

—Diago, amor, ¿qué pasa? Me estás asustando. Estoy aquí, sólo dime qué ocurre.

—No es mía.

—¿Qué? No te entiendo, cariño, no entiendo lo que me quieres decir.

—Delphie no es hija mía; todo este tiempo me ha hecho creer que era su padre y resulta que no lo soy, no es mi hija —continuaba repitiendo—; ¿qué voy a hacer?

—Oh, Dios mío... —Delanie se tapó la boca y empezó a llorar a la par que él—. ¿Cómo lo sabes? Diago, joder, deja de llorar y contéstame: ¿cómo puedes estar tan seguro de algo así?

Él se lo refirió todo.

—Dónde está Delphie ahora.

—Conmigo, se la arranqué de los brazos y me la llevé. Está en casa conmigo. Quiero ser su padre, Lanie, no quiero que esto sea verdad. Yo la amo, ella es mi princesa...

—Lo sé, cariño. Calmémonos, tal vez sólo lo dijo para que no te la llevaras, quizá te mintió. Sabemos cómo es de retorcida, sabemos que Wara manipulará todo lo que esté a su alcance para que hagas lo que ella quiere.

—Creo que no mintió.

—Escúchame, Diago —Delanie impostó una voz muy firme, intentando que él reaccionara—: no puedes estar seguro hasta que haya pruebas concretas; mientras tanto, Delphie es tu hija.

—Espera, están tocando el timbre. —Bajó las escaleras y miró por la ventana—. Joder, es la policía; déjame ver qué pasa y te llamo.

—No me cortes, déjame oír lo que pasa o me moriré de la angustia.

Él dejó su móvil en la mano con la llamada en línea y el altavoz puesto y

abrió la puerta...

—¿Diago James?

—Sí, ¿qué sucede?

—Va a tener que acompañarnos. Hay una denuncia en su contra por el secuestro de un menor; la madre de la niña dice que se llevó a su hija sin su consentimiento y que usted no es el padre.

—Un momento, no pueden entrar en mi casa.

Un oficial de policía lo empujó para cruzar el umbral de la puerta.

—Tenemos una orden para entrar en su casa y llevarnos a la menor. Servicios sociales ha intervenido, puesto que la madre dice que usted la quiere sacar del país.

—La niña es hija mía; tengo su documentación, y ésta prueba que la niña es mi hija.

La asistente social apareció entonces para revisar los papeles que Diago le enseñaba.

—Lo sentimos, señor James, pero, hasta que esto se aclare, la niña debe volver con su madre.

El oficial que había entrado bajó con la pequeña en brazos y se la entregó a la asistente social.

—No pueden llevársela, es mi hija —gritó él desesperado.

—Deberá acompañarnos a la comisaría.

—Está bien, lo haré; sólo permítanme cerrar la casa y llamar a mi abogado.

—Cierre la casa y llame a su abogado por el camino.

Diago cogió el móvil, sacó el altavoz y se lo puso en la oreja.

—Cariño...

—Ya lo he oído todo. Tú llama al abogado, yo me encargo de llamar a Carmen. Tranquilo, todo se va a aclarar; ya verás que esto no es más que un manotazo de ahogado de Wara, Delphie es tu hija.

—Luego te llamo.

* * *

Cuando llegaron a la estación de policía, vio que Wara también estaba allí. Le entregaron a la niña y ella se marchó.

—No tienes límites —le gritó Diago—; ahora hasta usas a la niña para salirte con la tuya.

—Delphie no es hija tuya. Te lo dije, no te la llevarás a ninguna parte.

En ese momento Thony Thorton, el abogado de Diago, llegó.

—Thony, esta mujer se ha vuelto loca, haz algo.

—Cálmate; déjame a mí, yo me ocupo.

Wara se había marchado de la comisaría, y Diago aún permanecía ahí junto a su abogado.

—Mira, no hay nada que hoy podamos hacer; la policía está actuando de oficio y, ante la duda, la madre siempre tiene prioridad cuando se trata de un menor. Ahora están todos los juzgados cerrados, así que mañana a primera hora pediré una prueba de paternidad; no pueden retenerte por nada, ya que los papeles confirman que tú eres su padre y eso te exime de la denuncia de secuestro que ella ha interpuesto. Pero, como las autoridades son cautelosas en estos temas, y más si la madre dice que la quieres sacar del país...

—No puedo creer la pesadilla que me está haciendo pasar.

Salieron de la comisaría y se montaron en el coche de Thorton.

—Es una hija de puta —soltó Diago invadido por la ira mientras se ponía el cinturón. Su humor variaba de un momento a otro, pasaba de la cólera a la desesperación en segundos.

—¿Estás seguro de que Delphie es hija tuya?

Diago le volvió a referir todo lo que había pasado esa noche con más tranquilidad, puesto que, cuando se lo explicó por teléfono, lo hizo atropelladamente debido a la situación de ese momento.

—Mira, si no pedimos la prueba y realmente la niña no es tu hija, es muy probable que tal vez la pida ella. Entiendo perfectamente lo difícil que debe de ser para ti tomar ahora esta decisión, pero debes decirme qué quieres hacer.

—Tengo miedo de lo que pueda llegar a descubrir, pero, si sólo me está manipulando, necesito saber la verdad y corroborar que tengo los mismos derechos que ella sobre mi pequeña, y así podré sacar a Delphie del país cuando quiera.

—Perfecto, entonces mañana a primera hora la pediré.

Cuando llegó a su casa, Diago de inmediato se puso en contacto con Carmen; ella lo había estado llamando, pero no había podido atenderla, y en su defecto le había enviado un brevísimo texto.

—Lamento que conmigo tengas que trabajar siempre horas extra.

—Dios, no te preocupes por eso, ¡estoy tan apenada! Diago, no sé qué decirte. Espero que muy pronto se resuelva todo. Estaremos alerta por si sale

algo en la Red de lo que ha ocurrido esta noche; esperemos que nadie te haya visto. Por si acaso, ya estoy elaborando un plan de contingencia para acallar el posible escándalo.

—Todo el barrio debe de haber visto las patrullas en mi casa. Ya veremos.

Trigésimo cuarto

No había pegado ojo en toda la noche; después de que cortara la comunicación con Carmen, había llamado a Lanie, y habían hablado hasta el amanecer.

Tenía pensado darse una ducha y luego tomarse un café y esperar la llamada de su abogado. Se recostó en la cama y cogió su móvil para mirar una por una las fotos de su hija; no podía siquiera imaginar que Delphie no fuera de su sangre.

La noticia primero lo había noqueado y había creído cada palabra, pero, en ese momento, iba a aferrarse a lo que fuera hasta que se comprobase que él realmente no tenía vínculo alguno con esa pequeña.

El cansancio finalmente estaba venciénolo; sentía los párpados pesados y se estaba quedando dormido; sin embargo, cuando se dejó llevar por el sopor, su descanso fue interrumpido por el sonido del móvil que aún sujetaba en una mano. Se despertó sobresaltado, miró la pantalla y atendió.

—Dime, Thony.

—Diago, lo siento. Cuando he querido hacer la demanda, me he encontrado con que alguien ya la había interpuesto; he pedido información, por supuesto, y me han dicho que la señora Levington, en representación de Wara Adams, era quien lo había hecho. Escúchame, sólo quiero advertirte de algo: si se comprueba que la niña no es hija tuya, el fraude de paternidad en Canadá no es considerado un delito, y lo único que podremos obtener, con suerte, será un resarcimiento económico por el tiempo que has mantenido a tu hija sin serlo. Le interpondremos una demanda por fraude de paternidad, pero no creo que consigamos mucho.

Las lágrimas de Diago caían como cataratas de sus ojos sin que pudiera detenerlas; su corazón estaba hecho añicos, le dolía el alma. Él podía atestiguar que ese dolor existía, porque en ese instante era lo que sentía.

—Delphie es y será mi hija —gritó de pronto en un tono de convencimiento que hubiese helado la sangre de cualquiera que hubiese podido oírlo; la contundencia de sus palabras no tenía margen de error—; aunque esa puta

prueba de paternidad diga lo contrario, ella es mi hija. Si se confirma que ella no lleva mi sangre, lo seguirá siendo, Thorton —terció con la voz congestionada, pero firme—. No quiero hacer nada, quiero continuar pasándole dinero, porque, mientras yo viva, me ocuparé de que a mi princesa no le falte nada.

—Diago, si se confirma que tú no eres el padre, perderás todos los derechos; sólo con una demanda podremos intentar conseguir que tú la sigas viendo.

—¡Mierda! Estoy harto de que las leyes rijan mi vida hasta el punto de pensar que ya no soy dueño de ella.

—Tranquilízate, estás agobiado. Descansa. En los próximos días te llegará una citación para ir a hacerte la prueba, y luego, con el resultado en la mano, veremos qué hacemos.

* * *

Después de luchar con el cabreo, con la angustia, con la desesperación y con la incertidumbre, el sueño finalmente lo dominó y se quedó dormido.

Lo despertó el sonido del timbre.

Bajó la escalera frotándose los ojos y encendiendo algunas luces, ya que la casa estaba toda a oscuras.

Cuando abrió y la vio en su puerta, se lanzó literalmente a sus brazos y la metió dentro. Se abrazó a ella con desesperación, se hundió en su cuello y lloró como si fuera un niño.

—Shh, cálmate, mi amor. Diago, tienes que tranquilizarte.

Se sentaron en el sofá y él se desahogó todo lo que necesitaba desahogarse, mientras Delanie lo acunaba en sus brazos y le masajeaba la espalda.

Cuando se sosegó, levantó su congestionado rostro y la besó.

—Has venido, estás aquí conmigo.

—Por supuesto, cariño, ¿cómo pensaste que te dejaría solo con todo esto?

—¿Por qué no me avisaste de que venías?

—Porque no iba a sumarte otra preocupación más. Carmen me ayudó para salir rápido del aeropuerto y que nadie me viese. Ya estoy aquí y, todo lo que tenga que pasar, lo afrontaremos juntos.

Ella le enmarcó la cara y estudió su aspecto.

—Uuuy, esos ojitos están muy rojos y deslucidos, se ven muy tristes y no brillan como siempre —le dio un beso en cada párpado—, y esa nariz está muy hinchada y colorada —le besó la punta de la nariz—, y esa hermosa boca también lo está de tanto que te la has mordido. —Le besó los labios—. Basta, mi amor; tienes que reponerte, quiero verte bien. Sé perfectamente el dolor que estás sintiendo y te juro que, si pudiera hacer algo para detenerlo, lo haría, porque no me gusta verte así.

—Estoy roto, Lanie, siento más dolor que el día que se murió mi madre, y eso es mucho, y además es retorcido, porque Delphie no está muerta. No hay palabras para describir el dolor que siento... viví todo el embarazo, fui a las clases de parto y estuve allí cuando nació, y puedo asegurarte que fue el momento más maravilloso de mi vida; a pesar de que yo no estaba bien con su madre, lo fue, y te aseguro que no puede compararse con otros momentos maravillosos que he vivido. El día que Delphie nació, la sostuve en mis brazos y miré su carita, y conté sus deditos y ella se aferró a mí con su mano tan pequeñita, y hundí mi nariz en su cuello y sentí su olor y la amé tanto... simplemente quedé locamente enamorado de ella. Su nacimiento fue el momento de mayor orgullo en mi vida.

—Lo sé, cielo, sé lo buen padre que eres, sé cuánto la quieres, pero todavía no tenemos ningún resultado, así que no nos adelantemos a nada.

—Ella ha presentado la demanda para que la prueba se lleve a cabo; si lo ha hecho es porque está segura de que no soy el padre; perderé todos los derechos.

—Y si da negativo, ¿tú dejarás de sentirte su padre?

—No, jamás —se tocó el pecho—; la tengo aquí metida, en mi alma; siempre la querré como si fuera mi hija.

—Listo, no necesito oír nada más. Diago, amor, padre no es quien engendra, sino quien merece que lo llamen papá.

—¿Cómo puede una persona ser tan mala? No lo entiendo, me estoy rompiendo la cabeza pensando qué le he hecho para que me haga tanto daño, y no encuentro la respuesta. Es una malnacida. Si me hacía la vida imposible cuando yo no tenía dudas de que era mi hija, imagínate si se comprueba que en verdad no lo es; no me dejará verla más.

* * *

Tras diez días de incertidumbre, los resultados llegaron y efectivamente Delphie no era su hija; muy pronto la niña dejaría de llevar el apellido James y pasaría a llevar sólo el de su madre.

—¿Te das cuenta? El hijo de puta de Kurtis ni siquiera le dará su apellido. Mi hija quedará totalmente desprotegida.

—Diago, amor, no sé qué decirte... Thony ya te ha explicado mil veces cómo funciona el sistema judicial. No sé, se me ocurre que tal vez, si tú vas a hablar con Wara... Sería bueno que pudierais llegar a un acuerdo antes de que tengas que interponer una demanda para continuar viendo a Delphie; sé lo importante que esto es para ti, tienes todo mi apoyo para agotar todas las posibilidades.

* * *

—Delphie no es hija tuya. Por ahora me iré a vivir con Maggie, y pronto regresaré a mi trabajo.

—No tienes que irte, Wara, no tienes que hacerlo; puedes continuar viviendo aquí, pienso poner esta casa a nombre de Delphie, sólo quiero continuar viendo a mi hija.

—Ya te he dicho que no es tu hija, y te lo he demostrado con las pruebas de ADN.

—Te seguiré pasando el dinero que te estaba dando, no me importa... esto no se trata de dinero, pero, por favor, no me separes de ella. Arreglemos esto entre nosotros; no quiero tener que acudir a un tribunal para interponerte una demanda por fraude de paternidad y obligarte a que me la dejes ver. Hagamos las cosas bien por una vez.

—Ya lo entiendo... quieres tener a Delphie, pero ella no es más importante que tu trabajo, por eso no quieres ir a los tribunales.

—No es así, joder, no es eso. ¿Qué te he hecho para que me odies tanto? Me estoy tragando el orgullo y el cabreo, ¿no te das cuenta?

—Lo que sucede es que no te soporto, nunca te he soportado. Jamás he querido estar contigo, y por fin he decidido no aguantarte más.

—Eres una perra, eres una hija de puta.

—¡Ja!, qué novedad. Claro que soy hija de una puta. Diago, no me jodas más... Te utilicé, te exprimí mientras tuve ganas, pero ya no te tolero más. Ni el dinero que me das me incentiva. Mañana me mudo.

—¿Quieres que te diga lo que sucede de verdad? Lo que pasa es que, quien quieres que te preste atención, no lo hace; él te dejó tirada y estás irritada y, como eres tan necia, crees que, provocando que a Delphie le falten cosas, Kurtis vendrá para quedarse contigo. Pero eso no sucederá, porque él es todavía más ambicioso que tú.

»Muy bien, tú lo has querido así: muy pronto tendrás noticias de mis abogados; lo que no sé es cómo te costearás uno, porque ya no te pasaré ni un solo centavo.

* * *

Habían transcurrido seis meses y, aunque Diago ya vivía en Los Ángeles junto a Delanie, no desistía de poder ver a Delphie. Había tenido que presentarse a varias audiencias, y Thony le había dicho que, de un momento a otro, el juez dictaría el régimen de visitas en Toronto, siempre con la presencia de un asistente social.

Delanie y Diago estaban arreglándolo todo para, en un mes más, revelar su relación a la opinión pública; aunque convivían, todavía no habían aireado su amor ante la prensa.

Estaban almorzando cuando el móvil de Diago sonó; era un número desconocido, pero de todas formas atendió.

—¿El señor Diago James?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy el abogado que el estado le ha asignado a la señora Wara Adams.

—Le pasaré los datos de mi abogado para que se comuniquen con él. Thony Thorton es mi representante legal y quien se encarga de la demanda por fraude de paternidad.

Delanie le hizo señas a Diago para saber quién era y él le hizo saber entre dientes que hablaba con el abogado de Wara.

—No, no, no lo llamo por eso. Se trata de otro asunto. La señora Adams está detenida y el sistema social se ha llevado a la niña; ella me pidió que lo llamara a usted, para que se encargara de la pequeña.

—¿Cómo que está presa? ¿Dónde está Delphie ahora? —preguntó desesperado.

—La niña está en un hogar de acogida transitorio.

—¿Cómo?! —Diago se había puesto de pie.

—La situación de la señora Adams es complicada, y el señor Kurtis Tate también está encarcelado; tengo entendido que él es el padre biológico de la criatura, aunque ésta no lleva su apellido. Él tiene una situación legal todavía más complicada que mi clienta, la señora Adams; es muy probable que al señor Tate le caigan más de diez años.

—¿Y a Wara?

—Un poco menos, pero serán bastantes. En cuanto se dicte sentencia, la niña entrará en el sistema de adopción debido a que no hay nadie consanguíneo para que pueda hacerse cargo de ella; está la madre de la señora Adams, pero, según tengo entendido, cuando la justicia la buscó ni siquiera quiso saber nada de su hija ni de su nieta.

Diago no daba crédito a lo que oía; le faltaba el aire y se pasaba la mano por el pelo continuamente; estaba desesperado.

—¿Quién es, Diago?, ¿qué pasa?

James abrazó a Delanie y activó el altavoz del móvil.

—La señora Adams quiere que usted la adopte; está dispuesta a firmarle todos los papeles de adopción.

—¿De qué se la acusa? Perdón, pero no entiendo nada.

—Ella y el señor Tate han sido acusados de fraude, malversación de dinero, falsificación de documentos, abuso de confianza y robo.

Delanie lanzó una exclamación y se cubrió de inmediato la boca.

—Dios, ¿qué mierda ha hecho? —Diago se tocó la frente—. ¿A quién le hizo todo eso?

—A la señora Davidof, y a su padre.

—Joder. Gracias por avisarme; ahora mismo me pongo en contacto con mis abogados y busco un vuelo para ir para allá.

* * *

Aunque Diago pagó por los servicios del mejor criminalista que había en el bufete de Thony Thorton, no se pudo hacer nada. La situación de Wara era irreversible, puesto que las pruebas en su contra eran irrefutables.

—Sé que contigo estará bien —le dijo a Diago conservando su talante soberbio—; de lo único que me arrepiento es de no haber pensado en Delphie, no me lo voy a perdonar nunca.

»Cuida de mi hija, Delanie. —Wara le habló a ésta sin mirarla.

—Lo haré, Wara, ambos la cuidaremos. Sabes que Diago ha agotado todas las vías posibles para sacarte de aquí y que no nos estamos aprovechando de tu situación.

—Lo sé.

Wara Adams cogió el bolígrafo, firmó los papeles, dio media vuelta y se marchó, recobrando su orgullo y su mirada altanera, ya que al parecer era lo único que le quedaba y, para sobrevivir allí dentro, la necesitaría.

Al día siguiente, Delanie y Diago, acompañados por Thony, fueron a buscar a Delphie. La niña, que ya había cumplido un año, apenas oyó la voz de Diago, lo miró, lo estudió durante unos instantes y finalmente se echó en sus brazos.

—Hola, hija, ¡qué mayor estás y qué guapa! —Diago la llenó de besos y la abrazó muy fuerte—. ¡Te amo tanto, mi vida!

Delanie, sin poder contener las lágrimas, y aunque era un poco engorroso enfocar con la vista tan empañada, no dejaba de sacarles fotos a Diago y Delphie; el reencuentro de ambos tenía que quedar plasmado.

—Vamos, amor, vámonos a casa. Si nos seguimos demorando, perderemos el vuelo.

—Tienes razón, no quiero estar ni un minuto más aquí. Hoy los tres empezaremos una nueva vida juntos.

* * *

Finalmente, Diago y Delanie habían dado a conocer la noticia de que estaban en pareja. Todo tuvo que suceder de manera precipitada pues, con la detención y el juicio de Wara, el escándalo estalló y tuvieron que salir a suavizar la versión de los hechos.

Desde entonces, los fans, que seguían su romance, aun cuando nada estaba confirmado, soñaban con el día en que ellos se casarían. Ambicionaban que los protagonistas de *Al otro lado* vivieran su propia historia de amor como los personajes de la película y del libro.

Epílogo

Meses después...

Todo estaba preparado en la villa Di Maranello, y el ambiente festivo invadía el Agro Romano.

Muy temprano, un camión lleno de flores había llegado para que los encargados de la organización las esparcieran de forma tal que, cuando la gente llegase, supiera que estaba haciéndolo a una gran celebración.

El día anterior tuvo lugar en la casa una sencilla ceremonia civil, y ahora era el tiempo de officiar un místico enlace bajo el ritual celta.

Delanie adoraba la saga de «El señor de los anillos» y, desde que vio la película basada en la obra de Tolkien donde aparecía la boda de Arwen y Aragorn, empezó a soñar con un rito celta del matrimonio cuando encontrase al hombre adecuado para casarse. Cuando se lo propuso a Diago, a él le pareció perfecto hacerlo de esa manera, puesto que, además de querer casarse con ella, sobre todo ansiaba poder cumplirle ese día todos sus sueños.

Lanie no deseaba vestirse ni ambientarlo todo como en esa época, lo que le interesaba era cumplir con todo el rito de la ceremonia; sus ambiciones en realidad se fundaban en lo místico y romántico de aquel ritual pagano, ya que una boda de ese tipo estaba plagada de muchos simbolismos que hablaban de unión, de amor y de fertilidad en la pareja. Su significado era mucho más profundo, y se basaba en que dos almas se fusionan para aprender la una de la otra superando a cada paso sus faltas y defectos, con aprendizaje, apoyo y amor.

Delanie había encargado su vestido al diseñador Elie Saab, quien, después de reunirse con ella y que ésta le contase lo que tenía en mente en cuanto al ritual celta, supo interpretar al dedillo el concepto de la boda que se llevaría a cabo, consiguiendo ejecutar un diseño magnífico y soñado, en un género blanco suntuoso que, además, estaba bordado en su totalidad. El vestido iba acompañado de una capa bordada que hacía de cola y que tenía una capucha muy holgada que obraba como velo, ya que, según la tradición celta, era muy

importante llevarlo puesto porque era considerado como símbolo de misterio de la feminidad; según esa creencia celta, antes de colocárselo, la novia era una doncella y, al ponérselo, se convertía en una diosa.

Diago, por su parte, había elegido un esmoquin muy estilizado de Salvatore Ferragamo, en color negro, con pantalón pitillo y zapatos de piel de charol del mismo diseñador.

* * *

En la habitación principal de la casa, la maquilladora y la peluquera acababan de terminar con la tarea de arreglar a Delanie.

—No puedo creer que este día finalmente haya llegado —exclamó ésta, sentada al borde de la cama; vestía una bata de seda blanca y sostenía a Delphie en su regazo.

—*My angel* —le dijo Brett, que estaba instalado en la finca desde hacía una semana, junto con Keyra y Peyton, para ayudarla con todos los detalles y preparativos—. Yo supe desde un primer momento que ese hombre era «tu hombre»; lo distinguí desde esa noche que lo vi llegar a tu casa por primera vez.

—Amigo, tú siempre tan visionario.

—Ay, es que yo, al amor, lo huelo en el aire.

Peyton y Keyra entraron en ese instante; ya estaban listas, enfundadas en sus vestidos de doncellas de honor.

—Oh, Dios, Delanie, ¡me encanta cómo te queda ese peinado y esa tiara de flores! Pareces un hada, cariño.

—Gracias, Key.

—Diago se va a caer redondo al suelo cuando te vea —acotó Peyton.

—Más bien lo que va a querer es salir de allí corriendo para follársela con el vestido puesto.

Todos rieron, mientras Brett imitaba el movimiento de cadera de Diago dándole sin parar a Lanie.

—Brett, no seas puerco —lo regañó Peyton—; no hagas eso, que me haces recordar.

—Lo que pasa es que Peyton debe de estar acordándose de Vaocluse, por eso se ruboriza; ella y yo podemos dar crédito de lo desesperado que suena cuando Diago está caliente.

—Dios —se tocó la frente—, calla, no me hagas recordar ese día. Mi hermana perdió por completo la sensatez y olvidó que estábamos con ella en la casa.

—Tesoro, con el adonis de hombre que tiene, ¿cómo no perder la razón?

—Permiso —dijo Melania asomándose tras la puerta; no venía sola, sino que estaba acompañada por su madre.

—Abuelita, mami. ¡Qué guapas que están las mujeres Greyson!

—No tanto como tú, cariño. Cuando Diago te vea, se va a quedar tonto y no va a poder moverse.

—Eso mismo le estábamos diciendo, aunque... en realidad no era tan así lo que hemos imaginado. Diago no estaba realmente inmóvil, más bien agitaba las cade...

—No quiero saberlo, Brett —lo cortó—; en este momento estoy oyendo tus pensamientos, pero se trata de mi hija.

—Ay, pero si es lo más normal —intervino la abuela—, y además son jóvenes. Melania, tu hija goza de la misma forma que lo haces tú con Víctor.

—Mamáááá. Esta mujer, con los años, ha perdido más el filtro.

—Y esta hija mía, con los años, se ha vuelto más pudorosa y desmemoriada, pero yo me acuerdo bien de cuando llegamos con tu padre antes de lo previsto de Aspen y subí... y te encontré en tu habitación con Dominick dándole y dándole.

—Noooooooooooooo, ¿con papá? Yaya, nunca me había contado eso.

—Sí, con tú padre, querida, y yo distrayendo a tu abuelo para que Dominick se cubriera el culo y no lo lanzaran por el balcón. Por cierto, ¡qué buen culo tenía tu padre!

No podían parar de reír imaginando la situación y hasta Delphie, que estaba en el regazo de Delanie, lo hacía, aunque no entendía por qué se reían, pero ella aplaudía y se carcajeaba como todos.

—Basta, mami, tendremos que maquillarnos de nuevo si seguimos riendo. Entrégale lo que has venido a darle, por favor.

La abuela abrió un estuche de terciopelo negro que llevaba en una mano.

—Son las joyas de cuando me casé —explicó—; me encantaría que ahora fuesen tuyas y que hoy las usaras. Fue un regalo de tu abuelo y, como bien sabes, él y yo nos amamos hasta el último día, cuando la muerte nos separó, y fuimos muy felices; así que, sin duda, te traerán buena suerte.

—Yayita, ¡qué bonito! Claro que me las pondré; además, combinan a la

perfección con el vestido.

Se abrazaron; Delanie estaba muy emocionada con el obsequio.

—Bien, ahora dame a esta preciosura —interrumpió Melania—, que se va conmigo para cambiarla y para que así puedan terminar de arreglarte, o se hará tarde.

Lanie besó a Delphie antes de entregársela a su madre y la niña, que había aprendido en esos días a dar besos, abrió la boca y la llenó de babas en la mejilla, retribuyéndole el cariño.

—Sí, sí. Idos todos, que la ayudaremos a colocarse el vestido —intervino Keyra.

—Ni sueñes que me voy a ir; renuncié a ser doncella por una cuestión de no quitarle protagonismo a mi amiga en la ceremonia, pero yo me siento como tal.

—Tú eres mi doncella de honor, Brett, por supuesto que te quedas.

* * *

Estaba todo previsto para que la ceremonia se realizase al aire libre. Se había trazado un círculo de flores en el prado, que delimitaba el sitio donde se ubicarían los novios. Dentro de éste también había un altar orientado hacia el norte, que estaba adornado con una gran variedad de flores. Los asistentes, según la tradición, debían situarse por fuera y en torno al círculo, permaneciendo de pie muy cerca de los novios.

No era mucha la gente que habían invitado; entre ellos se podían contar a los amigos de Delanie y de Diago, a la familia, por supuesto, y también a algunos amigos del medio artístico, incluida Rosie Rose, su gran cómplice en Vaucluse y testigo de cuando su amor comenzó. No había prensa, ya que el momento deseaban compartirlo exclusivamente con la gente que estaba allí; sin embargo, la noticia se había filtrado y en la entrada de la villa había varios fotógrafos apostados para conseguir alguna imagen de los invitados, como así también algo de información.

Era la hora acordada, y todos habían llegado.

En la entrada del círculo, Diago esperaba junto a sus padrinos, sosteniendo en sus brazos a Delphie, que no dejaba de darle besos, puesto que ésa era su última gracia aprendida.

Todo estaba dispuesto para que la ceremonia comenzara.

Una orquesta de cuerdas y viento era la encargada de amenizar la ceremonia con baladas muy románticas.

Los violines, entonces, hicieron un alto en la música y de pronto cambiaron de melodía, y Keyra y Peyton, las doncellas de honor, entraron seguidas por Lanie, que caminaba de la mano de su padre. Estaba tan hermosa que parecía escapada de un cuento. Diago la miró y pensó de inmediato que, si se podía enamorar más de lo que ya estaba enamorado, estaba seguro de que en ese momento lo había hecho.

—*Mamamamama* —dijo la pequeña al verla aparecer. Delphie aplaudía, enseñando una sonrisa desdentada y lanzándole besos.

—Sí, hija, ahí viene mamá. ¿Has visto qué bonita está? —le dijo Diago muy emocionado.

Cuando Delanie terminó el camino que la separaba de su futuro esposo, la niña se echó en sus brazos.

—Te la entrego, porque sé que la cuidarás mucho y que la harás muy feliz.

—Así será, Dominick, lo prometo —contestó Diago.

En ese momento los novios caminaron juntos hacia el altar sin tocarse, pero cuchichearon entre dientes. Delanie estaba temblando por la emoción.

—Estás preciosa.

—Tú también estás muy guapo; pareces un muñeco de tarta, estás muy comestible, Diago James.

Finalmente se pararon frente a la sacerdotisa que iba a officiar la boda y Keyra se acercó para coger a la niña.

Dando por iniciada la ceremonia, la oficiante realizó una serie de oraciones honrando a los antepasados de los novios, y a los del presente y los ausentes, y luego invitó a Diago a que le quitase el velo a la novia, representando en ese acto el nuevo comienzo, donde Delanie, según las creencias, volvería al mundo cambiada y hecha mujer. Se miraron a los ojos y se tocaron con las miradas, sonriéndose muy afectados. Inmediatamente y con los violines de fondo, la persona que ejercía de druida les hizo una serie de preguntas que ellos contestaron sin titubear, pero con la voz muy congestionada por la emoción.

—En los lugares sagrados y en los momentos propicios —continuó diciendo la sacerdotisa—, nuestros antepasados se cogieron de las manos al casarse, y tales uniones de manos, de las que fueron testigos los dioses, y la gente, eran legales, verdaderas, y establecían un veraz compromiso, tal como el

amor ata un corazón a otro; así que, os pido, Diago y Delanie, que vosotros también lo hagáis y os miréis a los ojos para que los dioses os fusionen, convirtiéndoos en uno solo.

Lanie le entregó el ramo a Peyton y, cuando ambos juntaron la mano izquierda con la derecha, el padre de Diago se las ató con cintas blancas.

—¿Estáis preparados para declarar vuestros juramentos?

—Sí, lo estamos —contestaron ambos al unísono.

—Juramentos que os unirán alma con alma y corazón con corazón y en espíritu y en cuerpo, con toda esta gente como testigos, desde hoy y para siempre.

Primero fue el turno de Diago y luego el de Lanie de proclamar sus votos.

—Juro que te respetaré y amaré con cada célula de mi ser. Te entrego mi corazón para que lo guardes, porque ahora mi carne y mi sangre serán tuyas. Te acompañaré en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta mi último aliento.

—La noche se hace día, el día conduce de vuelta a la noche, que, una vez más, se convierte en día. La luna crece y mengua, y vuelve a crecer. Hay primavera, verano, otoño e invierno, y luego vuelve de nuevo la primavera; éstos son los florecientes ritmos del ciclo de la existencia, pero en el centro del círculo está la quietud de la fuente, eterna y brillante. ¿Habéis traído el símbolo sin fin que representa este misterio de la vida?

—Sí —contestó Diago, y miró a Eric para que le diera los anillos.

—¿Juráis honraros el uno al otro?

—Sí, juramos.

La sacerdotisa les desató las manos mientras decía unas oraciones y luego bendijo los anillos; acto seguido, prendió la vela nupcial que estaba en el altar y le entregó a cada uno un anillo para que se lo colocara al otro. Inmediatamente después, bendijo la piedra nupcial que también descansaba sobre el altar y se la ofreció para que apoyaran las manos y entonces pronunció las palabras finales.

—Que la tierra sea testigo de que Delanie y Diago se unen en amor, dicha y libertad.

—¡Que así sea! —contestaron los dos a la vez.

—Que todos sean testigos de que Delanie y Diago están unidos en amor como marido y mujer, y que su amor se vista de la belleza, majestuosidad y poder de esta tierra sagrada.

»Por favor, ahora sellad vuestros juramentos con un beso.

—Te amo, señora James.

Diago besó escandalosamente a Delanie mientras todos aplaudían y les lanzaban pétalos de flores y arroz.

Culminada la emotiva ceremonia, los presentes se acercaron a saludarlos y al instante se trasladaron a una carpa climatizada donde estaban dispuestas las mesas, y donde se degustaría el banquete nupcial.

Diago y Delanie se sentían tan felices que finalmente decidieron salir a saludar a la prensa; querían que todos fueran, de alguna forma, testigos del amor que sentían el uno por el otro. Luego se dedicaron a sus invitados durante el resto del día, comiendo, bebiendo y bailando hasta que el sol se ocultó.

* * *

Delanie y Diago bailaban con Delphie dormida entre sus brazos, al ritmo de *Like I'm gonna lose you*.

—Te amo, ¿te lo he dicho ya?

—Algunas veces, pero no me canso de oírtelo decir —contestó Diago, y la besó por millonésima vez en el día.

—Ha sido un día perfecto; todo ha salido como lo soñé. Gracias por hacer que mis sueños se cumplan.

—Tú eres mi sueño hecho realidad, ¿te lo he dicho ya?

—Algunas veces, pero no me canso de oírtelo decir —repitió ella, robándole la frase.

Volvieron a besarse.

—Gracias por querer a Delphie como si fuera tu hija, gracias por hacerme feliz cada día.

—Aún no te he dado mi regalo de bodas.

—Tú eres mi regalo.

Delanie cogió su mano, con la que la tenía asida por la cintura, y la apoyó en su vientre.

—Aquí dentro está mi regalo para ti.

Diago abrió los ojos y se quedó mirándola; su corazón palpitaba enloquecido y un nudo se le atragantó en la garganta, mientras que los ojos se le tornaron acuosos.

—¿Estás segura? —Llevaban algunos meses intentándolo.

Ella asintió con la cabeza.

—Shh, no digas nada, mi amor. Estoy de muy poquito y hoy sólo quiero que ésta sea nuestra noticia para festejar, por mil y un motivos.

James la cogió por la nuca y la besó desesperadamente. El nudo en la garganta cada vez se hacía más imposible de tragar y estaba a punto de ponerse a llorar, pero el contacto con su lengua siempre era un bálsamo que lo alejaba todo.

Se apartó, la miró fijamente y le dijo:

—Desde esa noche en que entré en tu casa, supe que tú serías alguien especial en mi vida. Gracias, porque ahora, no sólo eres alguien especial, ahora tú, eres mi vida entera.

Agradecimientos

Cecy, gracias por creer en esta historia y animarme a escribirla y a que continúe hasta el final, me animaste a salir de mi zona de confort y que me metiera en terreno desconocido; ¡cómo quisiera que estuvieras más cerca! Te agradezco tu ayuda en la distancia, como también el que hayas sumado a Lethy en esta aventura, ella encontró el rostro del rostro, cuando no sabíamos en dónde buscar porque todos los caminos conducían a Roma —jajajajaja—, nos hemos divertido muchísimo investigando, las hermanitas Prosen son de temer; el *soundtrack* que conseguimos quedó increíble.

Kari y Silvi, gracias por estar siempre para mí; son fantásticas, mi motor diario y mis ojos adicionales.

A mi familia, sin duda; me hacen sentir a diario lo orgullosos que se sienten con mis logros. Héctor, Luciano, Antonella, Nicolás y Roxana, los amo.

A mi editora, Esther, ¡lo logré! He vuelto a escribir un agradecimiento para ti en una nueva novela. Como te dije hace muy poco, espero que sigamos trabajando juntas muchos años más.

A Editorial Planeta, por volver a apoyarme con uno de sus sellos para que mi obra vea la luz.

Al equipo de diseño y corrección, que trabaja a la par conmigo para que todo quede óptimo, Mireia y Dèlia, muchas gracias por las sugerencias y por ayudarme a conseguir la mejor adaptación para que la novela llegue fabulosa al mercado.

Y a ti, que otra vez estás leyendo uno de mis agradecimientos. Gracias, mis queridos lectores, por apoyar y seguir mi trabajo.

Si Dios quiere, nos encontraremos muy pronto en una nueva aventura.

Referencias a las canciones

Dive, Released: Mar 03, 2017 © 2017 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

Perfect, Mar 03, 2017 © 2017 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

Are you gonna go my way, Copyright: © 1993 Virgin Records America, Inc. © 1993 Virgin Records America, Inc., interpretada por Lenny Kravitz. (N. de la e.)

Burn, Copyright: © 2013 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Ellie Goulding. (N. de la e.)

Far away, Released: Sep 26, 2005 © 2005 The All Blacks B.V., interpretada por Nickelback. (N. de la e.)

It's raining men, Copyright: © 2001 The copyright in this sound recording is owned by Parlophone Records Ltd © 2001 Parlophone Records Ltd. This label copy information is the subject of copyright protection. All rights reserved. 2001 Parlophone Records Ltd., interpretada por Geri Halliwell. (N. de la e.)

Daughters, Copyright: © 2003, 2004 Aware Records LLC, interpretada por John Mayer. (N. de la e.)

You lost me, Copyright: © 2010 RCA Records, a unit of Sony Music Entertainment, interpretada por Christina Aguilera. (N. de la e.)

The words, © 2014 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Christina Perri. (N. de la e.)

Free fallin' (Live at the Nokia Theatre), © 2008 Sony Music Entertainment, interpretada por John Mayer. (N. de la e.)

The first time ever I saw your face, Copyright: © 1999 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por George Michael. (N. de la e.)

We don't have to take our clothes off, Copyright: © 2015 Virgin Records Ltd, interpretada por Ella Eyre. (N. de la e.)

Like I'm gonna lose you, Copyright: © 2014, 2015 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Megan Trainor y John Legend.
(N. de la e.)

Biografía



Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción* y *Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*, *Hueles a peligro* y *Jamás imaginé*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.fabianaperalta.com

Notas

1. Nena, *en inglés*.

2. Término que proviene de la palabra inglesa *stalker*, acosador en español. Esta actividad tiene como objetivo observar el perfil de una o varias personas en particular, en las diferentes redes sociales, como obsesión o como *hobby*.

Desde esa noche
Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: AS Inc / Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2017 © Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17719-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

